

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ankor, el último príncipe de la Atlántida

Jorge Ángel Livraga



ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

PRÓLOGO

Esta novela supone un atrevido y feliz intento de recreación histórica sobre uno de los episodios más controvertidos y apasionantes de la protohistoria de la Humanidad: la posible existencia de una civilización anterior a la Prehistoria, comúnmente llamada Atlántida. Una civilización, y una tierra sobre la que se sustentaba.

La polémica existencia del continente atlante no es simplemente una ficción literaria al estilo de la Tierra Media de Tolkien, el Necronomicón de Lovecraft y allegados, El Dorado, la Avallon artúrica, el Grial o la ínsula Barataria. Su hipotética existencia ha sido planteada por los milenarios sacerdotes egipcios, de donde el mito pasó a Grecia de la mano de filósofos como Solón o Platón (diálogos suyos como TIMEO o CRITIAS dan fe de ello) y se extendió como reguero de pólvora, sustentado muchas veces por geólogos, biólogos e historiadores, contra la rocosa versión de sus adversarios de la oficialidad.

Unos y otros aducen un número hondamente significativo de pruebas científicas y geológicas en defensa de sus argumentos. Es este un debate que atraviesa momentos de apogeo y parece difuminarse en otros dependiendo de las modas o corrientes de diálogo, pero que no llega a desaparecer en ningún momento del panorama de actualidad, y que nos acompañará aún, intuimos, durante mucho tiempo.

No es, no obstante, el único continente supuestamente sumergido bajo las aguas, supuestamente habitado por humanidades arcaicas en que nos reconocemos a nosotros mismos bajo el velo narrativo del gigantismo o de la arrogancia. Otros nombres como Mu, Lemuria o Poseidonis han escoltado el sentido general del mito, o de la historia. Pero, sin duda, la Atlántida es el nombre más común que congrega a nuestra reminiscencia esta vieja leyenda que se resiste a morir. Una Humanidad añeja que se extingue víctima de sus propias conquistas materiales, sofocada por su propia grandeza. Auge y decadencia. Miseria y grandeza. Heroísmo y depredación. Quién sabe. Acaso le hayamos hecho a nuestro planeta la misma o parecidas barbaridades que las que le hacemos ahora. Acaso la inevitable respuesta geológica ya se haya producido en casos anteriores. Visto el rumbo que toma nuestra actual civilización, la hipótesis no es precisamente descabellada. Siempre consuela saber que hubo supervivientes, que pudimos articular un nuevo inicio. Tanto como incomoda y repugna la idea de que no parecemos aprender de nuestros milenarios errores y crímenes ecológicos. Entre otros.

Esta es una novela de recreación o ficción histórica. Visto que no podemos resolver tan apasionante debate que, entre otras cosas, podría alterar completamente la visión que sobre la antigüedad de la criatura humana y acaso del planeta mismo sustentamos, se nos hace difícil elegir las etiquetas con que adscribir a un género determinado su formulación literaria. ¿Histórica? ¿Quién podría jurar que no sucedió de un modo similar? Obviamente, las reflexiones de los personajes se articulan sobre un fondo de rica y fértil imaginación con que el autor ha sabido dotar a su obra. ¿Ficción?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA

JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Sí, cuanto menos en los detalles. ¿Ambas cosas? ¿Y si dejásemos esa dudosa tarea nominalista para la crítica especializada? A fin de cuentas, Sísifo siempre arrastra en vano su roca. Hay labores que no sirven para nada pero que parecemos impelidos a llevar a cabo por alguna oscura necesidad clasificatoria.

El autor, Jorge Ángel Livraga Rizzi, nació en 1930 en la ciudad de Buenos Aires. Doctor en Filosofía, Historia y Arqueología, Premio Nacional de Poesía en Argentina en 1951, Cruz de París en Artes, Ciencias y Letras, y director «honoris causa» del Museo Arqueológico Rodrigo Caro de España son –entre otras titulaciones con que no deseamos abrumar al lector– algunos de los títulos que dan fe de su vasta y profunda obra literaria y filosófica. Dentro de su ingente labor cultural y humanística, ha llevado a cabo numerosos trabajos, ensayos, conferencias, artículos y charlas. Entre sus publicaciones podemos citar entre otras EL ALQUIMISTA, LOTOS, MOASSY EL PERRO, TEBAS, LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA, EL TEATRO MISTÉRICO EN GRECIA: LA TRAGEDIA y varios volúmenes de CONFERENCIAS. Todas sus obras han sido traducidas y publicadas en numerosos idiomas: español, inglés, alemán, italiano, griego, portugués.

Por encima de este nutrido currículum, aquellos que le conocimos y le quisimos solo contamos con nuestras pobres palabras para dar fe en estas breves líneas de prefacio a lectores anónimos que jamás le conocieron de su grandeza de alma, su generosidad y su inagotable curiosidad científica, cultural, espiritual y humana. Vano empeño. Nunca podremos hacerles llegar ese oro vivencial, ese lazo magisterial y esa huella cálida.

La novela recrea con pulso pedagógico y fresco los últimos días del continente atlante, anegado en guerras de poder entre las facciones de luz y de oscuridad. Ankor, el último príncipe de la facción solar, acompaña nuestra mirada sobre un mundo que las aguas están a punto de tragarse para siempre. Más allá del prístino valor de sus protagonistas, de su vivaz intriga narrativa y de sus enseñanzas filosóficas, la obra no necesita de presentaciones ni apoyos. Nuestras palabras son en vano. Quien pasee su mirada sobre las páginas de esta novela, retendrá en su recuerdo para siempre el hálito luminoso de Ankor, de Fenur y de un tiempo lejano que acaso no sea hijo de nuestra fantasía, sino de nuestra reminiscencia; desvaído por las horas, pero real.

José Ramón Naranjo

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Dice el autor:

Todo hombre se pregunta de dónde viene y adónde va. Aquella breve parte de nuestro pasado que recordamos se llama experiencia; más allá, un nebuloso hálito de vida nos indica que debemos haber existido desde mucho antes de nacer en este mundo. Cuando los que recuerdan son muchos hombres, ese recuerdo preciso se llama Historia, y el presentir que somos mucho más viejos que lo que nos indica la no muy segura ciencia contemporánea, se titula, bajo cierto aspecto, Mitología.

Todos los pueblos del mundo antiguo, incluso los americanos, nos hablan de diluvios y de continentes sumergidos. Platón nos ha dejado un relato muy preciso. En el último fragmento del continente atlante hemos colocado a Ankor, un príncipe, un filósofo, un hombre. La acción se desarrolla hace unos once mil quinientos años. Sin embargo, a veces la trama se urdirá dentro del mismo lector, porque la pregunta citada al principio nos sigue preocupando a todos. Sí, todos llevamos un “Ankor” en nuestro corazón. Este relato ayudará a no pocos a encontrarlo.

Las olas del océano Atlántico no nos han revelado, todavía, pruebas suficientemente convincentes de la existencia de una civilización que se hubiera hundido en su lecho, o si lo han hecho, esas pruebas duermen en algunos rincones de nuestros museos, y no nos hemos percatado de ello. Pero el pensamiento del hombre se paseó por la Luna mucho antes que los astronautas, y también descendió a la sima del mar desde el comienzo de los tiempos. Hagámoslo una vez más y soñemos que estamos en Poseidonis, el último trozo del orgulloso continente que se hundió, como una nave de alguna vieja guerra, con todos sus tripulantes.

«Lo que fue, es y será siempre», leía el joven Ankor, príncipe de Poseidonis, inscrito en caracteres antiguos en la cima del enorme paralelepípedo monolítico que enfrentaba el acceso a su Casa de Oraciones; y, sin embargo, el rumor de la lucha y el sordo tronar de las paredes derrumbadas se oía cada vez más cerca...

«Lo que fue, es y será siempre»... Pero sus ojos bajaban al horizonte marino recortado entre los arbustos, y negras columnas de humo lo oscurecían... Levantó sus ojos otra vez y, más despacio, leyó: «Lo que fue, es y será siempre»...

—¡Salve, Ankor! ¡Los dioses te bendigan!

La voz poderosa de Oashis, el jefe de la Guardia del Rey, le sobresaltó como si un contacto físico lo hubiese sacudido.

—¡Salve, Oashis! Mas... has interrumpido mis meditaciones y hasta creo que me has dado un mal augurio. ¿Qué es lo que pasa?

—Noble príncipe, perdona mi intromisión; yo no quería...

—Habla, Oashis. ¿Acaso mi padre...?

—¡No, mi señor! —le respondió el guerrero, adivinado sus inquietudes—. Nuestro señor, la Gran Serpiente Solar, está bien; pero él mismo me ha encomendado que no recorrieses los parques, y que si te hallaba en ellos te solicitase te recojas en tus aposentos, en la seguridad de palacio.

—¿Pueden caer proyectiles aquí? —preguntó el joven con curiosidad no exenta de temor.

—No, Pequeña Serpiente; no por ahora... Pero nuestros enemigos están cada vez más cerca. Aparte de la flota que martillea nuestro puerto, han desembarcado dos ejércitos de unos treinta mil hombres cada uno, a ambos lados de la ciudad, y a esta hora asaltan las murallas externas y emplazan sus grandes catapultas. En cualquier momento caerán aquí, desde el cielo, rocas y esferas huecas llenas de metal fundido...

—Oashis, todos los años los pueblos del Sur nos atacan y luego se van, los rechazamos... Los traen los malos vientos que barren las nieblas de nuestros puertos... ¿Será igual ahora?

—No, Ankor. Anteriormente se limitaban a atacarnos con sus artillerías y saquear barcos y poblaciones costeras; ahora es diferente. Esta es la guerra total, Pequeña Serpiente, y nuestra capital caerá antes de que termine esta luna...

—Oashis, ¿lo que fue, es y será siempre?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Solo sé, ¡oh, príncipe!, que mi señor, el Rey, fue antes que yo, es hoy y será cuando yo no exista...

—Oashis, no me refería a mi padre, el Rey, sino a todas las cosas.

—Mi señor, para el jefe de la Guardia Real, el Rey es todas las cosas...

—¡Ah, Oashis! ¡Jamás sé si eres sabio o necio! —exclamó Ankor girando sobre sí mismo malhumorado y dirigiéndose a palacio. Si se hubiese movido más lentamente, habría oído musitar al viejo soldado: «Yo soy lo que tú quieras, mi señor»...

Con la cabeza ligeramente baja, ascendía el joven la loma sobre la que se elevaban sus dependencias reales, un soberbio palacio de piedras muy blancas, entre cuyas entalladuras corrían espumosos torrentes artificiales. Sus techos, recamados de oricalco¹, fulgían bajo el sol de la tarde como elevadas praderas de metal, tan solo habitadas por invisibles vientos y deslumbrantes destellos.

Pero más allá, en la bahía, todo era destrucción, y cientos de naves de negros velámenes estaban ancladas en línea disparando sus máquinas, y otras muchas, alcanzadas por las catapultas costeras, ardiendo o ya zozobradas, apenas si dejaban ver restos de arboladuras. A izquierda y derecha, sobre altos muros concéntricos de la pequeña ciudad, hormigueaban confusas multitudes, entre lenguas de fuego y nubes de polvo y humo. De cuando en cuando, un proyectil hundía techos y muros no lejos de palacio, y grandes lanzones incendiarios de bronce sembraban llamas cada vez más difíciles de dominar.

Al acercarse el Príncipe a la puerta principal, una doble hilera de guardias que la flanqueaban hicieron resonar las losas del piso con el pomo esférico de sus lanzas. Eran todos muy jóvenes, casi adolescentes, y pertenecían al centenar de hombres que constituían su guardia personal.

Ankor les sonrió tristemente y ascendió, casi deteniéndose peldaño a peldaño, la suave escalera de mármol rojo que llevaba del *prodomus* a sus habitaciones del piso superior. Apenas llegó a ellas y dejó tras las pesadas puertas a los que día y noche le cuidaban, cuando una mujer de edad mediana y ropas sencillas se echó a sus pies con presteza.

—¡Levántate, Hattana! Oashis me ha dado malas nuevas; ve tú misma escoltada por diez de mis hombres al palacio de la Gran Serpiente, mi padre, y entrégale la carta que te daré... Escucha y júrame que pondrás la carta en las mismas manos de nuestro señor, el Rey.

¹ Metal precioso equivalente al oro, pero con un brillo rojizo muy semejante al cobre. Este elemento ya no se conoce en las condiciones de antaño, ya que es muy posible que, dadas las grandes transformaciones geológicas, dicha constitución química haya cambiado de valencia, transformando sus características.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

La mujer, no acostumbrada a ese tono enérgico en el niño, que de la mañana a la noche se había tornado hombre, asintió en todo, con los ojos llenos de lágrimas.

Ankor pasó a su estudio, donde, además de una reducida librería, se veía una mesa de trabajo y unos pocos muebles y lámparas. Una gran ventana dominaba la bahía, el puerto y parte de la ciudad. Sobre la mesa de marfil y nácar escribió en un cuero, especialmente preparado, una carta para su padre. Luego, como si dudase sobre la conveniencia de mandarla, la arrojó al piso y se volvió hacia la abierta ventana. Un gemido sordo le hizo levantar los ojos, y vio precipitándose del cielo, como un gran pájaro muerto, una esfera de metal negro que, al caer a menos de cien pasos de donde estaba, se transformó en un pequeño volcán que devoró en segundos un bosquecillo de cipreses y salpicó con llamas la fachada posterior de su palacio.

Ankor no pudo menos que retroceder ante la oleada de calor, para luego caer de rodillas tapándose el rostro con las manos. No es que estuviese herido, pero él sabía que esas enormes bolas huecas, cargadas con metal fundido y con un peso superior a cien hombres, podían ser lanzadas solamente por gigantescas máquinas de sitio, y que la pequeña capital del estado del Norte no resistiría esos artificios de destrucción, que podían disparar sus monstruosas balas a más de mil pasos de distancia.

Los servidores de su palacio y su Guardia personal, cubriendo prontamente el lodazal de fuego con centenares de baldes de espuma rosada, lo habían ahogado en pocos minutos, pero en casi ninguna parte de la ciudad-puerto se contaba con tan costosos medios químicos para apagar incendios, y los efectos del metal fundido y llameante serían catastróficos. Afortunadamente –pensó Ankor– una de esas catapultas necesitaba más de una hora para efectuar un disparo, y es improbable que hubiesen transportado más de una o dos, dado su enorme peso y el de sus instalaciones auxiliares.

Súbitamente decidido, recogió la carta, la colocó dentro de un cilindro de oricalco y selló su tapa con un metal blando, de color verde amarillento, que fundió al calor de una lámpara. La impronta de la Serpiente Solar pasó de su anillo al metal tibio y oloroso.

Salió el joven de su despacho con paso rápido y seguro, y extendiendo el tubo a Hattana le dijo:

—Mujer, tal cual te dije, pon en manos de nuestro rey esta carta, mira que es muy importante y que aguardo tu regreso con la contestación.

Hattana salió y Ankor se recostó en un reclinatorio; en verdad, había envejecido en pocas horas, y su redondo rostro de niño parecía ahora alargado por la preocupación, con la frente ensombrecida por incipientes arrugas.

La ronda de su palacio le sorprendió tan ausente del mundo circundante que los soldados se atrevieron a tocarle por ver si estaba bien, ya que parecía dormir, pero tenía los ojos abiertos y fijos en un punto lejano. El Príncipe saltó rápidamente del lecho y,

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

empujando afectuosamente a los guardias, les pidió que no recorriesen hasta nueva orden sus habitaciones privadas, pues deseaba estar solo y ningún peligro corría. De esto último no estaba Ankor muy convencido, mas no quería dar una mala imagen a sus soldados, que, por otra parte, nada podían hacer contra un impacto directo de las enormes bolas rellenas de metal incandescente.

Precisamente le había pedido al Rey, su padre, que le permitiese estar a su lado y correr su suerte o la de la ciudad; incluso faltando a rígidas normas tradicionales, le había rogado que le otorgase un puesto de combate al frente de su Guardia personal. Afuera tronó algún gran edificio al derrumbarse y se oyeron lejanos clamores de voces humanas.

Ankor comenzó a pasearse nerviosamente por el gran recinto-recibidor de su palacio, que olía fuertemente a incienso y especias que se quemaban en los pebeteros.

Casi una hora aguardó, sumido en sus pensamientos y conmovido por instantes hasta las lágrimas. De pronto, se abrió la gran puerta, y Hattana, la ropa y el cabello descompuestos, se abrazó a sus rodillas llorando silenciosamente. Detrás se recortaba la figura imponente de Oashis seguido de una pequeña escolta de la Guardia del Rey. El oficial lo saludó respetuosamente haciendo murmurar las planchas de su armadura y, mostrando al Príncipe una orden escrita del Rey, esperó en silencio.

—¿Qué es esto, Oashis? ¿Por qué mi padre me reclama tan perentoriamente si yo mismo envié a Hattana ofreciéndome para estar a su lado?

—Pequeña Serpiente de Oro —suspiró Oashis—, la ciudad está, por lo que yo entiendo, perdida. Han caído ya lienzos de murallas, por cuyas brechas las tropas enemigas penetran, atacando los muros interiores. Ya no podemos controlar los incendios y...

—¡Basta, Oashis! Llamaré a mi Guardia; haré que me armen e iré a conferenciar con mi padre de inmediato.

—¡No, mi señor! —dijo Oashis, dando varios pasos hacia él—. Debéis venir solo, tal cual se os indica, y vuestro Padre Divino os comunica que partiréis de inmediato de esta ciudad, apenas él os vea.

—¡Oashis! ¿Cómo osas dar órdenes a un Hijo del Sol? A ver, soldados, ¿quién de vosotros se atreve a ponerme una mano encima?

Al pronunciar estas palabras se había erguido cuan alto era. Hacía ya mucho que Ankor, príncipe de la Isla del Norte del pequeño continente de Poseidonis, en medio del mar Atlántico, había olvidado los juegos, y su voz, habituada al mando, hizo vibrar los corazones de los soldados. Sus ojos verdes, como el mar en calma, se habían vuelto negros, y una extraña luz dorada brillaba en ellos. Largos cabellos del color del oro enmarcaban la cabeza del pequeño semidiós.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

La media docena de guerreros que formaba la escolta retrocedió hacia la puerta, impelida por un tremendo temor religioso.

El Sol, cómplice de quien se decía su descendiente, penetraba por las abiertas claraboyas dorando los ricos mármoles tallados y los preciosos metales que adornaban la estancia, que más bien parecía un templo.

Luego de algunos segundos de extrema tensión, el capitán de la guardia, pálido como la cera, pero firme en su decisión, dijo con voz que se esforzaba por aparentar calma:

—Lo que te he manifestado, señor, es una orden de la Gran Serpiente, tu padre, y me permito recordarte que aún es una orden para ti. No pienses en tu Guardia ni siervos, pues todos están dando su vida en las calles de la ciudad para dar tiempo a que tú te salves, según ya te he dicho.

Ankor, luego de un gesto de ira, giró rápidamente sobre sus talones con la intención de ir a llamar, igualmente, a su Guardia por medio del gong semiesférico que colgaba a unos pocos pasos.

Hattana, rápidamente, le aplicó en las narices un puñado de fibras negras que luego sumergió en el ánfora de donde las había sacado. El joven quiso llevarse las manos a la cara, mas se le doblaron las rodillas y cayó en brazos del jefe de guardia.

Hattana, mirando con cierto rencor a los soldados, reflexionó en voz alta:

—Si empleásemos en las verdaderas ciencias todos los recursos que desperdiciamos en gastos militares, quizá esto no hubiese ocurrido nunca...

El jefe apretó los dientes sin responder; tomó en brazos el cuerpo inerte del Príncipe y, seguido de sus hombres, abandonó el palacio a la carrera. Mientras, Hattana descendía, sin poder contener las lágrimas, a los subterráneos de la ciudad-templo, centro de la cual lo constituían los jardines y colosales edificios destinados a los sumos sacerdotes, y al mayor de ellos, el Rey.

La pequeña comitiva empezó a correr a campo abierto por las azoteas y jardines aéreos. Las enormes estatuas de divinidades marinas, base de surtidores que arrojaban el agua más alto que las copas de los árboles, parecían ahora inútiles fantasmas de belleza ridícula entre ese ambiente de drama y de sangre. Poco a poco fueron abandonando la zona de los templos y, a través de uno de los portales interiores, desembocaron en una calleja del barrio comercial. Todos los negocios y puestos estaban desiertos, y el fino polvo gris que levantaban los proyectiles al demoler los pesadísimos muros cubría el conjunto apagando sus otrora brillantes colores. El rumor de la lucha se convirtió, a las pocas manzanas, en fragor desatado, y las piedras de las catapultas, junto con los lanzones incendiarios, empezaron a caer en torno al pequeño grupo de hombres.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Al doblar un recodo, el jefe dio el alto; habían desembocado en la avenida principal, que llevaba al puerto, y en ella, a pocos pasos de distancia, un centenar de negros guerreros sureños arrollaba con relativa facilidad a los pocos y fatigados defensores.

Los atacantes, al ver al desmayado Ankor, dedujeron que sería un personaje importante y se lanzaron hacia delante, quebrando la débil resistencia; mas el oficial de la Guardia hizo sonar una pequeña caracola de oro y, a su son, los soldados leales, enloquecidos de entusiasmo, cargaron al grito de: «¡Salvemos a la Serpiente Solar! ¡Paso al Hijo del Sol!».

Retumbaron los gritos en derredor, y ciudadanos mezclados con guardias leales desembocaron a todo correr desde cada calleja. Los invasores, confundidos y con un gran temor supersticioso, retrocedieron en desorden, atropellando a sus propios oficiales.

El capitán de la Guardia se dirigió entonces con su pequeño séquito nuevamente a la ciudad-templo y penetró en una gran construcción en forma de torre, depositando en un reducido lecho su preciosa carga.

Habían pasado pocos minutos cuando la Gran Serpiente Solar, jefe y hierofante máximo, hizo su aparición.

Era un hombre de edad indefinida, quizá cincuenta años, tal vez más. Vestía una larga cota de malla metálica recubierta de escamas de extraños cristales violáceos, con fúnebres fuegos. En el medio de su pecho, una esmeralda en forma de pirámide cuadrangular encerraba una misteriosa serpiente de oro. Protegíale un casco de metal blanco en forma de ave, con la cabeza tallada en un diamante, sobre la frente.

Al verlo, el jefe de la Guardia se arrojó de bruces, las palmas contra el suelo, exclamando: ¡Salve, Gran Serpiente! Tu indigno servidor no ha podido llegar al puerto y espera tu orden.

—¡Salve, Oashis! ¿Cómo está mi hijo y discípulo?

—Muy bien, señor; sólo narcotizado.

—Me imaginaba que no os seguiría de buen grado —dijo sonriendo—. Mas... descansa, Oashis; yo también dentro de poco descansaré.

—¿Piensa triunfar, señor?

—Sí, sobre mí mismo, fiel Oashis.

Dicho esto, se recostó en unos cojines, invitando al oficial a que hiciese lo mismo, al tiempo que murmuraba algunas palabras al oído de uno de los sacerdotes que permanecía cerca, saliendo este rápidamente por una portezuela lateral.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Con qué podríamos detener la invasión, Gran Serpiente Solar?

—Con nada, hijo mío. Los hombres leen las páginas del destino y, al leerlas, tratan de impedir que sean escritas. ¿Cómo podría ser eso? Solo es posible dejar de escribirlas si luego no queremos leerlas.

—No acabo de comprender, señor...

—A veces pienso que eso te mantiene tan sano y alegre... El comprender es un trabajo hartamente pesado —comentó el hierofante con una bondadosa sonrisa, y agregó: —mas mi corazón te ama, fiel Oashis, y me alegro de haberte conocido.

—No estoy acostumbrado a oír esas palabras en tu boca, Gran Serpiente y, más que agasajarme, me alarman. ¿Es que vas a morir?

—¿Morir? No, no voy a morir, Oashis; pero estoy llegando al fin de este trabajo y agradezco tu colaboración.

—Es mi deseo servirte eternamente, Gran Serpiente. ¿Podré ayudarte en el próximo trabajo?

—Ya has comenzado a hacerlo. Cuando caiga el sol saldrás con Ankor.

—Oh, señor, querría que tardase siglos en ocurrir eso; tu presencia ennoblece mi pobre alma.

—Trata de desear fuertemente esa hora y el momento se te hará una eternidad.

—Nunca acabo de comprenderte...

—Ah, fiel Oashis, si yo mismo lo hiciese permanecería inmóvil en el Seno del Espacio.

—¿Adónde llevaré a tu sagrado Hijo?

—Al Templo Solar de Kuum...

—¡Señor! Yo no podré entrar allá; soy un torpe soldado.

—Si los demonios no destruyesen los mundos antiguos, ¿crees que los ángeles podrían asentar los nuevos en sus cubos perfectos? Nunca te compares a nadie, Oashis, pues la perfección absoluta de cada ser radica únicamente en su comparación consigo mismo. No te preocupes; el templo está avisado. Ankor se iniciará y tú harás allí algún servicio importante.

—¡Pobre príncipe! Debe comenzar demasiado temprano el espinoso camino de la sabiduría...

—No, Oashis; si así lo fuese no comenzaría. Uno de sus Maestros le guiará...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El Gran Hierofante hizo una señal, y un anciano de cabellos y barbas entrecanos se acercó respetuoso.

—Aquí estoy, Gran Serpiente. ¡Salve, buen Oashis!

—Salve, noble anciano. Gran Serpiente, ¿crees que los oscuros no penetrarán aquí antes del anochecer?

—Tardarán unos dos días en abatir los muros internos; es el tiempo que necesito para quemar y ocultar muchas cosas.

—¿Despertará la Pequeña Serpiente? —preguntó el anciano.

—No, Magur; él aún no puede resistir ciertas cosas. Así será más fácil. Oashis, ¿lo trajiste aprovechando el pasaje secreto?

—¡No, Gran Serpiente! Desde anoche está inundado; te ha hecho traición algún chacal...

—¡Calla, Oashis! El agua busca el agua, y hoy sus potencias nos presionan...

—Estaba escrito que tu hijo marcharse bajo el sol —dijo dulcemente el anciano.

—Quizá tengas razón, Magur... Llama a la Guardia; ya es el crepúsculo.

El anciano golpeó las manos y aparecieron por una portezuela una docena de soldados de la Guardia, pero equipados más ligeramente y con un liviano palanquín de metal blanco.

—Oashis, estos hombres tuyos te servirán; sigue al venerable Magur.

El anciano hizo colocar a Ankor en el palanquín y señaló un pasaje a la derecha de la puerta principal. Los dos portadores iban a llevárselo cuando su padre se dirigió hacia él, le besó en la frente y le dijo:

—Ve, noble Ankor; creo haber cumplido contigo. ¡Oh, alma hermana, llena ahora tu glorioso destino!

Antes de retirarse, Oashis se volvió para mirar a su señor; su rostro permanecía impasible, sonriente; solo los brazos lánguidos a los costados del cuerpo decían de un dulce cansancio, ese que nos sorprende cuando contemplamos finalizada alguna trabajosa obra.

Los reflejos sangrientos de la ciudad incendiada reverberaban en las nubes bajas cuando el extraño grupo, con el palanquín, llegaba a la costa del océano. En una caleta disimulada entre las rocas, una liviana y larga barca de altos extremos puntiagudos, totalmente pintada de negro, esfumaba las graciosas curvas de su casco, aguardando al real viajero. Oashis hizo sonar levemente su caracola, y unos veinte soldados, que habían permanecido emboscados entre las peñas, se levantaron presurosos.

Sostenían larguísimos arcos de madera y, por todo armamento, llevaban un grueso pectoral de cuero sobre sus breves sayales, y dagas cortas de bronce pendían de sus cinturas. Uno, al parecer el jefe, se adelantó y dio una contraseña a Oashis; este le saludó:

—¡Salve! ¿Esta es la nave? ¿Está equipada?

—Sí, Oashis, todo está en orden. ¿Traes tú a la Pequeña Serpiente?

—Allí está, en el palanquín. Vuelve ahora tú a avisar a su padre de que todo sale bien.

—Voy al momento; allí te quedan mis hombres, que son además los mejores remeros...

—Cuida que no te apresen; la Gran Serpiente estará impaciente por saber de Ankor.

—Pierde cuidado, buen Oashis; viviré sólo para ello; en un par de horas estaré ante él. Que los dioses del mar y del fuego te acompañen y salven a la Pequeña Serpiente.

El oscuro oficial se alejó a la carrera y no tardó en perderse en las sombras. Los arqueros depositaron sus armas en el buque y montaron los remos silenciosamente; solo cuatro de ellos, dos en cada puente, se acurrucaron con los arcos tensos. Uno a uno subieron los soldados de la Guardia Solar, alzaron el palanquín y, por último, Magur y Oashis saltaron a bordo. El oficial de guardia cortó las amarras con su espada mientras dos de sus hombres retiraban el tablón de planchada.

Al impulso enérgico y silencioso de dieciséis remos, la embarcación se alejó velozmente de la costa, poniendo proa al Norte. La brisa helada y el pronunciado balanceo hicieron reaccionar a Ankor, luego de casi veinte horas de letargo...

—¿Dónde estoy? ¡Padre!

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Tranquilízate, ¡oh, Serpiente Solar! Estás seguro en uno de tus navíos y navegas hacia la libertad —respondióle el anciano Maestro.

—¡Magur! ¿Tú aquí, a mi lado? ¡Hattana! ¡Esa imbécil mujer me narcotizó! ¿Qué ha pasado? ¿Y mi padre?

Entre Magur y Oashis respondieron pacientemente todas las preguntas de su joven príncipe por espacio de más de una hora. Mientras tanto, la barca había salido al mar abierto y bogaba velozmente impulsada por su única y relativamente enorme vela triangular de color gris oscuro. Vanas fueron las protestas y amenazas de Ankor; casi al amanecer tuvo que convencerse de que el único camino para él había sido ya trazado por su padre, e íntimamente sabía que siempre la Gran Serpiente elegía lo mejor...

Pintaban los primeros tonos rosados el luminoso horizonte cuando la barca se metió tras un promontorio, ocultándose a la vista de cualquier nave adversaria. Oashis se acercó respetuosamente a su joven príncipe y le dijo:

—Solo navegaremos de noche para evitar tu captura, ¡oh, Ankor! Creo que en tres o cuatro jornadas llegaremos al Gran Templo de Kuum.

—Está bien, mi fiel Oashis; descansa ahora; hace mucho que no lo haces.

—¿Crees que tu sagrado padre habrá muerto?

—¡Calla, Oashis, esa idea martiriza mi corazón...! ¡Quieran los dioses salvarle!

—Te he enseñado que no siempre la salvación está en la vida, en la conservación del estado físico —dijo Magur a sus espaldas.

—Lo sé, Magur; mas la idea de esa separación me aterra... A veces creo que no soy un verdadero Hijo del Sol...

—También ellos tienen derecho a la duda, joven Serpiente; solo hace doce años que estás con nosotros.

—Sí, Magur, la sabiduría habla en tu boca, mas temo la soledad y me siento demasiado pequeño; en el fondo, tengo mucho miedo, Magur.

—Calla ya, Ankor; aleja las sombras, que son tus enemigas. El buen Oashis te ha levantado una tienda a la sombra de aquellos árboles. y podrás dormir y aun leer, pues te hice traer algunos de tus escritos preferidos.

Varios marinos ayudaron a descender al anciano y al niño, el cual fue corriendo a visitar la tienda.

—¡Salve, Ankor! Te he hecho preparar un lecho cubierto. Descansa tranquilo, pues la mitad de tus hombres están desparramados vigilando los prados vecinos y tengo vigías sobre los acantilados.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Gracias, Oashis! Pero quiero que duermas. ¡Es una orden!

El jefe de guardias sonrió y se alejó hacia el buque. Magur, sentado en la arena, entró en profunda meditación, mientras el áureo joven fue quedándose dormido.

Así pasaron las otras jornadas, viajando sigilosamente de noche, ocultos durante el día. A Ankor se le hacía algo difícil por momentos guardar aquel boato y rigidez formal de conducta que sobrellevaba tan lógicamente en palacio. Aquí, al aire libre, con sus ropas ajadas y durmiendo en el suelo, sus principios juveniles y vitales trataban de imponerse a su espíritu antiguo y austero.

Hasta hubo veces en que más la presencia de Magur que la de su propia conciencia impidió que, por primera vez, cobrase alguna pieza de caza, acción sanguinaria y repugnante a todo Hijo del Sol, cuyas manos debían permanecer puras para los sacrificios divinos.

A la cuarta noche de navegación, y cuando comenzó a iluminar el astro-rey, el vigía de proa anunció estar a la vista el templo de Kuum. Ankor salió a cubierta y vio la costa oculta por una cinta de espuma que, a lo lejos, se convertía en un mar revuelto y blanco. Muy lejano, tanto que solo parecía un puntito dorado, refulgía el templo de Kuum. Más allá, las sombras azules de cadenas montañosas cerraban el horizonte. A popa, también en el horizonte, un triángulo negro decía de una nave del País del Sur que bogaba desesperadamente en su persecución y que, poco a poco, acortaba distancias.

Hasta el momento, siempre habían podido despistarla y sacarle tal ventaja que sus afanes se hacían inútiles. Mas esta vez se había acercado demasiado. Ante el peligro de un choque con alguno de los miles de escollos que ya los separaban de la costa, Oashis mandó arriar velas y empuñar fuertemente los remos con el fin de llegar lo antes posible al paso secreto, único practicable entre aquellas terribles corrientes, marejadas y agudas hojas rocosas.

Ya no podían detenerse; los remos hacían volar la embarcación rumbo al paso, distante unos cinco kilómetros, cuando surgiendo de una isleta apareció, a unos pocos cientos de metros, un enorme navío recubierto de chapas de metal, con tres palos y doble hilera de remos. Las velas negras y cuadradas daban demasiada explicación sobre su procedencia... El alarido de no menos de un centenar de bocas llegó hasta la pequeña nave solar, y sus ocupantes pudieron ver, a la radiante luz de la mañana, el brillar de los cascos y lanzas de sus enemigos.

Arriando prontamente las velas y partiendo el mar con su ancha proa recubierta de hierro, la nave de los adoradores de los elementos se lanzó hacia su presa.

Oashis ordenó prestamente que la nave marcharse sobre los escollos, tratando de esquivarlos, hasta que los dioses quisieran. A su popa cayeron, levantando columnas de agua y vapor, dos enormes lanzones incendiarios. La nave sureña era una de las más temibles, equipada con máquinas y catapultas. Había estado esperando la llegada de

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ankor. Este, un poco pálido, pero con la mirada llena de altivez, se había negado a abandonar el puente de popa y observaba despreciativo las groseras gesticulaciones de sus oscuros enemigos.

La barca solar navegaba ahora sobre hervideros de espuma, y Oashis había puesto a todos sus hombres en las bordas para que, con largas pértigas, trataran de evitar los escollos.

A lo lejos, las cúpulas doradas del templo de Kuum destellaban entre misteriosos jardines. Solo la presencia de la Serpiente Solar hacía que la tripulación y los soldados de la Guardia se atreviesen a acercarse a una costa que –se decía– estaba guardada por las mismas fuerzas de la Divinidad. Grandes bandadas de aves marinas huían gritando de las peñas al rozarlas el barco.

—¿Las ves, Pequeña Serpiente? Así, muchas veces, ante el peligro, las almas se despiertan y levantan vuelo... Ten paz, que todo será para bien.

—Estoy tranquilo, venerable Magur; solo me preocupa el poder tocar tierra antes de la noche... Estas regiones, me han dicho, son cuidadas por medio de terribles Elementales², que muchas veces se manifiestan... Temo que mis hombres no resistan una visión y quieran salir más afuera...

—No te preocupes; esos engendros no harán nada que pueda perjudicar al Hijo del Sol.

Ankor se dirigió a popa; ya no vestía su largo manto gris, sino una cota parecida a la de su padre, recubierta de los mismos misteriosos cristales.

Los magos alquimistas de Poseidonis, en una y otra isla, habían guardado anales escritos de sus antepasados, los verdaderos atlantes, que habían ocupado un enorme continente de más de diez millones de kilómetros cuadrados, hundido hacía ya varias docenas de miles de años. Esos anales y sus afanosos estudios a través de los siglos, los llevaron a dominar las propiedades energéticas de los metales, permitiendo así –variando su constitución íntima– transmutarlos en otros naturales, o bien crear algunos que no existían momentáneamente en la naturaleza.

² Para comprender el significado de esta palabra debemos recurrir a las interpretaciones más o menos correctas de los alquimistas y, a veces, de esoteristas estudiosos. La explicación más válida que encontramos es la siguiente: los Elementales son una especie de espíritus de los elementos o, para hablar más correctamente, inteligencias de los mismos, criaturas desarrolladas en los cuatro elementos, Tierra, Agua, Aire y Fuego. A veces, personificados en leyendas como gnomos, los de la Tierra; ondinas, las del Agua; silfos, los del Aire, y salamandras, las del Fuego. Hay también gran variedad de los mismos dentro de esta clasificación, pero que no se enumeran aquí, ya que existe documentación amplia al respecto. Estos seres son materiales, aunque sí mucho más sutiles y, por tanto, invisibles e inapreciables con nuestros sentidos. Poseen gran sensibilidad e inteligencia (una especie de reflejo, mecanismo parecido a la actuación de las computadoras por binomios positivo-negativo); su actividad se desarrolla preferentemente en los planos psíquicos y mentales.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Habían logrado, entre otras cosas, fabricar unas cristalizaciones metálicas que, así como el imán atrae el hierro, estas repelían fuertemente todo objeto metálico, hasta el grado de que los pocos que así podían protegerse solo eran heridos por armas construidas de algunas piedras o madera. Un golpe, por ejemplo, de una flecha con punta metálica que hubiese dado sobre el pecho de Ankor hubiera resultado insignificante e inofensivo, pues el campo magnético creado por su cota le hubiese restado en el último metro de su recorrido gran parte de velocidad. Más protección aún brindaban estas cotas contra los golpes de maza o barra, pues las caras planas de las mismas chocaban contra la invisible protección, como la palma de la mano sobre la superficie del agua.

Ankor aprovechó un momento de relativa calma para observar el buque enemigo, a unos trescientos metros de distancia. Era una nave de formas pesadas y sobrecargada de blindajes. Tendría una tripulación, contando los esclavos remeros, no menor de doscientos hombres, y otro tanto de tropa. Sus tres velas eran negras, con un dragón marino rojo en el medio. Cargaba su proa casi redonda un gran espolón férreo, en forma de hacha, y la popa era alta y muy labrada.

A pocos pasos de la proa podían verse, sobresaliendo del casco, los dos círculos móviles donde estaban emplazados los resortes lanzadores de lanzones incendiarios, y en el medio del puente, la gran catapulta, de mucho mayor alcance, pero lenta y difícil de manejar. Detrás de toda esta artillería estaban los tres palos. Ankor calculó que el largo de la nave superaba en cinco veces el de la propia. Luego miró sus remos inmóviles y divisó también las numerosas cuerdas de anclaje. No pasaría de allí —pensó—; su gran calado no le permitiría salvar ni aun los primeros escollos.

—Podemos estar tranquilos, señor; sus proyectiles ya no podrán alcanzarnos; al menos lo deduzco por su silencio, y tampoco pueden avanzar.

—Sí, fiel Oashis; mas, ¿el otro buque pequeño que nos perseguía?

—No se habrá atrevido a entrar en aguas sagradas o temerá este tiempo amenazador en paraje tan peligroso...

—Vengo notando que las olas rompen cada vez con más fuerza y amenazan arrastrarnos. ¿Por qué has anclado?

—La bajante nos retendrá varias horas, Serpiente Solar; cada vez se divisan más riscos rocosos...

—Iré a la tienda a leer con Magur; avísame de cualquier novedad.

Así diciendo, Ankor descendió a la toldilla, donde estaban las únicas cámaras del buque, que él ocupaba, y allí permaneció más de dos horas entregado a la lectura que comentaba con su Maestro. A pesar de su abstracción había notado que un fuerte viento silbaba en los cordajes y que la nave toda sufría grandes sacudidas y vaivenes.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Estaba abriendo un folio de hojas de cuero, un tratado de botánica, cuando sintió un tirón violento, y la nave, sin amarras, saltó hacia la proa; notó que la parte inferior del casco rozaba crujiendo un fondo rocoso y luego los gritos de los marineros... Salvó de un salto los pocos escalones que lo separaban de cubierta y vio cuán escorado estaba el barco; habían encallado.

Tras él apareció el anciano Magur; echó una ojeada y se volvió a continuar su lectura, meneando tristemente la cabeza.

Todos los hombres del barco habían tomado remos y pértigas y se esforzaban desesperadamente para alzarlo de tan peligroso lecho. Ankor tomó una larga vara de madera y fue a ayudarlos.

—¡No, Príncipe, no avergüences a tus hombres! —rogó Oashis.

—No temas; déjame a mí —respondióle este en voz baja, y agregó más alto:— ¡Ved, siervos del Sol! ¿Ni aun con la ayuda de una Serpiente de Oro alzaréis el buque?

Al conjuro de estas palabras, todos dieron gritos de entusiasmo y redoblaron sus energías; en pocos minutos, ayudados por las olas, hacían resbalar el casco hasta un pequeño remanso cercano.

—¡Oashis! ¡Vienen barcos hacia nosotros! —gritó uno de los marinos.

Todos los ojos se volvieron al mar y vieron dos largas barcas negras que se destacaban del gran buque-dragón. Llevaban ocho remeros y unos veinte guerreros cada una. Otras dos similares se alzaban sobre la cubierta para ser también lanzadas al agua.

—¡Todos a las armas; aprestad los arcos! —gritó Oashis.

En un minuto, los veinte arqueros y los doce guerreros reales estaban con su equipo completo acurrucados tras las amuras. Ankor arrebató un arco y flechas de la mano de un marino y fue a apostarse a popa junto a Oashis.

—¿Qué haces, Pequeña Serpiente?

—No te preocupes, Oashis; tengo muchos ejercicios de arco realizados y no soy mal tirador...

—Me permito recordarte, ¡oh, Ankor!, que jamás debes derramar sangre...

El anciano Magur estaba a su lado, sonriente, pero severo.

—¡Magur! ¿Es que acaso esos malditos adoradores de las larvas sutiles (demonios malditos), los execrados hechiceros, tienen verdadera sangre en sus tubos? ¿No serán como los insectos y gusanos?

—¿Has visto a tu padre matar un gusano? —preguntóle el anciano.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ankor hizo un gesto de impotencia y arrojó el arma sobre la cubierta, dirigiéndose a proa silencioso.

—Es un verdadero Hijo del Sol. ¡Tiene todos los valores dentro! —comentó Oashis.

—Mas debe abarcarlos sin oír ninguno en especial —respondióle dulcemente Magur.

Oashis se encogió de hombros. Estaba nervioso e intranquilo. El oleaje aumentaba a medida que se acercaba el crepúsculo.

De pronto, una exclamación de alegría resonó en la barca solar. Una de las barcas del Sur, alzada por una ola, había sido volcada luego de dar varias vueltas en un vórtice de agua.

Las otras dos, semihundidas, trataban de volver al barco...

—¡Tu padre nos protege, Ankor! —gritó Oashis—. ¡El peligro de las barcas ha pasado!

Mas otro peligro mayor los amenazaba: el mar, cada vez más turbado. El jefe de guardias orientó el navío de proa al oleaje, y lanzó las piedras de anclaje: una, dos, tres... todas las que quedaban a bordo. Cada una tenía forma de paralelepípedo alargado y un peso aproximado de doscientos kilogramos. Tenían en su parte media, fuertemente fijado, un arco de bronce inalterable, y la disposición de los extremos de la barra hacía que esta se atrancara fácilmente al fondo, por lo que casi nunca se recobraban.

—Di, Oashis, ¿por qué no intentamos salir a mar abierto? ¿No ves que la nave de los «negros» cortó amarras y se aleja? Ya está anocheciendo...

—No, Pequeña Serpiente; con tales olas sería un suicidio intentar mantenerse sin anclajes; la única probabilidad de sobrevivir a esta noche es fijando el buque al máximo...

Diciendo estas palabras, Oashis echó una larga mirada sobre los ocho gruesos cables de fibras que retenían la nave y exhaló un suspiro de tranquilidad. Volvió entonces su atención hacia los marineros, que murmuraban en el puente, dando señales de intranquilidad. Ankor, que también los había visto, tocó el brazo de Oashis preguntándole:

—¿Qué les pasa a los marinos, buen Oashis? Mucho me temo que los aterricen esas historias de los genios malignos de esta zona...

—¡Quédate aquí, señor! Iré a ver...

Oashis hizo una señal, y de los seis hombres de la Guardia Real que constantemente acompañaban a Ankor, destacó a dos para que le secundasen. Bajó al

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

puente, habló unos minutos con el piloto, luego con los marineros y regresó a la caseta de proa junto a Ankor.

—Tus hombres dicen, ¡oh, Serpiente Solar!, que a ningún dios maligno ni genio creen más poderoso que a la divina Serpiente que llevan en el buque; pero les preocupa el aspecto del cielo, y creen que sobrevendrá tormenta. Dado lo relativamente pequeño de la embarcación y la multitud de escollos que nos rodean, opinan que, en tal caso, nuestra muerte es segura. Me han dicho también que están discutiendo para hallar alguna industria con que mejorar la situación. La opinión del piloto la había ya consultado hace una hora, cuando hice arrojar las piedras...

—Fiel Oashis, procura disculpar mi desconfianza, pero temo que, si sobrevienen instantes críticos, esos hombres se desesperen y hagan alguna cosa descabellada.

—Si ello te tranquiliza, haré que la Guardia los arroje al mar...

—¡No es para tanto, no! Simplemente, estoy intranquilo.

—Desde ya les he avisado, señor, que la más mínima falta de disciplina acarreará la muerte del sedicioso inmediatamente.

—¡Tú siempre piensas en todo!

—Yo sólo pienso en el glorioso trabajo que me encomendó la Gran Serpiente, tu padre...

—¿Qué será de mi padre, Oashis? ¿Habrá ya dejado esta cáscara física?

—No lo sé, Pequeña Serpiente...

—Magur puede saberlo; tal vez lo sepa, mas no quiere decirme nada y extrema su indiferencia al respecto.

Mientras así conversaban, el piloto de a bordo, hombre joven, enérgico, más bien bajo y grueso, había hecho atar fuertemente el gran remo curvo rematado en forma de cola de pescado en bronce endurecido, que servía de timón, y cerrar todas las escotillas.

Oashis, al ver la tormenta como cosa ya segura, había abandonado a Ankor y seguido a los otros seis hombres de la Guardia Real, desarmando a los marineros y encerrando todas las armas en la pequeña cabina. Esta medida produjo cierto malestar en los hombres, pues la consideraban una afrenta a su fidelidad al Hijo del Sol; mas la explicación de Oashis de que eso se hacía para que ninguno cediese a la tentación de cortar las amarras, junto con la muda amenaza que leyeron en sus ojos acerados, lograron la más completa obediencia y tranquilidad. Así que hubo visto todo normal, el jefe de guardias distribuyó a sus hombres y volvió junto al Príncipe; pronto se les unió Magur, preguntando:

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Fiel Oashis, ¿no se podría utilizar el pequeño bote de que disponemos para salvar al Hijo del Sol?

—¡No, venerable anciano! Ningún bote tardaría más de un minuto en hacerse pedazos sobre las piedras que emergen en las cuatro direcciones; además, ya es casi de noche y los escollos se tornan totalmente invisibles, aun de muy cerca...

Magur miró largamente los últimos reflejos de luz en el horizonte y, volviéndose a Ankor, le dijo:

—Nada temas, Serpiente Solar; mañana estarás en el templo de Kuum.

—Si tú lo dices, sabio Magur...

El anciano, sin pronunciar más palabras, entró en la pequeña cámara que compartía con Ankor.

—Ve con Magur, señor. Mira cómo las olas comienzan a barrer los puentes y cómo la barca se endereza sobre sus extremos; dentro de poco va a ser muy difícil mantenerse aquí...

—Esta vez no seguiré tu consejo, buen Oashis. Permaneceré a tu lado en popa; me gusta la tormenta y no la temo.

Oashis sonrió con mal disimulado orgullo y exclamó:

—¡Eres digno hijo de tu padre!

—¡Calla, Oashis! ¡No hables de mi padre! ¡Cuánto habré sufrido!...

Poco a poco, las olas se fueron haciendo más y más altas. La oscuridad completa que ahora los rodeaba parecía expresarse en el sordo tronar del agua contra las rocas. Ahora podían sentirse claramente las tremendas sacudidas de los cables de anclaje, y el ligero navío por momentos parecía querer rodar sobre las espumosas olas.

Ankor permanecía junto a Oashis en la caseta de popa, sostenido fuertemente de los hombros por dos de sus guardias, pues las avalanchas de agua que cubrían momentáneamente la cubierta y fustigaban las casetas, amenazaban arrancarlos de allí. El príncipe, al igual que todos sus compañeros de aventura, se había despojado de toda cota metálica o peso que pudiese entorpecerlo en caso de tener que nadar; solo la Guardia Real mantenía sus espadas de bronce endurecido en la cintura.

Una tupida llovizna se hizo presente y grandes relámpagos empezaron a alumbrar fantasmalmente la trágica escena. Una sacudida más fuerte que las otras y una violenta inclinación del casco hicieron exclamar a Oashis, señalando:

—¡A proa deben de haber cedido los cables de ese flanco!

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Han caído algunos hombres al agua! —agregó uno de los guardias.

—¿No podemos hacer nada, Oashis?

—No, Pequeña Serpiente; es materialmente imposible andar por el puente y esos hombres estarán ya muertos, muy lejos del barco.

—¡Es el fin, Oashis! —murmuró Ankor.

Como al conjuro de estas fúnebres palabras, un terrible golpe rompió las amarras que quedaban a proa, y la nave, con la popa como punto fijo en el agua, giró sobre su flanco derecho embarcando toneladas de agua y quebrándose el único palo, que desapareció en las tinieblas.

El agua embarcada fue escurriéndose por los agujeros de las bordas, y ya los hombres de popa pudieron hablar.

—¡Encomiéndate al Sol, sagrado Ankor! Poco resistirán los cables de este extremo, y a la luz de la batalla en el cielo puedes ver que, a proa, se alza un islote erizado de puntas...

—No tengo miedo, Oashis. Mas di: ¿qué es aquel bulto negro que sobre cubierta se arrastra hacia aquí?

—No puedo ver, Príncipe, pero me parece ver a un hombre aferrado a las amuras y luchando contra las olas... ¡Iré a ver!

—No, Oashis, te matarás y yo te necesito. ¡Mira! ¡Es Magur!

—¡Sí, es Magur! —gritaron los otros tres hombres.

Antes de que nadie se lo prohibiese y aprovechando la sorpresa, Ankor se deshizo del abrazo de sus guardias y corrió, aferrándose a las amuras, hacia donde estaba su Maestro. Oashis dio un grito de terror y en un salto de tigre cayó sobre Ankor, rodando ambos al puente inferior, en el instante en que una ola se llevaba a uno de los guardias que estaba a medio descender, en la escalera. Allí quedaron acurrucados hasta que el anciano se les reunió.

—¿Estás bien, Hijo del Sol?

—¡Sí! ¿Y tú, noble anciano? ¿Por qué has salido de la cabina?

—Para estar junto a ti, Pequeña Serpiente; el fin se acerca y debo estar junto a ti...

Los tres hombres, a los que se habían sumado cinco de los guardias, permanecieron largo rato en silencio, aguardando, hasta que sucedió lo inevitable.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Los anclajes cedieron, y el barco, luego de cabalgar unos segundos en la cresta de una ola, fue a estrellarse contra el islote con tan enorme violencia que todo el tercio anterior saltó en astillas, mientras que el resto, dando una vuelta completa en el aire, pasó sobre las rocas y siguió con la ola más allá.

Ankor, en el impacto, se sintió proyectado a varios metros de altura y luego caer en la turbulencia rugiente de las aguas. Semiasfijado, casi inconsciente por efecto del golpe, manoteó desesperadamente hasta hallar un pequeño madero que al menos le permitiera un relativo apoyo.

Trató de mirar a su alrededor y de gritar, mas la oscuridad y el fragor hicieron inútiles todos sus esfuerzos. Subía y bajaba, era lanzado hacia adelante y atrás a velocidades fantásticas, y pensó que el menor contacto con una roca le haría pedazos.

Pocos minutos estuvo en esta situación, pero a él le parecieron siglos. Repentinamente, en una de sus caídas al fondo siguiendo una ola, sus pies dieron sobre algo mullido y resistente; de nuevo fue alzado, y esa vez cayó violentamente de bruces en una playa donde no faltaban guijarros que le desgarraron la piel en varios lugares. Atontado, permaneció allí un instante, mas un nuevo golpe lo proyectó hacia adelante, sufriendo nuevas heridas. Trató entonces desesperadamente de llegar a un paredón de rocas que, a la luz de los relámpagos, se veía a pocos metros; y, una vez allí, se echó al amparo de un saliente de piedra.

Ankor se dedicó entonces a ordenar sus pensamientos y a fijar su vista, buscando a alguno de sus hombres que, como él, hubiese sobrevivido. La tormenta comenzó a deponer su furia, y poco a poco disminuyó el tremendo fragor de su oleaje.

Ankor se arrastró fuera de su refugio y, sin atreverse a alzarse, a gatas, recorrió un corto trecho hacia el mar. Allí permaneció más de media hora, aterido en cuerpo y alma, cuando un bulto negro y brillante se destacó en la espuma, quedando prácticamente incrustado en la arena. Ankor corrió hacia él, pero una ola lo rechazó, rodando nuevamente; se alzó, y entonces vio a su lado, tirado, con las ropas desgarradas y el rostro deshecho en heridas, a su maestro Magur. Este fijó sus ojos en el joven y solo un ronquido pudo exhalar, contorsionándose dolorosamente. El Príncipe lo tomó de las ropas y lo arrastró trabajosamente hasta su refugio.

—¡Ankor! Hemos muerto para que tú vivas, Serpiente Solar. ¡Nunca dejes de vivir! Así nosotros viviremos contigo...

—¡Magur! ¡Bueno y sabio Magur!

El anciano ya no pronunció más palabras, sino un sordo ronquido que, de cuando en cuando, surgía de sus labios. Ankor le interrogó sobre Oashis, y trató de ayudarlo a incorporarse; pero Magur, víctima de terribles lesiones internas, con el pecho hundido y las piernas rotas, solo alentaba unido a su vehículo físico por una voluntad superior y un largo entrenamiento sobre el dominio de sus energías.

En el oriente, poco a poco, fue surgiendo la claridad rosada que anunciaba el advenimiento de un nuevo día. Ankor, que había permanecido aletargado por el cansancio y el dolor, se puso de pie trabajosamente y miró a su Maestro. El anciano, horriblemente desfigurado, aún respiraba... Una mirada en torno le dijo que estaba en un islote bastante grande, muy próximo a tierra firme. El mar, aunque aún seguía intranquilo, no podía compararse al de la víspera, y el cielo estaba casi despejado. El islote tenía una superficie de unas dos hectáreas y su altura sobrepasaba en algunos puntos los treinta metros, por lo que Ankor no notó la extraña embarcación ovalada que encalló en las playas que daban hacia tierra.

Unos pasos rápidos sobre la arena le sobresaltaron; quiso correr a su encuentro, mas sus pies no le obedecieron y cayó dolorosamente. Alzándose sobre sus rodillas vio venir hacia él, corriendo sobre la playa, a dos jóvenes de unos veinte años de edad, altos y delgados. Vestían un sayal de cuero y una túnica corta de lana blanca. Sus pechos estaban cruzados por dos bandas de hilos de oro unidos en un Sol central del mismo metal; en las cabezas llevaban sendas fajas de hilados de oro que sostenían, sobre la frente, la reproducción de una lengua de fuego hecha en un cristal blanco-lila, de extraños reflejos tornasolados.

Al llegar a pocos pasos de Ankor se detuvieron y lo observaron fijamente. Un tercer personaje, dos veces más viejo que los anteriores, tocado únicamente con una amplia túnica blanca y un casco de oro imitando un ave con un brillante ovoide en el pico, se acercó apoyándose en un largo y labrado báculo de madera amarillenta. Miró al joven príncipe y le preguntó:

—¿Eres el que esperamos?

—Soy Ankor, hijo y discípulo de la Gran Serpiente Solar. ¿Sois del templo de Kuum? ¡Id por mi Maestro, pues creo que agoniza!

—Es él —dijo el del báculo a los jóvenes, y estos ayudaron muy respetuosamente a que Ankor se incorporase sobre sus magulladas piernas. El otro enviado de Kuum que, a juzgar por su indumentaria, era un Iniciado en los Misterios Cósmicos, divisó a Magur a veinte pasos de distancia y fue rápidamente hacia él.

Ankor, seguido de los dos jóvenes, quiso aproximarse, mas un gesto del sacerdote le obligó a permanecer alejado.

El anciano Magur abrió los ojos al sentir las manos del otro sobre su corazón; cambió algunas palabras con él y le entregó algo que sacó de su seno, algo muy pequeño que el Iniciado se apresuró a guardar, sin que Ankor pudiese distinguir forma ni color. Intuyó solamente que se trataba de una joya mágica relacionada con él. Luego, el sacerdote de Kuum retiró las manos del pecho de Magur, tomando las suyas unos minutos; cruzó los brazos del anciano sobre el pecho y estuvo otro instante con las puntas de sus manos en los codos del agonizante. Por último, le apoyó la palma de la mano en la frente y le cerró los ojos. Allí permaneció sentado en la arena por espacio de

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

más de un cuarto de hora, hasta que se volvió lentamente y, encaminándose hacia Ankor, que había observado todo anonadado, recostado sobre el paredón de rocas, le dijo:

—Pequeña Serpiente, tu bondadoso y sabio instructor acaba de abandonar su forma física; tienes ahora en él un guía más libre y poderoso... Ha desencarnado con tu nombre en los labios...

Ankor intentó correr hacia el cuerpo, más el Iniciado se lo prohibió diciendo:

—¡Quieto, Príncipe! Nada puedes hacer por él; no turbes este momento siempre embarazoso aun para las almas sabias. Déjale en paz y procura estarlo tú también.

Dichas estas palabras se llevó una pequeña caracola de oro a sus labios, la hizo sonar y al instante un grupo de seis hombres jóvenes, en apariencia guerreros, llegaron a la carrera. El color de su cuerpo era más oscuro que el de los anteriores y llevaban una cota de cuero gruesísimo que les cubría hasta las rodillas, un casco de bronce endurecido tocado con cintas de género blanco y una especie de botas bajas de resina solidificada sobre armazones de fibras. Por todo armamento, si es que a esto podía dársele tal nombre, llevaban una larga pértiga de madera en la mano y un pequeño cuchillo de hoja muy ancha en la cintura.

El Iniciado hizo una seña y los dos jóvenes que lo acompañaban fueron a pararse a un par de metros del cuerpo de Magur. Los otros seis se le acercaron, y entonces él tomó a Ankor del brazo y le guió por la playa.

—¡Aguarda, sacerdote! Yo no he llegado solo con Magur; me acompañaban también otros hombres, entre ellos, Oashis, jefe de la Guardia Real. Te ruego investigues en los alrededores...

—Eso es lo que están haciendo otros hombres además de los que ves, pero te digo desde ya que no queda uno vivo.

Los ojos clarísimos del sacerdote refulgieron en una luz azul, infinitamente profunda... Luego, su voz se escuchó clara y dulce.

—Es muy difícil para los hombres, ¡oh, joven Serpiente!, escapar en un instante a los lazos que forjaron a través de los ciclos milenarios.

—¡Hablas como mi padre! ¿Qué se habrá hecho de él?

—A su debido tiempo lo sabrás...

Ankor, que cada vez vacilaba más al andar, tropezó, y a no ser por la ayuda del Iniciado, hubiese caído al suelo. Solícitamente los hombres de la escolta se les acercaron y, tomando a Ankor por las axilas, lo llevaron hasta la extraña embarcación encallada pocos pasos más allá. Era de forma ovalada, de unos diez metros de largo por cinco de ancho, de fondo chato, altas amuras, sin proa, popa, palos ni remos; toda ella

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

estaba construida en una sola pieza de bronce endurecido, aleación metálica que, a pesar de su acerada dureza y elasticidad, era relativamente fácil de trabajar en las fraguas-laboratorios y casi tan liviana como el aluminio³. La tripulaban otros cinco jóvenes como los que servían de escolta.

—¿Cómo es que no tiene remos? ¿Aprovecháis en esto también las fuerzas del sol o del rayo? —preguntó Ankor al sacerdote.

—Veo que te han hablado algo sobre los Misterios del templo de Kuum, Pequeña Serpiente; mas esta barca no tiene nada de ello; la aplicación de esas energías no es cosa fácil. Ante los enigmas que te presenta la vida, recuérdalo, imagina siempre lo más simple y directo, y tendrás mayor probabilidad de acertar. Esta barca es impulsada, sencillamente, por largas varas de madera que los guardias asientan en el fondo y los peñascos que nos rodean. Ello lleva a un mínimo los peligros de la navegación en esta difícil zona.

Una vez que Ankor fue ayudado a subir en la embarcación, vio que esta tenía una especie de segunda amura que la dividía en una zona externa en forma de anillo y otra central circular, que ocupó con el bondadoso Iniciado, mientras que los guardia-marineros maniobraban por el pasillo anular que los rodeaba, forcejeando con largas varas para alejar la nave de las rompientes.

Ankor se sentía desfallecer; la fatiga física, emocional y mental habían hecho de él un autómatas. El Iniciado le ayudó a acostarse en las esteras del fondo de la nave y, colocándole la mano derecha sobre los ojos, le dijo con voz infinitamente serena:

—Duerme, Ankor, si así lo deseas; duerme, no temas nada... Duerme...

Al joven príncipe le pareció que toda tormenta había pasado y que se elevaba por un rayo de sol filtrado entre las nubes...

³ Con un material parecido, pero más imperfecto, perdida ya entonces la verdadera fórmula, es con el que algunos pueblos de la Antigüedad histórica, incas, griegos y romanos, forjaron ciertos utensilios y espadas, los que, a pesar de conservarse muy pocas piezas, llamaron poderosamente la atención de los investigadores y asombraron al mundo de la ciencia química, pues los elementos componentes están combinados en proporciones hoy no factibles, indicando esto que fueron construidos variando la valencia de los elementos, y, por ende, sus propiedades.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

A TAL MAESTRO, TAL DISCÍPULO

Insensiblemente, el pequeño Hijo del Sol fue despertado, y la primera sensación física que captó fue la blandura sobre la que se apoyaba su nuca y lo confortablemente que reposaba todo su cuerpo.

Abrió los ojos y vio sobre él un techo artesonado de mármol blanco; por un segundo creyó estar en el palacio de su padre, mas pronto notó que los grabados del techo eran mucho más simples y austeros, sin representaciones de genios ni divinidades, sino solo figuras geométricas.

También la habitación era más pequeña. Una mano suave y cálida se apoyó sobre su brazo derecho. Ankor volvió la mirada hacia ese lado y vio al mismo sacerdote del salvamento, que lo miraba sonriente. Sin ninguna prenda en la cabeza, podían verse sus cabellos negros, que le llegaban a los hombros, contrastando con su barba muy corta, también negra.

—¿Cómo te sientes, Ankor?

—Bien... Sacerdote... ¿Cómo te llamas?

—Sarhimar... Puedes llamarme Sarhimar... He sido destacado para tu educación directa y yo seré tu pequeño Maestro por varios años...

—¡Hermoso nombre! Dime, ¿hallasteis a Oashis o a alguno de mis hombres con vida?

—Te dije que estarían todos... digamos... muertos. El cadáver de Oashis y los de algunos de tus hombres han sido hallados y hecho el ceremonial correspondiente en su ayuda; lo mismo hicimos con tu maestro Magur. ¿Sabes, Pequeña Serpiente? Una vez él también pasó por aquí y estudió largos años...

—Estoy en Kuum, ¿verdad?

—Estamos en una dependencia del templo de Kuum —respondióle Sarhimar sonriendo misteriosamente.

Ankor miró entonces mejor a su alrededor. Ocupaba una cama grande, directamente apoyada en el suelo, sin gradas como en su palacio y, a pesar de ser todo hermoso a su alrededor, la simpleza de líneas y la sencillez reinaban en todas partes; todo era blanco y geométrico, mas sin aristas cortantes ni cambios bruscos de líneas, sino concepciones armónicas y puras.

—Todo es misteriosamente hermoso aquí; ya no me duele nada...; todo parece haber sido una pesadilla... Dime, sabio Sarhimar, ¿he pasado muchas horas en este lecho?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Tienes un cronómetro al costado de la cama.

—¿Cómo es esto posible? Si mal no recuerdo, cuando subí a la barca de bronce, el sol estaba ya un buen trecho sobre el horizonte, y allí la columna de líquido coloreado me dice que solo han pasado cinco horas desde el comienzo de la jornada... Si esto es así, aún no ha amanecido... ¿Es qué acaso estuve casi veinticuatro horas dormido?

Sarhimar rió alegremente, diciendo:

—¡Ah, querido príncipe! Esperaba tu sorpresa, pero aún te falta una más: hace casi ciento veinte horas, por poco cinco jornadas enteras, que tú, o mejor dicho, tu vehículo físico, permanece reponiéndose en esa cama.

—¿Tanto? ¿Y para qué tantas horas de sueño?

—A su debido tiempo sabrás sobre ello; todo lo que puedo decirte es que, si bien en la vida normal unas pocas horas de sueño son suficientes, en caso de fuertes traumatismos en los cuerpos físicos, emocional o mental, el reposo en estado de sueño es una verdadera panacea, un regalo de los dioses.

Al abandonar tu parte física evitas los choques que por causas no naturales se establecen entre tus distintos vehículos y permites una mejor reposición armónica de todos ellos, y muy especialmente del físico. El genio que rige su economía anatómico-funcional se encuentra libre entonces de las presiones psíquicas, y puede llevar el ritmo adecuado, ritmo que nosotros, cuando ocupamos este delicado vehículo, rompemos a cada instante, acelerándolo o retardándolo, alimentándonos mal y respirando peor.

—¡Cinco días! ¡Qué extraño!

—Tu Maestro te habrá hablado más de una vez de las curas por el sueño. ¿De qué te extrañas tanto?

—No es por eso, sabio Sarhimar; en verdad, mi maestro Magur me habló en una oportunidad con casi tus mismas palabras, pero me extraña el no sentir sed ni hambre... Cuando me recogisteis hacía veinticuatro horas que no probaba bocado, y la mitad que no bebía una sola gota de agua... ¿Cómo habéis hecho para que, a pesar de los cinco días...?

—¿No te cansan mis explicaciones, Príncipe?

—Al contrario, las necesito y me agrada la manera amable con que me las das.

—Bien, es muy sencillo: te hemos alimentado, mejor dicho, sobrealimentado, durante este tiempo, y la falta de desgaste de energías, que es otra cuestión de la vida puramente vegetativa, robusteció la fortaleza de tu organismo.

—¿Me habéis alimentado con jugos alquímicos, cargados de energías solares?

—No exactamente eso... Te administramos, sí, gran cantidad de jugos vegetales, pero con sus cargas electromagnéticas y energéticas normales. Los alternamos con pequeñas pastillas de alimento concentrado, especialmente minerales, que dejábamos disolver en tu boca. La energía solar la ha dado, directamente, mi corazón al tuyo... ¿Puedes comprender?

—Sí, sabio Sarhimar, aunque no del todo. Algo me enseñó al respecto Magur; el corazón es un sol en miniatura y sus cargas son las mismas... También me enseñó que ambos regulan e impulsan las energías para sus respectivos cuerpos, y que el cuerpo para el cual el Sol actúa como corazón es el sistema planetario y todo lo que entra en su medio de acción.

—Veo que eres tan buen discípulo como esperaba, Pequeña Serpiente; mucho has aprovechado en tan breves enseñanzas.

—El sabio y buen Magur solía decirme que a los niños es bueno enseñarles un poco de cada cosa para que luego ninguna instrucción los sorprenda ni parezca inaccesible... Así, ¡oh, maestro Sarhimar!, llenaron mis horas la Botánica, la Historia, Química, Física, Alquimia, Astronomía, Astrología, Psicología, Geometría, Música, Magia, y mil ciencias y artes más, que unas veces a regañadientes, otras con avidez, bebía de los labios de mis maestros, de mi sabio padre, o bien directamente de los escritos correspondientes.

—Aquí tendrás oportunidad de profundizar todo eso, y de actuar en Religión, el realizarse del hombre con la Divinidad. Llegarás a ser una Gran Serpiente Solar como tu padre.

—¡Tus palabras inflaman mi alma!

—¡Inflaman! ¡Has dicho inflaman! Mi pequeño Príncipe, ese es el verdadero destino y el medio del hombre: el Fuego; mas las formas cambiantes y engañosas que pululan en la fría agua nos confunden y, a veces, al ver reverberar una roca sumergida, la creemos el sol y nos estrellamos contra ella. Pero tú has de saber, ¡oh, Ankor!, que el verdadero Sol, sin forma ni atributo humano, solo se alcanza en la ascensión directa, más allá de toda corporeización y de toda sombra... Él es toda e informe Luz...

—¡Una dicha indecible llena mi corazón!... ¿Ya amaneció? ¿Me permitirías...?

—¿Ofrendar a la Divinidad? Perdona que te haya interrumpido, querido Ankor, pero ya te había preparado todo. Mira —dijo el sacerdote señalando una pequeña mesilla de madera de incienso.

Ankor fue hacia ella y encontró perfumes y utensilios de los empleados para los oficios religiosos. Tomándolos en una bandejita de oro construida con la forma geométrica de una de las representaciones del campo energético solar, se dirigió a su Maestro y le preguntó:

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Dime, ¡oh, Sarhimar!, ¿podré salir a un lugar descubierto? Por suerte, veo a través de esa pequeña ventana que aún reinan las tinieblas y tengo tiempo de dar la bienvenida al Rector de la Vida.

—Esta será tu alcoba, Ankor, y ese lugar no podía faltar de ninguna manera. ¿Ves esa portezuela de mármol tallado casi disimulada en los grabados de la pared? Oprime el sol de oro que le sirve de centro y se abrirá a tu terraza...; es exclusivamente para tu uso personal... Sería dichoso si te agradase...

—¡Gracias, Sarhimar! De lo último estoy seguro...

El joven fue hacia el lugar indicado, apretó el símbolo y, con rapidez, ocultos resortes abrieron la pesada puerta hacia fuera. El aire helado de la noche le hizo estremecer bajo la liviana túnica amarilla que lo cubría hasta el suelo. Se cruzó de brazos y, restregándose el pecho enérgicamente, avanzó hasta una balaustrada de mármol blanco que se destacaba al fin de la azotea, treinta pasos más adelante.

Desde lo alto de la noche, los mil ojos de la eternidad mirábanle fijamente; miríadas de seres cósmicos expresaban sus vehículos físicos plenos de luz y energía. Apoyadas las manos en el mármol del parapeto, Ankor veía ante sí, a pocos metros, el mar que, rugiente, se hacía blanco al ser herido por las rocas.

Pasado ese divino momento de contemplación en que su alma poderosa absorbió el mensaje del universo —como las raíces de una planta joven los jugos vitales de la tierra—, el joven príncipe apreció los detalles de la construcción que habitaba. No era precisamente el gran templo divisado desde el barco, sino una construcción mucho menor, a unos cinco kilómetros de este. La terraza se alzaba a unos quince metros del suelo y sobresalía del resto del edificio, de líneas cuadradas y ciclópeas.

Se volvió entonces hacia la puerta de mármol labrado, pero la halló cerrada; enfrente, la pequeña mesita de incienso con la bandeja de los perfumes lo aguardaba. Sarhimar, luego de disponerla así, había desaparecido. Tiempo hacía que la Pequeña Serpiente no se entregaba a los sagrados oficios. Él, que solo había vivido para ellos y para el estudio, se había visto forzado a pasar varios días de angustias y fatigas que hubiesen aterrorizado el más fogueado guerrero de la Guardia Real.

Ya hacía una hora que Ankor estaba en tal sacrificio cuando el primer rayo de luz directa se asomó entre dos picos de las montañas lejanas; todo el mar, cubierto de tenue bruma, respondió en un solo y multiforme brillo. El joven observó todo extasiado y luego vertió ciertos jugos en la pequeña ánfora que contenía tierra.

—Así reverberan las almas, diferenciándose a la llamada de la Causa —la voz de Sarhimar resonó augusta y misteriosa a sus espaldas. Volvióse lentamente y vio al sacerdote, resplandeciente, con una amplia túnica de hilos de oro que le cubría entero, menos la cabeza, en la que llevaba el mismo casco con que lo viera Ankor seis días antes. Sus brazos se alzaban con las palmas de las manos hacia delante, en la posición

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

de saludo que tanto conocía el joven. Poco a poco se le acercó y, cubriéndolo con una pesada capa, le pidió que se retirase ya a su alcoba.

—Tienes razón, sabio Sarhimar; siento mi cuerpo algo fatigado y con frío. Pero, ¿sabes?, nunca mi alma estuvo tan bien...

Sarhimar le contestó con una larga y bondadosa sonrisa, al tiempo que dos de los hombres de cota de cuero entraban para llevarse la mesa y los perfumes.

Una vez que traspusieron la entrada, Sarhimar aconsejó al príncipe que se acostara y reposara un par de horas.

Cuando despertó, aún no había llegado el sacerdote, por lo que Ankor saltó del lecho, se envolvió en una gruesa manta rosada y se dirigió a la puertecita que daba a la terraza. Hizo funcionar el mecanismo y, trasponiéndola, el sol lo bañó íntegro en sus amorosos rayos.

El Príncipe estuvo unos segundos con los ojos entrecerrados, disfrutándolo y, luego, marchó hacia la balaustrada y se quedó contemplando los alrededores. Aquello, más que un sueño hecho realidad, era la realidad transformada en un sueño.

El cercano rugir de las aguas del océano Atlántico absorbía toda otra percepción sonora, lejos del mundo de los hombres vulgares. El mar se veía libre y tranquilo hasta unos dos mil metros de la costa: pero, más allá, una ancha barrera de peñascos le separaba del horizonte. Esa zona de peñascos, Ankor la conocía muy bien... A sus lados, una tierra riente en verdes colinas matizadas con espesos bosquecitos de pinos, riachos, estanques artificiales, senderos, templos como el que ocupaba.

Había unos veinte de ellos, separados por distancias no menores a los trescientos metros, unos pocos sobre el mar, y el resto desparramados por las praderas, bordeando los riachos o estanques.

Hacia el oriente, lo poco que permitían divisar las paredes de su alojamiento le decía de una zona montañosa a no muchos kilómetros de distancia. Mas lo principal y más impresionante de ese magnífico paisaje, donde los artistas divinos, a través de los ángeles primero, y de los hombres después, habían desparramado tanta belleza, era el cuerpo principal del templo de Kuum.

Al pie de las montañas, grande él solo como una pequeña ciudad, era el mejor monumento concebible a la concepción de lo gigante y de la eternidad. A pesar de la distancia que mediaba ante él, la Pequeña Serpiente pudo divisar sus torres piramidales, sus azoteas construidas sobre azoteas, los muros altos y recios como acantilados. Jardines decorados con mármoles, estanques y otros edificios menores lo rodeaban.

A unos trescientos metros, aproximadamente, lo circundaba un muro de no menos de treinta metros de alto y la mitad de espesor, fosos y demás defensas. El oro, los esmaltes y el mármol blanco refulgían en sus torres de más de cien metros de altura.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Largo rato quedó el joven gozando de tal vista y de la estimulante, aunque algo fuerte, brisa que le llegaba del mar.

El ruido de unas sandalias metálicas sobre las losas del piso le hizo volver rápidamente, y se encontró con Sarhimar, quien, vistiendo íntegramente de amarillo, le sonrió afectuoso.

—Veo que la pereza no tiene albergue en ti, divino aspirante a los Misterios...

—Eres demasiado bueno conmigo, sabio Maestro; estaba gozando de tanta belleza y tratando de guardar un poco en mi corazón.

—Hoy te llevaré a conocer algunas dependencias del Gran Templo; puedes ir a tu cuarto, donde te esperan los dos hombres a tu servicio. Allí hallarás ropa adecuada y alimentos.

Así hizo Ankor; media hora más tarde se presentaba en la terraza con una túnica parecida a la de Sarhimar, aunque mucho más ornamentada en oro y pequeñas piedras preciosas.

Su instructor le observó sonriente y luego le indicó que penetrase de nuevo en la alcoba; de allí, tras andar por algunos corredores, salieron hasta uno de los flancos de la casa.

El joven vio un sencillo palanquín abierto, de metal liviano, que atendían ocho hombres: dos delante, dos atrás, y otros tantos a cada lado. Además, aguardaba otro personaje con algún alto cargo administrativo, a juzgar por el sol de oro que mostraba en medio de su túnica color arena y de la cinta metálica azul que ceñía sus sienes. A este lo rodeaban media docena de guardias.

—Honorable Swamoa, esta es una Pequeña Serpiente, hijo y discípulo de la Gran Serpiente —dijo Sarhimar señalando al nombrado.

—¡Salve, Serpiente Solar! —dijo Swamoa, en medio de una profunda reverencia—. Conocí a tu sagrado padre, y ese recuerdo ennoblecerá siempre mis jornadas. Bienvenido seas al templo de Kuum.

—¡Gracias, noble hermano; que los Señores de tu senda te sean propicios y la voluntad de mi Padre sea contigo!

—¿Ya podemos salir, honorable Swamoa?

—Sí, ¡oh, sabio!; lleva a la Pequeña Serpiente por las cuevas y caminos.

Sarhimar se adelantó entonces con Ankor, y ambos tomaron sitio en el cómodo y liviano palanquín. Swamoa hizo una seña, y cuatro de sus seis guardias encabezaron la pequeña comitiva. Él se quedó con los brazos cruzados mirando cómo se alejaban y sonriendo extrañamente. El joven príncipe pensó que había algo de escepticismo en su

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

sonrisa. Notó también, con cierta sorpresa, que el paso de los hombres era vivísimo y, a pesar de no ser muy robustos, tenían una fuerza y una resistencia increíbles.

Lo que desfilaba ante los ojos de Ankor era estupendo, aun para él, tan acostumbrado a la hermosura y la grandiosidad. Jardines rebosantes de flores, enmarcados por senderos de mármoles multicolores, bancos, estatuas, monumentales fuentes, templos y palacios; en fin, toda aquella armonía que, poseyéndola las cosas, las diviniza, haciendo que tengan algo en común: lo hermoso...

—¡Esto parece hecho por los dioses! —comentó el joven.

—Si con ese nombre te refieres a los distintos aspectos con que la Divinidad se nos manifiesta, puedes decir, ¡oh, Pequeña Serpiente!, que es obra de los dioses...

—No acabo de comprenderte, sabio Maestro.

—Trata de penetrar en mis palabras... Las palabras no son más que los burdos portales de las Ideas que habitan sus Mansiones. Tú has estudiado la constitución del cuerpo humano, ¿verdad? ¿Has estudiado, al menos, los rudimentos?

—Desde hace años estudio la forma, la energía y la función de este cascarón, sabio Sarhimar, pero es muy escaso lo que pude aprender...

—Bien, pero tú sabes que tu mano, por ejemplo, está formada por millones y millones de seres apresados en una estructura energética que le da su forma, y que cada uno tiene una relativa vida independiente...

—Sí, eso lo sé...

—Ahora imagina por un momento que esos pequeñísimos seres tuviesen la facultad de razonar; dótalos de mente por un minuto. Al esculpir tú una estatua, podrán ellos, bien por separado o en conjunto, decir: «yo esculpí aquel grano de piedra», «nosotros construimos, con nuestra propia presión y fuerza, esta estatua». Pero ellos estarían en un vanidoso error, pues si ellos te fueron necesarios y hasta imprescindibles en ese momento, la inteligencia creadora y armonizadora de esas formas fuiste tú. Fue tu alma, a través de sus pequeñas almas, la que, sirviéndose de sus cuerpos, formó en conjunto el tuyo. Así, querido Ankor, los miles de hombres que construyeron, en lejanos tiempos, estas bellezas, estaban todos poseídos y dirigidos por la Divinidad que los impulsaba y a la cual servían. ¿Me has comprendido?

—Mucha es tu sabiduría, noble Sarhimar, y pobre mi capacidad; mas creo haberte comprendido en lo que me instruíste...

—Tampoco esta sabiduría es mía; pero a su debido tiempo lo sabrás.

—Así lo espero y lo deseo...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Sumidos en este y otros temas, transitaban Ankor y Sarhimar entre un mundo maravilloso, pero desierto. Notó esto el joven, y preguntó:

—Di, sabio Maestro, ¿es que somos, al menos en este momento, los únicos habitantes de la ciudad-templo de Kuum, que, en mis cálculos, debía albergar varios miles de almas?

—Te sorprende que nadie salga a tu paso ni figure a tu vista, ¿verdad, Príncipe?

—Por cierto, me extraña mucho, y mi extrañeza ha llegado al límite, pues acabo de ver en un claro del bosquecillo algunas flautas y relucientes tablillas escritas, hechas de cobre: señal de que varias personas han estado allí hace horas, tal vez minutos, y que se han retirado, al parecer precipitadamente... Maestro, ¿es que huyen de mí?... ¿Qué pueden temer?

—Huyen y no huyen de ti —respondióle su instructor, sonriente—. Les han aconsejado que se oculten y no se muestren hasta que estemos en otro sitio del parque...

—¿Y por qué?

—Porque aún tú no eres un verdadero discípulo en este templo. Conocemos tu instrucción y tu grado real y el actual; mas necesitamos oficializar, por decirlo así, tu derecho a la sabiduría superior. No te preocupes, Pequeña Serpiente..., mañana comprenderás...

—¿Mañana? ¿Qué ocurrirá mañana?

—Observa ahora y calla; en su oportunidad te lo diré...

Con estas palabras, dichas con infinita dulzura, pero encerrando la inflexibilidad de la roca, el sacerdote cerró el diálogo, y Ankor volcó toda su atención en el paisaje. En una de las construcciones, sencilla, pero con proporciones de palacio, se renovaron los ocho portadores del palanquín.

Ya pasaba el Sol su máxima altura sobre el horizonte, no muy grande en aquellas latitudes aun en el verano, cuando el terreno empezó a hacerse por momentos escabroso, con pronunciadas cuestas, y el pequeño príncipe vio cómo se detenía el palanquín a un centenar de metros del foso que protegía el templo de Kuum propiamente dicho. Sarhimar le invitó a descender y, tomándolo de la mano, lo llevó hasta la gigantesca obra de ingeniería.

Desde el lugar en que se encontraba, Ankor pudo ver que el foso tenía unos cincuenta metros de ancho entre sus dos bordes, construidos en enormes bloques de granito; el agua, aparentemente estática como en un lago, les llegaba al ras; a la derecha y a la izquierda, luego de un vasto semicírculo, se perdía por detrás de la incomparable construcción.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El Príncipe calculó que la ciudad-templo tendría más de cuatro kilómetros de diámetro, y forma circular. El borde interior del foso se continuaba con la gran muralla circundante, de tan perfecta construcción que, desde el lugar que ocupaba Ankor, no se distinguían las uniones de las piedras. Más allá se destacaban las torres.

Sarhimar no interrumpió la cuidadosa observación del joven, quien, volviéndose hacia él, le dijo:

—¡Esto es enorme! ¡Estas defensas son inexpugnables! Dime, sabio Sarhimar, ¿qué profundidad tiene esta vía de agua y cómo es mantenida aquí?

—Mi especialidad no es la arquitectura, Pequeña Serpiente, pero tengo entendido que entre la superficie del agua y el fondo que la contiene median casi quince metros de profundidad.

—¿Cómo se traspone este foso?... No veo portones levadizos ni puentes...

—Eso lo sabrás luego.

—¿Cómo mantenéis tanta agua? —preguntó el joven, echándose de bruces en la orilla y sumergiendo sus manos en el agua. Y agregó: —¿Cómo es que está tan limpia?

—Un arroyo nacido de vertiente alimenta este sistema que desemboca por un canal en el mar. También luego verás, si te interesa, un complicado sistema de esclusas y puertas-válvulas que actúan automáticamente cuando, en la época de los deshielos, otros arroyos desembocan en el foso y alteran el nivel de sus aguas.

—Antiguo... Sí; imagino, Maestro, que toda esta construcción es muy antigua.

—Todo lo que ves ante tus ojos, desde los canales a las pirámides y torres, ha sido besado por más de trescientos siglos. Los palacetes como el que habitas y algunos detalles de los jardines son de épocas más recientes.

—Yo creí que este templo era más viejo... El sabio Magur me había comunicado que este Centro Solar se había originado poco después del hundimiento del gran continente atlante, y tengo entendido, ¡oh, sabio Maestro!, que de ello hace muchos centenares de siglos...

—Así es, amado Ankor; más la Ley Universal, la ley de los ciclos, también nos ha afectado. Este templo anterior del que tú hablas fue destruido más de mil años antes de que se alzase este, y no ocupaba este lugar.

Sus ruinas yacen hoy bajo el mar, a varios kilómetros de la costa. Este mismo templo estaba antes más lejos del océano...

Una rapidísima sombra pasó por los ojos del sacerdote. Ankor notó algo, pues preguntó:

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Sí, buen Sarhimar, ¿cuándo serán los tiempos en que también esto se sumerja?

El interrogado miró a los ojos de Ankor casi violentamente, como con miedo de haber hablado demasiado; pero los ojos verdes, claros y profundos de la Pequeña Serpiente le recordaron que un ser muy desarrollado y templado en los Misterios más internos —aunque momentáneamente bajo una expresión embrionaria— se escondía dentro del cuerpo de un jovencuelo.

—¿He dicho algo inconveniente? Te ruego, ¡oh, sabio!, me perdones en ese caso. Mas me permito recordarte que, si es que debemos perecer en alguna catástrofe, no será una Serpiente Solar el ser que más le tema... en el templo de Kuum ni en parte alguna.

—Desoye los nobles impulsos de tu corazón, a los que, forzosamente, se están sumando la vanidad y el orgullo, pues no hay razón para dar demasiada trascendencia a mis palabras... ¡Todo esto caerá un día, puesto que se elevó...! Tras la noche, el día, y después una nueva noche; mas cuando sea propicio sabrás tú el momento.

—¿Tú lo sabes, Maestro?

—Sí —respondióle el sacerdote dulcemente.

—Pero no puedes decirme más, ¿verdad?

—La futura Gran Serpiente Solar sabe que las palabras, como las frutas, indigestan si son comidas verdes, e intoxican cuando por demasiado maduras se descomponen; solo son saludables las asimiladas en su punto... Y también tú sabes —agregó sonriendo— que no seré yo quien te indigeste ni envenene, menos aún el alma.

Los ojos oscuros del sacerdote se fijaron en Ankor con un amor dulcísimo. Este, impresionado, sintió necesidad de moverse y preguntó si podía recorrer el lugar.

—Sí que puedes, pero pide antes a los guardianes quieran traernos algún alimento que hice colocar en el palanquín.

El joven salió corriendo hacia el grupo que los aguardaba y les comunicó los deseos de Sarhimar. Una pequeña canasta de fibra fue portada junto al foso y, allí, a la sombra de los arbustos cercanos, Maestro y discípulo tomaron con buen apetito las frugales viandas.

Luego, Ankor fue a recostarse sobre el césped, al reparo del bosquecillo de pinos. El perfume de las coníferas, tan conocido del Príncipe, las familiares motas de pasto, las mansas raíces hundiéndose en la tierra, todo ello pudo despojarle un poco de esa tremenda aventura que vivía, y recordó asombrado su vida hasta hacía pocos días, su padre, sus cuidadores, los guardianes, sus Maestros, los libros, los templos...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Desde muy niño, su padre la había prometido enviarlo a Kuum para sus estudios superiores, cuando estuviese «en edad». Él nunca supo cuál era esa esperada edad, pues nunca nadie se lo dijo, mas no lo esperaba tan pronto. Se le ocurrió pensar que tal vez se hubieran precipitado los acontecimientos, pero Magur ayer y Sarhimar hoy le habían dicho que se recoge lo que se siembra, y ni un minuto antes ni después del determinado en el plan. Si él estaba allí es porque debía y merecía estarlo; mas la observación de una pequeña flor entre las raíces de un pino le sobrecogió el alma de misterio. Había un «algo» detrás de todas las cosas, que escapaba a la razón y a sus conocimientos... Dulcemente embriagado de poesía y misticismo, Ankor quedó dormido sobre las paternas rodillas de un pino.

Algo le despertó y, abriendo los ojos, pudo ver a Sarhimar parado a su lado, contemplándolo.

—Has hecho bien en despertarme, noble Maestro, pues involuntariamente pudo haberte preocupado mi tardanza. Te ruego me perdones —dijo el joven, incorporándose—, pero sublimes ideas me raptaron en sus brazos hasta el cielo...

—Si tales ensueños te han detenido, no tienes por qué excusarte... Además, este lugar es muy hermoso y he pasado un rato muy dulce a tu lado.

—¿A mi lado? ¿No fue tu llegada la que me despertó?

—Hace más de una hora que velo tu sueño; te has despertado tú mismo, al sentirme junto a tu cuerpo físico...

—¿Has estado esperando tanto tiempo a que despierte?

—¿Te sorprende? Muchos años estaré velando el sueño de tu alma hasta que despierte... No te extrañe entonces que vele una hora de tu sueño material...

—Muy bondadoso eres, ¡oh, Maestro!... ¿Es la hora del regreso?

—Sí; cuando lleguemos a nuestra casa, al anochecer, tengo algo muy importante que decirte.

—¿Algo referente a mi entrada en los Misterios de Kuum? —preguntó el joven, observando el rostro sereno y meditativo de su instructor.

—Puedes darle el nombre que quieras, mas yo diría que versará sobre tu entrada en los Misterios de Ti mismo...

Sin mediar más palabras subieron al palanquín, y los portadores los llevaron rápidamente hacia el mar.

Un crepúsculo lento y magnífico vestía de tenues colores todas las cosas cuando llegaron al palacete. Ankor fue el primero en descender, y el aire fuerte y helado del mar le dio la sensación de otros vientos que arreciaban desde algún tremendo mar interior.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Te ha agradado nuestro país? —la voz de Swamoa lo sacó violentamente de su arrobamiento. El enigmático personaje estaba allí, parado como diez horas antes: aparentemente no se había movido. El joven lo miró a los ojos y le respondió como en sueños:

—Es maravilloso..., pero más maravilloso aún es el mío...

Uno de sus dos siervos le cubrió los hombros con una manta rosada, y penetró con su Maestro en la casa. Swamoa entendió instantáneamente las palabras del joven, y su sonrisa algo burlona se diluyó suavemente en las tenues sombras de sus pensamientos.

Ya habían terminado de cenar cuando Sarhimar invitó a su discípulo a que le acompañase a la terraza. Así lo hizo Ankor, y echándose a los pies de su Maestro aguardó sus palabras.

—Olvídate de mí, del templo de Kuum y de tus afanes pasados; mira las estrellas, aíslate en el murmullo del mar y deja que el alma de mis palabras bese tu alma y se diluya en ella. De gran importancia será el fruto de esa unión... Oye, pues, ¡oh, Aspirante a los Recónditos Misterios!

—Es en esa actitud como humildemente te oigo, sabio Sarhimar... Habla, te lo ruego.

—Tú has sido ya instruido en gran parte de los Misterios Externos Religiosos, y te han preparado para la recepción de aquellos más internos.

—Es verdad...

—Bien; el momento ha llegado. Tu rango espiritual ha motivado tu conexión tan directa con la Gran Serpiente y la innegable educación recibida. Todo ello ha hecho que desde tu venida te considerásemos todos como uno de nosotros y como un discípulo que pronto será Maestro de los hombres... Mas para entrar verdaderamente en la Instrucción debes oficializarte como discípulo, siendo aceptado por el Maestro...

—¿Y cuándo será eso? —preguntó el joven con ansiedad.

—Mañana...

La voz de Sarhimar penetró hasta el fondo del alma del joven Hijo del Sol, haciendo vibrar mil liras empolvadas construidas pacientemente a través de los milenios.

—¡Mañana! ¡Oh, Maestro, jamás una noche me habrá parecido tan larga! Mil preguntas se agolpan en mis labios, mas sé que será torpe e inútil pronunciarlas...

—No atiendas demasiado a tus preguntas. Lee más bien las infinitas respuestas que te rodean... Después...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Después, qué?

—Nada... Ese fuego dorado que aflora algunas veces a tus ojos me hace difícil recordar tu calidad de discípulo aún no aceptado, y me impele a arriesgar palabras que no debo..., palabras que pueden hacerte mucho mal...

—Magur también aseguró haber visto ese fuego en mis ojos; me dijo también que era la luz del Sol que yo había atesorado en otros momentos de mi vida, en la manifestación de otros ciclos... ¿Qué diferencia hay entre una existencia terrenal y un ciclo...? Creo que son la misma cosa y, sin embargo, intuyo una diferencia... ¡Hay tantas cosas que no sé!

El sacerdote acarició sus cabellos, y ayudándolo a levantar le dijo, mirando dulcemente a sus ojos...

—No te martirices con lo que ignoras; cada paso en el camino hará avanzar otro paso al horizonte; la revelación de un Misterio no es más que un trampolín que lanza hacia otro mayor..., y así... Mas hay otras circunstancias... Ya lo sabrás... ¡Ve ahora a tu cuarto! Deja reposar a tu cuerpo y ve tú a prepararte en las regiones de las sombras... Mañana será un gran día en tu vida... y en la mía —agregó Sarhimar en un murmullo, como hablando consigo mismo.

Sus ojos negros y poderosos buscaron las estrellas con ansiedad. Mucho tiempo se hubiese quedado inmóvil si nuevas preguntas y protestas de Ankor no lo hubiesen hecho reaccionar.

—Ve, ve a la cama ya, Pequeña Serpiente; no debemos hacer ni hablar lo agradable, sino lo debido... No tomes a mal ninguna de mis palabras, pues en todas ellas te he amado.

A una palmada suya aparecieron los dos jóvenes al servicio de Ankor y lo acompañaron al interior. Él descendió a la playa por una pequeña escalera de bronce.

El Príncipe despidió a sus amables servidores, pero no pudo dormir hasta pasadas varias horas.

El sonido de su nombre repetido en voz alta le hizo abrir los ojos al nuevo día. Sarhimar estaba ante él vestido de lino blanco purísimo y portando en la cabeza su resplandeciente casco de oro. En el medio del pecho, el Símbolo Solar resplandecía en oro y brillantes.

Una aureola de dignidad y poder emanaba de él, de tal modo que Ankor quedó paralizado mirándolo. Para él, hasta ahora había sido, en su extrema ternura y humildad, ante todo un amigo; en ese momento le veía como Maestro; su sonrisa era la misma, bondadosa, pero su rostro estaba sumergido en una infinita y sobrehumana serenidad.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Buenos días, ¡oh, Príncipe Solar! Tus hombres te asearán, vestirán y perfumarán como corresponde. Luego puedes bajar, pues te estaré aguardando junto al palanquín.

—Te saludo, sabio Maestro. Ha llegado el día... Haré todo lo que me dices lo más pronto posible.

Diciendo estas palabras dejó el lecho y, observando el cronómetro hidráulico que estaba junto a su cama, exclamó:

—Creí que me despertarías antes del amanecer; mas veo que el sol ya debe haber salido...

—Lo hace en estos momentos; dispones de casi dos horas para bajar —dijo el Maestro y, dedicándole su melífica sonrisa, salió de la habitación.

En apenas una hora, Ankor estuvo listo y vestido igual que el sacerdote, salvo el casco, que en él se reemplazaba por una serpiente de oro que le rodeaba el cráneo y se erguía en la frente en una extraña cabeza de pájaro, recubierta de plumas incrustadas de cristales alquímicos. Su rostro resplandecía de místico entusiasmo.

—¡Te saludo, Hijo del Sol! —Swamoa le aguardaba al pie de la escalinata.

Ankor, luego de saludarlo, advirtió que su mirada se había dulcificado y ya no sonreía.

—Además... te deseo el mejor de los triunfos... ¡Ve, Pequeña Serpiente!... Los dioses sean contigo...

Al joven le sorprendió esta desacostumbrada afabilidad y la emoción reprimida que velaba sus palabras, pero lo disimuló.

—¡Gracias, noble Swamoa! Sé que seré aceptado y tus buenos deseos me allanarán el camino.

—¿Vamos, Pequeña Serpiente? Debemos llegar al templo antes del mediodía...

Ankor obedeció a su Maestro, y al subir al palanquín iniciaron la marcha. Casi ni una palabra cambiaron en más de dos horas de viaje.

¡Qué distinto le parecía todo al joven! Antes, una despreocupada curiosidad casi infantil le impulsaba a observar y comentar cada variedad en el paisaje; ahora, sumido en su interior, en un mundo de ideas y emociones, estaba ajeno a todas las formas físicas que le rodeaban y a toda incidencia en la ruta. Quizá por eso ni siquiera notó que el palanquín estaba adornado con cintas amarillas y que, a medida que avanzaban, otros semejantes, con sus cortinas bajas, iban sumándosele constantemente.

Al llegar a la ciudad-templo y detenerse ante el foso, Ankor volvió de sus meditaciones y, recorriendo las cortinillas, por primera vez se encontró en un lugar cercano al anteriormente visitado; pero, por más que miró, no vio el túnel, puente ni balsa que les permitiesen traspasar el río artificial, ni puerta del otro lado por donde fuese posible franquear los altos murallones.

A unos doscientos metros de distancia notó, con sorpresa, la presencia de medio centenar de palanquines semejantes al suyo, con sus correspondientes portadores y guardias.

—¿Qué significan esos palanquines y por dónde entraremos, sabio Sarhimar?

—Los que ocupan esos palanquines se presentarán a ti en su debido tiempo; por ahora, sabe que son Hermanos Solares que aguardan tu aceptación. En cuanto a la manera en que entraremos al templo, ¡oh, Ankor!, está ante sus ojos.

El Príncipe se volvió rápidamente hacia las murallas, mas no vio nada; ya iba a volver a interrogar al sacerdote cuando un sordo rumor lo detuvo.

Un sector de la pared, a todo lo alto, y con un ancho de unos cinco metros, se estaba inclinando rápidamente sobre el foso. Ankor no comprendió cómo había de pasar, pues al llegar a la posición horizontal, el extremo más próximo quedaría aún a veinte metros de la orilla que pisaban. Poco antes de colocarse en esa posición, de la parte próxima emergieron dos pilotes metálicos hacia abajo, de poco más de un metro de largo, que, al hundirse en el agua, se apoyaron sobre algo que estaba sumergido por pocos centímetros de agua.

Ante la sorpresa del joven, se proyectó entonces hacia delante un «sobre-puente» relativamente ligero, metálico, que llegó hasta la orilla, a pasos de su palanquín. Toda esta maniobra no duró más de dos minutos.

Sarhimar le dijo entonces:

—No te asombres, amado Ankor; esa pared no es de piedra, sino de metal, con su apariencia, y todo el mecanismo se mueve por la energía sacada de un salto de agua.

Los portadores alzaron nuevamente el vehículo y traspasaron el extraño puente, que desembocaba en un corredor corto rematado por una pesadísima puerta de hierro que se iba abriendo lentamente.

—¿Veré ahora al Maestro? —preguntó el joven con voz temblorosa de emoción.

—No puedo contestarte, Pequeña Serpiente; te ruego tengas paciencia y permanezcas sereno, pues dentro de muy poco podré abrazarte como mi verdadero discípulo e hijo bien amado.

Pasaron también la puerta, y el palanquín transitó por unos jardines-templo y plataformas como jamás Ankor hubiese ni soñado. Por fin, luego de marchar por un

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

camino de losas blancas bordeado por monumentales esfinges aladas, que sumergían sus garras en estanques artificiales, los portadores se detuvieron ante la construcción central; enorme ensueño místico hecho de piedra que, cubriendo varias hectáreas de terreno, y elevando sus cúpulas piramidales a más de cien metros de altura, escapaba a toda ponderación expresable en lenguaje humano.

El Príncipe echó pie a tierra y se quedó extasiado contemplándolo.

—Ya tendrás tiempo de admirarlo, ¡oh, Ankor! Marcha ahora conmigo, pues no queda mucho camino para que el Sol recorra antes de su altura máxima.

—Perdona mi torpeza, noble Sarhimar, pero esto es tan hermoso y eleva tanto el espíritu su contemplación que, francamente, me transporta y confunde. Jamás vi tal expresión de arte.

—Pocas oportunidades tendrás de ver obras como esta, Pequeña Serpiente. Al hombre le falta aún mucho camino evolutivo por recorrer hasta que comprenda que Arte, verdadero Arte, es aquella belleza, armonía pura, que ilumina y eleva, haciendo vibrar lo mejor de nosotros. Todo aquello que exalta las bajas pasiones, la arritmia, la violencia o la ignorante desesperación, no es Arte, sino artesanía, obra de seres terrestres y, cuanto más, mediocres, alejados del divino Arte. Mientras no tengan en sus almas la silenciosa armonía de las estrellas, jamás harán cosas como esta...

Así, conversando, fueron avanzando de plataforma en plataforma, hasta que llegaron al frente del templo central. Una última azotea los llevó ante una enorme puerta de bronce cuyas dos hojas estaban encerradas en un marco de tal belleza escultural que arrancaban el alma del cuerpo. El tema, en líneas generales, era la evolución de la vida, desde las zonas de los arquetipos materiales hasta la unión total en el Sol central superior. Dos extraños cuerpos geométricos, hechos de pirámides cuadrangulares ensambladas, coronaban, a cincuenta metros de alto, las dos columnas que formaban los laterales inmediatos de la puerta.

Ankor miró fijamente la entrada y, volviéndose hacia su Maestro, con una extrema serenidad que reflejaba la tensión interior, le preguntó:

—Es aquí, ¿verdad, oh, Maestro?

—Sí... Ahora debo dejarte; luego nos reuniremos...

Con estas palabras el sacerdote empezó a descender la rampa por la que habían llegado, casi a la carrera.

El joven quedó solo; cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó. Media hora más tarde, las puertas se entreabrían y salía por ellas un sacerdote de túnica azul oscuro, con un cetro de oro en la mano. Dos jóvenes envueltos en sencillas túnicas blancas seguían sus pasos. Se detuvo ante Ankor y le observó severamente. Sus ojos, negros como el

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

ébano, relampagueaban bajo la visera de su áureo casco en forma de cabeza de ave. El joven sostuvo aquella mirada con el alma encendida en místico poder.

—¿Tú dices ser una Pequeña Serpiente Solar, el que llaman Ankor? —le preguntó por fin.

—Ese soy yo, noble señor...

—¿Y qué es lo que quieres de Kuum?

—¡Sus recónditos Misterios!

—Comienza entonces por cultivar los jardines y desbastar la roca hasta que seas digno de la cosecha y de la piedra clave.

—Vengo por la cosecha y por la piedra clave; he andado las mansiones para ello.

—El camino es muy duro, ¡oh, hermano!

—No lo será tanto para el que ya lo recorrió otras veces.

—¿Piensas llegar esta vez más lejos?

—¡Llegaré!

—¿Sabes que la puerta por la que acabo de salir se abre solo hacia adentro?

—¡Hazme penetrar por ella! Ahorra tus amenazas y proposiciones, pues mi alma es dura como el granito y aspira a serlo como el diamante.

El sacerdote volvió a fijar su terrible mirada en los ojos de Ankor y le dijo:

—¡Penetra! ¡Ve solo! —Ankor traspuso el umbral resueltamente y con la frente alta. Las pesadísimas hojas de bronce se cerraron tras él con atronador estrépito. Se encontró en un recinto no muy grande, sin moblaje ni ornamento alguno, escasamente iluminado por dos antorchas; el techo estaba tan alto y oscuro que no se veía.

—¡Así que te dices Serpiente Solar! ¡Hijo del Sol! —empezaron a exclamar varias voces entre horrísonas carcajadas. La estudiada acústica de aquella estancia las hacía fuertes como truenos, y se repetían siete veces cada una, repercutiendo de pared a pared.

Ankor conocía aquellas estratagemas, que se empleaban para probar los nervios del aspirante, pero, con todo, aquellas carcajadas de hiena le alteraban y enfurecían. Luego de diez minutos que le parecieron años, cesaron las voces, y la del sacerdote del manto azul le dijo:

—Por última vez: ¿te dices Hijo del Sol?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Sí! —exclamó Ankor con energía.

—Toma entonces la espiga bañada en oro que está depositada a tus pies y aguarda tu cosecha. Un hijo conformado por tus obras pasadas te será presentado; si esa deuda está en ti saldada, si ya no dependes del sable, ni tus pies transitan los peldaños de aristas cortantes, si has dejado atrás todo ello, pasarás salvo; si no...

La voz, de propósito, se perdió en extrañas resonancias. Poco tiempo le quedó al joven para meditar sobre lo escuchado; apenas había tomado la espiga que descansaba sobre un paño azul cuando el sordo rumor de unos rodillos metálicos sobre la piedra le hizo mirar a la pared opuesta. Las antorchas pequeñas, a más de cinco metros de altura, iluminaban muy deficientemente, de manera que Ankor divisó con cierta dificultad un trozo de pared que se había elevado dejando al descubierto una oscura poterna de poco más de un metro cuadrado. De pronto, un ensordecedor rugido retumbó en el recinto, seguido de varios roncós maullidos y un rítmico resoplar. Ankor sintió que el corazón le latía fuertemente y que se contraía ligeramente la piel de su espalda.

No tardó en aparecer la fiera: un enorme tigre de las nieves, oriundo de Asia, le observaba enloquecido de rabia y de hambre. La poca luz estiraba sus proporciones en la sombra, y sus ojos diabólicos estaban fijos en el joven, físicamente indefenso. Bramando y mostrando sus colmillos como largos puñales blancos, empezó a rondar la habitación; ya llevaba casi dos vueltas recorridas cuando se detuvo con todos los músculos en tensión. Ankor supo que lo iba a atacar y, entonces, por primera vez, tuvo verdadero miedo, terror, un terror animalesco, selvático, de gacela perseguida; la bestia en él ansiaba huir..., huir. Por un segundo se imaginó un sangriento puñado de sus vísceras desparramadas por el suelo...

El tigre dio dos o tres rápidos pasos hacia él, y allí comprendió el Príncipe que, si no dominaba sus principios inferiores emocionales, todo estaba perdido. Pero la luz se hizo en él, y el flamante Sol de su corazón dispersó instantáneamente las sombras del miedo. A sus ojos subió la luz dorada de la que le habían hablado sus Maestros. Su mano derecha, empuñando la espiga, se alzó, y el formidable felino frenó bruscamente su impulso; entrecerró los ojos, bramó de dolor y sus zarpas buscaron desesperadamente defender su faz contra «algo» que le quemaba y deslumbraba. Pero la bestia estaba enloquecida, y aun así levantó su pata izquierda dos veces sin poder bajarla sobre el pecho de Ankor, que le miraba inmóvil, sin siquiera pestañear. A la tercera tentativa, ese «algo» fue demasiado fuerte. El enorme tigre de colmillos de sable, como herido de muerte, saltó hacia atrás, aplastándose contra el muro, con el tremendo trueno de una roca que cayese al fondo de un pozo, y crujidos como de tablas que se quebraban. Resoplando trabajosamente, arrastrándose sobre su vientre, desapareció por la poterna por la que había entrado, que se cerró nuevamente tras él.

Ankor notó con extrañeza que le costaba abrir la mano que aferraba la espiga, y que, súbitamente, le acometía un gran frío; sus ropas estaban húmedas y su boca reseca, caliente y salada.

A poco, sintió una vibración bajo sus pies, que al principio no supo a qué atribuir. Pensó que el suelo, circular, iba a empezar a girar; pero la poterna por la que había salido la fiera aún estaba delante de él, aunque le pareció algo más alta. En efecto, el suelo no giraba, sino que se hundía apenas perceptiblemente. Poco a poco, las antorchas fijadas en lo alto se fueron distanciando, y la débil luz se convirtió en penumbra. El joven no podría haber dicho cuánto duró aquello, ni a qué profundidad había descendido, pero se le antojaban dimensiones enormes. Las piernas le dolían de tanto estar de pie, en tensión, sin saber cuál sería la próxima prueba. Por momentos su ánimo decrecía y el terror se insinuaba entre sus pies; pero, en seguida, el esforzado espíritu que le caracterizaba y el recuerdo de quién era le hacían asumir la actitud de una desafiante estatua.

No pudo ver desde dónde había llegado, pero una ola inmensa y espumosa lo arrebató, y tan solo atinó a colocar la espiga entre sus dientes y bracear, tratando de no quedar sumergido definitivamente. Los fuegos, en lo alto, parecieron vacilar y, sin hacer pie, giró cientos de veces en un sobrecogedor remolino que, tan rápidamente como había aparecido, lo dejó otra vez, semidesmayado, sobre el liso y húmedo piso de piedra. Las antorchas seguían brillando muy altas, y tan solo las húmedas paredes de esa especie de enorme pozo, brillantes de agua, le aseguraban que no todo había sido una visión. Sintió sus ropas revueltas y mojadas, y el peso de la espiga de oro en la boca. Lentamente se rehízo y una alegría casi salvaje le nació en el pecho: había vencido una vez más.

Otra vez la vibración, ahora familiar, le indicó que el piso retornaba hacia arriba, pero una sensación de desequilibrio le avisó que, ahora sí, lo que al principio presintiera estaba ocurriendo. El piso giraba, y lo hacía cada vez más rápidamente. Pronto le fue imposible mantenerse de pie; un fuerte viento intentaba despegarlo del suelo y, echado de bruces, con los brazos y piernas abiertos, se pegó al piso cuanto pudo, mientras su mente se aturdí con el espantoso tronar de esa descomunal rueda de piedra. La fuerza centrífuga amenazaba estrellarlo contra los fugitivos muros laterales, pero constantemente se arrastraba hacia el centro, tratando de no salir de ese lugar, donde el giro era horroroso, pero en el cual no lo arrastraba su potencia hacia las paredes, las cuales, aunque lisas, le hubiesen desgarrado las carnes en cuestión de segundos. Varias veces abrió la boca convulsivamente, y sus manos apenas alcanzaron a aferrar otra vez la huidiza espiga, cuyo peso parecía haberse triplicado. El viento había apagado las antorchas, y cuando al fin la rueda del piso se detuvo, quedó el joven sumido en la oscuridad más profunda, sin atisbo de claridad, y en absoluto silencio. Su cansancio era tal que no se levantó, y casi no le importó si habría o no más pruebas. No era sueño, estaba perfectamente despierto; pero su agotamiento lo aplastaba contra las piedras como el pie de algún invisible gigante.

Otra vez oyó el deslizarse de la poterna y saltó sobre sus pies; pero el vivo resplandor que de ella surgía iluminando todo el recinto, aunque cegándolo al principio, lo convenció pronto de que la temida bestia de los largos y blancos colmillos no reiniciaba su ataque. Vio, sí, una larga galería cuyo techo se iba levantando, y que, al

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

final, aparecía cerrada por una gran hoguera. Entendiendo que ese era un nuevo camino para probar su espíritu, penetró por la poterna y comenzó a andar, haciéndolo pronto con facilidad por la creciente altura del techo.

Anduvo cien pasos, y el vivo calor de un llameante lago de petróleo lo detuvo. Al principio le produjo una estimulante sensación, pero pronto advirtió entre las llamaradas que el camino seguía más allá, y que él debía atravesar esta nueva prueba. Pensó lanzarse a correr entre las llamas, pero su fuerza y grosor lo disuadieron. Sin amilanarse, se echó al suelo, y ofreciendo así menos superficie al calor, se deslizó hasta muy cerca, tanto que notó cómo se chamuscaban las puntas de sus cabellos y se reseocaban sus cejas.

Apenas podía mantener abiertos los ojos, pero esto le bastó para descubrir el paso. La hoguera del centro era real, pero junto a las paredes, los grandes huecos de uno y otro lado permitían un rápido paso a alguien que, como Ankor, hubiese notado que estaban recubiertas de espejos que simulaban triplicar las llamas. Rápidamente saltó hacia delante y, amparándose en las oquedades, pasó sin más pena que un gran ardor en las partes más expuestas de su cuerpo.

Poco más allá, en medio del pasadizo, un altar de piedra sostenía una especie de nave que, cuando estuvo cerca de sus ojos, se le reveló como una semilla de trigo, fabricada de hierro meteórico, seccionada longitudinalmente. Tenía casi un metro de largo, y en la lisa superficie superior estaba, en hueco, la impronta de una gran espiga de trigo del tamaño de la que él mismo portara hasta allí. La colocó cuidadosamente en el hueco y comprobó que calzaba de tal manera que, ya colocada, quedaba adherida y fija.

Tras una reverencia ante el altar, dándole siempre al frente, pasó a su lado y llegó hasta una pequeña puerta de bronce negro, reluciente, aunque en apariencia tuviese muchos siglos sobre sí. Empujando su hoja la traspuso, y se halló en un recinto que le pareció de inmediato grato y confortable.

La habitación era cuadrada, amplia y de alto techo. Columnas semicilíndricas, adosadas al muro, representaban en sus capiteles la floración eterna de la Naturaleza y las leyes cíclicas que la rigen. En el medio, baja, pegada al piso, una amplísima cama de madera invitaba al más acogedor de los reposos. Ankor se volvía para agradecer a su Maestro, cuando este lo detuvo diciendo:

—Querido Ankor, junto a la ventana hallarás un cojín; siéntate sobre él en alguna posición adecuada y medita hasta que yo llegue; no te laves, ni comas ni te acuestes... Medita y espera, Pequeña Serpiente, ¡no lo olvides!

Con estas palabras, y luego de un momento de contemplación, Sarhimar y sus acompañantes salieron cerrando la puerta tras de sí. El Príncipe se creyó solo, pero una portezuela de bronce, rechinando en sus goznes, lo desmintió. Por ella penetraron dos sirvientes portando sendas bandejas cargadas de vistosas comidas y jarrones labrados conteniendo aguas minerales y jugos de frutas. Depositaron todo en una mesita junto a

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

la cama y luego rogaron al joven les permitiese ayudarlo a acostarse, mientras le requerían se sirviese de los manjares.

Sin contestar, los apartó casi violentamente y se ubicó sobre el cojín, tratando de concretar su mente en alguno de los ejercicios de fijación para huir así de la realidad que lo acechaba.

«No soy yo el cansado, el hambriento» se repetía cien veces, y así lograba desligarse de las más dolorosas sensaciones. Mas los sirvientes, si bien no osaban acercársele demasiado y lo trataban como a un dios, insistían casi desesperadamente en que faltase a lo indicado por su instructor.

A los pocos minutos de empezada su práctica, otro leve rechinar de goznes atrajo su atención. Por otra puerta de bronce de tamaño algo mayor aparecieron dos sirvientes más, incitando al joven aspirante a que tomase un refrescante baño en aguas termales en el magnífico cuarto de baño de donde ellos venían.

El murmullo del agua, el perfume de las viandas y la dureza del piso sobre sus heridas y contusiones le exigían, con el correr de las horas, un esfuerzo de voluntad sordo y continuado, por momentos más terrible que los más impresionantes peligros. Hacía ya veinticuatro horas que el joven no comía ni bebía y permanecía en vigilia, una vigilia plena de horrores y de dolor.

Parece imposible cómo las pequeñas cosas que, por poseerlas siempre, son pasadas por alto, forman una especie de ceremonial que luego, si no se cumple, desequilibra y martiriza. Ankor, que había penetrado en su propia alma como el caracol en su coraza era, no obstante, molestado con una tortura como de hormigas por las necesidades de su cuerpo físico. Mas, tras larga lucha, el joven Hijo del Sol se desconectó de esas necesidades y, sumido dentro de sí, se libró de toda angustia.

Ya fueron inútiles las artimañas de los servidores, que hasta comían y bebían, tratando de hacer creer que los sacerdotes no notarían la falta si esta era poca. En ese místico estado lo sorprendió Sarhimar poco después de la salida del Sol. Se acercó a él y lo llamó suavemente.

—Ankor, soy tu maestro Sarhimar, ¡oh, Pequeña Serpiente!

El joven vibró como una cuerda tensa, y una violenta sacudida le recorrió el torso. El sacerdote le tomó las manos; estaban entumecidas y heladas.

Cuando sus labios adquirieron movilidad y él pudo conectarse de nuevo completamente con su cuerpo físico, preguntó:

—¡Tú, noble Maestro! Me has retornado al mundo de los sentidos... ¿Ha acabado mi prueba?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Has acabado tus actuales pruebas... Mañana, cuando el Regulador de la Vida ocupe su más alto trono, tú estarás ante nuestro Maestro...

La alegría y la emoción le enmudecieron, y el joven aspirante a los Misterios solo pudo apoyarse en el brazo que su Maestro le ofrecía.

Los sirvientes le bañaron y le curaron sus heridas; diéronle una frugal pero sustanciosa comida a base de miel y frutas, y lo acostaron.

Faltaba una hora para el amanecer del siguiente día cuando despertó; lo primero que vio a la luz de las lámparas de aceite fue el rostro eternamente sonriente de su Maestro.

—¡Te saludo en este gran día, Pequeña Serpiente! De seguro te encuentras bien...

—Tanto como si los Genios de la Forma hubiesen construido un nuevo cuerpo para mí... Sabio Maestro, ¿hoy lo veré? ¿Tendré esa dicha inmensa?

—Hoy lo verás.

—Maestro, hay algo que me ha extrañado mucho y cuyo recuerdo me llena de curiosidad e incertidumbre.

—¿Qué es ello, Pequeña Serpiente?

—Hace tres amaneceres me dijiste: «Hoy le verás...», y, sin embargo, aún no le vi; solo me esperaron pruebas en esas horas...

—¿Y ello te inquieta? No puedes pensar que yo te mienta, ¿verdad, Príncipe?

Al hacer esta pregunta, los ojos negros del sacerdote relampaguearon de manera extraña... como si «alguien» muy grande se asomase por ellos.

—No creo que me mientas, noble Sarhimar; mas me agrada saber por qué me velas la verdad...

La sonrisa de su instructor se acentuó y le dijo:

—En verdad, ¡oh, Ankor!, que desde hace tres semanas ves al Gran Maestro... ¡Mira, las nubes del horizonte empiezan a sonrojarse con la llegada del «amado»! Ve a ofrecer tus perfumes a la terraza; sal por la puerta; allí encontrarás todo lo necesario.

El joven, que mientras sostenía este diálogo había sido atendido por los cuatro servidores, desapareció por la puerta señalada, envuelto en una túnica amplia y blanquísima; su Serpiente de Oro le ceñía las sienes. El joven recorrió algunos pasos y llegó hasta la mesita dorada, frente a la cual ejecutó el sacrificio. Lentamente, el astro

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

del día se fue elevando sobre el horizonte, yendo sus primeros rayos —que se filtraban entre los picos montañosos— a besar el no muy distante mar.

Cuando terminó, los ojos verdes del Hijo del Sol se detuvieron extasiados en una monumental esfinge que elevaba sus dos alas de águila a más de veinte metros de altura sobre una terraza, a su derecha. Entre sus garras surgía un manantial que caía luego en forma de cascada en un gran estanque semicircular, casi quince metros más abajo.

Un centenar de hombres, vistiendo blancos ropajes, salían ahora del templo que servía de basamento a la colosal estatua. Mientras marchaban, entonaban, en dulcísimo coro, melodías que muy poco tenían de humanas.

—Es la música del rotar de los mundos... —le aclaró la voz de su Maestro a sus espaldas.

El joven se volvió vivamente, y animado por el inmutable tono bondadoso de sus palabras, le preguntó:

—¡Oh, Maestro! ¿Qué quisiste decirme hace casi dos horas en relación con el Gran Maestro? El inefable misterio de esa procesión ha renovado el fuego de mi alma.

—No puedo por ahora contestar completa y directamente tu pregunta, amado Ankor; mas... tenemos aún tiempo y conversaremos algo sobre ello.

Lo tomó suavemente del brazo y lo condujo por una angosta escalera de mármol rosa hasta un jardincillo. Una vez sentados en un amplio banco de mármol, comenzó por decirle:

—Lo primero, lo primero que debes hacer como aspirante a los Misterios verdaderos es librarte de cuanto prejuicio y antropomórfica interpretación de la Divinidad te coarte en tu lucha por el Sendero Recto. Los hombres creen que el Maestro está más cerca y es más poderoso cuando está encerrado en un cuerpo denso y lo pueden ver y tocar.

En verdad, en ese momento es cuando se encuentra más trabado, y muchas veces es llevado a ese estado como un recurso heroico ante la ignorancia de los hombres... Estos, en su torpeza, no aspiran el perfume esencial del florecer de un alma; no buscan su sabiduría desnuda, sus enseñanzas; prefieren a todo ello el besuqueo y manoseo de una túnica, un anillo o un ídolo. Pudiendo beber agua cristalina de pie, prefieren sorber el barro con la cara contra la tierra... Mas tú, mi discípulo bien amado, no caigas en ello; no sueñes con la forma en que conocerás al Maestro, ni te imagines su voz, ni esperes ver cuánta belleza hay en sus expresiones. Todo eso es ilusión, carne para las bestias de los sentidos. Capta más bien su sabiduría, el fuego impersonal que arde en su corazón, el fuego común a todos los seres... Busca el grande e inmóvil Sol central.

Ankor, paralizado, pálido, en extrema tensión, perdía sus miradas en el cielo.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Me has comprendido? —preguntó Sarhimar.

—¡Oh, sabio!, más que comprenderte he sentido tus palabras en mi corazón, y una extraña luz trata de infiltrarse hasta mi interior, pero le cuesta mucho; mil marañas se lo impiden...

—No te afanes demasiado, joven Serpiente; ya has dado un gran paso, el primero; pues, si bien la Luz no puede llegar a ti directamente, al menos la ves... En ti está abrirte camino..., ella está aún más ansiosa que tú; por cada pequeño esfuerzo que hagas hacia la Divinidad, ella hará en ti otro mayor en tu ayuda. Recuerda siempre mis palabras, amado Ankor, aunque olvides quién las dijo...

El sacerdote terminó su enseñanza poniéndose de pie e invitó, con una de sus dulces sonrisas, a que Ankor le acompañara. A este le costó un poco volver del abismo interno donde se había refugiado. Pero el recuerdo del momento que le esperaba le hizo apresurar el paso. Volvieron al cuarto que ocuparan horas antes y allí saludaron a los dos sacerdotes acompañantes que los estaban aguardando.

—¿Ya debemos ir? —preguntó Sarhimar.

—La hora es vecina, sabio hermano; podemos ya encaminarnos con tu pequeño «lobo ciego».

—Oye, noble sacerdote, ¿por qué me dices «lobo ciego»? —preguntó el joven Ankor.

—Pues porque tienes los dientes muy largos y fuertes, pero no sabes cuál es la presa; no puedes verla... Solo estarás satisfecho cuando la devores...

—¿A qué presa te refieres?

—Pequeña Serpiente, no puedo decirte más; ni aun tu sabio maestro Sarhimar podría. Un día la conocerás y verás que no estaba tan lejos —agregó sonriendo.

Los servidores se acercaron a Ankor y le colocaron en los hombros una amplia capa de fibras de oro y un collar de pequeñas flores de loto. Le hicieron pasar varias veces sobre braseros donde ardían diversas especias, principalmente incienso, y le presentaron a los sacerdotes con una profunda reverencia.

—Ven con nosotros, Hijo del Sol; la hora es llegada.

Con estas palabras, y tomándolo suavemente de la mano, Sarhimar lo llevó a través de más de un kilómetro de airosos jardines suspendidos en plataformas, puentecillos y senderos bordeados de estatuas alegóricas de los dioses y el poder solar. Bosquecillos de pinos y frutales se enclavaban en tierras sostenidas por columnas de diez, veinte o treinta metros de alto. La gran irregularidad del terreno, que ya Ankor había percibido desde lejos, forzó a los arcaicos constructores a establecer sistemas formidables de sustentación para que la ciudad-templo figurase como un «todo»

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

armónico. En verdad, todo aquel portento arquitectónico se implantaba en los quebrados flancos de un pequeño pico montañoso, quizá una boca de volcán apagado, que se elevaba, sin contar los edificios, casi cien metros sobre el resto del terreno.

Ya las gentes no rehuían al Príncipe, aunque se apartaban respetuosamente a su paso, y aún se notaba cierta reticencia, que se traducía en una no disimulada tendencia a alejarse en lo posible de él.

Por lo que Ankor pudo ver, aquellos varios centenares de personas de ambos sexos que andaban lentamente por los jardines, ocupados en mil cosas del espíritu, todos, unos más, otros menos, eran Iniciados en los Misterios; todos vestían blanca túnica de lino y cascos, cintos y capas, según el grado y trabajo que tenían.

Al fin, llegaron al templo central, desde una de cuyas dependencias hacía pocos días Ankor se lanzase a la conquista de su primera prueba, el sanguinario tigre asiático.

El frente por donde ahora lo encaraban era una serie de siete templos superpuestos por medio de rampas y terrazas. Eran idénticos, salvo el séptimo, que coronaba su estructura con una serie de obeliscos piramidales recubiertos de oro y piedras preciosas, junto con cristales y metales alquímicos.

Los templos tenían un frente de casi doscientos metros, compuesto por veinticinco columnas de diez metros de altura. La manera en que estaban erigidos era favorecida también por la abrupta pendiente natural del terreno, cuya cima remataba el séptimo templo.

Al llegar al primero, el grupo se detuvo, y una comitiva de cincuenta jóvenes de ambos sexos se adelantó y arrojó puñados de pétalos de rosas sobre el Príncipe. Traspasada tan amable muralla, los sacerdotes le guiaron por una cámara larga y estrecha de forma parecida a la de un sector circular.

—Lo pequeño reproduce lo grande y así sucesivamente; hay una sola Ley, ¡oh, Pequeña Serpiente!, que se adapta y readapta al infinito —le dijo Sarhimar. Y continuó: —Así cada uno de estos templos reproduce de la correspondiente manera los otros siete. Este extraño salón curvo que aquí ves es uno de los siete sectores en que está dividida la espiral que, luego de dar nueve vueltas, desemboca en la cámara central, la cámara de Fuego... ¡Mira las pinturas de las paredes, oh, Ankor! En ellas están representados los Misterios del Cielo y de la Tierra.

El joven paseó la mirada por los imponentes murales; allí, a todo color, figuraban diversas divinidades interpenetradas por complicadísimos diseños geométricos. Todos ellos le resultaban incomprensibles; el poco conocimiento hierático que había recibido abarcaba solo el rudimento de la faz más externa de aquella formidable simbología.

Así fueron pasando por los diversos salones, decorados en un mismo tipo, aunque con temas y figuras distintos. Los Misterios Primordiales, expresamente

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

velados, eran así tratados en todas las etapas del Sendero y en todos los «estados de conciencia». Mas Ankor, ignorante de sus significados, sólo vibraba ante la intuición de «lo grande» y la armonía pictórica de las figuras.

Los tres sacerdotes y el Príncipe llegaron, al fin, al centro de la ciclópea espiral, y se detuvieron en la antecámara que comunicaba con el salón central. Allí quedaron ante una puerta de madera de incienso que tenía incrustado en el centro un sol de oro, dentro del cual una extraña serpiente de cristales alquímicos, en forma de «S» itálica, refulgía en luces azules.

Media docena de servidores, Iniciados del templo, cambiaron las ropas de los cuatro por otras idénticas, suavemente perfumadas, y ungieron sus cuerpos con extrañas esencias.

Los cuidados de purificación se extremaban en lo concerniente a Ankor. Muchas veces tuvo que pasar sobre grandes incensarios, pero al fin, a una seña de Sarhimar, le consideraron apto para seguir su camino.

Uno de ellos se llevó una pequeña esfera a la boca y de allí brotó un silbido suavísimo y de dulce modulación. La pesadísima puerta, de más de seis metros de alto por cuatro de ancho, dejó ver en su parte media inferior una puertecilla baja y angosta que se deslizó silenciosamente hacia la izquierda, metiéndose en una ranura especial.

El hueco por donde tenían que pasar tenía poco más de un metro de alto, por lo que los sacerdotes primero, y Ankor después, tuvieron que inclinarse para penetrar en un salón circular, de unos cincuenta y cinco metros de diámetro, y cuyo techo se alzaba en forma de cúpula chata, a más de veinte metros del suelo.

La primera impresión del joven fue de sobrecogimiento ante el espectáculo austero y fascinante que se ofrecía a sus ojos. El salón tenía como centro un extraño trono de oro en forma de carro tirado por seis serpientes aladas, que se abrían en dos troncos con un ángulo de cuarenta y cinco grados. Entre las estatuas, a los pies del trono, una pequeña abertura en el suelo soltaba rojizos resplandores y tenues vapores blancuzcos.

El joven sintió vibrar el suelo bajo sus pies, cada vez más; un grupo de jóvenes doncellas se acercaron graciosamente a la boca y arrojaron en ella puñados de incienso; nubes espesas y perfumadas inundaron el ambiente. Un rugido sordo retumbó entre las paredes y una lengua de fuego transparente y rápida como un relámpago se esfumó a pocos metros de altura.

—¡La señal! —dijo alguien entre los muchos sacerdotes vestidos de blanco que, en firme posición ceremonial, enfocaban con las palmas de sus manos el «trono-carro» vacío.

—¡Oh, hermanos! Este es mi hijo, una pequeña y ciega Serpiente Solar —así dijo Sarhimar apoyando su diestra en el hombro de Ankor e invitándolo a adelantarse.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Un anciano de alto casco y extrema e imponente sencillez en su atavío dio unos pasos al frente y, en una lengua muy retumbante y extraña, preguntó algo a Sarhimar.

El joven se esforzó por reconocer aquel idioma, pero pensó que sería uno de los ocultos, que solo conocían ciertos Iniciados.

El Maestro del Príncipe del Norte, luego de mirarle a los ojos, le contestó algo breve en esa misma enigmática forma de expresión. Terminado este ritualismo, Ankor fue llamado por su sabio instructor hasta un banquillo muy bajo de mármol rosa que se hallaba enfrente del trono, entre las dos primeras estatuas de las serpientes aladas. A nueve metros de distancia se encontraba el lugar que, presumiblemente, ocuparía el misterioso Ser responsable y Jefe del Gran Templo de Kuum. Ankor aguardó de pie en humilde y mística actitud.

Varios sacerdotes, tomados de las manos, hicieron una doble fila que enmarcaba un camino, desde una gran puerta triangular de oro hasta la parte posterior del trono. El silencio solo cedía al rumor que afloraba por la boca volcánica; toda la sala estaba en una monumental expectativa. La única luz provenía del inmenso reflejo del cráter creando movedizos focos en las paredes y vistiendo de amarillo todas las cosas. Desde el techo descendían suaves luminosidades azules.

La puerta fue abierta y apareció por ella una joven, casi una niña, con liviana túnica de lino y coronada de hojas de laurel, seguida por una doble fila de seis jóvenes cada una, que formaban con ella una «V» con el vértice hacia delante.

A su paso, los Iniciados permanecían inmóviles como piedras, mientras se renovaban los perfumes en el cráter y las guardianas del fuego alfombraban su camino con mirra.

Más atrás penetró un sacerdote vestido con túnica de oro y casco del mismo metal; en su cinto resplandecían sartas de cristales alquímicos vivamente coloreados. Empuñaba con fuerza y dignidad una larga vara ritual de oro y diamantes.

El corazón del joven se sobrecogió... Un azul-celeste y misterioso pájaro aleteaba en su pecho... Esa ceremonia él la conocía..., nada de ello se le figuraba enteramente nuevo. El rostro de la joven pitonisa le era desconocido, pero un «algo» que armonizaba sus rasgos no...; especialmente sus ojos, del color de las sombras que proyectan los pinos en las noches de luna en los oficios mágicos nocturnos, le eran eternamente conocidos.

La comitiva avanzó lentamente hasta el Carro Solar, donde tomó asiento la elegida de los dioses; la doble fila de vestales se retiró entonces y el Gran Sacerdote se dirigió a Sarhimar; habló con él algunas palabras en ese idioma misterioso que Ankor había escuchado antes, y fue a colocarse frente al trono, haciendo que Ankor se sentase en su taburete un poco más adelante y a la izquierda.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

A casi cinco metros del Príncipe, la boca de fuego retemblaba con hondo bramar. De vez en cuando, grandes puñados de incienso arrojado por las vestales elevaban nubes blancas que no se detenían hasta anidar en el techo, perdiéndose luego por un orificio anular que había rodeando el sol de oro de cúspide.

Una vez acomodada, la pitonisa hizo un ademán y todos los presentes se sentaron en una misma posición, que fue invitado a reproducir el joven príncipe. Un silencio absoluto se posesionó del recinto; ya no caían perfumes en el cráter; las vestales, acurrucadas contra las paredes laterales, sentadas en la correspondiente posición, miraban, sin ver, sus piernas cruzadas. Aun la boca de fuego acalló su ronquido, y de sus bordes solo salía un murmullo, algunos pocos resplandores y nubecillas rosadas...

—¿Qué pasará ahora? —pensaba Ankor; él había estado largas horas inmóvil en sus meditaciones, mas esta inmovilidad le martirizaba. En el fondo de su corazón alternaban y combatían ferozmente un miedo ilógico, espantoso, y el augusto recuerdo que vibraba en su alma ante aquella ceremonia; los ojos de la pitonisa, ahora cerrados, le seguían mirando desde el fondo de los suyos...

De pronto, el rostro de la niña-divinidad adquirió una dulzura inmensa, terriblemente pura, y su respiración se hizo acompasada a una especie de música; sus manos, ejecutando cierto misterioso símbolo, se alzaban y bajaban ante su frente. El ambiente se cargó de rapidísima vibración, y como una conmoción sacudió a todos los Iniciados y vestales. Todos reprodujeron el símbolo sobre sus frentes y se inclinaron en señal de reverencia. El Gran Sacerdote se levantó con lentitud y entregó su vara mágica a la pitonisa, transformada a tal punto, que se presentía en todos sus gestos que estaba muy por encima de lo que comúnmente se entiende por humano. El Gran Sacerdote se volvió luego hacia Ankor y le dijo:

—Serpiente Solar, el Maestro te saluda.

Ankor vio que tendía la mano, mientras su respiración se volvía a acentuar y tomar un ritmo musical distinto...; su sonrisa poseía la dulzura y sana alegría de un rayo de sol. Le tomó de la mano y se la estrechó largamente. El joven sintió que una fuerza terrible, por lo grande y serena, inundaba su alma, llamando a olvidadas escenas y poderes. Aunque luego le pareció ridículo e impropio, en ese momento pensó que el Maestro, además de eso, era su mejor y más grande amigo...; notó que lo amaba y sintió el sublime amor del Maestro por él... Lentamente retiró la mano, y Ankor volvió poco a poco a su pequeño asiento.

—Mi pequeño ciego: grande es tu misión en esta etapa... Serás una avanzada de las nuevas razas solares... Pregúntame algo...

—No sé qué cosa... Dime tú, ¡oh, Maestro!

—Debes preguntar tú...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Cómo podré servir mejor; qué debo hacer?

—Observar las reglas; los pasos de los que te han precedido demarcan los senderos más cortos; las líneas han dividido al universo en figuras y apariencias, mas el punto nos une a todos y a él conducen todos los senderos... No olvides las Reglas de Oro; ellas son los peldaños perfectos. Aquel que conoce, y al conocer cree en lo que conoce verdaderamente, es amo de todo...

Con estas palabras movió lentamente el báculo señalando el cráter, y de él surgieron llamaradas hasta el techo y rugidos que hicieron retremblar el templo como si fuese de papel.

Ankor, en el primer momento, tuvo que hacer mucho esfuerzo para dominar su temor y no alejarse de aquel pozo; mas luego observó la llama con atención y pudo ver que era algo distinta a las comunes. Extraños fulgores y especies de cintas oscuras parecían esfumarse entre sus lenguas. Luego de unos segundos, la llamarada disminuyó y el joven Hijo del Sol vio algo que lo petrificó en su asiento.

En el Carro Solar, en el lugar que segundos antes ocupaba la joven pitonisa, vio sentado a un hombre alto y delgado, envuelto en una túnica blanca con vivos marrones; en su cabeza, un casco de oro y piedras preciosas enmarcaba un rostro perfecto y unos ojos claros y profundos como el cielo. Sobre el pecho, un collar, sosteniendo un triángulo encerrado en una circunferencia, refulgía con una luz rosada...

—Así me verás tú —dijo aquella misteriosa voz, que ya no era femenina ni masculina—. Ankor, anonadado, vio un huso de luz blanca alrededor de su cuerpo, y notó en seguida que este era un «algo» traslúcido sobre el cuerpo de la pitonisa, volviéndose cada vez más sutil y transparente.

Poco a poco se borraron las formas y luego también el huso luminoso. Allí estaba de nuevo la hermosa joven, como muerta, con los cabellos cayéndole lánguidamente por los hombros, y pálida como su propia túnica. Numerosos fardos de incienso cayeron por el cráter, y todos los Iniciados repitieron el símbolo que aún sostenían las manos firmes de la muchacha.

Una presión sobre su hombro arrancó al joven príncipe de su contemplación. Detrás de él, Sarhimar lo miraba siempre sonriente. Vio entonces cómo la muchacha despertaba y sonreía dulcemente; dos vestales la tomaron de las manos y salió del recinto con el mismo ceremonial que a la entrada; solamente varió la clase de los perfumes.

Ankor se puso de pie trabajosamente, y, débil aún por las emociones, se dirigió hacia la puerta triangular, guiado por su Maestro. Apenas la hubo traspuesto y vuelto a vestir las ropas que había traído, Sarhimar lo miró largamente, diciendo:

—Tu pequeño Maestro te saluda, ¡oh, Serpiente Solar!; el Maestro de Maestros te ha aceptado, ¡oh, Ankor, el Discípulo!

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Lo atrajo hacia su pecho y lo abrazó fraternalmente. El joven creyó por un momento que la emoción había logrado turbar por un segundo aquella alma luminosa y firme como un diamante. Si eso ocurrió, poco tiempo tuvo para comprobarlo, pues en ese instante penetró en la antecámara un joven Iniciado poco mayor que Ankor.

—Ve, pequeño hijo —le dijo Sarhimar—. Presenta a tu hermano al Guardián de los Símbolos.

—Bien, noble anciano... Ven, querido hermano; mi nombre es Ammbar.

—¡Salve, Ammbar; Ankor te saluda!...

Con estas palabras, el Príncipe le siguió por una portezuela lateral, mientras era conducido por oscuras galerías descendentes; de cuando en cuando, cortas escalinatas, resbaladizas de humedad, les hacían aminorar el paso. Al fin llegaron hasta una gran puerta cuadrada, hecha de un solo bloque de granito negro. El joven Iniciado se apoyó sobre algunas molduras de las columnas que la enmarcaban, y toda ella dio un giro de noventa grados sobre su eje central. Así quedaron al descubierto dos entradas; tomaron la del lado derecho, y Ankor oyó algo que le intranquilizó en cierto modo. A los pocos segundos ya no pudo dudar: el rugido de un tigre había resonado más cerca y fue acompañado por otro algo más grave. La pesadísima puerta se cerró tras ellos.

—El otro camino, el de la izquierda, conducía a un abismo.

—¡Pero este nos lleva a los tigres!

—No temas, hermano; nada nos harán. Ellos son los fieles guardianes de las puertas externas, pero con un cuidador de este templo pasaremos como entre perrillos.

Así llegaron al fin de la galería; frente a una segunda puerta de granito, semejante a la primera, un hombre alto, de tez cobrizo claro, les aguardaba. Tenía una varilla de bronce endurecido en una mano, y vestía sencilla túnica corta color plomo. Un aro de oro le ceñía la cabeza y un pequeño sol de oro pendía sobre su pecho.

Sin pronunciar palabra, hizo una profunda reverencia a los jóvenes, quienes le retribuyeron de igual manera. Se acercó a la puerta y, presionando las molduras, la hizo girar hasta presentar solo el borde de su espesor.

Ya iba Ankor a adelantarse, creyendo que de vuelta tomarían alguno de los senderos a la vista, cuando la inmovilidad del otro joven lo detuvo.

El guardián, tras aguardar algunos segundos, presionó de nuevo las molduras, y la pesada puerta se hundió rápidamente en una fosa abierta en el suelo.

Allí, en el espacio que ocupara el espesor de la puerta, bordeado por dos tabiques de piedra que lo separaban de los agujeros laterales, un estrecho hueco permitía el paso de un hombre.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ankor pasó junto a la columna de bronce endurecido que servía de eje a la mole y fue al fondo, donde se descubría el estrecho pasadizo.

Anduvieron por él unos cien metros, alumbrados por una pequeña lámpara de petróleo que portaba el guardián, hasta que, tras unos recodos en forma de «S» itálica, desembocaron sorprendentemente en una cámara casi a oscuras, iluminada apenas por una lámpara de cuatro llamas, que pendía a seis metros del suelo.

Una serie de rugidos espantosos saludaron su entrada, y siete tigres enormes se les abalanzaron. El guardián hizo vibrar en el aire la varilla de bronce e instantáneamente las fieras se aplacaron, y, aunque gruñendo amenazadoramente y fustigando con sus colas, fueron a echarse contra una pared lateral. El guía no les dio importancia y siguió andando hacia una puerta de rejas, como si los enormes felinos estuviesen sólidamente amarrados. Hizo sonar allí un pequeño silbato y, pasado un minuto, apareció del otro lado un hombre de unos treinta años, vestido como el guardián de la cámara de los tigres. Franqueó la entrada a los dos jóvenes discípulos y el guía se volvió por donde había venido.

Pasaron por un corredor corto hasta una salida azul celeste.

—Estamos en la antecámara; en seguida vendrá el Sacerdote Guardián de los Símbolos Sagrados. Aguardad un momento, hermano.

—Los dioses te sean propicios, hermano —le respondió el joven Ammbar.

Ankor se dedicó a observar los bajorrelieves de la estancia. Una serie de figuras geométricas que se interpenetraban estaban «ensartadas» en una víbora que circundaba la habitación devorándose la cola.

Poco tardó el sacerdote, vestido con una túnica amarilla cubierta por una capa corta de color blanco y soportando un alto casco de metales alquímicos sobre la cabeza. Su edad podía oscilar entre los cuarenta y los cincuenta años; la tez, ligeramente bronceada, daba marco a unos ojos negros profundísimos.

Ankor pensó que de esculpirse una estatua al Dios del Misterio, habría de tallarse esa cabeza sobre los hombros.

Luego de saludar respetuosamente, Ammbar desapareció por la puerta que había utilizado el sacerdote.

—Te saludo, Ankor, ¡oh, Aspirante a los Misterios Recónditos!

El joven hizo una profunda reverencia, contestando:

—Y yo a ti, noble Guardián de los Cofres de la Sabiduría.

—¿Has venido a que te muestre los «pasos de la Divinidad»?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—El Maestro me ha dicho que esos pasos demarcan los Senderos...

—¡Grandes y poderosos son los pájaros de la sabiduría que anidan en las palabras del Maestro! Ven, Serpiente ciega; te mostraré esos pasos... Quieran los dioses de tu sino que halles al Caminante...

Pocos minutos más tarde, tras descender algunas escalinatas y trasponer un oscuro y tortuoso corredor, desembocaron en un salón circular de más de cuarenta metros de diámetro, en cuyo centro se alzaba un cono de lapislázuli cuyo vértice tocaba el techo, a más de seis metros de altura. La puerta por la que habían penetrado, labrada en una pieza de mármol blanco, se cerró nuevamente, encajando de tal manera en el muro que no se la podía distinguir de él.

Ankor echó una rápida mirada y notó que la estancia estaba espléndidamente iluminada por una especie de alambiques que pendían del techo y que estaban coronados por una esfera por la que parecía circular metal fundido. Los muros eran de mármol blanquísimo, en el que alternaban misteriosas elipses pintadas; el cielo raso simulaba un Sol con sus rayos, y extrañas combinaciones de figuras geométricas; en el piso, un enorme loto se formaba con preciosísimos mosaicos esmaltados.

El Guardián dejó que el joven observase lo que le rodeaba y luego le dijo:

—¡Oh, Ankor! Oye las palabras sabias... En estos mundos está el principio y el fin de todas las cosas; en las cuarenta y tres figuras de las paredes están todas las hebras del tejido. Los símbolos son muchos más, pero solo cuando tu vista se acostumbre a atravesar el horizonte te serán revelados; hoy pasarás ante ellos sin verlos...

Con estas palabras, el sacerdote lo tomó de la mano y empezó a caminar, deteniéndose algunos segundos ante cada placa; a pesar de las preguntas del novel discípulo, no surgió una sola palabra aclaratoria. «Observa y medita» era toda la explicación, y muchas veces Ankor retenía al sacerdote todo el tiempo posible frente a una imagen para poder fijarse en sus detalles y luego memorizarla. Así pasaron ante él las figuras más diversas, y en su alma, un caos de resplandores entrechocaban entre sí, dejando esquirlas de sombras.

Como hipnotizado, sumido en hondísimas cavilaciones, volvió a la puerta; observó que ella misma formaba parte del primero y último símbolos.

Su mente no acababa de comprender, quizá ni siquiera empezaba; pero su alma, aquel místico pájaro que siempre renace de las cenizas de sus cuerpos, recordaba y reconocía aquellas milenarias figuras, vibrando alborozada.

En ese sublime estado de ánimo, ascendió de las criptas subterráneas. Sarhimar no quiso darle ni escuchar explicaciones. Ya era medianoche, y la tensión había dejado hondas huellas en el casi infantil rostro del Hijo del Sol.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Antes de dormirse, mientras observaba por la ventana las lejanas estrellas, Ankor repasaba en la mente las figuras sagradas. Algunas le habían impresionado en especial...: la del hombre sin rostro que va marchando a través de los muros de la ciudad, bajo la atenta mirada de un monstruo anfibio... La Rueda de la Vida... La Esfinge cubriendo celosamente sus órganos reproductores...

Lentamente abrió los ojos y se encontró de nuevo con el maravilloso cielo estrellado. Las lejanas palabras que un día le dijera su padre volvieron a su memoria: «Todas las cosas de la Tierra están escritas en el Cielo». Ankor bajó los párpados, reteniendo esa visión y, dulcemente, se sumió en la noche.



Todo el día siguiente lo pasó el joven descansando y leyendo en su cuarto. Su Maestro le había dejado dicho que él estaría ocupado y que el joven llenase las horas en el estudio y la meditación.

—Despierta, querido Ankor; falta poco para que amanezca.

Estas fueron las palabras de Sarhimar, que, con su dulce firmeza, hicieron que el joven se incorporase alegremente en el lecho.

—¡Ah, Maestro! Tiempo hacía que no te veía...

—Pero igual estaba contigo, pues si no veías mi rostro ni oías mi voz, te acompañaban mis enseñanzas y mi amor. Tienes que acostumbrarte, Pequeña Serpiente, a no identificar a los seres con sus formas físicas... Ámalos en sí, o si eso te es difícil, hazlo en sus atributos más sutiles. Así, Ankor, desde ya tienes que olvidarte de recordar a los hombres como altos o bajos, gruesos o delgados, reyes o esclavos, sino como buenos o malos, inteligentes o torpes, puros o lujuriosos...

Los dos jóvenes dedicados al servicio de Ankor lo arrojaron en una manta y lo llevaron al cuarto de baño, donde lo sumergieron en una pileta llena de agua tibia y perfumada. Vestido con su túnica blanca permaneció casi dos horas ofrendando sacrificios al Sol naciente.

Cuando regresó a su cuarto, la túnica amarilla que allí lo esperaba le señaló un viaje o caminata.

—Vístete, pues salimos para tu residencia, a orillas del mar... Yo te aguardaré dentro de una hora en la terraza, junto al palanquín.

—Así lo haré, Maestro —respondióle Ankor, no sin cierta alegría ante la perspectiva de poder oír otra vez el mar en las tranquilas horas que preceden al sueño.

El Sol estaba ya alto y refulgía en las cúpulas doradas y en los mármoles pulidísimos de la ciudad-templo de Kuum cuando el palanquín, ágilmente portado, atravesaba el puente que llevaría al discípulo y a su Maestro hasta la orilla externa del foso.

En pleno estío, la Naturaleza, henchida de vida, llenaba los claros ojos de Ankor, hasta que el rugir de las olas y la fuerte brisa marina acapararon por entero su atención.

Pero poco tiempo estuvo el joven en aquel lugar, pues apenas había tomado su almuerzo cuando fue invitado nuevamente a ocupar el palanquín con su Maestro.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Los portadores los llevaron a lo largo de la costa; poco a poco esta se hacía más alta y escarpada hasta formar, en algunos lugares, imponentes acantilados.

Varias veces el joven, curioso, había interrogado al sacerdote sobre el motivo de ese viaje; pero este guardaba silencio o le respondía de manera oscura. Tras recorrer unos cuatro kilómetros, se detuvieron en el borde de un alto paredón rocoso que descendía hasta la playa.

—Hemos llegado, querido Ankor. Sígueme en silencio.

Este no respondió y le siguió a corta distancia. Así bajaron por unos riscos hasta una plataforma, al parecer natural, que sobresalía cinco metros de la roca. En ella había una minúscula casita de piedra y, diez metros más abajo, el mar se estrellaba contra las rocas.

El sacerdote se quedó unos instantes en actitud meditativa, y Ankor sintió que todo su ser se sumergía en la Gran Alma del Mar que, rebasando sus límites, sumía todo el paraje en un murmullo pleno de profundidad.

—Será un Pez más sumido en el Abismo.

Estas palabras de Sarhimar, mezcladas con el fragor de las olas, hicieron resonar el alma del joven como la caja de un instrumento musical. Se volvió para mirar a su Maestro, y la serena majestad de su rostro le hizo girar nuevamente en busca del mar.

—Ven, veamos tu casa, Pequeña Serpiente...

—¿Mi casa, Maestro? —En la pregunta del joven había estupor e ilusión—. Siempre había soñado con vivir solo, junto al mar.

Sin responderle, el sacerdote penetró en la vivienda, empujando una puertecita de madera rústica. Se componía de una sola habitación de no más de veinte metros cuadrados, y una de sus paredes laterales la constituía el mismo acantilado. Una ventana bastante grande, sin cristales ni otro reparo que una endeble tabla, ponía un marco gris al cuadro vivo del océano y sus gaviotas.

—Siéntate y conversaremos un poco —invitó Sarhimar.

—Mucho me place y me honra tu distinción, ¡oh, noble Maestro! —respondióle el joven, echándose a sus pies.

—¿Te agrada vivir solo aquí, atendiendo tus propias necesidades, en silencio, sin servidores ni manjares exquisitos, ni lechos mullidos? ¡No! No me contestes aún. Quiero que conozcas bien qué es lo que te propongo y por qué lo hago. Te ruego que escuches con la mayor atención, sin interrumpirme...

—Tu alma ha logrado un estado de conciencia y realización suficientes como para que seas una firme personificación de la religión-sabiduría de nuestros mayores.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Nuestras tierras son viejas y pecadoras y deben ser lavadas; pero antes, algunas avanzadas del nuevo mundo deben completar su experiencia y ayudar a un máximo número de hermanos para que trasciendan sus actuales posiciones.

Tu alma, Ankor, es un pájaro, pero tú mismo le has construido una jaula de cinco barrotes y cargado con oro y con cieno sus livianas alas. Solo en ti está el reducir ese peso y debilitar tu cárcel. Practicarás austeridad, estudiarás conmigo en un templo, y luego estudiarás contigo mismo, siempre practicando austeridad. Vivirás en esta casita y te prepararás tus propios alimentos y tus ropas; te bañarás en el mar y dormirás en el suelo sobre una manta. No hablarás sino lo imprescindible... Oirás mucho...

—Dos seres te acompañarán en tu retiro, dos jóvenes hermanos que, como tú, comienzan el Sendero del Discipulado. Ellos vivirán en otra casita a quinientos pasos de la tuya y te ayudarán en los menesteres más rudos... A cambio de sus favores, les instruirás en ciencias y artes y traducirás en expresiones simples, a su alcance, las sabias palabras de tus instructores. Pero compréndeme bien, ¡oh, Pequeña Serpiente!, yo no te exijo este tipo de vida... Si lo prefieres, puedes seguir habitando en tu palacete de mármol y gozando de los más finos cuidados; pero te recomiendo aligerar tu carga y acelerar el paso, pues no tienes demasiado tiempo. Eso es lo que te recomiendo, pero la elección es cuenta tuya. Yo seré siempre tu Maestro que te ama... Piénsalo tranquilo, Ankor.

El sacerdote se incorporó y traspuso la puerta, pero la voz vibrante del joven le detuvo allí.

—No me hace falta pensarlo, ¡oh, buen Maestro! Al llegar aquí he «sentido en mi corazón» que este sería mi hogar y que la rígida disciplina del cuerpo impulsaría mi desenvolvimiento espiritual.

—Bendito seas, hijo, que tan buena intención te anima y despabila a la Serpiente dormida.

Ankor volvió al aire libre y se quedó un rato mirando el horizonte, más allá de los rompientes... De pronto preguntó:

—¿Podría conocer la verdad respecto a una duda que ha anidado en mi alma?

—Exprésala; con todo gusto trataré de disiparla. ¡Cruel es la duda! El hombre, ¿sabes, amado joven?, es un hijo de la definición, y como tal ansía siempre cosas definidas y definitivas; para él la duda, esa especie de «no ser» entre dos objetos delineados, es un horroroso abismo... Habla, pues...

—Mi desazón proviene seguramente de la ignorancia de las leyes, pero no es por ello menos dolorosa. ¿Cómo es, Maestro, que esos jóvenes que me nombraste se están iniciando en los Misterios y deben ayudarme en las tareas rudas, siendo algo así como servidores míos, si no he entendido mal? ¿Cómo yo no ayudaré a nadie sirviéndole en similares trabajos, sino que les daré instrucción cómodamente sentado? Desde niño se

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

me ha venido enseñando que en los verdaderos Misterios no existen favoritos ni desaventajados por ninguna circunstancia del mundo, no importa que sean reyes o mendigos...

Sarhimar lo tomó de los hombros cariñosamente y le hizo sentar sobre las rocas, imitándolo de inmediato. Luego de sonreírle un instante le dijo:

—Todo lo que me dices, Pequeña Serpiente, es cierto; todo es verdad del principio al fin; pero, como tú bien aclaras, la turbación de tu alma no es debida a infracciones o imperfecciones de la Iniciación, sino a tu desconocimiento de las leyes naturales que nos rigen y que se cumplen, séannos gratas o no. Aunque las razones detalladas sobre el porqué de las diferentes rutas evolutivas te las daré a su debido tiempo —y has de saber, querido Ankor, que la Iniciación es solo el arte de acelerar y actualizar al máximo el proceso evolutivo—, te las expondré ahora en líneas generales para tus posteriores meditaciones.

Tú sabes que no todos los seres humanos nacen iguales; existen diferencias sociales, políticas, fisiológicas y otra distinción aún más profunda y, a la sazón, la única verdaderamente importante y trascendental: la espiritual. En esta última palabra simplifiqué y resumo todo lo concerniente a los atributos actualizados de las almas en lo emocional, en lo mental, intuitivo...

Sin que tratemos ahora el porqué pretérito de estas diferencias, vemos que así como nacen en los campos semillas de trigo, lino, arroz o zarzas, así también los niños, semillas humanas, vienen a la luz con naturalezas distintas, las que, mediante la educación y el amor, se podrán exaltar al máximo, pero no efectuar milagros convirtiendo en trigo a las zarzas, o viceversa; trasmutaciones tales se suceden a través de tiempos enormes y no en los escasos cuarenta o setenta años de una vida física.

Así, el niño que nació con escasos alcances intelectuales y sutiles, privando en él, por ejemplo, el sentido de la vista y la potencia muscular, podrá llegar a ser en circunstancias favorables un gran arquero, campeón de sable, el mejor de todos, quizá el mejor del mundo, pero no podrá ser un verdadero médico ni astrólogo.

En caso de que su alma desee mucho las artes médicas, se le beneficiará poniéndolo de ayudante de un terapeuta, en algún trabajo de fuerza, y así comenzar el camino que, a través de varios pasos, le llevará a oficiar los Misterios curativos. Pero imagínate, amado Ankor, si ese mismo hermano de mi ejemplo, valiéndose de cualquier picardía u oportunidad extraordinariamente favorable, se graduase de médico... Piensa, Ankor, ¿qué ocurriría?

—Creo, Maestro, que volvería descorazonado por los fracasos a su arco o a su sable.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Exacto! Pero ya no podría ser un campeón ni favorecer al mundo con sus aptitudes físicas; la sensación de ser un inútil y un fracasado le convertiría en una piltrafa o un feroz asesino que odiaría a la humanidad.

Piensa también, Pequeña Serpiente, en los pobres enfermos que pudo haber atendido. ¡Cuánto dolor en docenas de familias, cuántas vidas truncadas! Trata de figurarte también el caso inverso, en que a un ser con aptitudes para hierofante le diesen las circunstancias un trabajo de cargador de bultos, o lo pusiesen a cortar bloques de mármol... Ganaríamos un malo o mediocre obrero y perderíamos un director de almas o un divino mago, capaz de detener epidemias y de aprovechar inteligentemente las furias del cielo y del mar.

Con todo esto quiero explicarte, ¡oh, discípulo!, que hay tantos caminos como caminantes, y que la ruta que lleva a la perfección a un topo estará bajo tierra, mientras que la que conduce a un águila estará en las cumbres de los montes.

Tus compañeros, discípulos como tú, pero de otro orden evolutivo, tienden hacia un grado de perfección que hace tiempo superaste, que ya has dejado de lado por otro más perfecto. Ellos no sueñan con la gran renovación de la raza, ni con los recónditos Misterios Solares, sino con tener un conocimiento general de las ciencias y las artes y llegar, con el tiempo, a ser «enamorado de la Verdad», dignos colaboradores de los hierofantes, archiveros excelentes, capataces inmejorables.

Si has entendido verdaderamente mis palabras, verás que todos los seres de la —llamémosla— Creación, son tus hermanos, quizá más que eso, y que sus diferencias provienen de las distintas cosechas que tienen derecho a recoger. Mas no por ello es más digno un mago que un sirviente.

Con el tiempo verás, Ankor, que la perfección de los seres depende de cuánto se acercan a su propio arquetipo inmediato y no a la comparación de estos arquetipos entre sí. Seriamente te digo que es mejor un buen labriego que un astrólogo mediocre...

Mientras así discurría el sabio, Ankor inundaba su alma con la serena sapiencia de sus palabras, y le parecía que el viento frío del mar le lavaba el cuerpo de pegajosos parásitos invisibles. La gran Ley inmutable y perfectísima iba, poco a poco, revelándosele en cada cosa.

—¿Me he explicado suficientemente, amado joven?

—Sí, Maestro; tus palabras, claras como el agua de esos pequeños estanques de las rocas, me han permitido ver el maravilloso mundo que cobijan.

—Excelente es tu comparación... Los conceptos e ideas también son, en cierta forma, seres que nacen, se reproducen y mueren, para volver a manifestarse en épocas venideras, tomando nuevos vehículos formales. Tu alma será tanto más hermosa cuanto más bellos sean sus habitantes sutiles...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Sarhirmar tomó suavemente de los hombros al joven y lo guió por un elevado sendero que llevaba a la cumbre del acantilado.

—Despídete de este lugar hasta mañana, Ankor; esta noche elegirás las cosas que tú juzgues te hagan falta, y si hay algo que no se encuentra en tu palacete, hazlo traer por tus servidores.

Mañana, a la salida del Sol, luego de tus sacrificios, volverás aquí con tus cosas y los dos jóvenes que serán tus discípulos directos.

—Mañana volveré gozoso y comenzaré una nueva vida simple y pura... ¡Maestro, aspiro a los Misterios! Saber cómo se formó el mundo, cuál es la vida de los dioses que rigen las estrellas, el origen del hombre, la Alquimia, la Astrología, la Magia Ceremonial, la Terapéutica... ¡Ah, sabio Sarhirmar! ¡Mil vidas no me alcanzarían!...

—El tiempo es una apreciación psicológica; vive intensa y serenamente, sin distraer la atención del objetivo, y muy pocas jornadas te alcanzarán para lo que sueñas... Mas sueñalo como cosa segura; no lo desees emocionalmente, pues, si no, cada hora te parecerá una eternidad... Mira cómo descende el globo solar hundiéndose tras el horizonte; pon todo tu deseo en que se detenga; hazlo y dime qué sientes...

Ankor hizo lo que le pedía, y a los pocos minutos exclamó:

—¡Qué rápido se esconde; cuanto más deseo detenerlo, más parece apurar su movimiento!...

—Desea ahora lo contrario: ansía desesperadamente que se oculte...

—Se me asemeja ahora inmóvil...

—Así ves, querido Ankor, que tus deseos te llevan al engaño y al dolor, figurándote más lejanas las cosas que desees cerca, y más cerca las repulsivas. Mas, si permaneces sereno, en el seno de la Serenidad, verás las cosas en su exacta medida, y el dolor y el goce no turbarán tu perfecto e inmóvil equilibrio.

Aquella fue una noche extraordinaria para Ankor. Él, que jamás había pensado en sus necesidades, tenía ahora que prevenirlas y equipar su casa-habitación.

Ayudado por sus servidores, eligió mantas, vestidos, un par de cazuelas metálicas, un pequeño juego de yesca, pedernal y depósito de aceite para encender el fuego, unas sandalias y un par de cuchillos, uno de ellos sólido y grande, casi como una espada. Quizá necesitaría otras cosas o llevase alguna de más, pero su Maestro le había dicho: «Elige tú», y él, a pesar de su completa inexperiencia, lo hacía lo mejor posible. Se acordó también de un juego de antorchas y unos pequeños libros metálicos que contenían temas de meditación.

El sol del amanecer siguiente dio de lleno en la frente amplia de Ankor, aureolada por las azules volutas del incienso.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Rápidamente se quitó su blanca túnica de los sacrificios y la reemplazó por otra amarillo oscuro; hizo empacar los objetos elegidos en un par de bultos que llevaron a cuestas dos cargadores, marchando tras el palanquín.

La mañana era fresca; los primeros vientos otoñales, algo adelantados, sacudían inútilmente el follaje de los árboles, aún firme y verde.

—¿Qué hace ese hermano, amado Maestro? —preguntó el joven al ver a un Iniciado en la playa, sentado con las piernas cruzadas y como petrificado, insensible al azote helado de las olas.

—Se me hace un poco difícil explicártelo, pues carece de vocabulario adecuado, pero en líneas generales podría decirte que medita, que oye.

—¿Oye con sus oídos de carne? ¿Y qué escucha?

—Ya verás en tus próximos estudios que hay sonidos sutiles... y, si tales existen, también habrá oídos sutiles. Ese hermano oye voces y sonidos internos, vibraciones que se producen en otros planos de conciencia, de manera tan rápida que nada material puede captarlos.

Ankor sintió entonces, más que nunca, que en la casita no estaría solo; muchos seres como él se abstraían en Sagrados Oficios y olvidaban todo por el bien de la humanidad, lo que tarde o temprano redundaría también en beneficio propio. Comprendió asimismo que miradas de seres sutiles velarían sus meditaciones y facilitarían sus trabajos.

Los templos se fueron haciendo pequeños en las manos de la distancia y, en una curva pronunciada del camino costero, Ankor divisó su casita posada en un escalón de la roca, como una gaviota hecha de espuma...

Al descender del vehículo, lo hizo solo. Su Maestro ya le había abrazado y besado la frente:

—Medita mucho; trata de que cada mensaje de cada uno de los seres minerales, vegetales y animales, humanos o sutiles que te rodean, tenga cabida y fructifique luminosamente en tu alma. No desprecies a nadie; en medio de la noche más negra, la luna es blanca... Mas si la sombra se tornase blanca, la luna sería negra... Este es el juego de los dioses, y mientras el mundo exista como tal, continuará el juego...

Estas fueron las palabras recibidas por el discípulo, palabras que resonaban en su corazón a medida que el grupo, portando el palanquín, se alejaba a paso vivo.

—Te saludamos, noble Serpiente —la voz resonó a espaldas de Ankor, juvenil y grave. Se volvió y vio a dos jóvenes parados en el empinado sendero que llegaba desde la casita. Tendrían dieciocho o veinte años cada uno y vestían una túnica rosada con

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

sencilla dignidad. Cinto y franja sobre la frente, tejidos en lino blanco, completaban su atuendo. El más bajo de ellos había hablado y parecía algo mayor que su compañero.

—Los dioses sean con vosotros... ¿Sois acaso los hermanos que compartirán en parte mi soledad?

—Sí, hermano, pero más que compañeros somos tus humildes discípulos y servidores, puesto que tú nos instruirás y aleccionarás con tu ejemplo... Así nos ha dicho el maestro Sarhimar.

Ankor sintió por primera vez una seria responsabilidad. Dos pares de ojos le seguirían en todos sus movimientos y dos almas le analizarían cada actitud, cada palabra, cada pensamiento. Acudieron ahora a su memoria las palabras de su antiguo maestro Magur, en el sentido de que el discípulo ayuda a evolucionar al Maestro. La preocupación que él se tomase por los dos jóvenes le sería doblemente recompensada, pues no solo acumulaba buenas acciones en su «haber» espiritual, sino que, para no desilusionar a sus discípulos, debería afanarse y mejorarse al máximo posible.

Cuando le dejaron sus reflexiones, vio que ya le estaban llevando sus cosas a la casita. En un par de viajes estuvo todo en su lugar, y Ankor llamó a sus discípulos-servidores.

—Venid aquí, hermanos. ¿Ya queráis dejarme? ¿Tan ingrato os soy?

—Nada de eso, Serpiente —respondióle el mayor—, sino que no queremos molestarte; sabemos que estás en voto de silencio y tendrás mucho que meditar.

—Verdad es eso último, pero vuestra presencia me es muy grata. ¿Cómo te llamas tú? —preguntó al que había hablado.

—Onishké. Soy hijo de un capitán de la flota de la Gran Serpiente Solar, tu divino padre; él murió y me trajeron aquí hace pocos días; me honra mucho tu cercanía.

—¿Qué edad tienes? ¿A qué estudio quieres dedicar tu tiempo?

—Acabo de cumplir diecinueve años y sueño con dominar el arte de construir navíos. Me ha dicho el Maestro que para ello debo aprender Matemáticas, conocer los maderos y los momentos astrológicos para su corte y aprovechamiento; también Química, Física y tener un grado de Iniciación general que me faculte para emplear las divinas leyes del ritmo y la proporción.

—Todo ello lo lograrás, Onishké, a su debido tiempo. Y tú, que pareces más joven, ¿quién eres y qué rumbo deseas seguir?

—Mi nombre es Foarón; he nacido hace dieciséis años junto al río sagrado de «Nuil», en el continente africano. Mi padre vive y es Terapeuta en un templo cercano a la Esfinge. Como en un sueño, recuerdo ese monstruo de piedra contemplando el mar a

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

sus pies. Mi padre quiso que yo me instruyese aquí, donde hace ya casi diez años que estudio.

—Me halaga el conocerte, buen Foarón, pero no me has dicho qué estudio eliges...

—Perdóname, Serpiente Solar; los recuerdos de mi infancia acallaron las voces del futuro. Desde muy pequeño soñé con ser un Mago Alquimista. Acabo de finalizar mis primeros estudios generales, y si ahora logro capacitarme, ingresaré en algún Templo de Fuego, donde realizaré esos Misterios y sorprenderé los secretos que celosamente guardan los enanos.

—Muy hermosos son también tus sueños...

—¿Existen los «enanos gnomos», Serpiente? Foarón asegura que a veces los ve y hasta lo molestan, pero yo creo que más es el miedo que les tiene que la realidad de ellos.

—¡Calla, Onishké! ¡No te burles de lo que desconoces!

—Discurramos sin discutir, pero seamos sensatos —aclaró Ankor—. ¿Cómo podéis hablar de la existencia o no existencia de determinados seres del mundo sutil si no os han instruido sobre ellos? Tú, Onishké, ¿cómo prejuzgas sobre algo que desconoces y sobre lo cual ni ves ni oyes? Si sobre algo estás en ignorancia, guarda silencio... Y tú, Foarón, ¿por qué te dejas guiar tan ciegamente por tus engañosos y no adiestrados sentidos físicos? A su tiempo sabréis sobre los Elementos de la Naturaleza, mas por el momento estudiad otras cosas primarias y realizad vuestro voto de silencio y retiro. Quiero recordaros que el voto de silencio es absoluto en lo que se refiere al trato con cualquier otra persona fuera de nosotros y el maestro Sarhimar, cuyo pensamiento nos proteja... Id ahora, hermanos, y mañana, luego de los sacrificios del amanecer, reuníos conmigo.

Ankor se puso de pie y manipuló con el encendedor.

—Nuestros son tus trabajos, ¡oh, Serpiente! Permíteme hacer el fuego...

—Gracias, hermanos; prefiero estar solo y daros oportunidad de estarlo vosotros. En el silencio «nace la verdad y se crea la expresión», dice el maestro Sarhimar.

—Hasta mañana, entonces, Serpiente.

—¡Un momento! Se me había olvidado. ¿Dónde viviréis vosotros? ¿En una casa parecida a esta, situada no muy lejos?

—Así es —le respondió Foarón—. Está enclavada junto a la vertiente, al pie de la sierra, a no más de quinientos pasos.

—Hasta mañana, hermanos.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ankor quedó solo mirando la débil llamita del aparato para encender el fuego. Afuera, el Sol se acercaba a su muerte aparente y las olas batían con furia golpeando con sus espumas las paredes y el techo de la pequeña pero sólida construcción. Luego de esos momentos de éxtasis, el joven prendió una brazada de ramas secas en la chimenea y pasó al exterior portando un pequeño incensario rebosante de nubes perfumadas.

Realizó sus meditaciones, y cuando la sombra tomó posesión de las formas de todas las cosas, el joven discípulo bajó por las peñas hasta sentarse en un pequeño promontorio al borde mismo del agua. La oscuridad acercaba el horizonte, y Ankor se iba sumiendo lentamente en el Alma del Mar.

—¿Por qué me causa esta atracción el mar? ¿Por qué me siento seguro de mí mismo cuando lo veo y a la vez me sobrecogen sus heladas entrañas?

Estas y otras cien preguntas se arremolinaban y reproducían extraños engendros ideales en el alma de Ankor. «El mar y el cielo te impresionaron porque los viste muchas veces, y ellos son uno de los pocos espectáculos inmutables con el correr de los siglos». Así le había dicho una vez su padre... ¡Su padre! ¡Magur! Este último había muerto junto al mar... ¿Y su padre? ¿Dónde? ¿Qué hondo misterio lo sacudía? Por un instante se vio a sí mismo junto al mar, pero al mirarse las manos las vio adornadas de distinta manera, y en la diestra sostenía una especie de llave con tres picos en forma de tridente...

Al reaccionar, no pudo menos que mirar temerosamente a su alrededor y apresurarse a meterse en la casa, atrancando sólidamente la rústica pero resistente puerta de tablones. La luz acogedora del fuego y la tibieza del ambiente lo fueron tranquilizando; verdaderamente —pensaba— es una torpeza que yo me alarme. ¿No soy acaso un Aspirante a los Misterios? ¿No soy una Serpiente Solar? He pasado las pruebas; el tigre ha retrocedido... ¿Por qué este miedo ilógico?

Fue hasta una de las cazuelas y en ella puso unas verduras y una barrita de sales minerales y vegetales en adecuada combinación; se sentó a mirar el fuego e, insensiblemente, el recuerdo de su visión volvió a turbar su contemplación.

Él sabía que no era sabio buscar explicaciones personales a problemas en que todos los factores son desconocidos; pero se afanaba igual por saber el origen de aquella experiencia. Tras mucho pensar e imaginar, vio que, por el momento, nada podía sacar en limpio. Al siguiente día consultaría con su Maestro.

Se esforzó en pensar entonces que todo no era más que una experiencia metapsíquica, y que debía permanecer tranquilo, muy tranquilo... En este estado de ánimo se echó en su manta y no tardó en quedar dormido, al apagado arrullo de las olas, mientras el fuego bajaba también su luminosa cabeza en una almohada de ceniza.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Los días de Ankor, vividos en la casita de las rocas, se desenvolvían a veces serenos, otros plenos de emociones violentas, pero siempre profundos. Su Maestro le había dicho que vivía sumergido en el Alma del Mar y que, por eso, su vida era una réplica humana de la Gran Vida marina.

Pasaba largas horas en la playa contemplando las olas, y otras veces la microscópica vida submarina de los estanques que quedaban formados en las rocas al retirarse de las mareas.

—El espíritu sea en ti, amado Ankor... —la dulcísima voz de Sarhimar hizo volver al joven de sus meditaciones; se puso de pie y se inclinó respetuosamente.

—¡Oh, gran Sarhimar! Mi corazón se alegra, pero... ¿a qué debo el desusado honor de verte en mi humilde nido de gaviota?

—Ya hace tres meses que todos los días vas hasta el Pequeño Templo para escuchar mis palabras; hoy soy yo quien viene a ti. Un día también yo fui discípulo, y este refugio me recuerda las épocas de una lucha simple y pura.

—¿Tú, discípulo? Sé que es tonto lo que digo, pero me cuesta imaginarte así...

—Sin embargo, aún soy discípulo. Comprende bien, amado: soy Maestro ante ti, pero discípulo frente a mi Instructor.

Ankor no poseía aún el exacto conocimiento sobre la relatividad de todas las cosas; le costaba comprender el concepto de que un grano de polvo contuviese en sí sistemas de mundos iguales al solar, con la única diferencia del tamaño. Su corazón sí lo sentía, pero esto era muy vago e indefinido, algo así como un recuerdo...

—¿Es el Gran Maestro del templo de Kuum tu instructor? —preguntó el joven.

—¡Él es! A través de la «Hija de los Dioses», y a veces de manera directa, él hace llegar la sabiduría hasta mí.

—¿Y aun ese Gran Ser tiene Maestro?

—Lo tiene, Pequeña Serpiente, y ello es una serie infinita, pues aun la parte más divina del «Logos Solar» lo tiene, y el insecto más pequeño y torpe sirve de guía en la evolución de otros más inferiores que él. ¿Recuerdas lo que te dije cuando te confié a los dos jóvenes que te atienden?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Al instruirlos no haces más que obedecer la gran Ley universal y colaborar con el plan divino para tu evolución y la de los demás. En tus meditaciones, Ankor, especialmente las que realizas junto al mar, ¿qué oyes?

La vista del joven recorrió el lomo de las olas como interrogándolas... Tras unos momentos, contestó:

—Cosas muy raras son las que oigo ¡oh, sabio! Mas temo narrártelas, pues son tanto inverosímiles y tontas...

—¿Qué te he enseñado sobre todo lo que oigas o veas?

—Que son ellos fenómenos sin nada de milagroso; que, cuanto más, obedecen a leyes que yo desconozco, pero leyes al fin tan naturales como las otras...

—¡Con eso basta! ¿Qué te puede asombrar entonces? ¿Cómo sabes si son cosas tontas?

—Tienes razón, Maestro; pero la débil alma de tu discípulo se aplasta a veces bajo tu sabiduría, sin poderla aprovechar.

—Siéntate, Ankor, y nárrame tus experiencias; tu Maestro que te ama te está escuchando.

El joven le obedeció y comenzó diciendo:

—Mis mejores meditaciones las he realizado junto al mar enfurecido... ¡Oh, Maestro!, cuando las olas, al estallar en los acantilados, atruenan el espacio y el viento despencha las montañas de agua enloquecida, me siento donde estoy ahora, y al poco rato no noto más el frío ni el agua. Mil sonidos como las bestias feroces se mezclan entonces con los alaridos de los genios del aire... ¿Por qué combaten así esos engendros, Maestro?

—Para poder vivir, Ankor...

—No entiendo... La lucha siempre trae la muerte y no la vida... Además, solo a mí se me figura que son inteligencias las que guían y gritan en la tormenta.

—Vayamos por partes... Pero aguarda... ¿No son tus discípulos aquellos que se acercan a la carrera?

—Son ellos... Perdónalos, Maestro; pero acostumbran a venir a esta hora y tu visita apresura sus pasos...

—El amor de mis pequeños hijos son las únicas flores de mi sendero; su perfume se mete en los pliegues de la túnica y me acompaña a todas horas.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ambos guardaron silencio; el joven miraba el mar; Sarhimar contemplaba las cercanas estribaciones de las montañas, pero ambos pensaban en los que se acercaban. Para el primero era una responsabilidad que creía superior a sus fuerzas; en cambio, el sacerdote confiaba en Ankor, pero no sabía si los jóvenes, en su completa ignorancia, pudieran trabar demasiado el desarrollo de su discípulo.

—¡Gran Maestro! ¡Querido Ankor! Os vimos juntos y no pudimos hacer menos que correr a vuestro encuentro —dijo Foarón, el más joven, echándose a los pies de Sarhimar, actitud que imitó prestamente Onishké.

—¡Levantaos, hijos! Soy vuestro Maestro, vuestro hermano mayor, no vuestro Dios —dijo el sacerdote alegre y dulcemente—. Ahora idos —prosiguió— y sentaos en alguna no muy lejana escollera, que vuestro guía y yo tenemos algo que hablar: luego os llamaré.

Prontamente, los dos adolescentes se perdieron saltando entre las peñas. La mirada de Sarhimar los acompañó cariñosa, para luego volverse hacia Ankor.

—Primeramente no comprendías cómo los seres luchan para vivir, ¿verdad?

—Así es, amado instructor...

—Bien... ¿Qué es la vida, según tú la entiendes, Ankor?

—Muy difícil es tu pregunta... En verdad no lo sé... La creo una expresión de la Divinidad. Tú me has dicho que ella la cobija y la forma...

—Bueno es que sepas que una misma cosa y una sola palabra tiene tantas fases y acepciones como ángulos desde donde se la mire o sentido en que se la exprese. Si bien la Divinidad única e indivisible, absoluta, está en todas las cosas en sus esencias y atributos, no por ello tienes que deducir que todas sus —digamos— partes (puesto que en el idioma que conoces no hay expresiones sino en relación con las cosas burdas y materiales) tienen que estar en eterna paz.

La armonía es uno de los atributos del equilibrio, y el equilibrio relativo, dentro del ritmo de un plan evolutivo, se cumple más allá de la violencia formal o aparente injusticia de la lucha. Te han dicho que el universo manifestado, en cualquiera de los planos vibratorios, es la expresión del Ser Único... Y bien: si ese Ser es único, nada habrá fuera de él, y la mayor o menor perfección de cada una de sus expresiones incorporadas dependerá de ellas mismas... No puede haber nada externo al Todo...

Así, la acepción de la Divinidad que tú llamas piedra se pule con el choque de la expresión que denominas agua, y esta se purifica por medio de la primera. La lucha en busca de una selección de formas perfectas es inmarcesible, y mientras exista la manifestación y en el Plan que está a su vista, la manifestación es necesaria. Llegado será el momento en que, resumidos en la Unidad, no habrá seres ni cosas que se opongan, y entonces perecerán la vida y la muerte, la rueda se detendrá y Él nacerá a

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

una nueva vida; su Cuerpo se resumirá, pues su Alma se habrá incorporado plena en su inmovible e inimaginable esencia... No le preguntes a tu mente, pues ella es muy limitada y formalista, pero... ¿tu corazón me ha comprendido?

—¡Siento que sí, sabio Maestro!

—En cuanto a si lo que has oído o visto es tal cual lo has captado, te lo dirá tu posterior instrucción en los Misterios y tu interno discernimiento.

—¿Cómo desarrollar este último?

—Acertada es tu pregunta, pues sin él es hueca y artificiosa toda asimilación de enseñanza. La profunda meditación, las costumbres puras y simples, lavarán tus ojos internos y tendrás evidencia experimental en lo sutil, tal cual ahora puedes hacerlo en el plano físico que conoces... Mas llama a Onishké y Foarón, que el estar desocupado y solo en seres poco desarrollados es nido de todas las alimañas invisibles.

Ankor se llevó a los labios una pequeña caracola de bronce que pendía de su cintura, y su sonido dulce y penetrante atrajo a los jóvenes al instante.

—Aquí estamos, amado Ankor —dijo el mayor, luego de reverenciar al sacerdote.

Sarhimar los invitó a permanecer en su presencia y les preguntó:

—¿Qué os parece vuestra nueva vida? ¿Lográis extraer la sabiduría que os ofrecen las enseñanzas de la Pequeña Serpiente?

—¡Maravillosa es esta existencia, gran sacerdote, y las palabras de nuestro noble hermano arden en nuestros corazones! —dijo Onishké.

—¿Lucháis con vuestros deseos?

—¡Mucho! Te confesamos que, a veces, es algo duro este rigor y parece que la molicie y las pasiones nos vencieran; mas el idéntico esfuerzo que con tal altura y constancia lleva Ankor es nuestra luz y látigo.

—Buenos son ellos —terció el nombrado— y te aseguro, ¡oh, sabio!, que tus semillas encuentran en sus almas tierras fértiles, a pesar de la manera torpe con que las arroja mi mano...

—Proseguid yendo todas las mañanas al Pequeño Templo para vuestra instrucción de gimnasia y baños de sol y agua... Los tres seréis así dignos hijos de Kuum.

Con esta última frase, Sarhimar se puso de pie, y luego de saludar cariñosamente, se marchó por el empinado caminito hasta el palanquín que le aguardaba.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Los tres jóvenes conversaron largo rato, comentando animadamente las palabras del Maestro, y poco más tarde Onishké y Foarón dejaron a Ankor consigo mismo.

No todos eran momentos espirituales y experiencias metafísicas en la vida del discípulo; a veces, temía quedarse solo, pues entonces sus debilidades se agrandaban, y por querer luchar a muerte con ellas no apartaba de las mismas su mente durante horas.

La naturaleza humana floreciente —a la sazón acababa de cumplir los catorce años— reclamaba para sí manjares que, además de estarle vedados, no terminaba de conocer. Su avanzado grado evolutivo le facilitaba el triunfo en esa lucha, pues el fuego místico que ardía en su corazón era el más poderoso y constante; pero a veces su imaginación lo vencía y realizaba en la mente extraños juegos de imágenes que ni él mismo comprendía.

Le habían dejado solo con sus abismos, y sus abismos lo atraían. El voto de silencio, esa única y aun medida relación con su Maestro y sus discípulos, a veces doblaba los brazos de su alma. Pero todo desaparecía con el sueño, y el sol de la mañana disolvía el recuerdo como la niebla del mar.

Ankor entonces se lanzaba por los campos, solo, con su túnica amarilla y un liviano báculo como todo implemento. Unos días visitaba las estribaciones de las vecinas montañas, otros inspeccionaba unas extrañas cavernas que había descubierto en los acantilados de la costa norte. En los bosquecillos se paseaba acariciando las vetustas cortezas, espiando la vida de los pájaros entre las hojas, o siguiendo durante horas el trabajo de los forzados escarabajos. Dormía sobre la hierba, se alimentaba con frutas y se bañaba y bebía en las vertientes.

Había noches en que el sueño era olvidado, y el joven aspirante a los Misterios ni se acercaba a su casita; acurrucado entre las raíces de los álamos que crecían junto al arroyo, atisbaba el lento abrir y cerrar de las flores de los estanques... Al amanecer, sus pétalos cerrados se erguían y separaban con el beso del sol; luego, cuando las sombras de los árboles se marchaban por las praderas llenándolo todo, esas mismas corolas se resumían imperceptiblemente en apretado haz.

Estas observaciones hicieron a Ankor contemplativo y paciente; la ley de los ciclos y la continuidad de la vida, oculta o manifiesta, se grabaron profundamente en su corazón. Volvía de esas veladas a sus clases diarias del templo y cada vez tenía la mirada más pura y buena.

Muchas veces, en sus paseos por su ex reino, había notado que los animales huían del hombre y hasta la fronda parecía retraerse a su paso. El voto de silencio le había enseñado que los seres de los reinos inferiores aman y respetan al hombre silencioso y de modales mansos, que se acerca a ellos no con afán de explotación ni de realizar estúpidas orgías de sangre, sino con amor.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ankor asimilaba día a día, mes a mes, la serena majestad de los árboles, la belleza alegre de los saltos de agua, el entusiasmo avasallador de las tempestades y la prudencia de las gacelas. Las plantas, el viento y la cascada, al penetrar en su alma, le llenaban de misteriosos murmullos, de seres transparentes y musicales...

LA LUCHA INTERIOR

Ankor había pasado la noche en las estribaciones de la montaña, junto al nacimiento del arroyo; allí, extrañas flores púrpuras, negras en la sombra, habían impregnado sus vestidos de perfumes pesados y voluptuosos. Su sueño fue intranquilo; multitud de imágenes indefinidas, donde él era acción y pasión al mismo tiempo, habían desarrollado sus habituales y extraños juegos.

El amanecer, con su multicolor reverberar en cada partícula de agua, le había devuelto al reino de la luz. Los espíritus diurnos de la fuente, saltando de piedra en piedra, visitaban las corolas vírgenes de las flores; entonces, estas exhalaban sus mejores perfumes y se convertían en habitaciones de los pequeños «elfos» que, prisioneros en la red de aromas, batían cual colibríes sus alitas de materia sutil.

Esa mañana, en el Pequeño Templo, Ankor prosiguió su rudimentario aprendizaje antropológico, dando principio a las clases de Anatomía práctica.

Allí estudió la topografía exterior humana en modelos vivos y la interior en unos calcos especiales de arcilla que reproducían a la perfección el esqueleto óseo y los distintos sistemas y órganos. También ponían a su disposición preparados naturales, conservados en la apariencia que tenían al estar en función.

Las palabras claras y dulces de Sarhimar iban iniciándolo en los misterios del cuerpo físico humano; allí leía para Ankor los mensajeros pasos de los regentes de la forma.

«Todos los rincones del universo y, en especial, del sistema solar, tienen su manifestación equivalente en el microcosmos, el ser humano». Así hablaba el sacerdote, y el joven Hijo del Sol bebía con avidez sus palabras.

Poco después del mediodía acabó su trabajo en el templo. Tomó su báculo y su túnica amarilla y se dirigió hacia un estanque artificial, rodeado de pinos, que había sido construido de tal manera que tenía comunicación directa con el mar, y sus olas, convertidas en suavísimas ondas, penetraban en el pequeño lago luego de haber recorrido medio kilómetro de canal.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ya estaba a doscientos pasos del estanque cuando, detrás de un apretado bosquecillo de abetos, surgieron unas alegres risas. Ankor detuvo su marcha y se quedó inmóvil, escuchando, pues tales ruidosas manifestaciones eran poco comunes en Kuum.

Como no oyese nada más, siguió acercándose, intrigado. Y como las risas se renovasen acompañadas de gritos femeninos, el joven se agachó rápidamente entre las raíces de un gran pino, avergonzándose de que le pudiesen sorprender en un sector de los jardines al cual no se le había dado permiso para visitar.

Pero la curiosidad pudo más que su prudencia, y avanzó a gatas otra veintena de metros hasta cobijarse en un arbusto desde el cual se dominaba gran parte del estanque. En él —dedujo Ankor— se estaba realizando alguna extraña fiesta, pues colgaban cintas multicolores de copa a copa de los árboles; sobre el agua, en el césped y orillas, hermosos tules, vasijas de perfumes e instrumentos musicales yacían en profusión. Dentro del agua, en un extraño juego-ceremonia, las vestales, disfrazadas de nereidas, reían y chapoteaban.

Largo rato quedó Ankor observándolo. De cuando en cuando, despojadas de sus atavíos neptunianos, danzaban en la hierba enlazándose en mil cintas y bañándose con las ánforas de perfumes. Entonces, los hermosos jardines parecían haber animado sus maravillosas estatuas mediante algún raro sortilegio.

Las risas, músicas y perfumes, unidos a la terrena plenitud que emanaba de aquella especie de danza, especie de fuego, atraparon en una cárcel de sorpresa e indefinidas pasiones el corazón joven de Ankor...

De pronto, por un senderito bordeado de columnas de mármol verde surgió una mujer de unos treinta años de edad. Al verla, todas las vestales se zambulleron en el agua y nadaron en silencio, como avergonzadas.

—¿Qué es lo que hacéis? ¡Vestales de los fuegos submarinos del Sur parecéis ser! —La voz de la instructora, aunque serena, estaba cargada de indignación, tal vez un poco a propósito. Su túnica blanca y la toca de oro en la cabeza le daban la majestad de una diosa.

—¿Son esos juegos bruscos y deslucidos, son esos necios derroches de perfume y gracia lo que habéis aprendido, ¡oh Guardianas de la Activa Serenidad!?

Las muchachas fueron saliendo en silencio de las aguas y cubrieron sus cuerpos húmedos con grandes capas de lana roja.

Ankor pudo entonces desarraigarse de su refugio y en veloz carrera huyó hacia el mar. Pasado el encantamiento que lo había ofuscado, se había apoderado de él un loco terror de que alguien lo hubiese visto espiando y que eso lo hiciera indigno de los Misterios.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Corrió y corrió por los senderos, jadeante, con las manos extendidas hacia adelante, como buscando algo que se le escapaba...

En el camino a su cabaña, al bajar el empinado acantilado, tropezó y cayó entre unas piedras, dándose un fuerte golpe en la cabeza que le hizo sangrar y quedar semidesvanecido algunos momentos.

La voz de uno de sus discípulos gritando a lo lejos: «¡Ankor se ha caído!», lo terminó de despabilar.

Onishké y Foarón llegaron a todo correr y le ayudaron a incorporarse solícitos, preguntándole por qué había corrido así y cómo se había caído.

—Queridos... queridos hermanos, no os molestéis por mí. Las ansias bajas de la juventud de mi cuerpo lo desenfrenaron y caí...

—Eso nos ocurre a nosotros muchas veces, noble Ankor; nos dan deseos incontenibles de correr y saltar... No creíamos que fuese eso tan malo... Se te ve pálido y angustiado...

El Hijo del Sol miró tristemente a quien así hablaba y a su compañero... No habían entendido su aclaración; no adivinaban que no corría por retozar, sino huyendo de lo que él consideraba crimen horrendo.

—Haced el bien de dejarme solo, hermanos —la entonación profunda y dolorida de su voz alejó a los muchachos que, de muy mala gana, volvieron a los parques, más allá del borde del acantilado. Ankor quedó solo; marchó luego hacia el mar y permaneció bañado por sus aguas casi dos horas.

La obsesión de ser un indigno le torturaba y hasta pensó en hurtar un bote y dejar Kuum para que su presencia no humillase a su Maestro. Su alma de adolescente magnificaba y dramatizaba lo acontecido, y a fuer de no querer pensar en ello, los cuerpos desnudos de las vestales, brillantes por el agua, se aparecían en cada recoveco de las rocas o cuando cerraba sus ojos cansados por el llanto no siempre contenido.

Esa noche no fue para él de sueño ni descanso; tuvo que ver cómo la Naturaleza toda se sumía en el dulce reposo de las formas sin poder hacer lo propio.

Asistió en vela al paulatino callar de los pájaros, al transmutarse misterioso de la voz del mar y al nacer de los extraños murmullos nocturnos de los bosques...

Ankor velaba...

Ya cercana el alba, sumido en sus contemplaciones, aguardaba el imperio de luz como una bendición. Tras el sacrificio de la aurora, bebió un reconfortante jugo de frutas y raíces y partió hacia el Pequeño Templo, donde lo aguardaba Sarhimar.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ni en los ojos ni en las palabras del sabio notó nada que pudiese traslucir si sabía o no su aventura del día anterior, o si conocía de la angustiada noche que había pasado.

Ankor no se atrevió a confiar en su Maestro. ¿Cómo podría —pensaba— un sacerdote como Sarhimar entender esa morbosa tendencia que él sentía? ¿Cómo reaccionaría al saber que su amado discípulo se había detenido más de una hora espiando como un vil y depravado esclavo los encantos físicos de las vestales? Y aunque en su bondad perfecta lo justificase en un discípulo común, ¿cómo podría justificarlo en un Hijo del Sol, en una Serpiente Solar? Estas preguntas eran como mastines que despedazaban la conciencia del pobre joven.

—¿Qué te ocurre, oh, Ankor? No estás hoy tan atento como de costumbre...

—¡Nada, sabio Maestro! Es que he pasado la noche en vela contemplando la Naturaleza —mintió el joven.

—No felicito a esa Naturaleza que me roba la atención de mi discípulo.

Las palabras de su instructor penetraron como fuego en el alma de Ankor.

Las lecciones se desarrollaron como de costumbre: Geometría, Química, Música, Alquimia, Astronomía y, finalmente... Anatomía.

En ella se estudiaba en parte sobre modelos vivos. Como si todos los dioses de su destino hubiesen decidido volverse contra Ankor, desde ese día el modelo fue una joven mujer de extraordinaria belleza.

Enormes esfuerzos distinguieron los días sucesivos. Poco a poco, el aspirante a los Misterios fue olvidando su aventura del estaque; pero le era muy difícil estudiar la estructura muscular y geométrica del modelo sin admirar su sensual armonía. Algo muy fuerte, ancestral, se rebelaba contra las frías y serenas palabras del Maestro, que iban pulverizando toda esa belleza material, describiendo cada una de sus musicales formas, como resultantes de tal o cual grupo muscular u óseo.

Pero era un momento; los principios sutiles del joven, muy evolucionados, se sobreponían al fin sobre la ilusión de los sentidos y admiraba entonces la maravillosa máquina biológica que tenía ante sus ojos. Sarhimar, sonriendo imperceptiblemente, parecía no darse cuenta de los afanes de su discípulo y continuaba dulce y serenamente con la exposición de su sabiduría.

Cierto día en que Ankor había tenido que luchar aún más que de costumbre para no interrumpir la serena elevación de sus pensamientos, preguntó repentinamente a su Maestro, con la voz quebrada por la angustia:

—Maestro, ¿es aún indispensable el realizar estudios somáticos sobre personas de sexo opuesto al nuestro?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Crees que, si no lo fuese, yo lo hubiese dispuesto? Debe de ser muy molesto para esta pobre hermana que nos pasemos horas y horas observando y tanteando los desplazamientos musculares sobre su cuerpo desnudo... Pero tienes que dominar esto para poder seguir...

Estas últimas palabras, dichas con evidente doble sentido, hicieron subir los colores al rostro de Ankor. Tenía la absoluta seguridad de que su Maestro se había percatado de la lucha que sostenía consigo mismo, pero por algún extraño designio que el joven no alcanzaba a entender, parecía ignorarlo.

Había pasado más de una semana cuando Ankor volvió a sufrir un recrudescimiento en su lucha. Al salir de sus clases diarias en el Pequeño Templo y tomar la ruta que llevaba a los acantilados, vio en un claro del bosque de pinos unas figuras femeninas que danzaban echando a volar largas cintas de tul celeste y rosado. El sonido de una especie de cítaras y arpas acompañaba los livianos pasos. Inmensa curiosidad quiso de nuevo fascinar al aspirante, pero la fuerte reacción de su voluntad le hizo seguir su ruta, como si nada hubiese pasado... Sin embargo, su paso era más rápido y nervioso...

Esa tarde la pasó tranquila junto con los dos jóvenes a su cargo. Una larga clase sobre Zoología y Meteorología abarcó, al final, todos los temas. Onishké y Foarón, pendientes de la palabra fácil y convincente de Ankor, ora se abismaban en las rítmicas evoluciones de las formas minerales, persiguiendo los grupos de almas a través de los miles y miles de siglos, ora se elevaban hasta las nubes para investigar el porqué de la lluvia, del trueno, del relámpago...

El discípulo de Sarhimar distendió cuanto pudo la conversación, extendiéndose en detalles y aclaraciones colaterales; pero el Sol se ocultó, y luego de realizados los Oficios, quedó solo ante el humo vacilante de las ofrendas.

Cuando se echó a dormir, lo hizo aguardando en el fondo de ese misterioso mar que llamamos sueño la legendaria perla de la Serena Realidad.

En el imperio de las sombras estaban por celebrar la medianoche, cuando Ankor despertó violentamente... Había soñado... ¡Qué había soñado!...

—¡Tan bajo soy que he realizado con la pantalla del sueño los viles actos que no hice en vigilia! ¡Que no hice, no por moral, sino por miedo y asco de mí mismo! —las palabras rebotaron en las paredes y volvieron sobre sus oídos.

Con rápido ademán arrojó lejos de sí su túnica corta y se lanzó al exterior, buscando en el viento salobre la ráfaga que lo limpiase.

Ankor pasó las manos por su cuerpo y las retiró con asco; aquella cárcel de carne triunfante lo llenaba de ira y de desprecio. Saltando de piedra en piedra llegó a un peñasco. Allí, al sentir encogerse su carne desnuda ante los helados latigazos de las olas, trataba de luchar, buscando un porqué para sobrellevar su humillación.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Subió algunos metros, a la parte superior, y bebió ávidamente los arroyos de viento que parecían despegarle de encima asquerosas sanguijuelas.

Enormes esfuerzos debió realizar para no ser arrastrado hacia el agua, pero los rugidos que lanzaban las olas al morir eran más fuertes que los de sus sueños de pureza, y así estos se le hacían más soportables...

¡Qué torpes le parecían ahora sus acciones, su insana curiosidad, aquella conmoción! El conocimiento de lo poco que vale el gozo material le devolvía paulatinamente a su mundo. Las palabras del sabio Sarhimar, sus clases y consejos, le despertaban ahora el corazón, y establecía bien la diferencia entre lo que quería y aquello que deseaba la bestia que le servía de vehículo terrestre.

Algo reconfortado con el hallazgo de lo que él creía la clave de su autodomínio, se empezó a deslizar por las rocas, cuando un golpe del mar le dio tan de lleno que tuvo que clavar sus sangrantes dedos en los intersticios de la piedra para no ser arrojado a distancia.

Miró hacia abajo y no pudo contener un estremecimiento de horror; las aguas habían ascendido más de dos metros y la mayoría de los peñascos que le habían servido de puente ya no afloraban a la superficie. En sus lugares, espantosos remolinos dejaban ver esporádicamente puntas rocosas agudas como cuchillos. A más de cincuenta metros de distancia, las grandes olas estallaban a los pies de la casita.

El joven, como pudo, trepó de nuevo a la cúspide y pensó que allí tan solo le quedaba observar impotente el ascender de la marea y su muerte próxima y segura.

¡Cómo lamentó entonces sus debilidades, el obrar por impulsos, la buena acogida que había dado a sus defectos! En pocos minutos desfilaron por su mente, con lujo de detalles, todos los pormenores de su vida. Llegados sus recuerdos al tiempo que vivía, sintió deseos casi incontenibles de arrojarse a la vorágine y acabar con aquella su sucia morada.

Las fauces del mar, inexorable, se le fueron acercando poco a poco, y Ankor tuvo la evidencia de que, en cuestión de minutos, le tragarían.

Trató de elevar su pensamiento y pedir auxilio a los poderes que le protegían, pero las últimas emociones y martirios le habían minado la voluntad, la atención, y, en especial, el propio sistema nervioso físico. Se sintió desfallecer y todo él fue como un líquen aferrado a la roca. Cuando apareció el Sol, a pesar de encontrarse semiinconsciente, una débil luz de esperanza volvió a alumbrarle, y tiempo después unas manos luchaban para retirar las suyas de las grietas. El vacío mental en que cayó entonces era, en medio de su espanto, acogedor... Ya no sufría...

Cuando Sarhimar le puso una mano sobre la frente le pareció que todo su ser volvía a integrarse; de nuevo sentía las distintas sensaciones en su cuerpo físico y su mente razonaba acorde a su voluntad.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Maestro! ¿Dónde me habéis llevado?

—Estás en tu casa de las rocas. No te pregunto qué te pasó ni te preocupes por ello... ¿Estás bien? No sientes ningún dolor interno, ¿verdad?

—¡No!... Nada me duele verdaderamente, excepto el alma... ¡Soy indigno de estar en tu presencia, noble y puro Sarhimar! ¡No me llames tu discípulo! ¡No me tengas cariño! El polvo que pisas es más digno, pues al menos no se disfraza con una túnica mística, no oculta sus lacras internas; más bien muestra lo que realmente lleva.

—¡Calla ya, buen Ankor!, y cesa de agitarte en las redes del pasado, pues ni aun los dioses pueden cambiar el curso de un átomo de lo sucedido; pero, en cambio, el más pequeño ser tiene opción de variar en algo el desarrollo formal del plan a efectuarse.

—¡Tú no sabes cuán miserable soy!

—Tu Maestro no solamente conoce tus defectos presentes, sino que previene su reproducción en otros futuros más sutiles y peligrosos... El Sol ha empezado a caer hace tres horas y quiero hablarte antes de tus sacrificios del crepúsculo. Vístete, toma esos jugos y ven a la costa, que allí te aguardaré.

Quince minutos hacía que la brisa marina inflaba la túnica de Sarhimar cuando los pasos lentos de su discípulo le sacaron de su abstracción.

—Me alegra que te hayas apurado; eso significa que te interesa oírme.

—Siempre me interesa oírte, ¡oh, Maestro!, pero en mi alma pululan espantosos gusanos; estoy decidido a matarlos, pero los he dejado vivir demasiado...

—¿Pudiste acaso impedir su nacimiento?

—No lo sé —la voz del joven se quebró en un amargo sollozo, se llevó las manos a las sienes y cayó de bruces a los pies del instructor, convulsionado de llanto.

—¡Mi pequeño Ankor! ¡Mi Gran Serpiente! —la voz del sacerdote se hizo dulce y fresca como el fluir de los manantiales en la primavera—. ¿Cómo piensas que desconozco tu problema, que no colaboro en su solución?

—¡No puedes colaborar, oh, Maestro! Mi pena no es motivada por ninguna duda doctrinaria ni falta de empuje espiritual... ¡Estoy sucio!... Me he dejado arrastrar por imágenes subyugadoras, y ellas han llenado mi sueño y mi vigilia...

Sarhimar lo colocó de cara al mar, de pie ante él, y luego de esperar unos minutos a que el joven se serenase, instó:

—¡Cuéntamelo todo!... Conozco tu problema y le he seguido los pasos todos estos días. ¡Oh, no! ¡No me mires con asombro! A veces olvidas, Ankor, que el que ha colocado su conciencia unos pasos delante de la tuya, tuvo por fuerza que conocer los

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

mismos obstáculos con que te encaras... Cuéntamelo todo y, te prometo, la paz volverá a anidar en tu corazón...

Ankor abrió su corazón, y sus penas, enloquecidas, surgieron de él a borbotones. Cuando hubo terminado tan doloroso relato, se echó de nuevo a los pies de su Maestro llorando. La mano del sacerdote acarició sus cabellos tan suavemente como el acento de su voz inolvidable:

—¡Mi pobre niño! Has caído, pero no tan bajo como te figuras... En ese destino personal que te has forjado, en el seno del Gran Destino, estaba que pasaras estas pruebas... Si en verdad has comprendido tu error y tienes buena y firme voluntad, has triunfado. ¡No lo hagas más!

—¡Ay, Maestro!, jamás me entregaré a nuevas curiosidades torpes, ni satisfacciones ilusorias... Pero los espantosos monstruos del deseo, con sus fauces sanguinolentas y sus colas velludas, anidan en mi alma, gibosos, escamados, horrorosamente deformes. Me siento indigno; les he dado albergue en mi corazón... En tu inmaculada pureza y sabiduría, ¿puedes llegar a concebir tanto horror? ¿Crees posible, ¡oh, Sacerdote Solar!, que un día estén completamente vencidos?

El sabio bajó su mano hasta el mentón del joven y le obligó a alzar la cabeza y mirarle; entonces Ankor vio otros monstruos similares a los suyos, despedazados hace tiempo, irremediabilmente vencidos, en el fondo mágico de sus ojos...



El rigor del invierno ya empezaba a decrecer y las nevadas tenían que dejar lugar a días más tibios de sol. En las puntas de algunas ramas se divisaban retoños verdes, ebrios de vida.

—¿Ves, Pequeña Serpiente? Los ángeles del renacimiento se acercan y, a su llamada, los Señores de cada grupo vegetal o animal responden, según les alcanzan las vibraciones; pues has de saber que no todas estas —digamos— mentes rectoras de las distintas especies están en un mismo plano vibratorio, sino que tienen conciencia en estados muy diversos y en casos verdaderamente diferentes.

Maestro y discípulo marchaban discurriendo animadamente por los maravillosos jardines del pequeño refugio de Kuum.

Sus pasos, lentos y acompasados, recorrían kilómetros y kilómetros de senderos de mármol blanco desmenuzado. Toda la naturaleza hacía de maravilloso marco a la escena eterna y divina de la transmisión de la Doctrina Esotérica.

—Según he escuchado de tus labios, la diferenciación individual solo existe en los vehículos físicos y recurrentes de los mismos, pues en el caso de las «almas grupales» de una especie animal, por ejemplo, los principios sutiles están fundidos en uno...

—Así es, Ankor, tratando el asunto a grandes rasgos...

—Pero hay algo que se opone a mi razonamiento, Maestro; «siento» que es así, pero no comprendo cómo todos estos pájaros que vemos sobre la hierba tengan una sola Gran Alma... Aun dentro de una misma raza he visto animales con proporciones especiales que otros no tienen... Además, no entiendo cómo...

—¡Aguarda un instante, lobo ciego! Disiparé antes la duda que has expresado en primer lugar; no vaya a ser que la olvidemos y, unida a otras, se reproduzcan y minen tu alma...

—¡Grande es tu sabiduría, oh, Maestro!

—La sabiduría no tiene dueños, pero sus esclavos son amos del universo... Oye, Ankor. Te dije muchas veces que nosotros, por más evolucionados que seamos, no podemos conocer el valor absoluto de las cosas, sino el relativo. Desde el momento en que existimos, en que estamos encuadrados en un determinado estado de conciencia, por fuerza tendrá que existir también algo fuera de nosotros y, fatalmente, para juzgar ese «algo», estableceremos comparaciones. No lo juzgaremos en sí, sino con relación a otro

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

u otros elementos. Medita esto sin apresurarte, y verás que de tal manera solo podemos llegar a resultantes relativas, jamás absolutas...

Con esto quiero decirte que cuando te instruyo sobre «almas-grupos» no quiero expresarte con ello que los animales o vegetales, como individuos separados, no tengan también su independencia en planos más sutiles... Mira ese arbusto: observa ahora las briznas de hierba... ¿Cuál es más alto?

—¡El arbusto, desde luego!

—No, Ankor; no me contestes tan rápidamente basándote en la primera impresión; te ruego te eches en esos pastos, los observes bien, tómalos en tus manos y luego contéstame.

El joven corrió hasta el lugar indicado y cumplió el deseo de su Maestro; pasados unos instantes de contemplación volvió a afirmar lo dicho antes.

—Haz lo mismo ahora con el arbusto. ¿Qué te parece su textura al lado de la de las hierbas?

—¡Muy poderosa! Su tronco haría mil tallitos y la más débil de sus ramas es más resistente que aquellos endebles vegetales.

—Ya ves entonces cómo ese arbolito tiene gran tamaño y resistencia comparado con los pastos. Pero... ¿qué es junto a aquellos colosales pinos que cubren la falda de la colina?

—Más o menos lo mismo que eran las hierbas junto a él, ¡oh, sabio!

—¿Y qué te dicen entonces las hierbas, los arbustos y los pinos?

—Lo mismo que tú, Maestro. Te ruego que continúes...

—Y bien. Sabe entonces, Ankor, que los vegetales o animales también tienen su diferenciación espiritual adaptada a su grado evolutivo, pero como esta especificación individual es latente al lado de la nuestra, decimos que tienen un alma en común para cada especie. Pero, Ankor, recuerda que hay otros seres mucho más avanzados que nosotros; también dirán que tenemos almas grupales; al lado de ellos aún somos pequeñuelos débiles y torpes a los cuales hay que llevar en grupo y tomados miedosamente de las manos para que ninguno se pierda en la oscuridad...

—Aquí llegamos a lo que te quería preguntar... Perdóname, Maestro, pero, sin querer decir con ello que en la Doctrina Esotérica Solar haya contradicciones, mi poco desarrollada mente las encuentra y me agobia el no poder llegar al exacto sentido de tus palabras...

—Tomemos asiento en aquella rotonda. La sombra de los pinos es favorable a la meditación de estos problemas. Habla, te escucho.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Muchas veces me has dicho que la gran unidad de todos los seres es el supremo objetivo del presente Plan Universal. Y si ello es así, ¿cómo se entiende que estos mismos seres, al pasar sus almas a planos evolutivos superiores, como es del animal al humano, en lugar de fundirse unas en otras se diferencien aún más?

—Muy difícil me es responder adecuadamente a tu pregunta. Tú desconoces aún prácticamente todo el mecanismo de la evolución y de las distintas corrientes, contracorrientes y remolinos que se originan en su seno...

—¿No me puedes dar alguna idea, una noción, aunque muy rudimentaria, de lo que cuando avance en la Iniciación conoceré?

—Trataré de dártela, si bien por el momento tendrá que ser muy vaga y general...

—Te ruego que lo hagas, ¡oh, Maestro!

—Así como se te enseña en tus clases de Geometría que dos líneas que se cruzan en un mismo plano determinan un punto, cada uno de nosotros no somos más que la resultante transitoria del cruce de dos o más... —tú no conoces el «idioma»— entidades evolutivas en actividad. Todo se complementa en el universo; hay un «porqué» para cada cosa. El «tono» cuantitativo de cada sistema rige la expresión de las corrientes evolutivas y de los seres que las forman y son formados por ella.

Cuando los seres de una masa evolutiva lo merecen, se «casan» espiritualmente con otros en equivalentes condiciones y juntos dan a luz una tercera masa evolutiva mejor. Cuando la atracción polar que los mantenía unidos entre sí es satisfecha por los seres del segundo grupo, cada integrante del primero se une a uno del segundo y ya no atrae a sus compañeros, porque su capacidad de relación está cumplida; entonces se diferencian y cada uno es tan perfecto como antes lo era todo el grupo... ¡Oh, Ankor! Estoy hablando de cosas que no puedes entender y que, dichas en las palabras materialistas de un idioma hecho para la guerra y los negocios, suenan como pretender dar idea de la forma de una flor golpeándola contra una tabla.

—Prosigue, Maestro, te lo ruego...

—Bien... Esos seres están ahora separados en el plano que antes los unía, pero continúan unidos en infinitud de otros aspectos.

—Pero, ¿llegará un día en que se desunan totalmente?

—Así es; pero ese día en que se reconozcan plenamente libres e independientes, destruyen el último lazo que a la vez de unirlos los separaba, haciéndoles en algo distintos unos de otros, como, por ejemplo, lo es el cuerpo de un hombre y el de una mujer.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ese día, ¡oh, Pequeña Serpiente!, todos los seres de ese Plan se vuelven idénticos, se vuelven uno, pues sus límites ya no pueden existir al haber idénticas condiciones fuera y dentro de ellos. En algo absolutamente homogéneo –tú lo sabes– no puede haber ni tenues películas delimitantes, pues, si así ocurriera, ese «algo» ya no sería homogéneo... ¿Puedes ver ahora, a través de este torpe esbozo, algo de luz en la oscuridad del problema?

—Entiendo un poquito, sabio Maestro, y mi corazón intuye algo más... Pero un día, un día de esta vida, ¿podré conocer eso como tú y ya no tener problemas?

—Un día cercano reconocerás todo lo que ya tienes aprendido y aumentarás ese saber con nuevas cosechas... ¡Qué pobres te parecerán entonces mis palabras! ¡Bienaventurado seas, oh, Serpiente, que un día te devorarás a ti mismo y ya no conocerás el principio ni el fin!

Con estas palabras, Sarhimar se despidió del joven y se marchó hacia el Pequeño Templo.

A la mañana siguiente, Ankor recibió la visita de su Maestro en el instante en que, tocado con su humilde túnica blanca, se disponía a emprender el camino que le llevaría en pocos minutos hasta el templo en que recibía sus instrucciones.

—Los dioses del alba sean contigo, amado Ankor.

—¡Oh, Maestro! Ellos contigo estarán más a gusto que con este pobre discípulo... ¿A qué se debe esta alegría?

—Vamos andando; mi palanquín te espera. Allí te contaré...

Mientras los pasos rápidos de los servidores martillaban el polvo del camino, el sacerdote le rogó que fuese con él esa tarde hasta el Gran Templo de Kuum, donde podría permanecer algunos días. Grande fue el contento de Ankor, y más grande aún le pareció el tiempo que debía correr antes de emprender camino hacia aquel pedazo de cielo caído en la tierra que era Kuum...

Ya en camino, mientras el Sol volvía a acercarse al horizonte, Sarhimar, sonriente, preguntó a su discípulo:

—¿Qué tal realizas el voto de silencio, Pequeña Serpiente?

—Sin gran dificultad, Maestro; desde pequeño se me ha habituado a conversar sólo de temas elevados y con determinadas personas. Esto no es más que una reafirmación aumentada de aquello; el hacerme mi propia comida y lavar mis ropas ha ido arrancando poco a poco la soberbia de mi corazón. Soy más libre, pues no dependo de nadie; en lo referente a la conversación, sólo hablo contigo y con mis dos jóvenes discípulos... Desde mi corazón te digo que no necesito nada más.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Y tus otros deseos, ¿has aprendido a refrenarlos sin prestarles demasiada atención?

—Ya no me molestan mayormente. He notado que, combatiéndolos en el principio y utilizando el ejercicio de imaginación que me enseñaste, se hacen mucho menos terribles.

—¿Realizas siempre que lo necesitas la práctica que te recomendé?

—¡Siempre!

—¿Y cómo lo haces?

—Más o menos tal como me la has enseñado: cuando alguna idea o emoción carnal trata de llevarme por un camino de imágenes tentadoras, las dejo plasmarse, y una vez determinadas, me concentro aunándolas en una bola, que convierto lentamente en un místico loto blanco y perfumado... Luego tomo un tema de meditación cualquiera, o realizo alguna serie de ejercicios de fijación; esto último me ha dado excelentes resultados...

—¿No olvidas tampoco tus ejercicios respiratorios ni musicales acompañados a tu corazón?

—Nada de eso olvido; más bien lo tengo muy presente...

Sumidos en tan atrayente conversación, casi sin darse cuenta, se encontraron ante el Gran Templo, a la vista del foso y el formidable dispositivo de sus puertas. El joven aspirante a los Misterios no pudo menos que sonreír de felicidad recordando las dudas y terrores con que lo había visitado la primera vez, sin saber el rotundo triunfo que lo esperaba en las cámaras de pruebas...

—Recuerdas tus pruebas, ¿verdad?

La voz de Sarhimar lo conmovió, haciéndole volver a la realidad.

—Lees en mi alma, Maestro...

—Leo en la mía —murmuró el sacerdote misteriosamente, y agregó: —No olvides tu voto de silencio; no podrás hablar con nadie sino conmigo.

—¿Ni con el Maestro?

—Si él no dispone lo contrario, y en el caso de que puedas verlo, lo único que corresponde en su presencia es oír.

—Así lo haré.

Aquella noche la pasó Ankor en el mismo dormitorio que había ocupado ya hacía casi un año; pero ahora, el lujoso y comodísimo lecho quedó intacto, y las luces

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

del alba lo despertaron en el suelo, sobre una manta doblada y vistiendo su deslucida túnica de dormir.

Nadie lo perfumó ni calentó el agua de su baño, y su cuerpo desnudo recibió el reconfortante pero desagradable abrazo del agua helada de las montañas. Una vez oficiadas las ofrendas del amanecer, recibió la visita de su Maestro, quien le invitó a recorrer la ciudad-templo.

Hubiese resultado chocante a la vista profana la extraña pareja que formaban el Sacerdote Solar, con todas sus impresionantes vestiduras de gala, sus joyas mágicas y la humildísima túnica de lino burdamente hilado, que era todo el adorno de Ankor.

—Una cosa que me ha llamado la atención es la ausencia absoluta de mercaderes y extranjeros en general que se nota en todo el territorio de Kuum. ¿A qué se debe ello, Maestro?

—A que ni unos ni otros pisan nuestra sagrada tierra. Los elementos que nos vemos forzados a negociar, los dejan en nuestras manos sus portadores, en los pocos desfiladeros de las altas montañas que nos protegen, o en alguna playa alejada. En cuanto a los extranjeros, aquí no se admite gente extraña a los servicios y funciones de la Escuela de Iniciados y el templo.

—¿Quién fundó Kuum? ¿Cómo se ha formado?

—¡Ah, Joven Serpiente! El origen de este Templo Solar se remonta, como te he dicho hace tiempo, a muchos miles de años; el original existía cuando aún estaba íntegro el continente de la Atlántida propiamente dicho, y cuyo núcleo central desapareció hace más de cuatrocientos mil años...

Somos el último baluarte de los Misterios Solares y de la Gran Magia Blanca, en esta tierra maldecida por sí misma.

Tu reino, consistente en la mitad Norte de esta isla, Poseidonis, está hoy arrasado y despoblado, quedando sólo parte de la población agrícola, menos de un millón de hombres. Los del Sur, dominados por los Señores de la Sombra y sus repugnantes hechiceros, se destrozan unos a otros, viven en chozas, comen carne cruda, beben sangre y emplean toda su industria en el arte de la guerra.

—¡Cuánto mal han hecho!

—Yo te digo, Ankor, que el máximo mal se lo han hecho a sí mismos; son asesinos de sus propias almas...

Una de las terrazas aéreas, cubierta por un bosquecillo de pinos, y en donde estaban reunidas más de cien personas, les alejó de la conversación.

—¿Qué fiesta es ésta? —preguntó Ankor.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Vamos para allá y lo sabremos. Por los instrumentos que veo, parece un certamen poético o musical.

Al acercarse pudieron ver que la reunión la efectuaban jóvenes Iniciados de cierta categoría, a juzgar por las ropas, y consistía en un concurso de poemas, cuyo recitado se acompañaba de pequeñas especies de liras y flautas.

—Sabe, Gran Sacerdote, que aquí vienes a honrarnos. Siéntate; más... ¿es ese que te acompaña tu servidor o un discípulo?, pues el tema siguiente está relacionado con la religión-sabiduría.

Ankor, Príncipe-Rey de uno de los estados más antiguos y poderosos, educado en la convicción de que era un hombre superior, semidivinidad para los vulgares, sintió que aquellas palabras le conmovían hasta lo más profundo de sus emociones y que las hormigas de la vanidad ultrajada le recorrían todos los senderos del corazón.

La verdad es que en Kuum todos los seres eran merecedores de un mismo amor, y a todos se los respetaba; pero en lo concerniente a los Misterios imperaba una estricta ley de jerarquía acorde a la instituida por la Divinidad de la Naturaleza.

En su primera visita al templo, cuando Ankor cruzaba esas mismas calles con una túnica adecuada y la Serpiente de los Hijos del Sol en la cabeza, nadie hubiese osado insinuar que su presencia fuese molesta en una reunión artística. Ahora, bajo el burdo vestido del discípulo en voto de humildad y silencio, quienes lo veían no sabían si él era un aspirante a los Misterios o un portador de palanquines. Transcurrido el agobiante silencio que siguió a la pregunta del joven Iniciado, Sarhimar le respondió dulcemente:

—No hay diferencia, hermano; el servidor es un discípulo cuando lo hace bien, y el discípulo verdadero es un servidor... Habla tú de los temas divinos, si no en la lengua, en la modalidad de los dioses, y así ningún profano te entenderá.

—Perdona, Gran Sacerdote, pero consideramos prudente el saber ante quién hablamos, y por ello te interrogamos.

—¡Ah!... Sin embargo, yo te he hablado de Misterios con él...

—¡Señor! ¡Perdón! Es que no queríamos violar los secretos. ¡Perdón!

—Oyéndote hablar se me hace que pocos e insignificantes serían los secretos que pudieses revelar. Bueno es refrenar el desprecio por quienes, en verdad o no, estén algún escalón por debajo del nuestro, y mucho menos dejarse guiar por las apariencias engañosas.

—Reconozco mi error, y te pido perdón, señor...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

La voz del joven sonó hueca en el silencio impresionante de los otros jóvenes que, habiendo dejado sus instrumentos y tablillas en el suelo, miraban al sacerdote aguardando órdenes. Ankor, tieso y pálido, tenía la dignidad de las estatuas.

—En las rutas superiores por las que pretendes encaminarte, ¡oh, joven Iniciado!, el perdón no existe, porque reina la justicia... Ningún mal físico hiciste, ninguna sanción física tendrás; pero la vida no se descubrirá ante ti hasta que aprendas a discernir rectamente y ames sin límites necios y falsos... ¡Jóvenes! Continúa la fiesta y perdonad la interrupción. Proseguiré viaje con mi discípulo luego de haberos oído un poco, y tú, ¡oh, hermano! —dijo, dirigiéndose al joven al que había apercibido—, sigue en tu puesto de paz, pero es mi deseo que tus meditaciones de esta noche sean más largas y profundas.

—¡Sí, Gran Sacerdote! Meditaré en tus palabras y la luz se hará en mi alma... ¿Sabes tocar algún instrumento, hermano? —preguntó dirigiéndose a Ankor.

Este afirmó con la cabeza, sonriendo.

—¿Estás sometido a voto de silencio?

Nuevamente asintió Ankor.

—¿Puedes ejecutar alguno a pesar de ello?

Esta vez la cabeza de Ankor se movió lentamente de lado.

—Mi discípulo se llama Ankor —dijo Sarhimar, presentándolo a los otros jóvenes—. Y está cumpliendo un voto de humildad y silencio purificador; no puede tañer instrumentos ni escribir; apenas cuando es forzado, como en este caso, puede comunicarse con alguna seña.

Más de una hora pasaron escuchando hermosos poemas y melodías. Los pinos, altos y graves, vestían con la gasa del Misterio a las frases, que bailaban luego al compás de las músicas mágicas.

Los ojos de Ankor se entrecerraban de emoción y su corazón se abría a las más puras sensaciones. Con los ojos bañados en tristeza fue como se alejó del alegre grupo, siguiendo a su Maestro.

—A la tarde visitaremos ciertos subterráneos en los cuales se realizan experimentos en el mundo de los Gnomos y Salamandras, y tal vez algún Gabinete de Alquimia...

—¡Qué suerte, Maestro! ¡Mi corazón canta de gozo! ¿A qué hora iremos? —preguntó el joven.

—No te impacientes, amado Ankor, pues el impacientarse —te lo he enseñado— es muestra de ignorancia. Luego que hayas tomado algún alimento, réunete conmigo entre las patas de la Gran Esfinge... ¡Ve!

—¡Allí estaré, Maestro! —dijo Ankor, y partió hacia sus habitaciones a la carrera.

Dos horas hacía que el Sol había comenzado a descender en su camino cuando Maestro y discípulo se encontraron bajo la mirada de piedra de la Esfinge.

—¿Partimos ya?

—Aguarda un poco, Ankor; dentro de unos minutos se unirán otros hermanos a nosotros.

—¿Puedo, mientras tanto, hacerte una pregunta, ¡oh, sabio!?

—Todas las que quieras, Ankor.

—Sé, o mejor dicho, intuyo, que la Esfinge debe de tener muy profundos y esotéricos significados, pero ¿podrías decirme cuál es su significación en general?

—La Esfinge tiene, como bien has dicho, significados internos muy importantes y, como símbolo, es tal vez el más completo de todos.

Su sentido general es, esbozado, el siguiente:

En su clave física, formal, señala claramente la evolución de las formas que, en nuestro presente período, culminan y cristalizan en la humana; de ahí que la parte humana esté colocada en lugar preferente, modelando la cabeza, el sitio más hermoso y elevado. También nos dice de la unidad de toda la Naturaleza y de las distintas apariencias de la Vida-Una.

Tomando cierto aspecto de su clave psicológica, te demuestra cómo una fuerza única, sutil, interpenetra todo el cuerpo de la Naturaleza y traspasa el conjunto de los reinos horizontales, para alzarse gloriosa en la vertical poderosa de las alas, sus alas místicamente emplumadas, que son una esperanza y un recuerdo del cielo... ¿Me has comprendido hasta ahora?

—Sí, Maestro; te ruego que continúes.

—Bien..., si pasamos a su interpretación cosmológica, ese multiforme ser es la Madre Cósmica, la enigmática Esposa de la Luz. En los Misterios de Neptuno la reconocerás como la Señora de las Aguas, ánfora y receptáculo del segundo aspecto de la Divinidad en su manifestación trina.

Con la marca que deja en el suelo perseguirás otras marcas en el Cielo. Ella es también imagen de los cuatro elementos, y las ruedas aladas, que al ser heridas vierten

su sangre y lavan a los hombres, son sus eternos guardianes... Ella es, ¡oh, Ankor!, el Misterio mismo, echado sobre sus órganos reproductores... Podrás saber muchas cosas de la Divinidad, pero ningún templo ni fraternidad te dirá cómo se reproduce... ¡Mírala, Ankor! Ella es la eterna Virgen-Madre, que mece en sus brazos, por siempre Víctima del Tiempo, a la Gran Víctima de sí misma.

—Inmenso es lo que dices, Maestro, a pesar de que creo que se me escapa mucho el sentido de tus palabras. Y dime, ¿es muy antiguo este símbolo?

—Tan viejo como el hombre; lo encontrarás en sus diversas acepciones en las reliquias más antiguas del gran continente sumergido y en los alrededores de la cuna de la primera raza física. Así también, si tuvieras visión del futuro, la verías campear en todos los tratados y templos.

—Foarón, mi discípulo, que es de origen africano, me ha hablado de una imagen semejante a esta y que casi la dobla en tamaño.

—Así es; está construida frente al mar interior y será el foco de una de las grandes civilizaciones del mundo.

—¿Tal como aquí, guarda la entrada del algún templo?

—Si, de un verdadero sistema.

Sarhimar calló. Por el pecho de la estatua acababa de aparecer un sacerdote tocado con una túnica morada, con guarniciones de brillantes y casco de cristal de roca, finísimo. De los costados de las garras aparecieron sendos Iniciados de ropas blancas y doradas.

—Honren los dioses al Gran Sacerdote y su noble discípulo —dijo el de más jerarquía, inclinándose ante Sarhimar.

Este le devolvió el saludo con idéntico respeto y luego recibió el de los Iniciados.

Ankor permaneció silencioso y emocionado; miró a los alrededores tratando de adivinar qué camino seguirían, o si sería de rigor traspasar la puertecita utilizada por el sacerdote. Pero el ingreso a los subterráneos se hizo a través de una puerta-trampa que estaba perfectamente disimulada en el suelo.

Uno de los Iniciados se acercó entonces a Ankor y le dijo:

—Noble hermano, te vendaré los ojos, pero nada temas; la mano de tu Maestro te guiará.

Así lo hizo, y el joven sintió que iba recorriendo un largo y estrecho pasadizo y que al final del mismo subía sobre algo que flotaba muy serenamente; a él le dio la impresión de que era una balsa...

Volvieron a recorrer pasadizos hasta que se detuvieron y le retiraron la venda de los ojos; entonces, el joven vio que estaba ante la puerta de una gran cámara subterránea, al parecer construida con las fuerzas volcánicas, algo así como una colosal burbuja en la roca.

—¿Ves, Ankor? Esta es una de las cámaras donde se realizan los Misterios referentes a los Espíritus de la Tierra. En el medio del recinto tienes ante tu vista un lago que circunscribe una pequeña isla; fíjate en los tronos que hay en ella. Esas manchas blanquecinas del suelo son especies de pizarras horizontales donde se trazan los pantáculos de evocación...

—Amado Maestro, este lugar, lo confieso, atemoriza mi alma; me siento débil y mi razón vacila ante los malvados desconocidos...

—¡No, Pequeña Serpiente! No desprecies, odies ni temas a los Hermanos de la Sombra, ni a estos aparentemente malignos Espíritus de la Naturaleza. Ellos están pasando un período de sus evoluciones en que sirven al Divino Plan de esa manera, a nuestro parecer, mala. No olvides, «lobo ciego», que aun los pequeños engendros que corroen nuestras entrañas y los genios que los rigen hacen bien ejerciendo el mal...

—¿Cómo puede ser eso, Maestro?

—Ellos destruyen las formas viciadas o innecesarias, para que el espíritu que las habita pase a otras mejores y recoja exactamente lo que sembró.

—Tu voto de silencio te prohíbe conversar conmigo, pero no en esta oportunidad; óyeme —la voz grave y pausada del sacerdote que los guiaba por el subterráneo se dirigió por primera vez a Ankor—. Tu sabio Maestro te había dicho que debes grabar con fuego en tu corazón las pocas pero amplísimas verdades-claves o conocimientos fundamentales. Recuerda entonces el eterno ritmo universal por el que todo lo que nace, muere y vuelve a renacer. Observa que hay entonces tres —digamos— poderes: uno del cual salen o emanan las cosas en esencia y al cual han de volver en esencia, más allá del comienzo y el fin. Otro que toma la esencia y la formaliza, creando barreras ilusorias que cristalizan esa esencia en «presencias». Estas presencias así nacidas (atiende que te estoy hablando de manera muy burda y en parte errónea, en virtud de darte una idea general) se gastan entre sí y se destruyen, siendo esto último regido por el Tercer Poder. El material vuelve a las manos del Segundo, y así continúa por una eternidad.

Hay otro poder que los compenetra a todos y del cual estos tres son la escoria; mas de este Poder sin atributos, innombrable e incompresible, no supieron los seres ni lo sabrán jamás, y solo los nombramos para que nadie crea que ninguno de aquellos tres poderes por separado o aun los tres unificados son la Divinidad Absoluta... Verás con el tiempo que eso es lo que se cree en las calles y en los templos dedicados a la multitud, pero jamás se enseñará tal negación a los Pastores, ni lo llevarán en la boca las Serpientes, salvo cuando salen de sus madrigueras...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ankor, oídas estas enseñanzas, agradeció con una profunda reverencia.

Varias fueron las cámaras que visitaron aquella tarde, todas respondiendo a serias necesidades en el desarrollo y práctica de la religión-sabiduría. A medida que avanzaban, Ankor empezó a sentir la radiación de las paredes recalentadas sobre su cuerpo y un extraño retemblor bajo sus pies, que le recordaba el glorioso día de su Iniciación.

Al llegar a una gran puerta de bronce, se detuvieron. El sacerdote-guía apoyó las palmas de las manos sobre dos círculos de metal blanco que había en medio de ella y, tras pasar más de diez minutos, las hojas empezaron a separarse, hundiéndose en un antro que erizó los cabellos de Ankor. Él había visto, al hacerse la ranura, huir rápidamente formas violáceas que saltaban al estilo de los gamos, y otras que, cual babosas enormes, se diluían pegadas a las paredes. Mas todo duró un segundo; una vez más, el joven discípulo se llenó de dudas a través de sus visiones esporádicas.

Penetraron en el recinto, bajo y estrecho. El ambiente era pesado y húmedo. Allí, los dos Iniciados ayudaron a Ankor a colocarse unos cilindros en las fosas nasales, operación que repitieron todos. Como el joven mirase interrogativamente a su Maestro, este le aclaró:

—Lo que te has puesto en las narices son trozos de ramitas provenientes de un arbusto, embebidas en una sustancia especial... Vamos a recorrer muy largos subterráneos que, dada la profundidad y el terreno en que están labrados, carecen de la ventilación necesaria. Ese implemento te dará los gases activos que necesita la vida de tu cuerpo... Al expirar, hazlo por la boca.

Así munidos, el sacerdote repitió la presión de sus manos sobre una segunda puerta y pasaron a un corredor débilmente alumbrado por una especie de barra fosforescente suspendida a lo largo. Al principio, Ankor tuvo cierta dificultad para respirar ese aire extremadamente caliente y cargado de vapores sulfurosos. Su garganta, ardorosa, se asemejaba a un trozo de cristal resquebrajado. Mas luego, al respirar únicamente por la nariz, la molestia desapareció y soportó cómodamente una lenta caminata de más de cuatro horas, en la cual sólo una vez se detuvieron breves minutos a descansar. Al fin del pasadizo, otra puerta semejante a las primeras les dio acceso a una cámara y luego a otra mayor, profusamente iluminada, y a la cual daban varias puertas.

Uno de los jóvenes Iniciados les indicó que ya podían respirar normalmente y los guió hasta una de las puertas, por la que penetraron en un saloncito cuyas paredes, al parecer, estaban totalmente recubiertas de madera. El mismo joven hizo sonar un pequeño gong y, tras unos minutos, la habitación pegó una sacudida y pareció elevarse. Ankor se volvió hacia su Maestro sobresaltado, y no pudo evitar el preguntarle qué ocurría.

—Nada que deba alarmarte, Pequeña Serpiente. Estás en una caja que asciende por un hueco vertical de casi doscientos metros.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Y cuál es el arte que nos hace subir? —preguntó el joven.

—Muy sencillo; una caída de agua subterránea mueve un sistema de paletas y estas suministran fuerzas suficientes para elevar esta caja rápidamente. Resistentes cuerdas de fibra nos sostienen y toda la maquinaria impulsora es desplazable y controlada de tal suerte que se puede detener el aparato a voluntad. Ya ves, en cinco minutos subimos lo que nos hubiese costado mucho más tiempo de fatigosa ascensión por escaleras...

Cuando la plataforma se detuvo, abrieron sus puertas y el pequeño grupo pasó al interior de un edificio construido en estilo ciclópeo, suntuoso y de líneas geoméricamente sobrias.

—¿Dónde estamos, Maestro?

—En un antiquísimo templo construido en el cráter de un volcán, hace muchos miles de años apagado.

—¿Y por qué, oh, Maestro, ocupa tan extraño lugar?

—La causa principal de ello es que, rodeando el templo, se encuentran completísimos gabinetes de Alquimia. Es este uno de los más antiguos centros de Iniciados en los Misterios telúricos de la Naturaleza.

Luego de este diálogo, Ankor tomó un refrescante baño y alimentos, terminado lo cual se le comunicó que los sacerdotes lo esperaban en los jardines exteriores.

Al salir al aire libre, le impresionó fuertemente el encontrarse en el fondo de una especie de formidable taza. A la luz de la luna llena pudo ver unos paredones circundantes de más de trescientos metros de altura. El terreno nivelado que ocupaban las construcciones no era mayor de seis hectáreas, pero sobre las caras sombrías del cráter se destacaban colosales estatuas de mármol, empotradas en la opaca corteza de pómez que encuadraba las entradas a los gabinetes de Alquimia y de templos del Fuego.

Los sacerdotes les aguardaban sentados en sendos rediles de mármol semicirculares. Ankor llegó hasta su Maestro y se echó a sus pies.

—¿Qué te parece este templo, Pequeña Serpiente?

—¡Maravilloso! Hay en todo esto un misterio y un ámbito de leyenda y aventura que pone frío en los huesos.

—Me pareces muy entusiasmado, lobo ciego —le dijo el sacerdote-guía—, mas no te dejes exaltar demasiado. Recuerda que la mariposa de tu psiquis es la amante eterna del misterio, y que gusta acariciarlo tratando de seducirlo, pero siempre se abrasa en su propio fuego... Desvincúlate de tu psiquis; tú no eres tu psiquis ni tu mente...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Maestro Sarhimar, si el voto de silencio no me lo prohibiese le haría una pregunta al sabio que me ha honrado hablándome.

—Pregúntamelo a mí y yo le rogaré quiera contestarte.

—Sí... Pregúntale, oh, Maestro, qué soy yo... Varios sabios me han dicho, con signos hablados y escritos, que «yo no soy mi cuerpo, ni mi psiquis, ni mi mente»... Yo trato de trascender la barrera, pero siempre estoy «yo» detrás de ella... ¿Yo no tengo límite?

Repitióle Sarhimar la pregunta al sacerdote y le rogó en nombre de su amado discípulo se la contestase.

—¿Le has instruido ya sobre este Misterio?

—¡No! —respondió Sarhimar—. Él aún no está en grado...

—¡Bien! Como especial regalo, le obsequiaré con algunos conocimientos muy generales y burdos, pero que en su simpleza pueden servir de excelentes peldaños... Oye, Ankor, no desprecies nunca los peldaños simples y burdos, pues suelen ser los más fatigosos, pero también seguros. Los otros, demasiado pulidos, que se colocan ante el discípulo, parecen más cómodos, pero pecan de resbaladizos.

Tú mismo has dado ya los primeros pasos; te das cuenta perfectamente de que tus componentes físico, emocional y mental son solo herramientas adaptadas al «terreno»; son las reacciones del medio ambiente ante «algo»; son los pasos de «alguien». Pues bien, ¿qué es ese «algo», quién ese «alguien»? Ese misterioso enmascarado de sombras, el de ojos ardientes y larga mirada, está siempre más allá de toda forma o lugar... Pero este enmascarado tiene un «hermano menor» que se disfraza y trata de asemejarsele. Ese hermano menor habita en tu mente; es aquel que, como última sublimación, se reconoce a sí mismo como identidad... Pero aun ese no es el «yo», aun ese se mueve y actúa, se encierra dentro de sí, pero tiene por fuerza que convivir con otros «yos». Este reconocimiento realiza, pero aún limita, cristaliza el alma; muy arriba, pero la cristaliza...

El verdadero Yo, el Hermano Mayor, es el Espectador Silencioso, el Maestro Verdadero; en un mundo de Realidad es la Realidad misma...

Así finalizó el sacerdote su enseñanza y fue correspondido con una profunda reverencia de Ankor.

—Te hemos llamado por si deseas conocer una de las «bocas de fuego» —dijo Sarhimar levantándose.

—¡Oh, sí, Maestro! —en la voz de Ankor vibró la nota inconfundible de la emoción.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Los tres se dirigieron entonces a uno de los paredones del cráter, bañado íntegramente por la luna. Pequeñas volutas de humo blanquecino surgían y eran absorbidas rápidamente por las grietas, como gnomos burlones. Ascendieron por un sendero apeldañado, esculpido en antiguas lavas y formaciones cuarcíticas, hasta los pies de dos estatuas ciclópeas de hombres con cabeza de ave y el cuerpo desnudo cubierto de escamas; entre sus manos sostenían un copón de cuarzo. Las esculturas, de casi diez metros de alto, estaban magníficamente talladas en mármol gris, incrustadas en las paredes calcinadas del cráter.

En medio de ambas se abrió una puerta de cobre, y los dos sacerdotes y el discípulo penetraron en un minúsculo templo subterráneo. En una de las cámaras con paredes recubiertas de planchas delgadísimas de oro, Ankor meditó algunos minutos frente a una llama que se elevaba en el vértice de una pirámide de hierro. Luego lo llevaron por unos corredores ornados por extrañas imágenes de pómez hasta un salón circular. En el medio había un orificio de cuatro metros de diámetro, por el cual fue invitado a mirar Ankor. Vio entonces una escalerilla de un material parecido al marfil, que descendía en caracol hasta perderse cien metros más abajo, en el resplandor de un río ígneo que corría lentamente; por las paredes del túnel se podían notar especies de ventanas y extraños aparatos de cristal anexos a la escalerilla.

—¿Adónde va ese río, Maestro? —preguntó Ankor, retirando el rostro enrojecido por el relente.

—¡Oh, Ankor! Va a las entrañas de la tierra, como tu sangre, que recorre, cálida, tus órganos más internos, quemándolos y dándoles nueva vida.

—Mas ¿cuál es su misión interna? ¿Quién lo rige?

—Lo rige el Genio que controla esa circulación, pero las jerarcas máximas son las Tres Esposas Eternas que mecen la cuna de hierro. ¡Oh, Ankor!, a estas cosas no es propio referirse de otra manera, ni se podrían expresar ni entender de otro modo.

—Ellas han mecido otras cunas —agregó el sacerdote-guía—, pero las sombras de entonces ya no son; aguardan su despertar cuando el monstruo submarino que está en los cielos vuelva a rescatar sus propios huevos de las tinieblas... Recuerda nuestras palabras, lobo ciego; méditalas en sus distintas alturas, y obtendrás el fruto. No hagas como los hombres vanidosos e ignorantes, que dicen: «esto no lo entiendo ni lo veo; es mentira»; ni tampoco como los otros que, por conocer un pequeño bosquejo de algún misterio, opinan: «ese misterio no lo comprendo; no ha de ser tal, sino un engaño afianzado con el correr de los siglos; yo soy sabio, ¡no lo estudiaré!»

Ankor agradeció el divino obsequio de la instrucción y oyó a su Maestro que agregaba:

—Los valientes que se atreven a descender a los abismos suelen encontrar la «perla mística»..., la perla que guarda las formidables valvas de carne y hueso...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Cuando salieron a la superficie y regresaron al Gran Templo, Ankor quedó meditando sobre las extrañas palabras de su Maestro. La «perla mística»... ¿A qué se quiso referir con ello?... «Los valientes que se atreven a descender a los abismos»...

Ya había pasado la medianoche; hacía casi una hora que estaba echado en su estera, pero el sueño huía cada vez más de sus ojos... La gran ventana que se abría a su lado le mostraba cómo la luz lunar recorría con pasos blancos todas las grietas de los paredones. ¿Estaría en alguno de esos senos y cavernas, que la luz no alcanzaba, la perla mística?

Casi inconscientemente se volvió a vestir y tomó un báculo de metal liviano. Cuando la suave brisa, cargada con los austeros perfumes de los pebeteros que ardían en medio de los jardines, le besó en la frente, se sintió sorprendido de verse a sí mismo huyendo del templo a escondidas... Por un instante sintió frío, y una barrera de seda, que ahogaba el fuego de su corazón, le impelía a volver, a no arriesgarse ni hacer nada sin el consentimiento de su Maestro. Mas... pasó ese momento, como lo hacen las nubes ante el Sol, y la Luz Mística le demarcó un sendero sólo visible para él.

Así se acercó a los paredones y subió hasta la portada de las dos estatuas. Lo imponente de las esculturas le recordó que ellas guardaban celosamente las puertas del secreto, pero sus propias escamas y plumas dijeron a Ankor del pez que en brazos de su voluntad se volvió reptil, se convirtió en ave y remontó vuelo hacia el Sol...

Intuitivamente alzó la cabeza y dio principio a una arriesgadísima ascensión por la pared de rocas, cortada en un ángulo de casi noventa grados. Ya había pasado la altura de las estatuas, pero a él le pareció que se remontaban, más sutiles, hasta las estrellas.

Al principio su báculo, ligero y sólido, le sirvió de magnífica ayuda; introducía su cayado en las grietas altas más allá de sus manos, encontraba apoyo en los intersticios demasiado pequeños para sus pies. Luego, al hacerse aún más arriesgada la ascensión y mayor su prisa, ya no tuvo manos para el báculo... La voz del mismo le dijo: «No me arrojes; cárgame, quizá más arriba te sea útil; tal vez debas ya descender y mi compañía sea de gran valor». Ankor, luego de un momento de vacilación, lo arrojó al abismo; su voz metálica se quejó largamente al rebotar en los salientes rocosos.

Sin báculo, ascendía ahora con más comodidad hasta llegar a una cornisa horizontal sobre la que se abría una gruta.

—¡Una entrada! —exclamó el joven, y se precipitó en su interior. A la luz débil de la luna no pudo medir su profundidad y dio de cara contra su extremo, a un par de metros de la boca... Se llevó ambas manos al rostro y notó que se le humedecía el centro de la frente.

Con renovados bríos, pero más prudencia, fue inspeccionando varias cavernas igualmente impracticables.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ya había recorrido varios centenares de metros por la cornisa cuando esta se esfumó en las rugosidades de la roca y Ankor quedó de pie ante el abismo. Allá, cien metros más abajo, cantaba un arroyuelo invitando a un banquete de sueño y descanso en la mesa verde de sus riberas; pero el joven aspirante se desentendió de él, y elevando la mirada vio a pocos metros por encima de su cabeza la entrada promisoriosa de otra gruta. Con inaudito esfuerzo pudo llegar a penetrarla, y grande fue su alegría al ver que no acababa como las otras, sino que se adentraba en la montaña y que, a lo lejos, brillaba la inconfundible luz de una antorcha. Llegar a ella y arrancarla de su pedestal fue cuestión de un instante. Sus piernas estaban temblorosas de cansancio; tenía las manos y los pies lastimados en mil lugares, la cara cubierta de sangre; solo jirones le quedaban de la túnica, pero Ankor estaba más allá de sus manos, piernas, rostro o vestidos. Vivía en un mundo donde los males físicos no existían.

Las galerías, alumbradas cada cincuenta pasos por una antorcha metálica similar a la que portaba Ankor, eran bajas y estrechas, abiertas en la roca aprovechando fracturas y erosiones provocadas por los ríos de lava, cuando todo aquello era un volcán en plena actividad. De cuando en cuando corrían por el piso arroyuelos de agua caliente y sulfurosa. Al cabo de media hora de penosa marcha, llegó a una boca que se abría al abismo que había inspeccionado unas horas antes. Pero ahora estaba mucho más cerca del río de lava y los extraños aparatos y espejos brillaban sobre su cabeza.

La escalerita estaba al alcance de su mano; empezó a descender por ella, pero los gases le dificultaban la respiración... «La perla mística», se repetía. «Los valientes que se atreven a descender a los abismos suelen encontrarla...»

Cada vez más, el calor y las fétidas emanaciones hacían trabajar «en falso» sus pulmones y sentía la cabeza y en especial la vista no muy firmes.

La barandilla de la escalera, hecha de un material especial, permanecía fría, pero las cercanas paredes lanzaban sobre él tal calor que sentía hormigear su cuero cabelludo. A medida que descendía iba pasando por la boca de varios pasadizos ornados de raros aparatos.

Ankor se sintió desfallecer; el río de fuego le parecía muy cercano, pero la escalerilla seguía: señal de que se podía descender aún.

Se detuvo un instante para tomar aliento y le pareció que del abismo se desprendían llamaradas al estallar burbujas en la lava.

A pesar de tener el cuerpo casi insensible, las olas de gases calentísimos le arrancaron gritos de dolor. Sí, no cabía duda: el río, que hasta el momento estaba apenas incandescente y sólido en su mayor parte, con un lentísimo desplazamiento empezaba a moverse más aprisa, y a lanzar intermitentes llamaradas que cada vez se hacían más potentes.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El arriesgado aspirante a los Misterios notó entonces que su cuerpo físico ya no le obedecía; los músculos, extenuados, recibían muy confusamente las órdenes de la voluntad. Las manos, reseca y hinchada, se le fueron aflojando y tuvo que trabar brazos y piernas en el enrejado de la escalera para no caer a una muerte pavorosa.

Nuevos fognazos le hicieron retroceder y abrir la boca desesperadamente en busca de un poco de aire. Un viento fuerte y frío azotó sus cabellos un instante... Allí, a pocos metros por encima de él, se abría una negra galería... Pero ya no le quedaban más fuerzas. De pronto, su cerebro, algo embotado por las penurias y emociones, se aclaró. Ante su conciencia se presentaron todos sus sueños, sus experiencias y las formidables ansias de penetrar en los Misterios. Entonces, una fuerza que estaba más allá de la energía grosera, se manifestó en él... Recordó al Maestro, a quien había visto —y muy confusamente— sólo una vez. Se llevó las manos a la frente ejecutando su signo de Poder. Fijó su voluntad; miró con terrible fijeza la boca de la cueva... ¡Debo llegar! ¡Debo llegar! —murmuraba entre dientes, apretados por el descomunal esfuerzo.

Retuvo el aire en los pulmones unos segundos; allí, en la boca de la puerta se había dibujado una fugaz imagen... Sí, a pocos metros de él, ¡le extendía los brazos el Gran Maestro de Kuum!...

Ankor sintió que una voz musical, interna, acompasaba su biorritmo desquiciado y que el nexo entre las distintas partes de su organismo se restablecía. El Maestro era su guía, y el aura blanco-dorada que le recubría vitalizaba por simpatía la suya, sintiendo que nueva vida navegaba en la sangre de sus venas...

Un peldaño, otro, otro; los vapores ardientes le alcanzaron otras dos veces antes de que pudiese alzarse hasta el salvador orificio donde un mensajero de la Divinidad le aguardaba.

Por fin sus despellejadas manos aferraron la barandilla de la boca del túnel... A un metro, el Maestro le aguardaba sonriente... Se puso de pie en el piso de roca y se lanzó a los pies de él, musitando mil palabras de agradecimiento... Los brazos abiertos que se extendieron en busca de acogida dieron contra unos gruesos pilares de bronce y la cabeza de Ankor chocó violentamente contra el marco inferior de un gran espejo parabólico.

Alzó la vista, vio la imagen y comprendió... La visión del Maestro se había realizado sobre su propia imagen.

—¿Has comprendido, Pequeña Serpiente? —le dijo la voz dulcísima de Sarhimar—. La Perla Mística es el Espíritu Divino que está cubierto de carne, huesos, pasiones y formas mentales diversas...

Ankor alzó los ojos; a su lado estaba su Maestro.

—¿Y cómo —musitó el joven— es posible que el Maestro no haya venido en mi ayuda, que todo haya sido nada más que una ilusión de mis sentidos?...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Error! —exclamó Sarhimar, mientras dos Iniciados cargaban el cuerpo del semiinconsciente joven—. El Maestro vino en tu ayuda, salvándote la vida física y alzándote a la espiritual, pues en ti mismo empiezas a vislumbrar toda la fuerza necesaria para avanzar.

—Sí, Maestro... «Yo» soy la Perla Mística...

Estas últimas palabras del joven se elevaron con las miríadas de chispas, tratando de asemejarse a las estrellas, esas que guían al viajero en la oscuridad...



Más de una semana tuvo que retrasarse Ankor en el Templo del Fuego, a raíz del lastimoso estado en que fuese retirado de las cavernas. Pero la ciencia de aquellos divinos terapeutas era mucha y la voluntad de Sarhimar, concentrada en esa curación, creó el campo propicio necesario.

Apenas el joven pudo caminar, fue cargado en un palanquín y transportado hasta su propia cabaña a orillas del mar.

El verano, con su euforia de vida en verde, danzaba alocadamente por las lomas esmeraldinas que hundían sus pies en el océano. Ankor, conjuntamente con los dos jóvenes a su cargo, había solicitado a su Maestro un favor que, según referencias, algunos discípulos habían logrado merecer. La espera fue de casi un mes; pero una mañana, luego de sus clases habituales en el Pequeño Templo, Sarhimar invitó a su amado discípulo a que eligiese, en una caleta utilizada como puerto, la nave que más le agradase. Por una situación referente al voto de silencio, debía preferir una barca no muy grande, como para que tres personas la pudiesen tripular.

—¿Cuál te agrada, Ankor? —le preguntó bondadosamente el sacerdote, al tiempo que señalaba una docena de barcos de distintos tipos y tamaños.

El joven dudó y preguntó a su Maestro:

—¿Cuál me recomiendas tú, oh, sabio?

—Mis conocimientos sobre estas artes son muy precarios y jamás me he especializado en navegación ni hidrodinámica; preguntémosle al buen Aumis, que las construye. Le he hecho venir especialmente para que te asesore —se llevó su pequeño silbato a la boca y su sonido dulcísimo y penetrante hizo salir a un hombre corpulento al puente de una de la naves.

—¡Ven, Aumis, necesitamos tu saber!

El nombrado hizo una señal de asentimiento y, a pesar de su corpulencia, en cuatro saltos estuvo en la costa.

Ankor pudo observarlo, y le pareció de una edad no mayor a los cuarenta años. Su tez era cobriza oscura, lo que adelantaba un probable origen sureño; vestía una especie de túnica corta color marfil y un delantal de cuero castaño. Anchas pulseras de cuero grueso, trabajado, cubrían sus antebrazos y piernas.

—Aquí estoy, ¡oh, sabio! —reverenció ante Sarhimar.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Oye, buen Aumis, tú que has sido vastamente iniciado en este arte del cual eres Maestro, podrás aconsejar mejor que yo a mi discípulo. Él necesita un barco de no más de tres tripulantes.

Nuevamente se inclinó el diseñador de naves, ahora ante Ankor, y le preguntó si lo deseaba liviano y ligero o más bien grande.

—Ankor no te puede contestar; aun debe hacer de cuenta que no te ha oído —le aclaró el sacerdote—. Di, Ankor, ¿cómo quieres tu barco?

—Rápido, pero no excesivamente liviano, pues las olas del mar son siempre grandes en esta región, aun detrás de la gran escollera...

—De esa escollera no pasarás; me han informado que más allá de ella merodean buques sureños...

—Están armados en naves, señor; asaltan y roban todo lo que pueden. Están ahuyentando los buques mercantes de todas las naciones.

—Quizá no debiese otorgarte un buque, Ankor, pero... a fin de cuentas, todo será una nueva experiencia necesaria.

—Tengo lo que quiere tu noble discípulo, señor; pregúntale si le agrada aquel de casco azul y oro.

Interrogó Sarhimar al joven, y este aprobó entusiastamente.

Aumis saltó de cubierta en cubierta hasta el elegido y dio orden a media docena de hombres para que lo acercasen al pequeño muelle de madera.

Apenas pudo hacerlo, Ankor saltó a bordo, seguido de su Maestro. La embarcación era una verdadera joya en su diseño, material y artesanía. Medía casi quince metros de largo, pero su casco curvo y bajo no poseía toldilla ni cámara alguna que le coronase.

—¡Es livianísima, oh, sabio! Vuela sobre las olas y, sin embargo, he logrado en ella una solidez de tipo elástico que es toda una promesa para mis construcciones futuras. La vela triangular que ocupa su único palo la impulsa como sobre aceite, y el doble juego de remos que la complementa puede convertirla, gracias a su pequeño calado, en una magnífica barca fluvial.

—¡Gracias, Aumis! Los dioses sean contigo... Mi corazón te bendice —le contestó cariñosamente Sarhimar—. Equípala como corresponde y déjala aquí por la noche; cuando amanezca, yo mismo se la llevaré a mi amado discípulo.

Ankor le agradeció grandemente emocionado. Reunía su instructor tales tesoros de sabiduría y modestia que avergonzaba a los que vivían a su lado.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Apenas hubo acabado el sacrificio del amanecer cuando, al alzarse, los ojos de Ankor se encontraron con el triángulo blanco, pequeño a la distancia, del velamen de su nave.

Ya más cerca, pudo divisar el Sol dorado de Kuum en medio de la vela. Ankor, en sus diarias caminatas, había encontrado un trozo de playa descubierto, no muy lejos de su cabaña, señalado a la perfección por un grupo de cuatro islotes. Desde allí hizo señas, y el barco encalló profundamente en la arena, luego de haber arrojado cincuenta metros más atrás dos anclas que servirían de punto de apoyo para lanzarlo de nuevo mar afuera.

Dos servidores del templo saltaron a tierra y colocaron sobre la arena una especie de rampa por la que descendió Sarhimar. Luego de los saludos, informó a Ankor que después de su comida del mediodía saldría en la barca, y que él le enseñaría a conducirla.

—Jamás ha tenido nadie barca tan hermosa —dijo sonriendo el Maestro, mientras ascendía, seguido por uno de los servidores, por el senderito de los acantilados.

Varias tardes dedicó el sabio instructor a iniciar a su discípulo en los fundamentos del arte marinero y, acompañado de los dos jóvenes a su cargo, Ankor no faltó ni una vez a su cita con el mar. Jamás salía de la línea de escollos e islotes, pero como esta se extendía casi cincuenta kilómetros, sus paseos eran largos e interesantes. Más de una vez sacaba solo la embarcación, y no volvía a la cabaña en dos o tres días, pernoctando bajo el minúsculo puentecillo de popa o en alguna caverna entre las piedras.

Así sorprendió los microuniversos que habitan en los huecos de las rocas y pudo observar en escala mínima los misterios del abismo marino. Aprendió, en la aparente soledad, que todos los seres —pues todos son seres en un mayor o menor estado evolutivo— son como miembros de una gran familia; que la compañía de las gaviotas, de las medusas o del viento suele ser aún más agradable que la de los hombres. Supo de las fosforescencias extrañas que florecen en las espumas al contacto de la luz lunar.

Recordaba a menudo las palabras de su Maestro: «Todo en el Plan tiene un nombre, arquitectura sutil que lo ha creado en su expresión formal, y cada ser responde a la evocación de su nombre. Nosotros llamamos «mariposa» a ese ser alado; en cada país se le llama de manera distinta; unos «A», otros «B», y otros «C»... Pero, ¿cuál es el nombre real de la mariposa, aquel que no varía con el lugar ni el tiempo? Un día lo sabrás, ¡oh, Ankor!, lo sabrás». Recordando estas palabras, se preguntaba febrilmente:

«¿Cuál será el nombre de las escolleras, cuál el de las gaviotas, el de los ángeles, el del Sol, las estrellas, los dioses?... Y el Innombrable, ¿podría nombrarse a Sí mismo?».

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Sus discípulos, tan jóvenes y aún menos que él, le miraban asombrados, sin comprender por qué el Hijo del Sol no compartía sus aventuras y arriesgadas exploraciones de cavernas, islotes y restos de naufragios. Ankor jamás recogía conchillas ni caracolas; las acariciaba y las dejaba en su lugar.

—Que mis duros pies no deformen siquiera la huella de los blandos pasos de las olas... —solía repetirles.

Y así, no convirtiéndose en un enemigo de los pequeños seres y obedeciendo las leyes de la Naturaleza, esta, que siempre cede ante el amor y se resiste a la violencia, le abría uno a uno los primeros portales de sus íntimos secretos.

Sus sentidos se fueron utilizando más y más. Hasta ese entonces, sólo cuando se aunaban influencias que le eran externas, lograba visiones esporádicas en el mundo sutil-emocional. «Este plano de vibración es el de los gnomos, silfos, ondinas y demás elementales conocidos por el vulgo», le había instruido Sarhimar.

Y Ankor, gracias a las sabias semillas de su Maestro y su natural terreno fértil y evolucionado, empezó a vislumbrar de manera normal y voluntaria ese mundo misterioso y exótico. Había empezado a ver el «aura» de los vegetales. «Verás algo así como una capa de vidrio sutilísimo alrededor de cada rama, cada hoja; más allá, a pocos o varios centímetros, según sea el vegetal, se divisa un halo vibratorio más «vivo» que el «aura». Cuando tu desarrollo sea menos embrionario, verás también otras capas y otras subdivisiones de color y aspecto» —se le había dicho.

En esos los primeros experimentos de Ankor, más de una vez la emoción del triunfo o la derrota empañó sus ojos claros; pero luego, todo se estabilizó y empezó a hacersele familiar.

Los discípulos de Ankor tenían muy relativas vislumbres de «auras», y envidiaban involuntariamente al Hijo del Sol cuando este les describía lo que había podido percibir de las musicales formas de una ondina, o de la laboriosidad mecánica de un gnomo de las casuarinas.

El otoño había pasado, y nuevamente las brumas heladas del invierno envolvían Kuum. Sarhimar había prevenido a Ankor sobre el peligro de las rompientes, de las grandes olas, y más de una vez el barco azul y oro debió permanecer anclado en su refugio. Un día, navegando cerca de la línea más exterior de las rompientes, los tres jóvenes vieron alzarse en el horizonte una columna de humo oscuro y algunos resplandores en su seno. Dos puntos negros la rodeaban.

—¡Ese es un buque que se quema! —afirmó Onishké.

—Así parece —aseveró Ankor—, volvamos a la costa.

Apenas desembarcados, mandó avisar a su Maestro, a quien informó una vez reunidos.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Debió de ser alguno de los buques mercantes que nos proveen y que fue alcanzado por los piratas del sur.

—¿Debemos nosotros abastecernos por agua?

—Kuum, en épocas normales, tiene medios para abastecer sus primeras necesidades. Pero luego de la derrota de tu país, muchos de tus ex súbditos han podido escapar hasta acá, y eso crea nuevos aunque secundarios problemas...

—Es muy poco el campo cultivado que he visto en Kuum; hay centenares de hectáreas empleadas solamente en jardines —dijo Ankor.

—Eso mismo te está diciendo que no tenemos ningún problema serio. Como pagamos en materiales alquímicos, que valen tesoros en el resto del mundo, muchos son los barcos que desafían todo riesgo para comerciar con nosotros.

—¿Y qué nos traen, Maestro?

—Semillas, ciertos metales, maderas y demás cosas.

—Pero, ¿si hundan esos barcos?

—Nos quedan los pasos de las montañas.

—Creí que esos pasos los habían convertido en poco menos que impracticables, aun para un pequeño grupo de personas.

—Así es, Ankor —aclaró Sarhimar—. Mediante derrumbamientos hemos cerrado los pocos y difíciles pasos naturales que había, y hoy, solo reducidos grupos, formados en equipos de escaladores, pueden trascenderlos. Pero hay ciertos pasos subterráneos que solo nosotros conocemos, y por allí entra todo lo necesario...

—Si los pasos son secretos, ¿cómo hacen para que los comerciantes no vean las entradas utilizándolas delante de ellos? No se me ocurre...

—No las utilizamos exactamente delante de ellos. Muchos saben en qué zonas deben estar, pero jamás se atreverían a investigarlas.

—¿Por qué, Maestro?

—Simplemente porque tienen miedo, horror de disgustarnos. Las veces necesarias aparecemos al amanecer, y los campesinos, luego de las horas de práctica, nos ofrecen sus productos, que agradecemos con medicinas, semillas especiales y herramientas. Todo lo dejan al pie de un cerro, y al caer la noche se retiran con lo que les hemos llevado; así, en secreto, y escudados por su temor religioso, desaparecemos con las cargas por las bocas ocultas de las peñas... Ellos, creen, en su mayoría, que nos esfumamos en el aire...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Pero tal cosa es una mentira!

—¡Oh, sí, Ankor! Pero no te aferres tanto a una moral hecha de formas y ve al alma de la cuestión. Nosotros no les hemos forzado a creer que nos diluimos en las sombras; ha sido su propia imaginación e ignorancia que los llevó a tal error... Y los dejamos creer, sin afirmar ni negar nada. Ello no los perjudica, que es lo importante, sino que los beneficia... Mira, si supiesen de nuestros pasajes y de la forma normal en que los utilizamos, perderían su fe, reprimirían menos aún sus instintos asesinos, bestiales, y no faltaría el que guiase, por el precio de un buen arco con flechas, a los ejércitos del Sur hasta aquí... ¿Ves cómo, a veces, un mal aparente detiene otro mayor y bien real?

—Sí, Maestro... Mas, ¿no podríais los sacerdotes hierofantes desmaterializaros verdaderamente y cobrar cuerpo denso de nuevo aquí? Así se evitaría el peligro latente de esos pasos...

—¡Los hombres sois exagerados! ¡Oh, amado Ankor!, ¿crees por ventura que cuando seas hierofante vas a ser el amo absoluto de todas las leyes universales?

—Algo así creía...

—¡No, Pequeña Serpiente! Al lado de la hormiga, la mariposa se ve grande, pero aún es una cosita pequeña y frágil a nuestra vista. Un gran hierofante se te aparece como dios, pero él también está limitado, y su sabiduría no consiste en forzar las leyes; al contrario, las conoce y utiliza obedeciéndolas, pero no puede burlarlas. En todos los casos debes buscar siempre lo más simple: si un hombre, sabio o no, desaparece tras una roca, no niegues que pudo haber desmaterializado su vehículo denso, pero recuerda que es más probable el sencillo hecho de que haya utilizado una entrada disimulada. A nuestros enviados no les sería imposible desmaterializarse o remontarse por el aire, pero les es mil veces más fácil y seguro el método que emplean...

Varios días pasaron, brumosos y fríos, en los que el barquito de Ankor permaneció recostado en la alisada espalda de la playa.

Por fin, un sol radiante disipó las brumas del mar, como el sol de la sabiduría lo hace con las del alma. Ankor solicitó a su Maestro le otorgase permiso para faltar un par de días a las clases que se le impartían en el Pequeño Templo, ya que deseaba meditar a bordo de su barca. El sacerdote accedió, y luego de aconsejar a su amado discípulo, desde la torre del templo vio alejarse, como un minúsculo triángulo blanco, la vela de su nave.

Todo ese día lo pasaron los jóvenes como en un paraíso; alejados de la tierra firme se notaban aún más en los brazos de la madre Naturaleza. La brisa marina les vitalizaba la sangre, y las estrellas, una vez dormidos, les enseñaban a volar...

Al despuntar el segundo día, Onishké le dijo a Ankor:

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Noble Ankor, ¡mira! Sin quererlo hemos anclado junto a la línea de rompientes que nos separan del océano propiamente dicho.

—En verdad, veo que las olas son más grandes del otro lado.

—¿Por qué no vamos, ¡oh, Ankor!, más allá de las peñas?

—¡Vamos!... ¡Vamos, hermano; bauticemos la barca en las olas que vienen directamente del horizonte! —agregó Foarón.

—Ello es imposible, hermano; el Maestro me ha recomendado muy especialmente no traspasar las rompientes... Los barcos piratas pululan en estas zonas.

Así les respondió Ankor; pero los otros dos jóvenes, bondadosos, pero impulsivos, amantes de obedecer siempre más lo que viene del corazón emocional, lo que se quiere que lo que se debe, le suplicaron tanto que, no viendo peligro próximo, accedió a salir un par de kilómetros más afuera. Grandes fueron las voces de júbilo de los dos muchachos, y el mismo Ankor se alegró cuando enfilaron, por un canal disimulado entre dos islotes, el único paso para cualquier navío que no fuese tan pequeño como un bote.

Las ondas de agua elevaban alternativamente la proa y la popa de la magnífica embarcación, y montañas espumosas se dejaban partir fácilmente por ella. El viento era fuerte y la enorme vela hacía crujir sus soportes y vibrar todos los cables. Ankor se olvidó del peligro y, recostado en la proa, bebió ávidamente la libertad; sus discípulos estaban encantados con el juguete nuevo...

Ordenó virar hacia el sur para regresar pronto al paso, pero una isla pequeña, desde el horizonte, llamó a los tres jóvenes, convirtiéndose en la más seductora de las sirenas.

—Por favor —rogó Onishké—, ¿nos permites poner proa hacia esa belleza? Quizás hay en ella restos de naufragios o cavernas que comuniquen a alguna cripta abandonada.

—Vamos allá —cedió Ankor gustosísimo.

Poco a poco el perfil de la isla se fue aclarando, y se empezaron a notar los detalles. Era más grande de lo que parecía de lejos, pues tenía forma alargada y estaba perpendicularmente ubicada con respecto a la línea de tierra. Un cerro con seis picos se elevaba a casi cien metros de la playa.

—Antes de abordarle vamos a dar una vuelta completa a su alrededor; nos llevará apenas media hora —ordenó Ankor.

Así cabeceó la nave todo a lo largo de la isla hasta llegar a su extremo más externo. Ankor se había colocado contra una de las amuras, cuando Foarón, que vigilaba desde la proa, gritó:

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Un barco!

Ankor y Onishké se pusieron de pie y vieron surgir rápidamente tras el acantilado el casco negro, manchado, de una nave de guerra de dos palos y más de cincuenta remos.

—¡Virad hacia el paso! ¡Lancemos toda la vela! —exclamó el joven discípulo.

Ninguna duda tuvieron de que la nave los perseguía, pues varios guerreros se levantaron gritando de entre las rocas de la playa, alentando a sus compañeros del buque corsario. Ankor vio con horror el dragón marino que, rojo sangre, campeaba en el frente de la primera gran vela de color negro.

—Son corsarios del Sur... —murmuró, pero no lo suficientemente bajo como para que sus jóvenes discípulos no lo oyesen.

—¡Del Sur! —exclamaron aterrorizados.

—Y el viento calma cada vez más... —comentó Onishké.

La barca de Kuum, a pesar del poco empuje que recibía, bogaba con gran velocidad, y el perseguidor tenía que utilizar al máximo sus velas y remos para no perder más terreno de los quinientos metros que, aproximadamente, los separaban.

Pero la brisa se suavizó rápidamente y los robustos remeros esclavos fueron disminuyendo la ventaja hasta que, faltando aún tres kilómetros para llegar a las rompientes, varias flechas empezaron a caer cerca de la popa de los perseguidos.

Ankor ordenó a sus jóvenes echarse al suelo, y a pesar de querer tomar el peligroso puesto de timonel, sus compañeros le obligaron a quedarse en proa. Ensordecedora gritaría elevaron más de cien pechos cuando Foarón, que se mantenía aferrado al remo del timón, cayó de bruces con el cuello atravesado por una flecha. La barca, momentáneamente a la deriva, apuntó peligrosamente hacia las rocas. Ankor y Onishké se pusieron de pie, pero el último derribó al joven Serpiente, corriendo hacia popa. No llegó a tocar la barra: un proyectil le hirió un costado y, luego de dar una vuelta sobre sí mismo, cayó al mar con otra flecha clavada en medio de la espalda.

Ankor logró levantarse, pero una formidable sacudida le hizo pasar sobre la borda. La hermosa barca había hundido su flanco derecho contra un islote de las rompientes, y se hundía rápidamente. Semiahogado entre la espuma, mareado por el impacto de las aguas, el joven discípulo de Sarhimar tuvo en seguida exacta conciencia de lo sucedido cuando unos brazos fuertes y violentos le izaron, para luego arrojarlo sobre la cubierta de la nave sureña.

—¿Quién eres? —preguntó un hombre bronceado, de no más de treinta años, que parecía ser el jefe. Vestía una especie de camisa larga de cuero negro, con un pequeño pectoral de bronce.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ankor nada contestó; aunque ello le llevase a una muerte segura, su voto de silencio no le permitía contestarle.

—¡Te he preguntado quién eres, perro afeminado! ¡Habla o te degüello! —gritó el otro enfurecido, llevándose la mano a la cintura, de la que pendía una espada corta y ancha.

Solo recibió como respuesta una helada mirada de desprecio. Hubiese llevado a cabo su amenaza si otro, que vestía túnica roja y verde, el capitán del buque, no le hubiese detenido.

—¡Déjalo, Mopa! Seguro que es un discípulo en voto de silencio... No le harás hablar. Le quiero vivo, para venderlo en el próximo puerto, o pedir rescate en el templo..., si es que sus astutos directores quieren pagar con algo más que frases hermosas la vida de este infeliz muchacho. ¡Llévalo con los otros prisioneros, pero no le hagáis hacer trabajos pesados..., quizá valga bastante!

El jefe, al que habían llamado Mopa, dejó alejarse al capitán, y luego, alentado por las mofas de los marineros, volvió a derribar a Ankor de espaldas en el suelo, y sentándose sobre su pecho comenzó a cubrirle el rostro con brea.

Aquel juego cruel arrancó grandes risotadas de los espectadores, y algunos de ellos se echaron sobre Ankor, pugnando no solo por llenarlo de brea, sino por hacérsela comer.

El pobre joven sintió crujir sus costillas y agotársele la respiración; poco a poco todo fue haciéndose oscuro y lejano, cayendo en el abismo de la inconsciencia.

Al despertar no pudo evitar un quejido; le dolían todas las articulaciones y se sentía débil y enfermo. Una voz femenina le ayudó a recobrase.

Ankor abrió la boca para contestarle, cuando, apenas emitida una sílaba, recordó su voto de silencio. Con la cabeza afirmó lentamente y señaló sus labios cerrados...

—¡Te comprendo! Por tus ropas humildes con el distintivo del Gran Templo, nos dimos cuenta de que eres discípulo, un Iniciado profesando humildad, y creo que en esos casos no podéis hablar.

Ankor volvió a afirmar.

—Mira —dijo una segunda mujer—, no nos atrevimos a tocar tu túnica, ¡oh, Protegido del Sol! Solo te hemos arrojado agua en el rostro, pues te has quejado un poco... Sin embargo, no creo que tengas ningún hueso roto.

Él se levantó y acarició dulcemente las cabezas de aquellas pobres cautivas. En una bodega de cuatro metros de lado, estaban hacinadas más de veinte, todas jóvenes, y vestidas apenas con harapos. Varias de ellas, tiradas en el suelo, parecían enfermas o heridas.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El joven Iniciado fue entonces hasta un pequeño ventanuco del techo y miró por él hacia arriba, vislumbrando la agonizante luz del atardecer. Volvió a su rincón, y luego de meditar largamente sobre su delicada situación, se quedó dormido.

Fuertes carcajadas y gritos proferidos junto a la puerta-trampa, que se abría en el techo de la bodega, le arrancaron de su sueño intranquilo. Notó, ante todo, que la estancia se iluminaba a la luz de las antorchas, y levantando la vista divisó que habían abierto la puerta. Sin otras contemplaciones, dos jóvenes completamente desnudas fueron arrojadas por allí, cayendo sobre sus compañeras, que dormían. Las risotadas de los marineros se alejaron, y entre las prisioneras hubo gran revuelo. Alguien encendió una antorcha, y a su claridad, Ankor vio a las dos infelices sollozando, cubiertas de magulladuras provocadas por golpes brutales.

—Ya ves, joven —díjole la que antes le había hablado—, esos que se dicen oficiales son aún más infames y malvados que los marineros... Mopa, el jefe de los guerreros, es el peor. Nació en el país del Norte, al que traicionó, uniéndose en la pasada guerra a las hordas del Sur.

Poco después, apagada la antorcha, el sueño volvió a llevar piadosamente las almas de aquellas infelices, pero Ankor permaneció despierto.

El monstruo de su pensamiento roía uno a uno los rincones de su alma. Onishké y Foarón estaban muertos... y su Maestro, Sarhimar, ¿en qué angustias estaría sumido al saber a su discípulo prisionero? O quizá le creía muerto... ¿Podría superar esta dificultad, como lo había hecho con tantas otras, o estaba pronto su fin a manos de algún patrón despiadado? Tal vez los días de su presente existencia tendrían que acabar sobre los bancos remeros de ese mismo navío... El capitán habíale dicho al cruel Mopa: «pedid rescate al templo...»; pero, pensó Ankor, ¿es que los divinos sacerdotes de Kuum se humillarían a otorgar rescate? ¡No!, le gritó una voz interior; los Hijos del Sol no doblarán jamás su cuello ante el yugo de los asesinos del alma.

Muchas tristes cavilaciones desfilaron en fúnebre cortejo, enlutando el corazón del joven. Cuando se está inmensamente desamparado, hasta las piedras duras del dolor pueden formar cavernas acogedoras...

El primer amanecer de su encierro le visitó a través del ventanuco con barrotes de la cubierta. Por primera vez en mucho tiempo, el joven Iniciado no pudo realizar sacrificios al Sol, y se tuvo que contentar con elevar su pensamiento a los altos planos de conciencia.

Poco antes del mediodía, un par de guerreros del color del hierro bajaron una escala de madera, y ordenaron a las cautivas salir a cubierta para lavarlas.

—¡Vamos, perras blancas! Esta noche llegamos al mercado y nuestra nave debe aparecer reluciente y poderosa —clamó tras los soldados el vozarrón de Mopa.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Una a una, las infelices subieron por la escala, menos dos de ellas, que permanecieron embotadas por la fiebre en uno de los sucios rincones.

—¡Tú también, monje haraposo! —le gritó a Ankor, al ver que no subía.

La joven Serpiente ascendió por la escala, mansa y serenamente, pero pálido de reprimida indignación.

—Si te ponemos a los remos te mueres, así que serás una mujer más, ya que no sirves como hombre —le dijo sarcásticamente, dándole un empujón.

A marcha forzada, seguramente para impedir que algún otro barco pirata, o bien la flota oficial sureña los sorprendiese y pidiese el botín, el navío cortaba las olas impulsado por sus velas y remos.

El fuerte viento marino despejó y vitalizó a Ankor, quien pudo notar que el buque era de los mejor equipados de la época, y muy rápido. Poco tiempo tuvo para observar; un par de soldados lo llevaron hasta un cubo de madera, unas sogas y estropajos de algas, con los que le obligaron a lavar la toldilla. Pero el jefe Mopa, verdadero terror de todos los prisioneros y remeros esclavos, siguió con sus pullas y brutalidades.

—¡A ver, perras blancas! ¡No os mováis así como ballenas; mis hombres quieren ver belleza y gracia! ¡Lavad danzando u os descuartizo! —vociferó, dando con el plano de su espada en el cuerpo de la cautiva más próxima—. ¡Y hacedlo desnudas! —exigió aún Mopa, quien acercándose a las infelices les fue arrancando los andrajos que todavía cubrían sus carnes, sucias y golpeadas.

Esto fue demasiado para la capacidad de tolerancia de Ankor, y lanzando sus útiles de limpieza por la borda, se irguió cuan alto era, clavando la incendiada magia de sus ojos verdes en la sombría mirada del infame oficial sureño. Este, sonriendo cruelmente, avanzó hacia el joven con la espada desnuda en la diestra.

—Parece que el señor monje se cansó de su cuerpo de carne... —comentó amenazadoramente—. ¡Baila o eres muerto!

Estas palabras no inmutaron a Ankor, quien prosiguió mirándolo fijamente. Como el incidente había atraído la atención de todos los tripulantes y soldados del barco, incluso del capitán, Mopa, vejado en su vanidad animalesca de hombre terrible, saltó sobre el joven, y de un solo manotazo le arrancó gran parte de su túnica blanca. Entonces ocurrió algo que ninguno de los soldados del país del Sur, ni aun el propio capitán, pudieron entender plenamente.

El terrible Mopa, valiente y depravado como ninguno, apenas descubierta la serpiente tatuada en el pecho de Ankor, había dado un alarido formidable, y abandonando la espada, llevó sus dos manos al rostro convulsionado por indescriptible

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

horror. Iba retrocediendo enloquecido, y negando con la cabeza, imposibilitado de articular más palabras.

—¡Ankor! ¡El dios-niño Ankor! —alcanzó a pronunciar entre estertores, antes de lanzarse al mar a una muerte segura. El antiguo oficial de la Guardia Imperial del padre de Ankor había llevado la figura de su Príncipe como última imagen en los ojos.

RUMBO AL SOL

Cuando el buque amarró en medio de un pequeño golfo, Ankor, que desde el incidente con Mopa había recibido un trato especial, fue descendido a una barca de diez remeros en la que le condujeron al pequeño muelle.

La ciudad, rodeada de antiguas y semiderrumbadas murallas, y de un foso convertido en lodazal, era pequeña, aunque muy populosa. Allí, aprovechando la situación internacional, se habían radicado, para convertirla en un gran mercado, una veintena de capitanejos sureños, quienes, acabada la guerra, empleaban sus artes en el saqueo, vendiendo los productos al mejor postor. Llegaban interesados desde todas las partes del mundo, y el Gobierno de Poseidonis se beneficiaba también con ello.

Ankor, custodiado por media docena de guerreros guiados por un oficial, pasó las murallas y penetró por la calle principal de aquella milenaria ciudad reacondicionada para una febril actividad comercial. Por doquier se veían negocios y tiendas de los ramos más variados, luciendo en sus escaparates desde filtros mágicos hasta hermosas doncellas encadenadas. Comerciantes de todos los puntos recorrían las calles: egipcios, nubios, arios del Asia Menor, americanos, hindúes, manchurianos... A toda esta inquieta multitud se sumaban los palanquines, los carros y las escoltas armadas.

El joven discípulo, que llevaba las manos atadas a la espalda y una raída capa roja sobre los hombros, era celosamente escoltado por sus guardias, y el propio capitán no le quitaba la mano de encima. Tras recorrer unos seiscientos metros de la arteria principal, se desviaron por una calleja hasta aproximarse a la muralla exterior; allí se detuvieron frente a una casa simple, pero de las más grandes y cuidadas de la ciudad.

Uno de los guardias dio con su escudo contra una media luna de bronce que pendía frente a la puerta, y casi instantáneamente, un nubio gigantesco abrió e hizo una gran reverencia de bienvenida al capitán pirata. Este lo apartó despreciativamente y penetró al interior con Ankor, seguido de los seis soldados.

Pasaron a una salita decorada al estilo oriental, donde aguardaba un hombrecillo de ojos rasgados, probablemente siamés. Estas deducciones hacía Ankor observando las particularidades de la habitación y del vestido de sus habitantes.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Al hombrecillo lo rodearon cuatro guardias, también orientales, que sostenían sobre sus rodillas espadas de hoja anchísima, en forma de triángulo curvado.

—¡Salud, Tie-hong-chi! El prisionero es un discípulo del templo de Kuum. Pienso que esos perros despellejados pagarían por él lo suficiente como para equipar un barco. Deseo que lo custodies y cuides aguardando mi regreso.

—Tus deseos son órdenes para mí, noble y valiente capitán. El joven estará tranquilo y seguro... ¡Aun engordará! —bromeó, lanzando una risita tan cruel que hizo correr un relámpago de frío por la espalda de Ankor.

Cumplidas las demás formalidades comerciales, el capitán salió con Ankor y dos de sus hombres para poder hablar a solas con el joven.

—Oye, príncipe, sacerdote o lo que seas: sé que no puedes hablar, pero, por si cambias de opinión sabe que el oriental que te custodia no debe conocer tu verdadera identidad ni que vales por media docena de barcos... Yo soy hombre de armas, no de negocios. Te entregaré a Kuum por un rescate pequeño, pues quiero acabar pronto este asunto... Tu templo no tiene prácticamente ejército, pero le sobra el dinero para pagar a centenares de miles de mercenarios, y la mayoría de este pueblo imbécil y raquítico del Norte me haría matar ciegamente a una sola palabra tuya. ¿Me has comprendido?

Ankor permaneció inmutable y sereno.

—Entre todas las malas costumbres que podías tener, esta de guardar silencio es la peor... ¡Si no valieses tanto, ya te hubiese hecho degollar! Por ti ha muerto ahogado mi mano derecha en el combate, el infeliz Mopa...

El capitán penetró de nuevo en la casa y los dos guardias obligaron a Ankor a seguirlo.

A estos acontecimientos siguieron casi dos meses del más riguroso encierro para el ex príncipe de aquellos mismos territorios. Pero también dicen que la cárcel es para el cuerpo; el alma de Ankor estuvo casi todas las horas en Kuum; repetía los ejercicios de respiración rítmica, de mnemotecnia; practicaba videncias «elementales» en los planos emocionales, y muchas otras actividades que formaban parte de su programa de estudio. Las palabras de su Maestro, que habían perfumado cual flores sus días de serena felicidad, fructificaban ahora en el dolor de su encierro. Aprendió, en los largos días eternamente grises, en el continuo atardecer de su cárcel, que un muro de piedras es algo más que eso, que cada rendija es un valle pletórico de misterios, con insectillos que, vistos muy de cerca, son fantásticos dragones y extrañísimas criaturas. En cada protuberancia de los bloques, imaginó cadenas montañosas, templos, ciudades para todos los hijos de su alma; los musgos pasaron a ser céspedes en donde danzaban sus rituales los gnomos y las hadas.

Se dio cuenta de que no hace falta buscar la Divinidad en las milagrosas transmutaciones alquímicas, las curaciones o los vuelos; Ankor vio la Divinidad en el

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

fondo de los ojuelos híbridos de las ratas, en el empuje silencioso de los hongos, y en los pasos que le daba el corazón sobre el pecho...

¡Ay de quien busque la felicidad del mundo! —le habían dicho—. Ella es solo el dolor que, refulgente de ira, deja caer con el tiempo su disfraz; toda felicidad trae desgracia... Ahora el joven lo comprendía; oía el ruido de los muros rotos de la ignorancia y el egoísmo caer dentro de su alma. ¡Ahora comprendía! Cada momento de serena felicidad pasada en Kuum, las amables enseñanzas, todo lo agradable se volvía sobre él y lo despedazaba. En cambio, entre las espinas de los dolores pasados, hallaba las flores del consuelo, y una voz que le repetía: «Si has pasado aquellos, pasarás estos sufrimientos».

En el templo le habían enseñado que todo lo blanco finaliza en lo negro; toda libertad, en el encierro; toda unión, en la separación; era verdad; la Ley marca un ritmo, y cada ser, cada momento, es el engendro de un choque. Pero los sabios sacerdotes de Kuum habían sembrado en el fértil y rectilíneo surco del alma de Ankor el semen del otro aspecto de lo inexorable; ahora podía captar que también lo negro finaliza en lo blanco; el encierro, en la libertad; la separación, en el encuentro...

Luego de estas meditaciones, inmensos cántaros de dulzura se derramaban en su corazón y, abrazado a los muros de su celda, de cara a los cueros viejos que le servían de lecho, lloraba de felicidad. Su carcelero, un nubio hercúleo ya entrado en años, sintió más de una vez, en el fondo de su conciencia embotada, compasión por aquel frágil joven que veía echado en el suelo, y jamás comprendía la mirada de infinito amor que irradiaban sus ojos húmedos de lágrimas, pero rebosantes de una alegría serena, trascendente, divina.

Ankor llegó a considerar su encierro como algo que necesariamente debía purgar en su destino, y se convenció de que al final de aquello, en cuerpo físico o sin él, quedaría libre del efecto de errores cometidos hacía ya mucho, y que saldría de la prueba un poco más limpio, y, por ende, más bueno.

Al cabo de su tercer mes de encierro, cuando, a través de la ventanita, Ankor pudo ver los primeros brotes de los frutales de la casa, fue sacado y llevado al aire libre por su guardián.

El joven llevaba siempre una fina pero resistente cadena uniendo sus tobillos, que, aunque le permitía caminar normalmente, le hubiese impedido correr o trepar.

Allí quedaron aguardando, y al poco rato apareció, magníficamente ataviado, el capitán corsario que lo hiciese prisionero.

—¡Estás delgado, Ankor! Estarás contento, pues ya eres casi alma pura —se burló el guerrero, subrayándolo con estruendosas carcajadas—. Estoy de buen humor, muchacho; este viaje me ha llenado de oro y poder, y... ¡la gran noticia! Kuum acepta canjearte por los dos barcos pedidos.

Nuevas carcajadas siguieron a estas palabras, pues el capitán recordó que ya había dicho a su prisionero que pediría más, pero lo disimularía.

—Le pagaré tu «pensión» al dueño de esta pocilga, y te vendrás conmigo —agregó llamando con sus manos.

De inmediato se presentaron una docena de guerreros sureños, quienes cargaron a Ankor en un palanquín con espesas cortinas. A los pocos minutos, ascendía al mismo y se colocaba junto al cautivo el capitán, quien explicó:

—Tus sacerdotes aguardan en el puerto, en una pequeña nave con una dotación de veinte hombres... Voy a negociar, pues esos «perros blancos» son aún demasiado ricos y tienen muchos amigos poderosos...; quizá en alta mar los asalten los piratas... Todo puede ser... —volvió a reír—. En cambio, he colocado cerca de doscientos hombres a mi mando mezclados entre la gente del puerto por si la traición pasa por la pura mente de tus amos...

Ankor simuló no oírlo y calculó que ya debían de estar cerca de la gran feria; su captor hizo levantar las cortinas del palanquín para no llamar la atención, pero le ató las manos a la espalda y le cubrió íntegramente con una capa ricamente decorada. En un momento dado, el mar embravecido de la feria los rodeó y la comitiva parecía un buque fantasma, silencioso, en medio de sus olas. Unos veinte soldados que formaban la escolta se abrían paso dificultosamente entre el gentío, los vehículos y las bestias. Finalmente, pasaron la aglomeración y embocaron por una calleja que llevaba a la puerta de la ciudad, y luego al puerto.

Numerosos grupos de personas seguían en parte dificultando la marcha, y Ankor notó que el capitán sureño estaba algo inquieto y azuzaba a los portadores para que avivasen cada vez más el paso, que ya se iba convirtiendo en carrera.

De pronto, la cabeza de la escolta, que llevaba sus armas desenvainadas, se detuvo de golpe. Desde un lateral había surgido una caravana de más de quince nubios encadenados a quienes conducían a latigazos media docena de naturales. El palanquín se detuvo unos segundos mientras cruzaban, y luego la escolta los apartó despectivamente contra una pared, con gran terror de los infelices negros. El capitán, que había saltado del palanquín, se propuso subir nuevamente, riéndose de sí mismo, cuando de nuevo se detuvo el grupo. Eran ahora dos carretones cargados de visitantes a la feria, tirados por una especie de bueyes, los que ahora se interponían, salidos de la misma calleja.

A un tris de perder la paciencia y ordenar degollarlos, el jefe pirata dispuso aguardar su paso. De pronto, sonaron detrás del palanquín unos golpes sordos, seguidos de gemidos y maldiciones. Ankor hizo un esfuerzo y se alzó sobre la silla, divisando con gran emoción que la caravana de nubios no era tal, sino guerreros que ahora atacaban a la retaguardia sureña. Mas la sorpresa de Ankor se transmutó en alegría cuando, entre los pliegues de las ropas de los atacantes, pudo ver las cotas de cuero y el

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Sol de Oro de los guardias de Kuum. Estos no llevaban espadas, sino unas barras de bronce endurecido y un pequeño escudo de igual metal, que manejaban con sin par maestría.

Silenciosos y serenos, sin odio pintado en sus rostros, luchaban como quien cumple sencillamente con su deber, penoso o no, pero deber al fin. A la primera acometida, media docena de bandidos cayeron con el cráneo destrozado, y los cuatro restantes de la comitiva se recostaron sobre el palanquín que había sido depositado en tierra.

Al joven le extrañó que la cabeza del grupo y el capitán mismo no los auxiliaran, pero cuando se pudo dar vuelta vio que tampoco los visitantes eran tales, y que, excepto las pocas mujeres y niños que habían huido, una veintena de guardias disfrazados hacían retroceder al capitán y sus sorprendidos secuaces. En dos minutos, al caer sus últimos hombres con los brazos rotos, el jefe sureño quedó solo; se dio vuelta entonces y alzó su espada sobre Ankor. El más cercano hombre de Kuum lanzó su pesada barra, y el capitán trastabilló, dando tiempo a que ese mismo hombre se lanzase sobre él y Ankor. Nuevamente un puñal buscó el pecho de Ankor, pero otro, con un sol de oro en el mango, se entintó de sangre.

Rápidos como el viento, los guardias del templo cargaron dos hombres heridos, el palanquín, y emprendieron veloz carrera hacia las murallas de la ciudad, pero no hacia el lugar donde estaba la única gran puerta. Tan precipitada fue la huida, que ni siquiera el jefe de guardias se detuvo a desatar a Ankor. Llegados a las murallas, varios hombres tomaron unos troncos como ariete, y con ellos desencajaron las piedras que habían sido removidas la noche anterior, pero dejadas en su lugar para no ser descubiertas.

En la campaña prosiguieron la huida por una antigua carretera semidestruida, y allí, por señas, Ankor se hizo desatar y cargar en el palanquín a los dos soldados heridos.

—No deberías hacer eso, Pequeña Serpiente; a estos hombres no les importa morir por Kuum, y saben que tarde o temprano acabarán así; pero tú te arriesgas corriendo descubierto...

Ankor negó con la cabeza y siguió corriendo.

Al cruzar un camino protegido dividieron en dos una caravana de cargadores y carretas del ejército sureño, y seis o siete guardias les cerraron el paso; pero al ver rodar a tres compañeros por el suelo y divisar las cotas solares, huyeron espantados, creyendo que se trataba de una invasión.

—Un esfuerzo más, señor; estos aulladores y los que vieron la lucha en la calleja ya deben de haber puesto sobre nosotros a todas las tropas de la ciudad, y no son menos de dos mil hombres.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

A poco, al bajar una loma, ya a la vista del mar, Ankor rodó por tierra. El largo encierro, unido a la casi total ausencia de alimentación adecuada, le había debilitado, y solo esa extraordinaria voluntad y control que implantaba Kuum en sus Iniciados le había sostenido en pie hasta allí. No obstante, no quiso que lo cargasen, y ayudado por dos guardias descendió la loma, llegando a la playa.

Un bote con doce remeros lo aguardaba, listo para partir; subió a él con la mitad de los hombres, y el resto lo hizo en otro semejante.

A cien metros de la costa estaba anclado un gran navío de dos palos y doble hilera de remeros. Su casco, muy largo, bajo y estrecho, parecía un dardo en el mar. El sol de Kuum se destacaba en el medio de sus enormes velas blancas triangulares. Apenas Ankor pisó el puente, cortaron el último cable y los remeros arrancaron con impulso formidable.

Un kilómetro mar adentro hicieron lo mismo otros dos buques de tres palos y gran número de remeros, pero más pesados; eran verdaderas máquinas de combate, con agudos espolones y relucientes corazas de bronce endurecido.

—Te puedes decir a salvo, señor —le dijo el jefe de la comisión que le había salvado—. Este buque es de los más rápidos en su tipo, y los otros dos que ves están tripulados por marinos mercenarios avezados, y pueden contener a media flota del Sur hasta que llegues a Kuum... Pasa por allí si quieres asearte; luego, en la gran cámara, te espera tu Maestro...

El joven reprimió apenas un grito de alegría, y corrió a lavarse y cambiar los andrajos que vestía por ropa limpia. Al penetrar en la gran cámara, envuelto en su túnica amarilla, se sintió de nuevo en su casita de las rocas; la mirada dulcemente profunda de Sarhimar le hizo imaginarse en el templo.

Luego de haber realizado el saludo ritual correspondiente, Sarhimar estrechó a su discípulo fuertemente contra su pecho.

Mucho se contaron; especialmente Ankor relató toda su aventura, y luego expuso una pregunta:

—Di, amado Maestro, ¿habíais de verdad pactado con mi raptor?

—Sí, nosotros no nos podemos valer del engaño.

—Y entonces, ¿cómo hombres de Kuum me llevaron por la fuerza?

—No temas —dijo sonriendo el Maestro—; esos hombres en nada han faltado a las estrictas normas morales de los servidores de «la mano derecha»... Habíamos pactado con Columba, el capitán corsario, en el sentido de que, si él te presentaba en el puerto sano y salvo, recibiría en pago dos buques de primera línea totalmente equipados, y tesoros y joyas suficientes como para adquirir otros dos. En ese trato

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

entraba que trataríamos de impedirle la llegada al puerto, puesto que los que garantizaban tu llegada a la playa lo hacían contra todo evento, sin preocuparse preguntándonos si trataríamos de liberarte antes... Es una picardía, pero no un engaño.

—¿Y el buque pequeño que aguardaban en el puerto?

—A la misma hora en que los guardias promovieron la lucha, todos los soldados sureños de la playa habían salido en vuestra persecución, y el capitán del barco tenía orden de zarpar de inmediato, silenciosamente.

—¿Han muerto algunos guardias en mi rescate?

—No; solo algunos heridos; dos de bastante gravedad, aunque espero que curen; los acabo de atender... Subamos a cubierta ahora: en Kuum tengo que hablarte muy seriamente.

—¡Maestro, sé que soy el responsable de todo esto!

—Todos los que en esto nos vemos atareados, aun los que perdieron sus vidas, lo hemos hecho porque nuestro futuro necesitaba de estas fatigas y dolores para su mejoramiento. Pero, Ankor, no debemos provocar derrumbamientos violentos en lo que la bondad inmensa de los dioses de los destinos había dispuesto que cayese poco a poco; eso es alterar la armonía de sus favores y sembrar las espinas que nos martirizarán en caminos venideros... ¡Luego hablaremos, Ankor!

Ambos subieron la escalerilla de ricas maderas labradas y salieron a las toldillas laterales que cubrían a los remeros. Ankor se asomó sobre el parapeto acorazado, y no vio otra cosa que tierra de un lado y mar de otro, pero Sarhimar le hizo ascender al puente de popa, junto a los timoneles.

Desde allí se divisaban varias naves: la dos de Kuum, y más atrás otras tres muy lejanas, casi juntas. Sarhimar llamó con su silbato, y de inmediato llegó corriendo el capitán del barco, quien saludó con el mayor respeto.

—¿Qué son esas velas, buen Ombohis? —preguntó el sacerdote señalando las más lejanas.

—Dos naves sureñas que persiguen la nuestra más pequeña.

—¿La alcanzarán?

—El mar está muy inquieto, y eso favorece mucho a las de mayor peso, señor; la nuestra es hartito liviana y este oleaje la embaraza mucho... No creo que pase aún media hora a flote...

—¿No podrían nuestros dos grandes buques socorrerlo?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Quizá sí, pues el viento es muy fuerte y favorece en esa dirección; pero tu barco, ¡oh, sabio!, quedaría sin escolta...

Sarhimar echó una rápida mirada a Ankor; pero vio tal energía en sus ojos, que ordenó:

—Lanza esos buques contra los del Sur; que nuestra pequeña nave sea hundida; recoged vosotros las chalupas de los naufragos... Veo dos puntos negros más en el horizonte... Si son, como creo, otras dos naves sureñas, ¿podrán los nuestros contenerlas?

—Esos buques, a pesar de tener más de cincuenta años de contruidos, y de actuar en cientos de batallas, son suficientes como para mandar a pique media docena de los mejores barcos del mundo... Descuida, Gran Sacerdote; los terribles marinos por quienes los he hecho tripular se harían matar por la décima parte del oro que les he prometido.

—¡Da la orden ya! —le urgió Sarhimar.

Una poderosísima trompa de bronce vibró en distintas notas musicales y las dos monumentales naves que bogaban con el velamen recogido viraron en redondo, largando casi a un tiempo todo el trapo. Levantando montañas de espuma en sus proas, se alejaron rápidamente.

Las tinieblas fueron adueñándose del mundo, y la nave de Ankor se vio obligada a anclar, ante el peligro excesivo de una navegación a ciegas por costas poco conocidas por el capitán y los timoneles.

Luego de tomar algún alimento, Ankor se fue a dormir temprano.

Hacía más de tres horas que dormía en su pequeña e incómoda cabina, bajo el gran salón central, cuando el gong de alarma lo despertó, y rebujándose en una gruesísima capa, salió a la toldilla. Al principio no notó nada anormal, salvo las carreras de los doscientos hombres que formaban la tripulación de combate, aparte de los remeros y los marineros. Luego, siguiendo la dirección de varios brazos, vio algo así como miríadas de antorchas que se acercaban a cincuenta metros de altura.

—Está visto que los «hermanos de la sombra» quieren carbonizar nuestros cuerpos —comentó Sarhimar, que entonces salía.

—¿Qué son esas llamas que vuelan? —preguntó el joven con cierta emoción en la voz.

—Ningún arte mágica: simplemente palomas incendiarias. Llevan en sus colas una vara de fibra embebida en cierto combustible alquímico activísimo, que arde hasta debajo del agua.

—¿Y pueden incendiar fácilmente el buque?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Sí, Ankor. El cuerpo mismo de las palomas está bañado en esa sustancia, y cuando el fuego de sus colas las alcanza, mueren abrasadas y caen. Tú sabes que un barco, por sus maderas y lonas, no es muy difícil de incendiar; sin embargo, nuestra tripulación es muy hábil, y ya puedes ver que toda ella prepara los baldes de arena y las lonas mojadas para ahogar los posibles focos...

—Maestro, ¿hace mucho que se inventó este arte infernal?

—¿Quién podría decirlo? Amado Ankor, en tiempos muy antiguos, hace millones de años, los secretos de la Alquimia, Magia, Astrología, Matemáticas, Música, estaban solamente en las «blancas manos»; luego, todo degeneró para evolucionar en nuestros anales históricos... ¡Mira! Ya caen las primeras palomas cerca de nosotros... Dejaremos esto para luego...

—Sí, Maestro.

En ese momento llegó corriendo un oficial, quien informó de unos ruidos extraños en el agua que se oían a proa, y que el capitán preguntaba si podía enviar una chalupa a investigar.

—Sí, que vaya la chalupa; eso es muy malo —agregó el sacerdote, una vez que estuvo a solas con Ankor.

—¿Por qué, Maestro?

—Aún no lo sé ciertamente, pero es muy malo...

Desde la costa seguían elevándose bandada tras bandada de palomas, y ya debía de haber miles de ellas en el aire. La primera bandada empezó a descender en una amplia zona de unos trescientos metros de diámetro, que abarcaba al buque de Kuum. De pronto, una de ellas, al caer, levantó del agua una terrible llamarada azulada de más de diez metros de altura por otro tanto de ancho; conjuntamente se escuchó un ruido parecido a una explosión apagada.

Sarhimar llamó con su caracola, y el capitán estuvo a su lado en contados segundos.

—¡Ombosis, recoge la chalupa! No sé lo que pasa: tenemos barco a proa y arroja con sus catapultas toneles agujereados conteniendo petróleo sobre el mar.

El capitán se dio vuelta y dio las órdenes.

—¡Oye! —siguió el sacerdote—, si no detienes la acción de esa catapulta estamos perdidos. ¡Actúa!

—¡Sí, Gran Señor! —dijo Ombosis, y partió a la carrera hacia el gong.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

En un minuto los remeros empezaron a impulsar el navío hacia delante con todas sus energías. Un tonel que reventó cerca de una de las bordas, como una monstruosa flor de fuego, cruzó la toldilla con uno de sus pétalos.

Gritos espantosos se elevaron, y una docena de hombres quedó revolcándose en charcos de llamas. Numerosos cordeles y detalles de la obra muerta comenzaron a arder, pero la veterana tripulación ahogó en sus comienzos estos conatos de desastre.

A la luz de numerosas hogueras que ardían en el mar, y de los centenares de bólidos de fuego que caían, los hombres de Kuum vieron un barco sureño de dos mástiles y cincuenta remos que, cien metros a proa, lanzaba los toneles con su catapulta. El capitán dio orden de abordarlo y los remeros redoblaron sus esfuerzos.

Inútil le fue a la otra nave el tratar de huir hacia la costa: la de los servidores del Sol, con igual peso y triple número de remeros, no tardó en alcanzarla. El bandazo, violento, hizo crujir y resquebrajar el borde de ambos cascos, quebrando casi todos los remos del flanco derecho de la nave del Sur. Fijadas por los garfios de abordaje, empezó la difícil tarea de unir ambas naves.

Mientras Ankor y Sarhimar, agachados tras el parapeto blindado en bronce endurecido, veían estrellarse las flechas como mortífero granizo, los tripulantes contrarios hacían desesperados esfuerzos por cortar y destrozar los garfios de abordaje, pues sabían de su inferioridad numérica y de la serena bravura de los hombres del Norte.

Ambos buques, una vez detenidos, se unieron rápidamente, y la tropa norteña tomó de un solo empuje toda la popa enemiga, pegando fuego a los barriles de petróleo que aún habían preparado para su lanzamiento.

Un toque de gong retiró rápidamente a todos los sobrevivientes de Kuum a su propia nave, que retrocedió, y luego de virar en redondo, se alejó a toda velocidad.

—¡Ombosis! —dijo el sacerdote, luego de llamarlo con su silbato—. ¿No es demasiado arriesgado el navegar de noche tan rápidamente?

—No queda otro recurso, Gran Señor. Oye esos gritos... Son miles de sureños que, a bordo de chalupas, han sido enviados desde la costa en nuestra caza.

—Reconozco que eres un Maestro en este arte, buen Ombosis, aunque yo no quiera ser tu discípulo —agregó sonriendo—. Lo reconozco; la vida del Hijo del Sol está en tus manos.

El marino reverenció profundamente y volvió a su puesto.

Toda la noche la pasó Ankor en cubierta, y cuando el Sol apareció en el horizonte, luego de cumplir sus sacrificios, interrogó a su Maestro sobre la situación.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Puedes ir a descansar, Ankor; ha pasado todo peligro. ¡Mira! En el lejano horizonte se destacan dos puntos blancos que no pueden ser otra cosa que nuestras dos naves de combate... Ellas pertenecieron a tu padre, la Gran Serpiente... Velarán tu sueño. ¡Ve! Ombosis ha mandado izar las velas, y este viento nos llevará a Kuum antes de que el Sol desaparezca...

El joven le obedeció, pero tardó en dormirse en su estrecha litera. Su Maestro ni había querido comentar la muerte de sus dos jóvenes discípulos, y un sinfín de imágenes se llevaban su alma en una danza frenética de la cual mucho después pudo liberarse.

Alguien repitió su nombre hasta despertarlo.

—Señor, el sabio Sarhimar te envía saludos, y te ruega quieras venir a la toldilla de proa —le comunicó uno de los guardias del templo.

Poco tardó Ankor en asearse y vestir su túnica amarilla.

—¡Mira las rompientes, Pequeña Serpiente! —le saludó el Maestro—. Observa detrás el dorado brillo de las cúpulas de Kuum.

—¡Kuum! ¡He dormido todo el día! Veo el Sol ya muy bajo, Maestro...

—Así es, Ankor... Estos últimos acontecimientos han alterado mucho el ritmo de tu vida. Cuando llegemos quiero que te recojas en tu cabaña y vuelvas a observar de la manera más estricta tu voto de silencio... No solo no debes hablar, sino que toda palabra que no salga de los labios que te he indicado debe ser inexistente para ti. ¿Se puede saber por qué has venido a proa?

—Pero... ¡oh, sabio!... ¡Si tú me has mandado llamar!

—Ya ves: ese guardia no debió ser oído por ti... No te culpo por lo pasado, amado joven; te señalo el porvenir...

Ankor, avergonzado, se echó a los pies de su Maestro, fijando la vista en las aún lejanas cúpulas que brillaban tanto como el sol moribundo, ensangrentado.

Hacia atrás, donde se perdía la estela del buque, desde donde venía Ankor, se mostraban las sombras recostadas en los acantilados, cansadas, lúgubres...



Dos, tres, cuatro días, una semana permaneció Ankor aislado en su místico nido de las rocas, sin ver a nadie ni tener a quién dirigirle una palabra.

Un servidor dejaba diariamente un canastillo con alimentos en lo alto de los acantilados y se alejaba a la carrera. La gran alma del mar fue aquietando paulatinamente sus vehículos sutiles, pero en el secreto fondo de su conciencia ardía el doloroso fuego del remordimiento y el descontento.

Cuando por décima vez vio remontarse el Sol tras las montañas, el joven Iniciado recibió una de las impresiones más fuertes de su vida. El servidor que le dejaba el canastillo descendió esta vez de las rocas sin ocultarse, y pudo ver quién era... ¡Onishké!

—¡Tú! —gritó Ankor—; no puedo creerlo; ¡tú, hermano! ¡Los dioses deben de estar jugando conmigo!...

—¡No, noble Ankor! —respondió el joven—. Yo soy el que, según instrucción del Maestro, te he estado sirviendo en secreto estos diez días, y hoy puedo bajar a hablarte.

—Te creía muerto... Vi caer tu cuerpo al mar atravesado por dos flechas... ¿Y Foarón?

—Él ha desencarnado, señor... En cuanto a mí, igual suerte hubiese corrido si los centinelas que observan continuamente desde algunos islotes de las rompientes no hubiesen estado listos y recogido mi cuerpo semiahogado, apenas la nave del Sur se hubo alejado unos metros. Ellos dieron aviso al Maestro y él despachó una nave para rescatarte; pero la ventaja era mucha y, a pesar de los esfuerzos, no pudieron avizorar las velas del buque corsario.

—Pero, Onishké, ¿y las dos flechas que te dieron? Te habían herido...

—Sí, Ankor; la primera me provocó un desgarrón, nada serio, pero dolorosísimo, en el abdomen, y la segunda me atravesó un omoplato. Caí al mar semidesmayado y así estuve un tiempo que no puedo determinar, pero que me han dicho fueron menos de diez minutos. El maestro Sarhimar me curó solícitamente y permanecí en cama más de un mes; pero ya estoy bien y fuerte como antes. Seguiré a tu lado si aún me quieres...

—¡Onishké! Te aprecio más que nunca, fiel amigo. Has arriesgado tu vida por la mía..., acciones como esa hacen sonreír a los dioses que siguen nuestros destinos.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—No tiene mayor mérito, Ankor. Ve ahora a clase en el Pequeño Templo; tu Maestro te espera...

En un minuto estuvo listo y partió alegremente a retomar sus estudios. Al finalizar, cuando el Sol estaba en el punto más alto de su carrera, Sarhimar le invitó a compartir su frugal almuerzo a la sombra purificadora de unos viejos pinos.

—Y bien, Ankor. Hace unos días dejamos sin finalizar una conversación... sobre la antigüedad del fuego mágico.

Ankor admiró una vez más la extraordinaria delicadeza y habilidad en el trato aducida por su Maestro. El joven sabía que el tema central sería su desobediencia, pero el sabio quería llegar a eso sin herirlo, dulcemente, como un tema más...

—Sí, Maestro...

—Bien; te decía que el conocimiento de la fórmula estuvo un día en manos de los «Hermanos Blancos», pero que, con el correr del tiempo, se apoderaron de ella los de la Sombra, y ellos la publicaron de tal manera que en los tiempos actuales se cuentan por centenares, no solo aquí, sino en el Asia y África, los alquimistas que más o menos la conocen. El fuego que viste emplear en la batalla ya no dura encendido ni la décima parte del tiempo que duraba hace veinte mil años, por no considerar el gran continente sumergido —del cual Poseidonis es un resto—, ni el otro anterior que fue quemado, más allá de lo que hoy son las tierras de nuestros hermanos americanos... Sí, Ankor: esa fórmula pronto desaparecerá de las manos de los hombres...

—¿Cómo así, Maestro? ¿No acabas de instruirme en el sentido de que cada vez son más los que la conocen?

—Es que, amado hijo, las cosas, como la gente, las bestias, las religiones y los dioses están sujetas a una ley cíclica de aparición, cumplimiento y desaparición en un plano determinado. Las enseñanzas, fórmulas o rituales se conservan solamente cuando se las mantiene en el íntimo secreto de los grandes templos, y sus vidas son latentes y puras. Pero ¡oh, Ankor!, cuando, —como en este caso— un secreto se divulga, emigra y lo poseen seres o escuelas sin la preparación moral necesaria, el citado secreto deja en gran parte de serlo, y se va transformando, mezclando, hasta devenir impuro e imperfecto. Al ser imperfecto pierde sus prístinas cualidades, y los hombres lo sumen en el desprecio y el olvido. En verdad, lo habían olvidado desde el momento en que fue divulgado, y cuando por ineficaz cae en el olvido total, de aquel primero no queda más que una torpe imitación, una burla. ¿Me has comprendido?

—Sí, Maestro —respondió el joven, recostando muellemente su cabeza en el césped.

—Comprenderás entonces también —agregó el sabio— que los deseos que sienten los hombres son los vehículos de su propia perdición...

—¿Es que debe cesar el deseo, aun cuando es noble, Maestro?

—Querido Ankor, los deseos nobles, buenos, no son más que los innobles, malos, en otra palabra, egoístas, que, al evolucionar, a través de más o menos numerosas manifestaciones en este plano vibratorio, se han convertido presencialmente en otra cosa, y hoy son deseos impersonales, elevados. Pero sus esencias no han cambiado, y en distintas direcciones su potencialidad de empuje sigue haciendo rotar todo aquello que afecta. Y, Ankor, lo que se mueve en relación con otra cosa, está manifestado; por ende, sufre y guerrea para subsistir como individuo limitado. Solamente en la inmanifestación, en la unión absoluta, está la felicidad real, la paz, la vida, ya sin esa mentira aparente de la muerte. Te digo entonces, Pequeña Serpiente, que también debemos matar los buenos deseos, porque «nosotros» estamos más allá de todos los deseos.

—Maestro, ¿están más cerca de la muerte los buenos deseos que los malos?

—Di mejor que los buenos están más cerca de la Vida-Una. Recuerda que los deseos son anhelos de un estado de conciencia, digamos un «yo» insatisfecho y, por ende, reconoce que hay algo fuera de él y la ley divina que lo rige lo lleva a tender a la total plenitud, fundiéndose, «siendo» el Todo.

—¿Me permites, oh, sabio? —solicitó Ankor incorporándose para mirar de frente a su Maestro, que se hallaba sentado junto al tronco de un pino—. Sé ahora lo que son los deseos y a qué llevan, pero... ¿tendrás la generosidad de explicarme qué diferencia tiene «en sí» un buen y un mal deseo con respecto al plan divino?

—Amado joven, el discípulo siempre entiende por plan divino la faz buena —y más que buena, agradable— del mismo, y no concibe que en la mente universal existen los esquemas de las pestes, guerras y hambres.

—¡Perdón, Maestro! Mi alma solicita tu luz... Hay algo que no veo claro...

—¿Algo nada más? —bromeó Sarhimar—. Aunque ello no sea un gran honor, eres mucho más sabio que tu Maestro...

—Me he expresado mal —explicó el joven sonriente—. Es que se me ha enseñado que todos los males que sufre la Humanidad son frutos amargos, pero frutos al fin, de sus propias obras pasadas... Eso lo he visto lógico, pues de otra manera tendríamos que concebir un Dios injusto, que reparte latigazos y caricias entre seres que merecen todos lo mismo; o mejor, que no merecen nada, pues si jamás han tenido opción a sembrar, mal pueden recoger. Y ahora paso del concepto monstruoso de un Dios injusto a una más monstruosa negación filosófica. ¡Ello no puede ser así, Maestro! Tú me has dicho que los males también están en la mente cósmica de la Divinidad, y yo creía que tenían su raíz en la de los hombres...

—Te he dicho varias veces que ante cualquier dificultad doctrinaria o de la vida material elijas lo más simple y te equivocarás menos, ¿no es así? Bien, si razones

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

correctamente verás que toda forma o mecanismo mental tiene su origen y participa de la Gran Mente Cósmica... Ya ves que no puede haber nada en el hombre que no esté en la Divinidad. Amado discípulo, recuerda entonces que –volviendo a nuestro tema original– el deseo en sí no es bueno ni malo, sino que su dirección o utilidad lo determinan, así como nos referimos a un carro de basura al que luego, al verlo cargado de rosas, llamamos un carro de flores. El carro es el mismo, pero lo que lleva e impulsa a la vez su existencia, su razón causal, varía, afectándolo en su apariencia.

—He entendido, ¡oh, sabio! —murmuró Ankor pensativo.

—Lo pondrás entonces en práctica en lo futuro. No te pido por el momento que mates tus deseos nobles, pero sí que transmutes los otros. Difícil es ello, pues a veces nos llegan desde otras personas y, apanados por esos refuerzos, los dormidos «diablillos» de nuestros vehículos inferiores reviven y tienden a una vida para ellos plena y expansiva. Pero, Ankor, quienes sienten deseos, como te he dicho, son los cuerpos, esos genios elementales más o menos malignos que se nos han pegado, y que en un momento nos fueron imprescindibles en la evolución de nuestro punto de conciencia; pero que, al llegar donde tú has llegado, se convierten más bien en una escoria. Tu «Yo» superior no tiene hambre, ni sueño, ni curiosidad por explorar nuevas tierras, pues en él está todo eso: quienes sienten tales necesidades no son tu «Yo».

Por lo demás, debes ejercitar tu sabiduría en el sentido del recto discernimiento y así saber qué conviene ejecutar.

Cuando obtengas ese poder de discernir sabiamente estarás cerrado a toda influencia exterior y las tentaciones dejarán de existir; límpiate, estudia; los enemigos no entrarán a tu fortaleza si, desde dentro, aquel que allí vive durmiendo cómodamente despierta y corre los cerrojos de los portales. ¡Grábalo en letras de fuego en la cueva de tu corazón! Solo el hombre sabio, o sea, el puro, conocedor y bondadoso, está libre de toda tentación, pues ya no cabalga la bestia fogosa que quiere echarse a correr al ver pasar las tropillas de las otras bestias. Si piensas abandonar el llano, ¡mata tu cabalgadura, lobo ciego! Por los peldaños del camino corto y estrecho sólo se sube a pie... apoyándose en sí mismo...

Nada había reprochado el dulce Maestro, pero Ankor entendió que habíale hablado de él, de su error al permitir que sus jóvenes instruidos le tentasen a la desobediencia, y del camino moral que le quedaba por recorrer.

Tan dulces fueron los apercebimientos del sacerdote que penetraron en el alma de Ankor sin abrir herida, por arte de magia, de la Gran Magia: ¡el amor!

Dos veces más el eterno milagro del renacimiento se había encaramado a las más altas ramas de los árboles, y Ankor seguía puliendo los cristales de su linterna: su ya transparente personalidad humana...

Al entrar en su decimonoveno año de vida física, podían notarse grandes progresos en las virtudes de la futura Gran Serpiente de Sabiduría.

Sus entusiasmos se habían proyectado a los estratos más sutiles del pensamiento, convirtiéndose en serenos planes de lucha e inagotables huestes de amor.

Desarrollada su sabiduría, sus meditaciones le sumían lentamente en esa misteriosa región de las cosas en sí, desprovistas de movilidad, antigüedad y tamaño; las formas eran puras abstracciones, y el Gran Sacerdote, cuyo corazón habitaba en la cueva, empezaba a officiar conforme a los rituales del mismo Corazón Solar.

En lo físico, su cuerpo delgado y elástico servía de pedestal a una cabeza plena de dignidad. Sus ojos verdes, profundos y misteriosos como el mar, reflejaban también en sí el rayo esplendente del Sol y la luz nítida de las estrellas.

Una noche en que estaba meditando y observando las fosforescencias del mar vio resplandecer algunas antorchas en la cima del acantilado. Se dirigió hacia su casita y, dando fuego a una lámpara de petróleo, empezó a escalar el sendero hacia los desusados visitantes.

A poco de andar descubrió, a la luz rojiza e incierta, la figura imponente de Sarhimar, el casco de oro, la túnica artísticamente plegada y resplandeciente de piedras alquímicas que resaltaban la bondad de su rostro y la insondable sabiduría que traslucían sus ojos.

—El Maestro quiere verte, Ankor. Si no tienes inconveniente, partimos ya para el Gran Templo de Kuum... El palanquín nos espera.

Lo enorme e impresionante de la noticia enmudeció por un instante al joven, que largos años había esperado la ocasión de oír por segunda vez al gran Maestro. Ahogó la llama de su lámpara y con una profunda reverencia musitó:

—Estoy listo...

Cuando el palanquín atravesó el portal disimulado en las murallas de la ciudad-templo, los más sutiles emisarios de la aurora se asomaron como angélicos niños curiosos sobre el alféizar del horizonte.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Ya en su habitación, Ankor salió a la terraza a ofrecer sus sacrificios al Espíritu del Sol. Cuando la última voluta de incienso se elevó, desenvolviéndose en la brisa como las elevadísimas formas mentales por él emitidas, Ankor se acercó a la baranda y observó cómo la estrella más cercana bañaba con su mirada las espaldas de todas las cosas que entonces parecían despertar, para volverse luego y ofrecer su frente a los dorados y cálidos labios.

La mirada del joven fue saltando sobre los tejados metálicos para perderse en las aún brumosas costas del mar... Allí había pasado centenares de noches soñando con estar de nuevo ante el Maestro, oír su voz indescriptiblemente dulce e ingenuamente alegre y que, sin embargo, decía palabras sabias...

—¡Ankor!..., buen Ankor, al mediodía oirás al Sabio. Mientras tanto, te ruego te acuestes y trates de dormir un poco —le dijo Sarhimar a sus espaldas.

—Si tu bondad me lo permite preferiría dar un paseo. Estoy demasiado impaciente y difícilmente logre dormir.

—Mala es la impaciencia, Ankor, pues tiene su raíz en la ignorancia. Los acontecimientos de nuestra vida son engendrados en existencias anteriores en idéntico plano de conciencia y, como tú bien sabes, nos llegan según es la ley que rige todas las cosas de la Naturaleza, ya en lo sutil o en lo denso.

—¡Gran verdad encierran, como siempre, tus palabras, oh, Maestro!

—Pequeña Serpiente, el valor de las palabras no está en lo que encierran, sino en lo que liberan...

—Maestro —rogó el joven—, ¿querrías aclararme un punto de la doctrina? En una de las pláticas que oí en el Pequeño Templo, el maestro Abac dijo que al espíritu no lo rigen las leyes que ordenan la Naturaleza... ¿Qué ley gobierna al espíritu? ¿Por qué ello?

Sarhimar, eternamente sonriente, indicó una de las escalinatas que descendían a los jardines-terraza inferiores y explicó:

—Antes de toda especulación sobre el espíritu y lo no-espíritu tienes que considerar que estos dos extremos, aparentemente opuestos, son una ilusión propuesta por nuestra mente dual. Tú sabes que no nos es posible razonar sobre lo Uno, pues apenas le concebimos lo hacemos sobre un fondo que le es ajeno o, en nuestra presencia, como si nosotros no perteneciésemos a él.

Así, vemos la Realidad polarizada y se nos antoja compuesta por dos extremos que se excluyen, o sea, que donde comienza uno termina el otro. Entendida esta ilusión en este universo ilusionado, vemos que, efectivamente, las leyes que rigen la materia no pueden aplicarse de manera estricta a lo espiritual; de la misma manera que no puede recogerse agua con una horquilla y, sin embargo, ella sirve para rescatar gavillas, las

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

leyes de gravitación universal que rigen los cuerpos, por ejemplo, se transforman en las del amor universal que domina las almas de todas las cosas, haciendo que tiendan las unas a las otras y todas hacia el misterio que llamamos Dios.

Iba a contestar Ankor cuando un trueno sordo retumbó bajo tierra, y las ramas de los árboles comenzaron a temblar. Pronto, el mismo suelo se sacudió brevemente haciendo que el desprevenido joven saltase sobre sus pies. En un instante todo había terminado y tan solo se oían los asustados gritos de los pájaros y un rumor que se alejaba.

—Maestro, ¿es esto un terremoto? —preguntó Ankor al sacerdote que, sin abandonar su postura, había acercado la cabeza hacia la tierra como si quisiese oír.

—Ya... ¿tan pronto?... Debemos apresurarnos...

—¿Qué dices, Maestro? ¿Qué debemos hacer?

—Oh, no te preocupes, Ankor... La Tierra, a pesar de su aparente inmovilidad, es también un ser vivo... Una especie de animal cósmico... A veces enferma... le da fiebre... tiembla... Pero ya pasó todo. Y ahora perdóname, pero debo atender unos asuntos. Ve tú a dormir; por hoy ya no volverá a temblar.

—¿Temblará mañana, señor?

Sarhimar, que ya le había dado la espalda y se alejaba rápidamente, dio media vuelta y a su vez le preguntó:

—¿Amanecerá mañana, Ankor? Nada es seguro en este mundo..., pero por hoy no volverá a temblar.

Antes de que el joven volviese a abrir la boca ya había desaparecido entre las sombras. Ankor deambuló silenciosamente, oyendo los chillidos de los pájaros, que se iban calmando poco a poco. Desde la lejanía le llegaron algunas voces y el rumor de rápidas y acompasadas pisadas.

El disco del Sol ya mediaba sobre el horizonte y el pensativo joven fue a recogerse en su cámara, pero esta vez, y a pesar de que se sentía extrañamente exhausto y como rodeado de augurios, tardó mucho en dormir, tanto que apenas había cerrado los ojos cuando una mano en su hombro le volvió a la luz. A su lado, como siempre, Sarhimar le sonreía indicándole que debía lavarse y vestirse, pues en breve sería recibido en el Gran Templo por el Maestro.

A pesar de la imperturbable actitud de su Maestro, la joven Serpiente notó cierta tensión en sus servidores, y la marcha del palanquín que luego le condujo al Gran Templo le pareció más viva que de costumbre. Le llamaron la atención algunas finas y largas grietas que se dibujaban en las fachadas de algunas de las construcciones, y una estatua al dios Sol yacía sobre su marmóreo costado, derrumbada de su pedestal. Por lo

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

demás, el temblor parecía no haber afectado en nada el diario trajín de Kuum. El Gran Templo, con sus rampas y terrazas, brillaba al sol incommovible, y rápidamente fue introducido en él.

Esta vez no hubo comitiva ni flores, sino un grupo de sacerdotes ricamente ataviados, que luego de saludarlo respetuosamente le llevaron a través de la espiral. Los servidores del templo le ayudaron a cambiar sus ropas, y muy pronto se encontró en el salón circular. El piso vibraba fuertemente y vivos resplandores surgían del pequeño cráter, frente a la estatua colosal y su trono, en el que ya estaba ubicada la joven pitonisa, estática y bella como una estatua más. No estaba coronada de laurel, sino con unas hojas redondas parecidas a las de la viña.

Cerca de los curvos muros, casi un centenar de sacerdotes permanecían en la posición ritual que de inmediato reprodujeron Ankor y su séquito. Sarhimar se mantuvo de pie detrás de él, pero sin tocarlo. A poco, el cuerpo de la intérprete de los dioses pareció estremecerse y su mano extendida reclamó el báculo de los Misterios.

Otra vez la figura femenina, que ahora se le antojaba a Ankor extrañamente trágica, se aureoló de luz y su forma material se recubrió de una aparición traslúcida que reproducía a un hombre de edad, alto y delgado, vistiendo una túnica de color oscuro. La misma voz indefinible que había oído hacía años, en tan diferentes circunstancias, habló, pero lo hizo en lenguaje enteramente desconocido para Ankor. Sarhimar, a sus espaldas, le contestó varias veces en el mismo misterioso idioma. Ankor entendió que hablaban de él, pero no tenía ni siquiera seguridad de ello.

En determinado momento, el báculo se dirigió directamente a él, se desprendió de la mano que lo sostenía y, sin que nada material lo sostuviese, le golpeó de punta en el pecho, con tanta violencia que por poco le derriba; luego, de la misma extraordinaria manera, retornó a la mano que le esperaba. A una indicación dictada por uno de los Maestros de ceremonia, todos reprodujeron, con sus manos, el símbolo de la Gran Fraternidad de Iniciados. Cuando Ankor levantó su cabeza, yacía semidesmayada en el trono la pobre niña, con los cabellos en desorden y como si saliese de algún tremendo esfuerzo. Varias doncellas que habían entrado silenciosamente la envolvieron en un manto plateado y la llevaron casi en vilo hasta la puerta de salida. Sarhimar, Ankor y los otros la siguieron muy lentamente.

Pasados los pasillos y cámaras que llevaban a la salida, y ya cambiado Ankor, fue invitado por Sarhimar a concurrir a una reunión de sabios, los que –le dijo– debían ponerle en conocimiento de su misión. Ankor, que había sido liberado del voto de silencio, sintió en el fondo de su alma que alguna gran hora se le acercaba, que un algo que había estado esperando toda la vida iba a ocurrir. Trató de pensar para deducir algo e interpretar el golpe del báculo en su pecho, pero sus ideas permanecían acurrucadas en el interior de su mente como niños pequeños en los rincones cuando afuera se desata una tormenta. Quería pensar, pero no podía. Tan solo le quedaba esperar. Pero también percibió, muy dentro de sí, la extraña reacción de no sentir real curiosidad, como si su parte más recóndita ya supiese de lo que se trataba.

La sempiterna sonrisa de su Maestro le guió hasta una pequeña cámara, en donde fue ataviado con los emblemas del poder real del país del Norte y, sin dejar su mística apariencia, renació en él el Príncipe. Bajo cincelado casco de oro, sus ojos enfrentaron una magnífica asamblea de sacerdotes y altos ministros y jefes militares. La cabecera de una gran mesa de bronce endurecido, en forma de «T», le esperaba. Luego de saludar humildemente y recibir homenaje, fue invitado a sentarse por el mismo Sarhimar, que se colocó cerca de él, diciéndole:

—Ankor, nuestro señor, te hablamos y te rogamos nos escuches. Tú eres una Serpiente Solar elegida por el destino y el tiempo. Hoy el Gran Maestro, el dios que nos rige, ha hablado. Por tu juventud no le has comprendido, pero ya no hay tiempo para que comprendas más. Tu hora ha sonado.

Un breve silencio subrayó estas palabras, y el Maestro abrió la boca para continuar cuando Ankor se puso de pie y le dijo:

—Sabio Maestro, mi guía. Tú conoces mis debilidades y por eso me hablas en enigmas... Pero yo mismo me sorprendo al oírme hablar de esta manera... Sé que mi padre, nuestro Rey, ha muerto para este mundo físico... Sé que he sido designado para una misión muy importante, tal vez superior a mis fuerzas, pero a la que en nombre de él y en el vuestro cumpliré por designio de los dioses. Sí, la hora ha sonado y me ha golpeado en el corazón. Soy un esclavo de los dioses, que es la única forma de ser un hombre libre. Decidme qué se quiere de mí, y desde ya contad con ello.

Una breve inquietud se notó en la extraña asamblea, y el joven volvió a sentarse muy lentamente. Fue Sarhimar el que habló.

—Veo que en algunos aspectos has crecido mucho más de lo que yo mismo esperaba, pero te equivocas si dices que tu padre ha muerto. La Gran Serpiente no puede morir, aunque aciertas diciendo que ha muerto si por ello entiendes esta animación exterior... Ankor, nuestro pequeño continente está condenado desde hace milenios. Queda muy poco tiempo, urge que transportes lo mejor de nuestra biblioteca y objetos sagrados al país de Kem, en África. Luego retornarás para hundirte en el mar, con nosotros. Retornarás para poder ser parte de este mito que cantarán los rapsodas de los milenios futuros.

—Me confundes; lo que dices respecto a la Gran Serpiente... Si es que ha muerto, ¿por qué no he sido coronado? Y si no murió, ¿qué es esta voz que me lo afirma desde dentro de mi pecho?

—Ankor, aún eres una Pequeña Serpiente. El Rey ha muerto, pero vive y sobre esto no puedo decirte nada más. Tu intuición, aún imprecisa, es la mejor prueba de que aún eres una Pequeña Serpiente, un Príncipe, pero no un Rey...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Sabio maestro Sarhimar, lo que tú dices siempre ha sido cierto y lo es hoy también. Escucho y obedezco. Perdona mis preguntas; en verdad, ellas nacen de mi personalidad humana y no de mi alma inmortal.

—Lo sabemos, Príncipe. La aceleración de los tiempos no te ha permitido madurar completamente. Pero eres el elegido. Tú lo sabes.

—Lo sé.

—Oye entonces.

Un sacerdote extremadamente anciano, vestido con una túnica de lino blanquísima, tomó la palabra:

—Príncipe Ankor, el Discípulo, yo soy el más viejo de los sacerdotes de tu padre. Su voluntad es que, con la biblioteca, los objetos sagrados y algo más que no puedo revelar te embarques mañana mismo en una nave de los viejos tiempos, nave que no precisa velas ni remeros, hacia el país de Kem. En estos últimos dos años la hemos reacondicionado en una gran caverna, y cuando caiga el próximo sol, con una pequeña tripulación y una guardia personal bogarás sin descanso hacia el Sur. Luego volverás... si quieres.

—Sí, quiero: soy un Hijo del Sol.

El conjunto de ancianos admiró la luz dorada de sus ojos y repitió a una:

—Sí que lo eres. Los dioses nos han bendecido enviándote a nosotros.

Sarhimar indicó que la reunión había finalizado y salió con su discípulo, que aceptó hacerlo tan solo cuando el último de los ancianos había abandonado la sala, austera y sin otra decoración que una gran serpiente dentro de un triángulo equilátero y un círculo moldeado en oro e incrustado en la pared de basalto negro.

Ya afuera, Maestro y discípulo ascendieron a un palanquín y se dirigieron a un edificio muy bello, rodeado de columnas bajas y robustas e íntegramente construido en alabastro.

—Esta será tu momentánea residencia, ¡oh, Ankor! Mira, el Sol cae y dentro de veinticuatro horas partirás.

Al penetrar en el gran vestíbulo, un centenar de jóvenes de su reconstituida Guardia Personal le saludaron, haciendo retumbar las losas del piso con las extremidades romas de sus lanzas de bronce endurecido. Él contestó al saludo, y el trueno cesó, pasando Ankor entre ellos como si lo hiciese por entre una doble fila de estatuas.

Al quedar solo con su Maestro, en su cámara, suspiró:

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¡Ah, sabio Sarhimar, cuántos recuerdos! Me parece ayer cuando Oashis me sacó de la ciudad incendiada... Sí... Aún veo a mi padre, pero ahora soy no solo un discípulo, sino un príncipe..., ya no me queda la íntima ternura de poder presentarme ante ti con mis debilidades, con mis preguntas... ¿Es esta la soledad del mando, Maestro?

—Esta es, discípulo. Ya no puedes dudar ni ante mí... ni ante ti mismo... Tan solo ante Dios.

—¡Ah, señor!...

El joven, empujado por una fuerza incontenible, se había echado a sus pies y permanecía cabizbajo y silencioso.

—¡Cuidado, Ankor! Si te humillas ante mí como discípulo que lo hace frente al Amor y a la Sabiduría, te acepto...; pero si es mi Príncipe el que lo hace...

—¡Calla, Sarhimar! Te amo y te venero. Aun un príncipe debe arrodillarse ante un sabio... No temas, Maestro, no hay debilidad ya en mí... Tan solo...

—No expliques más. Levántate. Toma tu alimento y descansa; mañana será un día azaroso para ti...

—Maestro..., ¿es que tú no me acompañarás?

—No, Ankor. Esa es una misión únicamente tuya...

—Sabio Sarhimar..., aún una pregunta... ¿Dónde está mi padre?

—¡Calla, Ankor!... Hay cosas que no pueden ser reveladas...

Y el sabio, saludándole rápidamente, se marchó, tan silencioso como una sombra más de las muchas que habían empezado a ganar la estancia.

Largo rato quedó el joven de pie y silencioso, hasta que un servidor puso sobre una mesita algunos frugales alimentos y le indicó una pequeña bañera tallada en alabastro en donde le esperaban otros ayudantes para que se bañase y cambiase de ropas más sencillas. Todo esto lo ejecutó el joven en silencio y su semblante, oscurecido e impenetrable, parecía haber perdido toda alegría... Había varias cosas que no entendía, y a medida que su corazón se tranquilizaba, paradójicamente su parte humana ganaba importancia y una cierta angustia e inseguridad se le insinuaban, como manos que se apoyasen del otro lado de una espesa cortina. Recurrió entonces a sus ejercicios psicológicos y ofrendó al Sol que moría y a las estrellas ya brillantes. Más tranquilo, comió con buen apetito y salió a dar un paseo por los maravillosos jardines circundantes. Caminaba al azar y pensativo. Sus pasos le llevaron hasta un antiquísimo muro semicircular, restos de algún palacio desaparecido. De trecho en trecho, iluminadas por la luna llena, se alzaban, en una especie de hornacinas, estatuas desgastadas por el tiempo. Eran figuras femeninas, posibles representaciones de las

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Horas, talladas en un mármol ceniciento. La hiedra y cierta variedad de jazmines trepadores las cubrían en parte. El lugar poseía un encanto excepcional y el alma del joven se apaciguó y disfrutó de aquella paz. Sus pasos lentos le llevaron hasta el extremo opuesto, en donde se sentó entre las raíces de un viejo ciprés. De pronto, notó que una de las figuras salía de su hornacina y se dirigía hacia él. Una voz muy dulce pronunció: «Ankor».

El Príncipe se puso de pie creyéndose víctima de alguna visión o encantamiento, pero pronto vio, a la azulada luz de la reina de la noche, que la criatura que avanzaba hacia él no era de piedra ni fantasmal, sino una joven, casi de su edad, con los cabellos largos y negros, cuya figura alta y delgada resaltaban níveas vestiduras salpicadas de pequeñas chispas de plata. Sobre su rostro, una fina máscara del mismo metal se sostenía de un pequeño casquete que coronaba su cabeza, envuelta en sargas de perlas diminutas. Cuando la extraña criatura estuvo a pocos pasos del Príncipe, levantó la máscara-antifaz que cubría la parte superior de su rostro y volvió a llamarle por su nombre, para agregar con voz apenas audible:

—Yo soy Fenur... ¡Salve, oh, Príncipe!

—Tú... ¡Tú eres la Gran Pitonisa del templo! —exclamó Ankor dando un paso atrás, vivamente sorprendido.

—¿Me temes?

—Un Hijo del Sol no teme... Tan solo me sorprendes... y sin embargo...

Un gemido sordo surgió del pecho de la muchacha, que se dejó caer a los pies del ciprés.

—¿Lloras?

—¿Qué importa...?

—A mí me importa..., aunque te confieso que no sé bien por qué... Es como si te conociese desde hace mucho... Te vi, hace años, al ser aceptado como discípulo, y hoy... Pero no es eso a lo que me refiero... Me parece conocerte desde siempre... y me importa que llores... y me importa todo lo que te pasa...

—Ya lo sé... A mí también me importa todo lo que le pasa al Hijo del Sol... Hace horas que te esperaba nada más que para poder hablar contigo unos minutos... Mañana partirás y tal vez no nos veamos ya más en esta vida... Ankor..., mira estos jardines... tan bellos... ¿Por qué...? ¿No habría otra forma?

La voz de la sacerdotisa se fue apagando y otro doloroso gemido se llevó sus palabras, estrujándolas despiadadamente. Ankor, intrigado, se había sentado a su lado, y tras un largo silencio murmuró:

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Fenur..., no marchites tu nocturna belleza con preocupaciones. Eres la elegida de los dioses, la que transmite a los hombres sus mensajes... No dejes que nada conmueva tu alma ni tu cuerpo dedicados a la Divinidad... Piensa que el Gran Maestro hablará muchas veces por tu boca y es sabido que vosotras, las pitonisas, debéis estar lo más exentas posible de inquietudes...

—No, Ankor... Yo ya no serviré más al Gran Maestro... Ya no habrá más oráculo en Kuum —un involuntario estremecimiento sacudió sus miembros haciendo sonar las finísimas pulseras de plata de sus tobillos, para luego continuar—. ¿Tú regresarás, Ankor?... Es tan difícil que lo hagas... En Kem querrán retenerte como a un joven dios de la resurrección...

—Te equivocas, Fenur; tengo órdenes precisas de regresar...

—¡Calla, Ankor!... ¡Las órdenes han sido cambiadas por otras que, si no anulan, modifican en mucho las tuyas!

—¿Qué dices, Fenur? —rugió el joven tomándola de los hombros redondos, los que se vencieron en un nuevo sollozo.

—¡Oh, Ankor!... Ni yo misma lo sé..., no sé nada más... Pero tú no volverás del país de Kem, salvo que interceda algo superior... Allá te necesitan...

—Aquí también.

—¿Aquí, Ankor?... ¿Para qué..., para quién? Las aguas se tragarán todo esto... Tal vez antes de seis lunas la blanca espuma se llevará el último perfume del último jazmín que florezca...

—Volveré, Fenur... Yo siempre vuelvo... Si no soy necesario en Poseidonis para nadie ni para nada, volveré nada más que para ti..., para que no estés sola cuando venga el mar...

Los jóvenes, que estaban abrazados bajo el ciprés, se separaron casi violentamente. Fenur, dando un corto grito que nadie podría haber dicho si era de dolor o de felicidad, se había puesto de pie y, bajando su breve mascarilla de plata, se perdió, corriendo, entre las sombras de un espeso bosque cercano. Ankor quedó tan admirado de su partida como de su aparición, y muchas veces repasaría este recuerdo pensando si realmente había sucedido en el mundo físico o si era un sueño demasiado trágico y bello para ser realidad. Mas el tintinear de las pulseras y ajorcas de la sacerdotisa, sacudidas en su carrera, le llegaban aún cuando se puso de pie, emprendiendo el regreso. Hondas dudas le atenazaban, y apenas arribó a su palacio mandó a una comisión de su guardia a solicitar una entrevista con el maestro Sarhimar. Pero media hora después, sus jóvenes soldados regresaban con una carta donde su propio instructor le anunciaba que había dejado Kuum a poco de despedirse de él y que la tableta le sería entregada por la mañana, cuando despertase. Ankor, sin otra salida, se recostó vestido en su lujoso lecho, y aunque los enigmas le rodeaban y las palabras de la pitonisa le hubiesen conmovido

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

grandemente, el recuerdo de la misma era para él un extraño bálsamo y su belleza dulce y trágica le acarició los ojos hasta terminar dormido.

EL VIAJE AL PAÍS DE KEM

Poco antes del amanecer, uno de los dignatarios de Kuum visitó la estancia de Ankor. Tuvo que esperar a que el joven terminase sus ofrendas en un templete privado que daba a los jardines. Al verlo se inclinó respetuosamente y le anunció:

—Mi señor, Pequeña Serpiente, la nave está lista con su tripulación y un palanquín te aguarda abajo. Perdona la falta de ceremonias en tu partida, pero trataremos de que se haga en el mayor secreto. Tu sabio maestro, Sarhimar, partió de Kuum y te dejó una tableta que entiendo ya retiraron tus guardias hace unas horas...

—Así es, ya recibí su carta. Por lo demás, yo también estoy listo, y, según veo, mis servidores ya han preparado mi equipaje. Solo resta partir. Te sigo.

Bajaron ambos las preciosas escalinatas de alabastro y pasaron frente a la Guardia Personal de Ankor, que ya estaba formada con equipo de combate en el gran vestíbulo. Otra vez atronaron con su saludo, dando los cabos de sus lanzas de bronce sobre el suelo. Ankor los saludó y se dirigió a un palanquín que le aguardaba, al que penetró con el dignatario, que se apresuró a cerrar las cortinas y susurrar una orden al oído del portador más cercano. Los dieciséis hombres que portaban la litera, que estaba cargada también de algunos rollos escritos y lacrados y del equipaje de Ankor, partieron a la carrera. Atrás se escuchaba la marcha rítmica, a paso de carga, de la Guardia Personal. Adelante abría el camino una docena de guardias solares del templo.

Cuando el vehículo se detuvo y Ankor saltó a tierra, se encontró junto a un acantilado alto y que caía a pico sobre el mar. No vio puerto ni playa ni nave alguna. Extrañado, llamó al jefe de su Guardia, que acudió a la carrera rodeado de varios oficiales. Ante la pregunta del joven, contestó que ellos tampoco sabían nada. El dignatario le señaló entonces a Ankor a un sacerdote que acababa de descender de otro palanquín y que se acercaba a ellos.

—¡Salve, Hijo del Sol! Soy Konnos, uno de los sumos sacerdotes de Kuum, y un día venturoso fui condiscípulo de tu padre, la Gran Serpiente de Oro. Si me sigues, vamos al barco.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Dicho esto, y antes de que el joven pudiese preguntarle nada, echó a andar acompañado del dignatario y de los guardianes del templo. Marchó hasta el borde del acantilado, cuyo muro caía casi verticalmente unos ciento cincuenta metros antes de sumergirse abruptamente en el mar, que en ese lugar parecía profundo y despejado. Allí, con agilidad que nadie esperaría de sus años, empezó a descender por una escalerilla de bronce endurecido que estaba empotrada en las abruptas rocas. Así bajaron hasta una bocana abierta a unos veinte metros por encima de la rugiente espuma. Penetraron en un estrecho pasadizo labrado rústicamente y que parecía datar de mucho tiempo atrás.

Luego de caminar unos doscientos pasos, el joven percibió la salida iluminada por una luz fija y amarillenta. Al pasar por ella se quedó como petrificado de asombro. Ante él se abría una caverna amplísima, de no menos de quinientos metros de largo por setenta de alto y el mismo ancho. Lo que pisaba era una especie de muelle o plataforma que rodeaba un espejo de agua, a la altura del mar, en el que flotaba el más extraño y colosal de los navíos.

No tenía semejanza con nada de lo que había visto y era una reliquia de tiempos antiguos y más brillantes. Su casco, de no menos de trescientos metros de largo, carecía de palos y de sus puentes sobresalían tan solo dos enormes torres almenadas, una a proa y otra a popa. Adelante, un espolón en forma de tridente muy grueso tenía la altura de diez hombres superpuestos. De cada flanco, desde donde debían surgir los remos, partían y estaban semisumergidas seis inmensas aletas, parecidas a las de los peces. Todo estaba construido de bronce endurecido, opaco, casi negro. No tenía insignias ni distintivos, y tan solo, cerca de las amuras, se veían grabadas profundamente en las gruesas chapas de metal las imágenes de dioses marinos antiguos. En la proa, sobre el espolón, se leía en caracteres arcaicos un nombre: «Kronón».

Una multitud de servidores del templo, marineros, guardianes y sacerdotes, pululaban alrededor y sobre el enorme barco. Varios palanquines estaban estacionados en el inmenso muelle en forma de herradura, y medio centenar de carros de todos los tamaños. Eso le indicó al joven que debería haber alguna carretera disimulada que llegaría hasta allí. También le intrigó la manera como sacarían el barco, pues frente a su proa se alzaba una pared de piedra rústica de aparente firmeza, pero los años pasados en Kuum le decían que algún artificio mecánico haría correr ese lienzo de piedra de alguna manera. En lo alto, unos enormes discos incandescentes bañaban todo con fortísima luz dorada.

Poco a poco salió Ankor de su estupor, hasta que su mirada, que recorría las literas cuidadosamente estacionadas, tropezó con una muy amplia, toda blanca, y que llevaba en su techo la insignia de su padre, el Rey. Dio un grito y corrió hacia ella, describiendo violentamente los cortinajes, pero estaba vacía y sin cojines. Rápidamente se volvió hacia Konnos, que le había seguido silenciosamente, y le preguntó con cierta dureza:

—¿Qué significa esto, dónde está mi padre? ¡Habla, sacerdote!

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Mi señor, mis labios está sellados por la Gran Serpiente. Manda que me maten, pero no puedo revelarte lo que no puedes saber.

La actitud del anciano era digna, pero a la vez llena de simpatía y calidez. Era evidente que algo inesperado había alterado los planes de los servidores del templo de Kuum y que aquel antiguo barco había sido reparado y cargado muy rápidamente. Ankor, a pesar de la ansiedad y de la emoción que logró nublar su buen sentido durante un instante, no tardó en recobrase y percibir el halo de tragedia que le rodeaba. Dando media vuelta se puso a contemplar el barco sin decir más palabras. Aunque le tenía delante de los ojos, era tal el porte y aspecto de este que muy pronto lo distrajo suficientemente como para poder hablar con serenidad sobre la desaparición de su padre. Mandó llamar a Konnos y le preguntó:

—Sabio, no te importunaré... Solo quiero saber qué lleva ese barco y adónde voy exactamente. ¿Puedes contestarme?

—Sí, puedo, Pequeña Serpiente. Veo que el maestro Sarhimar ha templado a fuego tu joven personalidad y que tienes un carácter relativamente dominado... Te diré primero que hemos apresurado tu partida... Digamos... que los dioses han hablado y han cambiado algunas órdenes... Todo ha sido demasiado rápido para los humanos, que de alguna manera aún estamos sujetos al tiempo... Dentro de no muchas lunas sobrevendrá una catástrofe; apenas si tenemos tiempo para salvar lo más importante...

Ankor estuvo tentado de decirle que él ya lo sabía por boca de Fenur, pero apretó los labios y calló. Además, ¿quién podría asegurarle que la misma pitonisa no había narrado la entrevista que con él mantuviese junto al viejo muro semicircular? ¿Y qué importancia tenía ya todo?

El anciano pareció leer sus pensamientos, pues le dijo:

Ya ves, noble Ankor, muchas de las cosas que en las prácticas del Pequeño Templo te enseñaron son no digo inútiles, pero las sentimos como si fuesen de otro tiempo... Hoy se separó un siglo de ayer... Ni los secretos están todos a salvo de divulgación ni lo que se rumorea entre los discípulos más jóvenes es enteramente cierto. Vivimos un momento difícil, terrible y bello... Tú eres el encargado de llevar esta reliquia de los siglos pasados, esta antigua nave, cargada con más de medio millón de antiguos libros y objetos de culto al país de Kem, el fértil país bañado por el río azul, el Nilo, que desciende de las entrañas de África.

Hace algunas décadas mandamos otro buque al continente de Occidente con otro cargamento de libros antiguos, pintados algunos sobre cueros de animales prehistóricos, de esos que el vulgo llama dragones. Esos pueblos de Occidente llaman a nuestra tierra «Aztlán» y están en vías de desarrollar grandes focos civilizatorios. A Kem le ocurre otro tanto... El cataclismo que nos borrarán de la faz del planeta les afectará también a ellos, se alzarán el lecho del mar, que quedará convertido en desierto, y el Nilo, al que llamarán «Hapi», felicidad, se abrirá paso entre las arenas hasta desembocar en un gran

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

mar Mediterráneo que quedará atrapado entre Europa, Asia y África. Después, Kem asombrará a los siglos venideros con sus civilizaciones, y su sabiduría nos recordará cuando ya los hombres hayan olvidado a Poseidonis... Y ahora, quieres saber de tu padre, la Gran Serpiente, ¿verdad?

—Lees en mi pensamiento, anciano...

—Sí..., en cierta forma... Nuestro señor, el Rey, no está muerto tal como te lo podrías figurar, aunque tampoco vivo... Ciertamente, te digo que no puedo hablar; a su tiempo sabrás.

—¿Sabré, sacerdote..., lo sabré? —le preguntó Ankor clavando su mirada en el fondo de los ojos del anciano. Este apenas se estremeció, y le dijo:

—Sabrás, Hijo del Sol...

—¿Mi padre sufre?

—No.

—¿Me necesita?

—Viajando en este buque le ayudará...

—¡Basta, anciano! No necesito saber más ni creo que me convenga... ¡Vamos, preséntame al capitán y partamos cuanto antes!

El viejo llevó a sus labios una pequeña caracola natural, con incrustaciones de cobre, y desprendió de ella algunos sonidos finísimos. Al momento, llegó a la carrera el capitán, escoltado por varios oficiales. Al enderezarse, luego de una profunda reverencia, Ankor le reconoció: no era otro que el gran Ombosis, uno de los almirantes de la otrora gran flota de su padre; el mismo que le rescatase de manos de los corsarios del Sur. Luego de saludarlo afectuosamente y cuando empezaba a preguntarle sobre la naturaleza del barco y del viaje, el marino le interrumpió:

—¡Perdonadme, mi señor, pero mis oficiales de cubierta me indican, por esas banderas que ves, que nuestra partida es inmediata! Apresúrate, Príncipe; si en los próximos minutos no salimos de esta caverna tendremos que esperar días, pues el orificio de salida tan solo es practicable para este coloso en ciertas mareas altas.

—¿Qué orificio; es corrediza la pared rocosa frente a la proa?

—Sí, Pequeña Serpiente... Pero corramos al barco..., no es solo la prisa lo que me mueve... Es como si temiese algo que no acierto a definir... ¡Oh, vámonos pronto, señor!... El ser desde ahora responsable de tu vida me llena, lo confieso, de pavor...

—Vamos, Ombosis... Yo también estoy inquieto...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Dichas estas palabras y habiéndose despedido ambos del anciano sacerdote y de algunos acompañantes, subieron a la carrera la planchada de metal liviano que les separaba de la borda del barco, que se elevaba a más de veinte metros sobre las aguas oscuras. Sobre el puente, la Guardia Personal de Ankor le saludó breve y marcialmente. Todos seguían con sus equipos de combate.

La cubierta no era como las de los demás buques conocidos por Ankor. No era de madera, sino de bronce endurecido. Un embaldosado de planchas reemplazaba los tablones, y una fuerte curvatura hacia ambos lados facilitaría grandemente el desaloje del agua y restaría eficacia a los impactos de la artillería enemiga.

Sobre el primer cuerpo y cerca de la popa se elevaban dos torres, anchas como el mismo buque y de una solidez extraordinaria. Ankor calculó que no deberían de tener menos de veinticinco metros de altura sobre sus bases. Carecían enteramente de puertas, y tan solo se distinguían, cerca de la cima, dos hileras de ranuras, a manera de ventanas. Grandes máquinas de guerra sobresalían sobre las almenas como brazos de endurecidos gigantes.

Ankor apreció, cerca del medio del buque, una gran parte de la cubierta en donde se notaba que se habían hecho arreglos o modificaciones urgentes. Algunos obreros proseguían pegando las chapas de bronce endurecido con una suerte de resina que, al calentarse, se tornaba resistente como el mismo metal. El joven príncipe, luego de saludarlos y recibir de ellos homenaje, les interrogó, enterándose así de que en el medio del buque existía originalmente una tercera torre, más liviana, pero más alta que las que restaban, y que sostenía un enorme espejo parabólico, muy útil para incendiar ciudades, pero inservible para blancos móviles, como son las naves.

Un trueno lejano interrumpió el paseo de Ankor y le hizo correr hacia una de las bordas. Con gran sorpresa, notó que la caverna estaba desierta, con excepción de unos pocos hombres destinados a la maniobra y al manejo de los cables. Tampoco sobre la cubierta había más que unos marineros, los obreros reparadores de la planchada y un par de oficiales en proa, los que, con Ankor y los seis hombres de su Guardia que le acompañaban siempre, eran los únicos seres humanos visibles en aquel descomunal navío, que podría albergar a muchísimos miles y que nada más que para accionar los mecanismos de las aletas debería necesitar un plantel de tres mil remeros.

Como el trueno no se repitiera, Ankor se dedicó a contemplar la forma en que los discos incandescentes del techo iban reduciendo poco a poco su fulgor. Un oficial que llegara junto a él a todo correr le rogó que le siguiese para estar junto al capitán. Así lo hizo, y descendiendo por una escotilla de gruesísima tapa, disimulada a pocos metros de la torre acorazada de proa, bajó una escalerilla de caracol, pasando por varios niveles y dependencias. Le seguía intrigando el ver tan escasa gente como si se encontrase en un velero de veinte remos.

Al fin llegaron a un pasillo, al fondo del cual estaban varias salas forradas en maderas policromas y laqueadas, muy acogedoras, y más allá una rarísima cámara en

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

donde varios oficiales trabajaban en palancas y en ruedas de metales de varios colores. La sala, obviamente, en la proa tenía la forma de la misma y, junto a su extremo distal, dos enormes ventanas circulares dejaban ver, a través de gruesos cristales alquímicos irrompibles, el exterior, de manera que esas ventanas eran como los ojos de la nave, y esa gran sala, la de mandos. Manojos de cadenas de policromos eslabones colgaban del techo, y los oficiales, halando algunos y soltando otros, parecían que ejercían, a través de tan extraña potestad, poder sobre las aletas, pues Ankor, pegándose a uno de los cristales, pudo ver que muy lentamente esos monstruosos remos de paletas de más de cien metros cuadrados comenzaban a moverse.

—Ombosis... ¿Cuántos remeros son necesarios para mover ese complicado y, me imagino, pesado mecanismo de las aletas?

—Un solo remero, Príncipe, es necesario —rió—. Uno solo que no es humano..., pero ya le conocerás...

En ese momento, algo así como un resoplido tremendo hizo vibrar el casco, y el joven notó que el techo de la caverna se nublaba con nubes de vapor. Iba a preguntar qué significaban tales prodigios cuando desde afuera llegó un trueno espantoso, y grandes piedras cayeron desde el techo de la gruta, rebotando algunas sobre el bronceo barco y levantando otras, a su lado, columnas de agua de enorme grosor.

El «Kronón» permanecía absolutamente inmóvil, pero resonaba como una campana bajo los golpes que le daban las rocas de varias toneladas que se desprendían del techo en medio de la oscuridad, ya que los discos también habían caído, el polvo y el agua, que empezaba a revolverse. La enorme mole comenzó también a rolar lentamente. Algunas órdenes e informaciones se intercambiaron rápidamente entre los oficiales, que se comunicaban con el resto del barco hablando a través de unos tubos de boca cónica...

Ankor entendió que el terremoto, que aún no había cesado, atrancó los mecanismos que permitían abrir el portón que los separaba del mar. Grandes luces a la manera de reflectores se habían encendido sobre las torres, y la escena exterior que iluminaban era dantesca; enormes grietas se abrían en los techos y paredes de la caverna, que amenazaba con desplomarse entera y sepultar al navío en sus entrañas marinas. El capitán, luego de colocar algunas palancas en posición conveniente, se dio vuelta e interrogó a Ankor con la mirada, pidiéndole sin palabras su consentimiento para un acto extremo. Así lo entendió Ankor, quien, poniéndole una mano en un hombro, le dijo en voz suficientemente fuerte como para que lo oyesen todos los presentes a pesar del fragor:

—¡Vamos, Ombosis! Derriba esa puerta. Tú, que no has temido en cien batallas, no te sientas temeroso por mí, porque yo no he venido a la tierra a tornaros cobardes, sino para daros valor y fe... ¡Vamos, Ombosis, paso al Hijo del Sol!

Ante tales palabras todos los oficiales gritaron de alegría y rápidas órdenes fueron transmitidas por los tubos. Se manipularon palancas y cadenas, y el «Kronón» comenzó a retroceder lentamente, hasta tocar el fondo del semidestruido puerto subterráneo. Entonces Ombosis dio un grito breve y seco y se arrojó sobre el panel de palancas, inclinándolas al máximo hacia adelante. Un horrible mugido se mezcló con el estruendo de las rocas y las aletas se hundieron violentamente arrastrando montes de agua, a la vez que la nave, con sus sesenta mil toneladas de desplazamiento, tomaba impulso hacia delante.

Habría recorrido unos doscientos metros cuando Ankor vio, a través de los ojos del navío, destacarse entre el vapor y el polvo, a pocos metros del espolón, la pared rocosa. De inmediato se produjo el inenarrable impacto, todos los hombres cayeron, y el joven, sostenido por sus guardias, vio de golpe la luz del sol entrando rauda en la cabina, mientras que el puente parecía haber sido golpeado por varias mazas titánicas y resonaban ecos y crujidos a lo largo de todo el casco.

Apenas se hizo el silencio, Ankor, el capitán y algunos acompañantes subieron prestamente a cubierta. La costa, a popa, se veía a menos de un kilómetro y la primera preocupación del Príncipe fue observar cuidadosamente los edificios de Kuum que, en apariencia, no habían sufrido daño alguno, aunque algunas nubes de polvo le hicieron sospechar la existencia de derrumbamientos. Sobre el acantilado se divisaba la boca negra de la gran caverna, de la cual surgían bocanadas de polvo y humo.

El inmenso buque, que ahora bogaba serenamente sobre el mar apenas encrespado, dejaba tras de sí nubes de vapor blanco y, a su alrededor, se levantaban montañas de agua y espuma bajo el azote lento y rítmico de los doce remos. La convexa cubierta de durísimo metal aparecía sembrada de escombros de rocas y estaba abollada e incluso perforada en varias partes. Algunos agujeros eran tan grandes que podría haber caído un hombre por ellos. En otras partes, sectores considerables aparecían hundidos como por puños de titanes.

Desde lo alto de una de las cúpulas del Gran Templo empezaron a destellar los espejos de un heliógrafo, y Ankor vio que desde la torre de popa un aparato similar contestaba los mensajes. Preguntó al capitán qué decían, y este le informó que los daños en Kuum eran insignificantes, limitándose a caídas de algunas cornisas y de construcciones antiguas en desuso.

Seguidamente aparecieron sobre cubierta cuadrillas de trabajo que empezaron a despejarla de escombros y a repararla, reemplazando las chapas inutilizadas. El capitán se disculpó para ir hacia esos grupos y dar órdenes que demostraban su urgencia por superar las averías. El Príncipe y su escolta le siguieron. El joven preguntó:

—Buen Ombosis, dime, ¿han sido grandes los daños?

—No, Pequeña Serpiente. En algunas horas, antes de que caiga el sol, la cubierta estará lo suficientemente reparada como para impedir toda filtración de agua o de

líquidos inflamados. Los remos no han sufrido y el gran timón de popa, en forma de cola de pescado, funciona bien.

—¿Líquidos inflamados? —preguntó Ankor—. ¿Es que esperas un ataque de los barcos del Sur?... Dime, ¿qué pueden hacer los buques convencionales contra este monstruo marino casi diez veces más largo que ellos?

—No lo sé exactamente, ya que el «Kronón» estaba fuera de servicio desde hacía siglos... Pero creo que pueden detenerlo... Por lo menos mientras dure la fuente de energía.

Al decir esto, el semblante del viejo almirante se oscureció y sus arrugas se acentuaron sensiblemente, dando acto seguido una orden en voz baja a uno de sus oficiales, que salió corriendo hasta una de las puertas-trampa del piso, por la que desapareció rápidamente.

—Ombosis, creo deducir que este barco no tiene remeros humanos, ya que esas inmensas palas, aun sirviéndose de mecanismos de multiplicación, serían difíciles de mover aun para mil brazos y, si no recuerdo mal, me dijiste hace poco que el remero era uno solo... ¿Es esa cosa la fuente de energía? ¿Y qué significa esa nube de vapor que llevamos constantemente a popa?

—Mi señor, se presupone que un viejo capitán como yo debe conocer a la perfección el barco a su cargo, pero en este caso eso no es cierto. Tan solo me han enseñado a manejarlo, junto con un equipo de oficiales de experiencia y confianza probadas, y todo esto hemos tenido que aprenderlo en una semana y sobre el buque detenido en la caverna que conoces. Hay partes del barco que no conozco, y en cuanto a la carga, está en compartimentos enormes, especie de bodegas, con sus puertas soldadas y selladas con el símbolo del Gran Maestro de Kuum. Son inviolables y sagradas. Nadie puede acercarse... Mas tengo plena potestad sobre el «Kronón»... En caso desesperado, luego de haberte puesto a salvo a ti, si ello me es posible, debo dejar caer una piedra alquímica que se halla bajo varias llaves en mi cofre blindado por uno de los tubos sellados que llegan a mi cabina. Tres minutos más tarde el «Kronón» estallaría, no cayendo en manos de los enemigos su misteriosa carga, ya que entiendo que la explosión y el incendio de los restos lo impedirían sin posibilidad de error.

—Ombosis..., en tu respuesta hay varios puntos oscuros... Por el momento, el que más me interesa es la llamada «Fuente de Poder»... ¿Qué es?

Una voz a sus espaldas, acogedora, murmuró: «Marmash».

Ankor dio media vuelta y se halló frente a un alto sacerdote de Kuum, pequeño y delgado, casi centenario, que le sonreía casi infantilmente. Una capa pluvial con capuchón sobre la cabeza le envolvía totalmente en coloraciones irisadas, que cambiaban según les daba el sol. Fácilmente reconoció el joven a uno de los altos Iniciados del Gran Templo, especializados en los misterios alquímicos. El capitán se

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

apartó respetuosamente, y lo mismo hizo su guardia personal. Luego de saludarlo con respeto le preguntó:

—Dime... ¡oh, sabio!... lo que puedas decirme...

—¿Has oído hablar de Marmash?

—Sí, entiendo que en tiempos remotos, cuando aún florecía sobre el gran mar el continente atlante y la Ciudad de las Puertas de Oro existía, tus sabios antecesores habían descubierto una energía que permitía convertir la fuerza subyacente en la Naturaleza en materia muy pesada, de un tipo especial, que era una fuente de calor de terrible poder. Con esa fuerza se movían naves y carros y también despertaban un poder antigravitacional que mantenía las naves en el aire. Esas naves se llamaban «Vimanas» y sus remos estaban coronados por lanzallamas que les impulsaban hacia delante o atrás, hacia arriba o para abajo, según las necesidades... ¿Es esta una «Vimana»? ¿Puede esta nave volar?

—No, Ankor. Los «Vimanas» eran pequeños, no se elevaban mucho del suelo y el secreto de la desgravitación se ha perdido. Este es solo un buque construido en épocas muy posteriores, y su mecanismo es burdo; tan solo puede navegar, y lentamente. En su parte central existe la última piedra alquímica capaz de engrosar, alimentada por la energía de la Naturaleza; a medida que lo hace emana calor y este calor calienta depósitos de agua, la que, transformada en vapor, llena émbolos, que son los que mueven a través de un complicado mecanismo los remos y dan fuerza al timón en forma de cola de pez, cuya parte superior ves emerger a popa. Una docena de discípulos y yo hemos sido encargados de restaurar la cámara de metales alquímicos en que está encerrada la piedra y regular su llameante energía según lo solicitan los oficiales de Ombosis... Pero ninguno de ellos sabe nada de lo que realmente hacemos.

—Sin embargo, el almirante me ha dicho que tal vez esa fuente no nos alcance más que para el viaje de ida...

—Sí, de eso se le informó... y es cierto. Liberada de sus blindajes refrigerantes, la piedra crece y crece constantemente..., pero en determinado momento se fragmentará y la energía que entonces emita será incontrolable... Tan solo este gran mar podrá ahogarla..., aunque para ello tardará siglos.

—¿Qué tamaño tiene esa piedra alquímica?

—Es ya muy grande... Sus blindajes y mecanismos de regulación ocupan toda la parte central del buque... Sí, es ya muy grande...; se fragmentará en menos de tres lunas más... y entonces...

Su voz se perdió en un largo suspiro y ambos quedaron silenciosos mirando el mar un buen rato. Por fin, el joven preguntó:

—¿Cómo te llamas, sacerdote?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Llámame Makg... Fui Maestro de tu padre, nuestro Señor...

—Makg..., ¿vive él?... ¿Puedes decirme tú qué ocurre?

—No, Pequeña Serpiente... No puedo decírtelo.

—¿Llegaremos a Kem, Makg?... ¿Podré yo regresar?... ¿Sabes? Allí me espera el destino...

—Lo sé, Pequeña Serpiente..., lo sé. Sí, estimo que llegarás a Kem... En cuanto al regreso..., los astros aún no se han definido...

—Yo, de alguna manera, lo consulté la otra noche... Creo que llegaré a ver otra vez Kuum...

El anciano sonrió bondadosamente, y luego de estrechar el brazo que Ankor le ofrecía se inclinó ante él y se retiró tan silenciosamente como había llegado. Antes de descender por una de las escotillas se volvió y le dijo:

—Hijo del Sol..., un día de estos ven a las entrañas de este gran pez de bronce endurecido y conocerás a mis discípulos y a los brazos que mueven las paletas... Por ahora creo que tu atención se desviará hacia otro objeto...

Dicho esto desapareció. El joven se quedó intrigado por el sentido de estas últimas palabras y estaba tentado de seguirle ya mismo cuando reparó en varios puntos negros que moteaban el límpido horizonte. El sol había empezado a caer, y la costa era ya una nube azul en el horizonte, y Kuum un relámpago de oro.

El capitán se le acercó y, luego de recomendarle que no se apoyase en las estropeadas barandillas, le invitó a subir a la torre de proa para ver mejor las naves sureñas que se estaban concentrando para cerrarles el paso. Una gruesísima puerta, no más alta que un hombre, le dio acceso a la escalera de caracol que ascendía por su mismo centro. Cada cuatro o cinco metros daba acceso a pisos reservados para la acumulación de los proyectiles de la artillería y para los soldados.

Finalmente, llegaron a la cima almenada. Era un cuadrilátero de unos veinte metros de largo por poco menos de ancho. En él, sobre los ángulos, había enormes catapultas metálicas. Sobre los flancos, varios mecanismos más livianos lanzadores de largas varas aguzadas de bronce, rellenas de materiales incendiarios, con sus mechas prontas. Medio centenar de soldados arqueros acompañaban a los servidores de las máquinas. Todos parecían prontos para entrar en batalla. Cientos de cubetas llenas del polvo extintor de incendios completaban el cuadro.

Las rocas caídas de la caverna y el impacto de restos de la gran puerta habían hundido varias almenas y dañado los blindajes del piso, pero eso no había restado efectividad defensiva a la torre, que parecía sólida como una pequeña montaña.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Cuarenta metros más abajo rugía el mar, hendido por la proa y removido por las grandes aletas brillantes.

Ombosis invitó al joven a observar las naves sureñas a través de un gran cilindro metálico suspendido en una horqueta giratoria, que contenía cristales ópticos, que permitían una visión telescópica del enemigo. Gracias a ello pudo el Príncipe apreciar la flota contraria, que se componía de no menos de cien naves de todos los tamaños, destacándose algunas de tres pisos de remos y dos palos, enchapadas de blindajes, y de no menos de ochenta metros de eslora, y altos castillos de popa erizados de catapultas. Desde una mesita llena de tubos de comunicación, el capitán dictó sus órdenes, y el «Kronón» aumentó su velocidad enderezando hacia ellos, en dirección suroeste.

—¿Qué haces, Ombosis? Perderemos tiempo librando batalla... El sabio Makg me dijo...

—¡Oh, Príncipe!... Imagino lo que te dijo, pero no quiero quedar entre esa flota y la costa sureña... Temo las palomas incendiarias...

—¿Qué podrían hacer sobre esta masa de metal?

—Tal vez nada... Pero las reparaciones no están terminadas y los líquidos incendiarios podrían filtrarse a través de las chapas resentidas... No, prefiero pasar rápidamente a través de ellos antes de que caiga la noche... En dos horas más les alcanzaremos, ya que ellos, a su vez, marchan hacia nosotros.

—¿No temen este monstruo que ven por primera vez?

—Sí, Ankor..., pero tienen órdenes de interceptarnos... y lo harán.

Faltaban aún dos horas para la ocultación del sol cuando el «Kronón», sirviéndose precisamente de sus catapultas de proa, lanzó sobre la nave enemiga más cercana dos esferas huecas incendiarias. Una de ellas hizo un blanco neto y la pobre nave reventó en llamas, como si un volcán le hubiese estallado en la sentina. Una montaña de agua y vapor levantada por la otra hizo vacilar a dos veleros menores que le seguían.

—Vete abajo, Hijo del Sol —le dijo Ombosis—. La batalla comienza y no quiero que corras tanto peligro; algún proyectil podría dar sobre esta torre... Además, el ver carbonizar y ahogar a personas no ha de ser espectáculo habitual para ti...

—Ombosis..., he visto de todo, nada me asombra... En verdad me conduelo infinitamente por esos infelices, pero más por su ignorancia que por su muerte, ya que todos hemos de morir. Pero no estamos irremisiblemente condenados al no saber y a la oscuridad moral... La muerte no me afecta, pero reconozco que tienes razón... He de llegar vivo a Kem para poder regresar a Poseidonis... Luego...

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El joven se alzó casi imperceptiblemente de hombros y, sin inmutarse por un lanzón incendiario que pasó ululando a un metro por encima de su cabeza, descendió por la escotilla, que fue cerrada de inmediato. A poco le seguía el capitán y ambos fueron a la cámara de controles de proa. A través de los ojos de cristal irrompible, de ligero tono azulado, la batalla parecía confusa y la visión parcial y casi a flor de agua restaba perspectivas. Los tubos comunicadores susurraban continuamente los informes de los daños e impactos sufridos y de los infligidos al enemigo.

De cuando en cuando un sordo tronar sobre cubierta anunciaba la caída de un proyectil sureño y frente al mirador desfilaban velozmente los restos de las naves hundidas. El enorme espolón-tridente partió en dos un trirreme como si fuese de papel y las paletas de bronce endurecido pisotearon sus restos con fragor infernal, desmenuzándolos.

A poco se hizo el silencio, y a la mortecina luz del anochecer, desde la cubierta, el joven contempló los daños sufridos, que no eran importantes. Aquí y allá se veían las superficies de los blindajes ennegrecidos por el petróleo de las esferas enemigas, que ardía todavía, siendo apagado rápidamente por los marineros. Los remos seguían batiendo el mar rítmicamente y las primeras estrellas aparecieron en el dosel azul profundo del cielo. De la torre de popa bajaban los restos calcinados de algunos soldados, y una veintena de heridos fueron visitados, más tarde, por el Príncipe. Luego de sus oraciones y de una comida, este se retiró a su camarote, pequeño pero cómodo, a descansar. Estaba este en la base de la torre posterior, en un nivel inmediatamente por debajo del primer piso, y carecía de ventanas. A su puerta velaban seis hombres de su guardia personal.

Varios días corrieron sin novedad, y el Peñón de Heracles, extremo de la península hispánica, se divisaba sobre el horizonte cuando, en plena mañana, Ankor fue llamado a la cabina del capitán. Ombosis le acompañó a la cámara de mando y le comunicó que una nueva flota enemiga les cerraba el paso. El joven insistió, esta vez, en permanecer en la torre de proa. Desde allí, con el telescopio, apreció una línea de enormes naves recubiertas de hierro y bronce a pocos kilómetros de distancia.

—Ombosis, este fuerte viento empuja esos barcos sobre nosotros, pero me llama la atención la perfecta línea que mantienen... Me extraña que todos guarden la misma velocidad, bogando a vela...

—Yo también lo he notado, Hijo del Sol... Pero ya están demasiado cerca para evitarlos... Makg me ha dicho que no tenemos que alargar el viaje..., que se acorta el tiempo disponible...

—¿Qué te hace dudar, Ombosis?

—Príncipe... Una sola explicación puedo dar a la simetría de esas cincuenta grandes naves... Están encadenadas... y tú puedes ver que miles de guerreros las tripulan.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—¿Qué importa eso?... No podrán entrar...

El capitán prefirió no contestar y se absorbió en la preparación de las máquinas de guerra. Ankor miró a través de la mira óptica de una de las catapultas, que giraba sobre su disco, movido por la fuerza del vapor, apuntando constantemente a la nave que tenían delante. Luego constató que las tres catapultas restantes se dirigían hacia la misma e interrogó al marino:

—¿Por qué todas nuestras armas se concentran en un solo navío cuando podríamos hundir ocho o diez a la vez?

—Pequeña Serpiente... Si no cortamos las cadenas en una parte, esas naves se arremolinarían sobre nosotros y temo que, enredados, se detengan los remos, haciendo saltar nuestro mecanismo de impulsión. Entonces seríamos como una isla de bronce a disposición del fuego y los golpes de nuestros enemigos, los que, a la larga, lograrían hundirnos... El «Kronón», a pesar de sus blindajes, ha recibido ya muchos golpes y las chapas de su casco están empezando a filtrar agua...

—¿Es eso muy peligroso?

—No, Príncipe... Las bombas de desagüe, movidas por el vapor, superan ampliamente esos desperfectos, pero... ¡Mira!... Ya puedes ver, y a simple vista, los cordones de cadenas de bronce endurecido... Son más gruesas de lo que creía... Aguarda...

Y diciendo eso se comunicó con la sala de máquinas para ver si podía retroceder, recibiendo una rotunda negativa de Makg.

Ankor, que días antes había visitado las entrañas metálicas de la fuente de energía y sabía que los blindajes antitérmicos que rodeaban la piedra estaban trabajando al máximo de su capacidad, confirmó la opinión del sacerdote, y personalmente dio órdenes de avanzar a toda máquina.

En el rostro de Ombosis se dibujó una sonrisa de satisfacción; parecía aliviado de un inmenso peso. Ankor, que insistió en quedarse sobre la torre, fue rápidamente vestido por sus guardias con una maravillosa cota de combate recubierta de cristales alquímicos desaceleradores de dardos, y una campana de escudos de bronce endurecido se movía sobre él cubriéndolo constantemente.

Ombosis le pidió que permaneciese oculto por las almenas para no ser reconocido y no atraer sobre sí los tiros de la artillería contraria. Las alas extremas de la gran línea de barcos sureños, que distaban entre sí apenas veinticinco metros, convergían sobre ambos flancos, y los primeros lanzones incendiarios rebotaron, estallando en llamas sobre la cubierta de proa y la base de la torre. Una gritería infernal se desprendía de las naves enemigas, que contrastaba con el silencio absoluto que reinaba en el «Kronón».

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Una andanada de pesadísimos proyectiles de bronce, macizos, cayó junto a popa y alteró el timón, obligando al enorme navío a desviarse considerablemente. Las catapultas se corrigieron inmediatamente y dispararon, pero no lo hicieron con la debida precisión y sus orlas incendiarias se perdieron en el mar entre los dos navíos del centro, no alcanzando a cortar las cadenas.

Ombosis dio un grito de furor, y una de las naves, la que había sido originalmente apuntada, resbaló su casco por el flanco de estribor y se incrustó entre los remos. Los dos primeros saltaron de sus encastres y cayeron al mar, pero los siguientes le aplastaron removiendo espantosamente sus restos.

Las cadenas retumbaron al enredarse en el tridente de proa y, en breves instantes, de todas partes convergieron los buques enemigos, aunque de algunos solo quedaban restos informes, incendiados por la artillería del barco solar. Humo y llamas le rodearon y parecía aquello un infierno. Las dos grandes torres fueron prácticamente desmanteladas por enjambres de proyectiles y, tropezando con cadáveres despedazados y trozos retorcidos de metal ardiente, Ankor y Ombosis apenas si pudieron penetrar por la escotilla y cerrarla herméticamente, acompañados de un puñado de sobrevivientes, mientras más de mil soldados tomaban el puente, cayendo por centenares víctimas de sus propios proyectiles, que no cesaban de alcanzarlos.

El «Kronón», con la mitad de sus remos, seguía moviéndose, aunque más lentamente, mientras las cadenas rechinaban a proa, saltando algunas con estruendo, hechas pedazos. Ombosis, que presentaba graves quemaduras y que tenía un brazo casi arrancado por una esquirla, apenas llegó a la sala de mandos cayó desmayado a los pies de Ankor.

El joven, protegido por su cota, no había recibido daño alguno y asumió el mando del buque. Con energía insospechada en quien había dedicado su vida a los Misterios religiosos, movilizó al personal del buque y dio máxima potencia a las máquinas a pesar de las reconvenciones de Makg, que le señaló el peligro que ello entrañaba, pues las calderas estaban a punto de reventar.

Los espolones enemigos habían aflojado algunos blindajes y las bombas de desagüe apenas si daban abasto para impedir la inundación de la sentina. El capitán, que curado rápidamente había recobrado sus sentidos, entregó al joven las llaves de su cofre por si era necesario hundir la nave. Ankor las arrojó despreciativamente al suelo y, luego de dejar a un alto oficial a cargo de las palancas, reunió los restos de su guardia personal, que aún sumaban un centenar, y les expuso su plan.

Afuera, caía la noche. El «Kronón», arrastrando las cadenas y más de veinte navíos, y con sus cubiertas y torres repletas de enemigos que se esforzaban vanamente por entrar, seguía avanzando a media velocidad, que era todo lo que podía dar con la mitad de sus remos inutilizados.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Una orden de Ankor había mandado abrir ciertas compuertas bajo la línea de navegación y llenar de agua los estancos laterales y la sentina, lo que hizo sumergirse el pesadísimo navío casi hasta las amuras. Los invasores sureños, creyendo que el barco, averiado, naufragaba, saltaron de vuelta a sus buques o se arrojaron al agua aterrorizados. Sin soltarlas, la flota enemiga aflojó las cadenas, estando lista para deshacerse de ellas en cualquier momento.

La oscuridad de la noche, esta vez, fue cómplice del Hijo del Sol, quien, al frente de su guardia personal, se deslizó arrastrándose sobre la cubierta de proa, barrida ahora por las olas, para llegar hasta el semisumergido tridente-espolón, enredado en las cadenas de gruesos eslabones.

Atados con finas sogas de fibras alquímicas, de tan poco grosor que, en las tinieblas, eran casi invisibles, y enfundados en ropas negras, los jóvenes llegaron hasta las cadenas provistos de sierras confeccionadas en metales durísimos, tratados de manera que el mismo diamante no los superaba. Polvos abrasivos y ácidos activísimos completaron la obra y, en pocos minutos, el «Kronón» navegaba libre de ataduras, entre los gritos de furor de los marinos enemigos, que habían visto aflojar sus ligaduras. Apenas tuvieron tiempo de lanzarse por la escotilla más próxima cuando toda clase de proyectiles volvieron a atronar los blindajes, y torrentes de fuego líquido inundaron las cubiertas. Algunos de estos inflamables penetraron por entre las chapas hundidas, pero los focos de incendio fueron prontamente sofocados por la marinería.

Acto seguido empezaron a funcionar todas las bombas de desagüe, ayudándose con sistemas manuales y aun con cubos y barriles, de suerte que, para el amanecer, el buque había recobrado su línea normal de navegación y, aun con la mitad de sus impulsores, bogaba rápidamente acercándose a la costa de Kem. Solo entonces, y luego de una revisión general del navío y de los sobrevivientes, a los cuales dejó órdenes precisas, Ankor ofrendó al Sol naciente y se entregó al reposo.

EL PAÍS DE KEM

Ya caía el Sol cuando el joven despertó y, vistiéndose rápidamente, fue a enterarse del estado del capitán y los demás heridos, realizó oficios religiosos por los muertos y supervisó las tareas de desagüe y reparación del «Kronón», la bella nave que ahora semejaba un montón de chatarra, lleno de chapas retorcidas, restos de proyectiles, y tan abollado que, en ciertos lugares de cubierta, los oficiales habían mandado poner pasarelas de tablones para que pudiese pasar, de un lado a otro, la tripulación. Lo que, afortunadamente, parecía infatigable era la máquina impulsora, que seguía funcionando incansablemente, si bien la falta completa de tres remos y la paralización de otros por averías había restado velocidad y dificultado la dirección, ya que frecuentemente debían avanzar dando bordadas. Ankor consultó el Báack, pequeño pez de metal imantado que flotaba dentro de una esfera llena de líquido purpúreo y que señalaba siempre el Norte,

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

y con la ayuda de las sombras del Sol, que acababan de medir sus oficiales, percibieron que no estaban a más de dos días de marcha del país de Kem o Tierra Roja.

Al anoecer del día siguiente dejaban, a la derecha, los islotes de Bahria y, navegando hacia el sureste, se acercaron a las tierras de Djebti, donde el río azul desembocaba, sin delta, sobre el mar. Ankor sabía que, hacia el norte, en unas islas, se alzaban una enorme pirámide y una colosal estatua de esfinge y, de no tener su viaje tales perfiles dramáticos, gustosamente hubiese afrontado cualquier dificultad por conocer esos monumentos misteriosos.

Amanecía cuando, apenas terminados sus ejercicios psicológicos y sus ofrendas al Sol, fue llamado a lo alto de la torre de proa. Desde allí, y a través de un telescopio recientemente reparado, pudo divisar la tierra de Kem, verde y brillante como una esmeralda. La enorme desembocadura del gran río, grande como una bahía, estaba directamente enfrente de ellos, y aunque allí existía el puerto de Thassa, este de ninguna manera podía albergar ese titán de los mares, por lo que hubo que echar una veintena de anclas a casi un kilómetro de la costa. Los oficiales se apresuraron a mandar sacar de sus cunas, bajo las planchas desmontables de la cubierta, media docena de barcas de madera de cedro, provistas de veinte remos cada una y que, holgadamente, podían transportar a todos los moradores del «Kronón» a tierra firme.

Mientras la tripulación luchaba por vencer las dificultades que creaban las chapas hundidas y los flancos aplastados para botar las barcas, el heliógrafo del puerto empezó a destellar, y Ankor se enteró, traducido el mensaje, de que se lo esperaba y que le rogaban desembarcar lo antes posible. El Príncipe dictó su aprobación y un saludo y se embarcó en la primera nave botada. Desde el puerto, saliendo desde detrás de un rompeolas muy blanco, se destacaron varios veleros muy livianos de vela triangular y una nave de guerra, provista únicamente con remos, que ostentaba larguísima gallardetes rojos flameando sobre su popa en forma de cabeza de ibis.

Con Ankor viajaban varios sacerdotes del Gran Templo de Kuum, pero no Makg, que había quedado trabajando con su equipo sobre la Fuente de Poder, el complejo mecanismo que rodeaba la piedra Marmash. A mitad de camino, la nave del Hijo del Sol se encontró con la flotilla de Kem, y luego de intercambiar saludos, entraron todos juntos en el pequeño puerto, rodeado de casas bajas y flanqueado por una muralla, almenada e interrumpida cada cien metros por torres altas, ornadas con refuerzos verticales. Sobre el muelle estaba instalada, bajo grandes baldaquines de tela listada, una brillante comitiva. No bien el joven pisó tierra, recibió la sorpresa de encontrarse cara a cara con su maestro Sarhimar, que le abrazó y, sin otro preámbulo, le llevó aparte y le dijo:

—No te asombres demasiado, Pequeña Serpiente; una nave rápida y pequeña me ha traído y ha llegado varios días atrás para prepararlo todo. No hay tiempo que perder; mientras descargan el «Kronón», me acompañarás, en una barca fluvial, río arriba, hasta Abydos, en cuyo templo serás recibido por los sacerdotes de Kem, que como nosotros

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

adoran el solar símbolo de la Deidad. Desde allí, por subterráneos, llegaremos a la Caverna del Caracol...

—Sabio Sarhimar..., estoy confuso...; todo parece correr más velozmente que mi capacidad de comprender...

—No te preocupes, entonces; simplemente, sígueme; el barco nos aguarda.

Ankor fue tras él demasiado confundido como para hacer más preguntas, y con una docena de miembros de su guardia personal y algunos funcionarios subió a un liviano barco de madera, que aprovechó la brisa con sus dos enormes velas triangulares y comenzó a remontar la potente corriente del Nilo.

A las orillas se veían campos labrados y palmeras frondosas, una exuberante vegetación se divisaba hasta el horizonte y, de vez en cuando, blanquísimas construcciones pequeñas se arracimaban en poblados. Templetes policromos que unían sus avenidas con minúsculos muelles daban su nota de color cálido al paisaje.

Los cantos de los labradores y de los reguladores de las esclusas de riego les llegaban, acompañados y monótonos, y al caer la noche, el perfume de miles de exóticas flores le decían de un país apacible y bello, en donde la inquietud y la tensión de Poseidonis asemejaba una pesadilla dejada muy atrás. Antes de recogerse en su pequeño camarote, el joven interrogó.

—Dime, Maestro, el cataclismo... ¿No afectará a Kem?

—Sí, pero no con la violencia que adquirirá más al norte... Ese mar que has recorrido levantará su lecho a la luz del Sol, que aquí llaman Ra, de tal suerte que, entre el océano Atlántico y el mar interior que se formará, tan solo quedará un estrecho junto al Peñón de Heracles. El lecho de este mar, con el tiempo, se convertirá en un desierto, y el Nilo desembocará sobre el mar interior a muchísimos kilómetros de aquí, cerca de las islas que hoy sostienen la Gran Pirámide de Kem y la Esfinge...

Sí, amado Ankor..., este país bello y pacífico sufrirá mucho, pero superará su prueba y se levantará como el ave Ben Ben sobre sus cenizas, sobre su lodo dedicado a Toth, el dios alfarero que modeló al primer hombre... Bajo el signo de Bubastis pasará esa difícil etapa y, en pocos milenios, volverá a plasmar una civilización que asombrará al mundo... Tú ya lo sabes...; allí será recordado nuestro pueblo; sus archivos guardarán esta historia... que será repetida durante miríadas de siglos como cuento... hasta que encuentren los restos de nuestra civilización, bajo las aguas... Todo pasa, Ankor; todo pasa para volver a empezar... Las flores mueren, pero el perfume es siempre el mismo, siglo tras siglo... La naturaleza cíclica hace que para las naciones también haya ocasos y largas noches..., pero también amaneceres... y así por siempre...

—¿Por siempre, Maestro?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Digamos que sí... aunque no sea enteramente cierto... La conciencia temporal no puede concebir más que tiempo... una ilusión más como la de tamaño, como la de distancia... ¡Mas ve a descansar, oh, Príncipe!... Cuando amanezca estaremos frente a la mansión de la Gran Serpiente de Kem, el lugar sagrado en donde está la tumba vacía.

Dicho esto, y anticipándose a las preguntas del discípulo, le puso un dedo sobre los labios y le indicó una litera en el pequeño camarote. El joven, arrebatada su voluntad por extraños pensamientos y augurios indefinidos, se acurrucó bajo las mantas y, asumiendo luego la posición ceremonial del sueño, se sumió en las tinieblas piadosas.

Al amanecer, luego de sus oraciones al brillante Sol, salió de su alcoba y notó que la barca, ahora seguida por varias otras, se recostaba sobre un muelle espacioso, de piedra y construido en varios niveles. Su Maestro le guió afectuosamente y juntos descendieron la planchada de madera negra y lustrosa como el mármol. Más allá de las avenidas de piedra blanca se veían algunos templos empavesados con gallardetes azules, amarillos y rojos. El conjunto de sacerdotes y altos dignatarios que le aguardaban le saludaron levantando ambas manos al cielo y tocándose luego ambas rodillas a la vez que se inclinaban profundamente sin doblar las piernas.

No percibió Ankor a gentes del pueblo y, en general, Kem le daba la impresión de ser un país muy tranquilo y campesino, sin grandes ciudades y que estaba como en decadencia, ya que las ruinas imponentes de pasados tiempos aún se alzaban entre las construcciones contemporáneas, más débiles y pequeñas. Los mismos dignatarios parecían ser muy sencillos y humildes. La corte de su padre y el centro religioso de Kuum eran, indudablemente, más ricos y amantes de demostrarlo. Estos pensamientos terminaron de confundir al príncipe-filósofo que, teniendo las dos naturalezas en sí debidamente armonizadas, no podía concebir, sin embargo, la grandeza espiritual disociada de la física. Aquellas gentes, vestidas escasamente con livianos linos eran, por lo menos exteriormente, la antítesis de los sacerdotes recargados de pedrerías y metales raros a que estaba acostumbrado.

Un hombre alto, moreno y de ojos negros y brillantes, con el pecho descubierto sobre el cual brillaba un escarabajo de pasta de vidrio, vistiendo un mandil de lino, mirándole fijamente, le dijo:

—Joven Príncipe... Yo soy Assh, tu guía en estos laberintos... ¡Que la Flor Azul se abra ante tus labios, y que puedas beber!

—Te saludo, noble Assh, mi guía por estos laberintos... Ten la bondad de perdonarme si me ves desmañado ante vuestras costumbres... Vengo de un infierno... y quiero, sin embargo, volver pronto a él... ¿Sabes, oh, sabio?... Allí me espera el Destino.

—Príncipe... El Destino está también aquí y en cualquier parte... Nada está fuera de Maat, la mente cósmica justiciera que marca nuestras rutas... Cuando nos dormimos, la garra de Shekmet, la Leona de Fuego y Tierra, nos despierta

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

violentemente... Entonces, los hombres comunes dicen que les tocó la desgracia..., pero nosotros sabemos que nos tocó Dios.

El joven se inclinó respetuosamente y le siguió en silencio. Sarhimar hablaba en voz baja con Assh, al parecer de algo muy importante. Cuando llegaron a las primeras construcciones, todas formaban parte de un –en apariencia– caótico conjunto de temples, pilonos y fortalezas o palacios. El estilo era sobrio y completamente diferente al de Kuum. La mayor parte estaba conformada por edificios megalíticos, de exactitud geométrica, sin adornos ni grabados, confeccionados en piedras colosales. Todo era liso, limpio y brillante. Las losas del suelo estaban tan pulidas que parecían espejos. Colores vivos y sin tonalidades, tendidos sobre enormes lienzos, desconcertaron al Príncipe, que jamás había visto semejante arquitectura. No así a Sarhimar, que parecía moverse entre los sacerdotes de Kem con la familiaridad de alguien que pisase esta tierra como cosa conocida y recorrida muchas veces. Policromos baldaquines de telas livianas y franjeadas tendían inflados techos sobre los austeros pilares y sombreaban las avenidas y calles de la ciudad-templo.

Las gentes que se cruzaban en el camino de la comitiva vestían muy escuetamente y casi sin joyas, pero sí los revestía una gran dignidad, y Ankor observó con juvenil curiosidad esos rostros imperturbables adornados con afeites de vivísimos colores.

A poco se enfrentaron con un palacio de frente sólido, con una gran puerta central y otras falsas, muy altas y angostas, que le flanqueaban y que remataban en monumentales tallas geometrizarantes en donde el joven creyó descubrir la idealización de lotos y papiros. Por encima de la puerta real existían tres barras horizontales, más arriba nueve verticales y, por encima de todo, seis iguales a las más bajas. Estos motivos estaban tallados en sobrerrelieve, sobre los enormes tubos de piedra rojo-negrucza en que estaba edificado el frente. En dos pequeñas puertas falsas estaban apoyados sendos guardianes que flanqueaban la entrada; rígidos como estatuas, simulaban no ver la comitiva y no les dirigieron ningún saludo; con los brazos cruzados sobre el pecho, llevaban armadas sus manos de una masa de bronce y de una hoz de un cobre negro como el hierro. Vestían tan sólo faldellines de escamas de cuero de hipopótamo, a la manera de una cota de malla.

Ankor fue conducido por una sala de techo alto, oscura y fresca, y desembocaron en un precioso jardín interior que rodeaba el palacio propiamente dicho, construcción similar a la que le rodeaba, pero sensiblemente más baja y liviana, con aplicaciones de madera y casi cubierta de cortinas exteriores y baldaquines. Finas columnas de madera tallada y pintada sostenían grandes aleros de papiro trenzado.

Cuando penetraron, Ankor y su guardia personal fueron alojados en los aposentos del ala derecha, pequeños y con tantas y tan grandes ventanas que parecían estar aún en los perfumados jardines. Algunos datileros acariciaban constantemente las traslúcidas cortinas, livianísimas y siempre al vuelo. Sarhimar, enfrascado en su

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

conversación con los sacerdotes de Kem, no parecía notar que su discípulo se quedaba atrás, alojado por los servidores.

Ankor, que fue provisto de ropas del país, acogió el ruego de andar solo, sin guardia personal, cosa que particularmente le encantó. Con gran libertad recorrió las dependencias que quiso; algunas estaban ornadas de escenas campestres y otras religiosas, con verdaderos lienzos de figuritas que entendió eran un idioma hierático.

En esa gran casa, que llamaban Onn, descansó varios días, sin que le fuese posible recabar información alguna sobre el «Kronón» ni sobre su carga y ni siquiera sobre la duración de su estancia en Kem. Ni Sarhimar ni Assh estuvieron a su vista, y el joven discípulo aprovechó el tiempo en meditar y ofrecer perfumes al Sol, en medio de una idílica tranquilidad y silencio.

En los templetos exteriores vio grandes estatuas de los dioses de Kem, de Hator, la Diosa Madre, y de sus diferentes aspectos zoocéfalos. También vio representaciones de halcones coronados, de serpientes y escarabajos. Asimismo de una misteriosa deidad masculina, envuelta en una especie de sudario muy apretado y con los brazos cubiertos, cruzados sobre el pecho.

Una semana más tarde se presentaron Sarhimar, vestido a la manera de Kem, Assh y otros sacerdotes de cabeza rapada. Bajo baldaquines marcharon todos juntos al exterior. Se dirigieron a un templete precedido por una escalera larga y baja flanqueada por dos rampas suaves. Los ancianos subieron los peldaños y el joven, junto con otros sacerdotes de menor jerarquía, lo hicieron por ambos lados y así penetraron en la construcción, cuyas líneas geométricas estaban recubiertas de pequeñas tallas a las que llamaban Escritura Sagrada o Jeroglíficos. La remataba un alero corto con tallas lineales, transversales al borde.

Llegados a la estancia única que albergaba, marcharon hasta la pared del fondo, y entonces Sarhimar, Assh y Ankor, pasando por una portezuela trapezoidal, empezaron a bajar escalones que se adentraban en las entrañas de la tierra.

Assh le explicó que esas escaleras llevaban a unas cámaras subterráneas en donde se realizaban Misterios, de los cuales no podían informarle. Un rumor de agua llamó la atención del joven y, ante su pregunta, se le dijo que, efectivamente, rápidos arroyos subterráneos corrían en los alrededores y que en subterráneos herméticamente cerrados existían santuarios a los que se podía llegar tan solo en cuerpo sutil, o sea, utilizando el doble psíquico. Allí estaba también la tumba simbólica del Gran Dios, el que había sido despedazado en tiempos antiguos y que su esposa-hermana había reconstruido casi íntegramente mediante magia.

Todo esto le parecía al joven, por momentos, sublime, y por otros, chocante; evidentemente él no era un hijo de Kem. No podía dejar de sentirse extranjero, cosa que no parecía ocurrir con su maestro Sarhimar, que se había transformado en un natural más. A pesar de la enorme profundidad alcanzada, el aire, proveniente de invisibles

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

conductos, seguía siendo fresco y varias veces se preguntó la Pequeña Serpiente del lejano reino de Poseidonis hasta dónde habrían de descender.

A veces el agua atronaba tan cerca de sí, a través de las murallas que encuadraban las escaleras, que notaba un sensible temblor sobre los mismos peldaños. Sin embargo, el lugar, débilmente iluminado por lámparas de aceite, era absolutamente seco y tibio. Invitado a detenerse frente a una pared y a pesar de que la escalera seguía más allá, se le explicó que la roca tallada tenía allí, disimulada, una puerta, pero que antes de franquearla debería introducirse en las fosas nasales unos cilindritos aparentemente confeccionados en madera esponjosa, a través de los cuales se succionaba el aire casi sin dificultad. Le aplicaron una mascarilla de oro que los retenía en su lugar, a la vez que le cerraban la boca, sellando sus labios. Desde ese instante no podría hablar y tendría que respirar tan solo por la nariz.

Assh abrió una cajita parecida a una paleta de pinturas y dio la tapa a Sarhimar. La parte interior de ambas piezas, confeccionadas en cierto tipo de madera, estaba recubierta de una pintura tan fosforescente que su luminosidad permitía reemplazar las lamparillas ventajosamente. Un pedal de piedra disimulado en el suelo hizo girar una gran piedra y penetraron en un pasillo que apenas permitía el paso de un hombre. La roca se cerró silenciosamente detrás y a la luz de las tabletas fosforescentes empezaron a caminar.

Ankor calculó que habrían andado muchísimo, pues le dolían las piernas cuando se detuvieron y se sentaron en el suelo a descansar. Sarhimar le escribió en una tableta que puso ante sus ojos que deberían andar así todo el resto del día, o sea, unas doce horas en total. También le explicó que los cilindritos sujetos por las máscaras eran los que les permitían respirar en un aire extremadamente viciado en ese larguísimo corredor que pasaba por debajo del Nilo y que se dirigía hacia el Este. Así fue, efectivamente. Cuando se detuvieron frente a otra puerta disimulada en la piedra, el joven apenas podía andar y tenía la sensación de que le faltaba el aire. Por el contrario, los dos sacerdotes lo habían hecho a paso vivo y si se detenían frecuentemente era tan solo para dejarse alcanzar por Ankor. El joven calculó que habrían andado unos cincuenta kilómetros, tal vez más, tal vez menos. En verdad no lo sabía.

Al abrirse la puerta, una fuerte corriente de aire le golpeó con tanta fuerza que, de no sostenerlo Assh, habría caído hacia atrás. Ya recobrado y despojado de la mascarilla, percibió que estaban en una enorme estancia circular, especie de gruta natural aparejada artificialmente e iluminada profusamente por grandes lámparas de vidrio semitransparente en donde, sin pabilo, se quemaba un aceite dorado. Las llamas tenían dos palmos de alto y eran brillantísimas y serenas.

Grupos alineados de cientos de hombres ataviados con túnicas cortas según los siete colores del espectro cantaban un murmullo indefinido y monótono; de vez en cuando, invisibles sistros tintineaban en alguna parte.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

En el suelo, figurado con placas de basalto incrustadas en el piso, una espiral llevaba hasta una enorme estatua de un caracol situada en el centro; estaba tallada en la misma roca volcánica de la caverna y parecía de una vejez incalculable; ramificaciones de óxido negruzco le cruzaban por todas partes.

Ankor fue instruido en una manera especial de pisar, apoyándose sólo en la parte anterior del pie y, de la mano de Assh, seguido por Sarhimar, comenzó a recorrer, interpretando una suave danza rítmica, el inmenso laberinto. A cada vuelta, las voces subían y bajaban y los sistros resonaban, a veces en el casi invisible techo, otras a pocos centímetros de su frente, aunque el joven jamás alcanzó a ver instrumento musical ninguno y los grupos humanos ya distaban de él una veintena de metros.

De las nubes de incienso y mirra que ahora aureolaban las altas lámparas, caían espaciadamente pétalos de lotos blancos y azules perlados de helado rocío. Llegados al caracol, que no tendría menos de diez metros de alto, Assh le explicó que era el símbolo del tiempo y que sus ojos, sostenidos por encima de su cabeza, representaban la intuición del alma, muy por encima del razonamiento de la mente. La concha simulaba otra espiral, verticalizada, que se angostaba hasta hacerse puntiaguda, pero sobre esto Assh no dio al joven explicación alguna.

Luego de postrarse y adorar, ciñeron la frente de Ankor con una cinta de oro que sostenía una serpiente a la que llamaban Oureus, símbolo de la atención y de la voluntad y la perseverancia. Se lo entregaron con estas palabras:

—Este es el símbolo del poder sobre la vida y sobre la muerte.

Luego, extrayéndolos de unas hornacinas en la base del caracol, pusieron en sus manos un cayado y un látigo y le dijeron:

—El gancho atrae; el látigo repele. A través de la paz y de la guerra debes llegar a la sabiduría y sostenerte en ella. Estas son simples herramientas, confeccionadas con metales preciosos; trabaja con ellas para el bien de la Humanidad. Mientras para ello las uses, son omnipotentes, y tú, invencible. Si trabajas mal ahogarán tu cuello y enterrarán tu cabeza eterna en las tinieblas del Aduath, en el limo vivo del Sethém.

El joven cogió los símbolos y los utilizó, colocando su cuerpo en la posición ceremonial que le indicaban. Una presión en el frente de la estatua les dio paso a una camarita subterránea a la que se llegaba descendiendo una docena de escalones altos y angostos. En el medio, un gran sarcófago de piedra, horizontalmente apoyado sobre el piso, dejaba ver su tapa semicorrida sobre un costado. El lugar estaba sumido en penumbras.

Sarhimar dio a Ankor un fuerte abrazo y le acostó dentro. Assh se dedicó cuidadosamente, a la luz de una lamparilla minúscula que sostenía en una mano, a pintarle el rostro. Luego introdujo en su boca una pieza de oro alargada. Cubrió todo su

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

cuerpo con una tela metálica muy pesada, y manipulando algún oculto mecanismo dio paso a un aceite espeso que fue llenando el sarcófago y sumergiendo a Ankor.

Algo raspó la planta de sus pies. Otro objeto duro y curvo fue colocado bajo su cabeza. Al sentir subir el aceite, el joven entendió que iba a morir ahogado y trató de reconcentrarse en sí mismo, lanzando su conciencia hacia atrás, muy hacia atrás, tal cual le habían enseñado.

Una piedra se apoyó pesadamente sobre su pecho y oyó que la tapa se deslizaba sobre el borde. El nivel del aceite ya estaba por llegar a sus labios. Se sintió adormecer, y luego, el gran silencio y el vacío; la oscuridad total.

Poco a poco fue recobrando una forma de consciencia separada de su cuerpo físico; algo como un doble luminoso le llevaba como una lámpara de vidrio a la luz. No oía ni sentía; tan solo veía de alguna manera y se trasladaba a través de las tinieblas a una velocidad que se le antojaba enorme.

Le dio la sensación de que volvía a Abydos, en verdad lo sabía de alguna manera. De pronto se halló en una estancia semejante a la que había abandonado, pero sin puertas ni ventanas. En medio se hallaba un enorme sarcófago ornado de pedrería, esmaltes y maderas diminutas. Estaba cerrado, pero sin abrir su tapa vio a través de ella.

Un hombre yacía en él totalmente envuelto en malla de oro y con una máscara del mismo metal. Acercóse a su boca modelada y escuchó un murmullo, que se hizo más fuerte, hasta que entendió su nombre: «Ankor... Ankoooooor...». Entonces comprendió... Ese muerto vivo era su padre. Dio un grito o lo quiso dar. Se sintió levantado por su propio grito, por su desesperación, por un algo de fuerza sobrehumana. Su consciencia se esfumó mientras le parecía que dando vueltas en el seno de un espantoso abismo caía sin cesar o le elevaban ráfagas de viento helado. Finalmente, no supo nada más y su «yo» se disolvió en la tiniebla.

Cuando despertó, sus pulmones trabajaban afanosamente. Estaba tendido en el sarcófago, bajo el caracol, y Sarhimar y Assh estaban en pie a ambos lados, con los brazos izquierdos levantados y los derechos sobre su pecho. Ya no había aceite y la cámara estaba vivamente iluminada por varias lamparillas. Todo era silencio.

Lentamente, luego de un buen rato, le ayudaron a incorporarse, y sin cambiar palabras le fueron despojando de sus atributos. Sarhimar extrajo de sus ropas un objeto pequeño al que enhebró Assh un grueso hilo rojo. Luego, ambos se lo colocaron en el cuello. Sobre su pecho refulgía una serpiente cobra, presentada de frente, alzada sobre su cola. Sus ojillos eran dos piedras alquímicas verdes.

—Esto —le dijo su Maestro— lo guardé para ti. Me lo entregó Magur... en la esperanza de que un día fueses digno de usarlo... Eres ahora la última Serpiente Solar de Poseidonis... Tú no quedarás en Kem, volverás aquí dentro de milenios, varias

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

veces, con otros cuerpos, pero por ahora los dioses, por intercesión de tu padre, nuestro señor, dicen que puedes volver a morir a tu tierra, con los tuyos... y con tu Destino.

El joven no supo qué responder, se sentía confuso e invadido de un suave cansancio. Sólo atinó a sonreír muy dulcemente; luego notó que sus piernas se doblaban y tan solo con la ayuda de los dos sabios logró recorrer otra vez el laberinto. A su término le colocaron otra vez los palillos en la nariz y la máscara, pero, viendo que el joven no podría afrontar por su medios la larga travesía, hicieron que dos servidores del Templo del Tiempo le cargasen en una angarilla liviana, sobre la cual se desmayó.

De regreso a Abydos, debió descansar varios días, pero Sarhimar le explicó que el «Kronón» estaba ya totalmente descargado y que Makg le urgía retornar, pues la fuente de poder estallaría dentro de dos semanas más. Ankor, antes de abandonar Abydos, agradeció a Assh todo lo que había hecho por él y distribuyó regalos a todos los servidores del palacio que le albergase. Ya en la barca fluvial, preguntó a Sarhimar:

—Sabio Maestro..., te ruego me contestes, si puedes hacerlo... ¿Mi padre, la Gran Serpiente, viajaba en el «Kronón»? ¿Yo mismo le he traído?

—Sí, Ankor... Él de alguna manera tomó tu lugar... y ahora tú tomas el suyo...

El joven no pudo por menos que taparse el rostro con ambas manos y gimió:

—¡Oh, Sarhimar!... ¿Qué misterio es este?... ¿Qué le ocurrió a mi padre?

—¡Calla, Ankor!... Hay Misterios que no pueden ser revelados ni aun a una Serpiente de Oro... Calla, Ankor... Hay cosas que ni yo mismo sé...

Diciendo esto el sacerdote de Kuum se envolvió en un mutismo prolongado y Ankor respetó su silencio tal cual él respetaba su dolor.

Al otro día, al embarcar en el «Kronón», notó que este estaba parcialmente restaurado y que las máquinas de guerra habían sido repuestas en las torres. Makg le esperaba en la cubierta y luego de darle la bienvenida, tras su enigmática sonrisa deslizó algunas palabras, dirigidas a Sarhimar, en esa lengua extraña que el joven desconocía, y ambos se marcharon a la torre de popa. Ankor dio órdenes a la oficialidad de partir de inmediato, y en una hora, con diez remos, el «Kronón» desarrollaba casi su velocidad máxima; montañas de espuma le precedían y nubes de vapor se levantaban de su popa.

Ankor dirigió una última mirada a la fugitiva línea verde del país de Kem, en donde quedase su padre, tal vez para siempre. Aunque no hacía frío, el joven se estremeció fuertemente, y arrebujándose en su gran capa rosada fue a la amura de estribor, a confundirse con el Sol que caía.

Violentos seísmos habían azotado la isla de Poseidonis y maremotos elevaban, sin previo aviso, colosales olas que se hundían en la tierra sobrepasando la playa centenares de metros o reventaban estruendosamente contra los acantilados, deshaciéndolos. Estos fenómenos habían provocado grandes daños en las ciudades y los puertos, y la flota del país del Sur ya no existía. Algunas naves corsarias y otras robadas por mercenarios enloquecidos habían huido hacia el mediodía y asolaban el sur de Europa o se perdían con rumbos inciertos, sobre la conmovida superficie del océano Atlántico. Volcanes submarinos fulguraban bajo las olas por las noches, y las mañanas iluminaban verdaderas islas flotantes de peces muertos.

El «Kronón», a pesar de su tamaño y desplazamiento, que le permitían, en medio de las tormentas capaces de hundir los barcos más sólidos de la época, navegar sin riesgo alguno, se vio zarandeado por colosales barreras de agua de más de cuarenta metros de altura y en ocasiones navegó en agua hirviendo, proveniente de erupciones submarinas.

Makg señalaba a Ankor, constantemente, el peligro de Marmash; una falla en la estructura que permitiese la entrada del agua, o bien la rotura de los blindajes antitérmicos, le haría estallar horrorosamente.

El Príncipe no desconocía el peligro, pero debía llegar a Kuum y jamás redujo la velocidad ni aceptó hundirlo y proseguir en las barcas salvavidas hasta que estuvieron a su vista las cúpulas doradas del Gran Templo. Sólo entonces mandó detener las maquinarias, y avisado por Makg de la inminencia de la catástrofe, ordenó abandonar la nave, contándose él entre los últimos.

Caía la noche cuando, en una barca de madera de cedro, acompañado por Sarhimar, Makg y una docena de sacerdotes dio orden a su guardia personal de lanzar las dos velas al viento favorable. Las otras barcas ya estaban pasando la línea de rompientes. Casi llegaba a ellas el joven cuando un par de kilómetros atrás se vio, en el lugar que debería ocupar el «Kronón», un relámpago vivísimo, seguido luego de un trueno espantoso. Allí parecía que se hubiese abierto un volcán, y columnas de agua de centenares de metros de altura eran arrojadas, entre masas inmensas de vapor, humo y llamaradas. Era la gran piedra de Marmash, la que en contacto con el agua desagotaba las últimas formas de su poder.

Dentro del océano, durante cientos de años, seguiría ardiendo y los marinos la confundirían con un volcán submarino. Así terminó el «Kronón», la última nave de Poseidonis, postrer recuerdo de la fabulosa Atlántida.

Pasada la medianoche desembarcó Ankor en la pequeña bahía, donde ya le aguardaban algunos sacerdotes, su discípulo y hombres de su guardia personal. También

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

estaban emplazados en las cercanías, completamente armados, medio centenar de soldados del templo.

—¿Qué es esto? —preguntó el joven—. ¿Por qué esta guardia?

—Hijo del Sol —le explicó un viejo oficial de su padre—, todo está muy confuso; hemos recibido miles de refugiados, escasean los alimentos y la violencia se está enseñoreando en esos extranjeros... Hemos temido por ti...

Ankor no pudo menos que sonreír viendo a aquellos fieles servidores que, más allá de la muerte próxima, seguían cuidando al Hijo del Sol como si no pasase nada. Pero no se burlaba; por el contrario, se satisfacía comprobando, en los simples, el buen ánimo y acatamiento del deber que cuesta tanto hallar en otros aparentemente más instruidos. Respondiendo a sus propios pensamientos murmuró:

—¡Bah!, ¿de qué sirve la instrucción?... Mis remotos antepasados, los atlantes, sabían muchas cosas y con ellas alteraron el equilibrio de la Naturaleza... Perekó la civilización y la mayor parte de los hombres se sumergieron en casi un millón de años de vida cavernaria, como trogloditas... Todavía hoy pueblan buena parte del mundo los restos degenerados de aquellos pseudosabios, mutados horriblemente, sin conocer el fuego ni la rueda... La instrucción, el conocimiento sin alma, es como las alas de los opavos, sirven tan sólo para tirar tierra en los ojos..., no para volar.

Estos y otros pensamientos arrebatában al joven, a la vez que notaba los destrozos a su alrededor, que, sin ser grandes, eran bien evidentes. Lo que más le impresionó fueron las bandas de refugiados comiendo como fieras, en el suelo y mirando pasar su palanquín con aviesas miradas en las cuales la codicia y la crueldad se mancomunaban.

Varias veces su guardia había rechazado con el plano de sus espadas a los más audaces, que se juntaban para arrojar piedras a la comitiva. Al llegar a sus aposentos mandó desalojar a todos los refugiados de los jardines del templo, reubicándoles tierra adentro, en donde correrían menos peligro de ser masacrados por los soldados encargados de guardar el orden hasta el fin. «Si es que hemos de morir, hagámoslo por lo menos como seres humanos y no como bestias, despedazándonos los unos a los otros», repetía Ankor a los sacerdotes y a los oficiales de la guardia.

En el Gran Templo, su Maestro y otros sacerdotes le pidieron que, como Príncipe, fuese con su pueblo, mientras ellos se quedarían atendiendo hasta el fin los oficios. Así partió Ankor para el Pequeño Templo. Acomodado en sus aposentos, comió y durmió tan tranquilamente como antes de su viaje al país de Kem. Estando seguro de haber retomado su ritmo de vida y cumplido con sus deberes más urgentes, se permitió a sí mismo algo que jamás había dejado de anhelar: volver a ver a Fenur. Nadie ni nada le había hablado de la pitonisa, y su corazón, sin embargo, estaba absolutamente seguro de que vivía y que estaba próxima. Así, cerca de la medianoche volvió al mismo lugar en que la había conocido, junto al viejo muro semicircular. El paisaje era el mismo; todo

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

estaba igual. Desde allí se hacían increíbles los desastres, las bandas de salteadores, el hambre y el miedo. Un fuerte temblor de tierra le recordó, sin embargo, la triste realidad; mas el muro lo soportó y pronto el ambiente volvió a ser el mismo. Ankor murmuró:

—Todo está igual...

—Todo está igual... todo —le contestó la dulce voz de Fenur a sus espaldas.

Sin otra palabra, los jóvenes se confundieron en un abrazo que unificó sus sombras, proyectadas por un nuevo plenilunio. Por fin habló Ankor:

—Amada Fenur..., parece que no nos hubiésemos separado... Esto no es un reencuentro, sino la continuación de la misma noche... El tiempo se ha dormido...

—Sí, amado..., se ha dormido... ¿Sabes? Nuestros reencuentros son borrosos, porque no nos separamos nunca...

Y el tiempo, realmente, se detuvo para los dos jóvenes.

El dulce sueño los sorprendió abrazados, y las hiedras se apretaron sobre sus mejillas amparándolos de las luces de miríadas de antorchas que se habían encendido por todas partes.

Nuevos temblores sacudían la isla y los muros debilitados empezaron a caer. Muchas personas corrían en la noche buscándose o tratando de huir de una muerte que presentían. Varias voces comenzaron a cantar temas religiosos.

Los jóvenes despertaron, pero no se movieron. Ankor pidió:

—Quédate quieta, Fenur... Bebamos eternidad..., todo cambia, parece y se trasmuta... Pero nosotros no... Somos eternos, Fenur...

—Sí, amado, somos eternos...

Aún faltaban casi dos horas para el amanecer, pero los fuegos de los incendios y de las bocas volcánicas que se habían abierto entintaban el cielo de purpúreos reflejos.

Lentamente, en un postrer paseo, Fenur y Ankor se levantaron y recorrieron el muro antiguo, que increíblemente permanecía intacto. Sus pasos los acercaron al mar. En un prado cercano una multitud entonaba fúnebres canciones. La Guardia Personal se acercó a Ankor cubriéndolo con sus escudos. Este rechazó esa protección y pasó bajo un arco de espadas desenvainadas que le ofrecieron el último honor militar. Afectuosamente los despidió y, extrayendo unos polvos de una bolsita, se sentó sobre la hierba con Fenur, encendiéndolos y mirando cómo las nubecillas corrían espantadas ante las voces de un extraño viento.

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Una gran muchedumbre, portando antorchas, se acercaba a la costa, evitando los montecillos interiores que se abrían ante los temblores y se derramaban pesadamente sobre los caminos.

El mar de antorchas se agitaba caótico, contrastando con el orden aparentemente estático de las estrellas en el cielo. Desde el prado, donde habían acallado los cantos, una voz vibrante se elevaba. Uno de los Iniciados dirigía la palabra a la multitud, exhortándola a aguardar serenamente lo que le tuviese deparado el destino.

El rugido del mar impedía a veces que los jóvenes oyesen el discurso. Enormes oleadas, provenientes del sur, estallaban contra los acantilados, y el nivel del mar había subido tanto en algunos puntos, que las olas superaban los otrora altos peñascos y barrían de espuma los jardines.

Ankor se había incorporado y miraba asombrado el espectáculo. Un desmoronamiento en los acantilados había permitido penetrar una gran cantidad de agua y un bosquecillo estaba anegado. Algunas manchas plateadas, como trozos de luna, saltaban entre las hierbas.

—Esos peces se han adelantado —pensó Ankor—. Ya andarán los peces y crecerán las algas por los jardines, templos y laboratorios alquímicos de Kuum.

La silenciosa presencia de Fenur le hizo volver de sus meditaciones.

—Tan inusitado como los peces en nuestros jardines serán los nidos en el agua, Hijo del Sol.

—No me gusta cómo afrontamos la situación, Fenur; hacemos muchos esfuerzos, pero dejamos crecer el ilusorio mundo emocional. Sabemos que todas estas formas son transitorias, y, sin embargo, como seres ignorantes y materialistas, nos fijamos más en las formas que perecen que en las inmortales almas que las habitan, y que volverán a manifestarse en vehículos más puros y perfectos, en una tierra nueva, limpia de todos los pecados milenarios que a esta impregnan.

—No hay agua más fresca y purificadora que la palabra sabia, y tú has hablado sabiamente, Ankor... ¿Quieres que meditemos contemplando las estrellas?

—Es lo que te iba a proponer. Aun los hombres ateos, sumidos en sus deseos carnales, «sienten» algo extrañamente superior e imperecedero cuando observan el cielo estrellado. Ello no responde solamente al reconocimiento intuitivo de una Divinidad omnipenetrante, Ley de todas las leyes, sino a algo psicológico: el simple recuerdo que les trae observar un espectáculo que no varía, que se graba al observarlo vida tras vida.

—Lo mismo nos sucede mirando el mar y, en menor grado, cualquier otro espectáculo relativamente inmutable: una montaña nevada, un bosque de pinos, ¿verdad, Pequeña Serpiente?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Así es...

La joven le contestó con una dulce sonrisa, adoptando la posición necesaria. Los cantos y oraciones lejanos les fueron acompañando en su meditación.

La noche es una madre benévola para quien se remonta por ella, bebiendo la luz de sus estrellas. Fenur y Ankor volvieron con los ojos llenos de esa luz y dentro de sus pechos batía sus alas el pájaro sin nido de la eternidad.

Descendieron hasta la multitud, que seguía en parte orando, y en parte maldiciendo su propia suerte. Al llegar, un empleado del Pequeño Templo les sirvió sendas ánforas de jugos de frutas y les informó que, según decían los que venían de la ciudad-templo de Kuum, esta estaba semiderruida por los temblores e incendios.

Ankor penetró en la compacta muchedumbre, y a su paso iba dejando una estela de paz y seguridad. Fenur se quedó algo alejada, pues no sabía si en el último momento la necesitaría el Gran Maestro, y por ello no podía manchar sus sentimientos con terrores ni odios.

Cuando el joven discípulo creyó que podían oírle todos, les habló con firme expresión. Les insinuó la posibilidad de un hundimiento de todo el continente y la no trascendencia de la forma, tosco envase del Hombre Interno. Les recordó sus simples pero fundamentales conocimientos religiosos, y les instó a no dejarse envolver en una maraña de ignorancia y terror.

La mayor parte guardó silencio reverentemente, y se dispuso a entregarse a la meditación y oración; pero un numeroso grupo, enloquecido de espanto ante el renovarse de los truenos subterráneos, empezó a huir hacia la montaña, implorando perdón a grandes voces. La parte animal de la multitud se conmovió, y aun los obedientes, instintivamente, comenzaron a seguirles. De pronto, se detuvieron; Fenur, con los brazos abiertos, les indicaba paz y tranquilidad; estática y muda como una estatua, representaba la inquebrantable advertencia de los dioses con la voz del misterio más profundo. Ankor aprovechó ese momento de indecisión para llamarlos nuevamente. La mayoría partió enloquecida; unos cuatrocientos cincuenta se congregaron silenciosamente a sus pies.

Una vez tranquilizados los servidores y operarios, los jóvenes Iniciados se allegaron al Pequeño Templo a fin de officiar los sacrificios de la madrugada. La antigua construcción estaba semidestrozada, con muchas columnas y sectores del techo derrumbados o peligrosamente cruzados por grandes líneas de fracturas.

El día transcurrió tranquilo, salvo el espectáculo aterrador de numerosas bocas volcánicas que, en plena erupción, iban cubriendo el firmamento de espesos nubarrones. El mar continuaba alterado por monstruosas olas que invadían los campos linderos. La gran cúpula del templo de Kuum se había desmenuzado al explotar bajo su bóveda la boca ígnea que durante miles de años había servido en los Misterios. Por toda la

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

península de Kuum caían piedras candentes y trozos de mampostería, desde miles de metros de altura, provocando daños y no pocas víctimas.

El Sol fue cayendo lentamente, y a medida que lo hacía, los temblores se redoblaron, abriéndose espantosas grietas a través de los campos y los acantilados. Allí el agua barría y lanzaba nubes de vapor al encontrarse con los estratos rocosos profundos, enormemente recalentados.

De pronto, un terremoto violentísimo lanzó piedras y hombres por el aire y toda la línea de montañas se hundió en la tierra entre espantosas deflagraciones.

Fenur y Ankor, que habían rodado sobre el césped, recordaron a los infelices que habían huido a las montañas, donde seguramente habían sido abrasados o asfixiados por los escapes y lavas volcánicas.

—Los únicos que sobrevivirán serán los peces enjorados de los más antiguos templos del Sur —dijo Fenur.

—Ni aun ellos. Los Misterios atlantes, bien utilizados o no, han sido devorados por el insaciable vientre del tiempo.

—¡Será para bien, Ankor!

—¡De eso estoy seguro! No puede ser de otra manera... ¡Mira!

—¡El maestro Sarhimar! —gritó la joven, y se lanzó a la carrera hacia el Pequeño Templo, distante unos ciento cincuenta metros. Una violenta sacudida de tierra hizo rodar por el suelo a la pitonisa, y los presentes no pudieron ocultar una exclamación al ver que unos de los pétreos poliedros que ostentaba una resquebrajada columna caía pesadamente sobre el Maestro.

Cuando llegaron Fenur y Ankor, ya una docena de guardias e Iniciados habían retirado la mole, cuyo peso excedía los mil kilogramos. Además de haber recibido un violento golpe en la espalda, el sabio tenía las dos piernas deshechas, estalladas, y su sangre se derramaba a raudales. Con la misma dulcísima sonrisa de siempre, recibió a los jóvenes que lo observaban consternados. Solo una creciente palidez denotaba algo anormal en su rostro.

—¡Maestro! —exclamaron a un tiempo Ankor y su compañera.

—¡Hijos!... No puedo quejarme —agregó irónicamente—. Tantos golpes le he dado a la Divina Ley de Armonía que es justo que uno de sus símbolos me dé éste... — La voz del Maestro se había hecho más apagada y entrecerrando los ojos les dirigió una última sonrisa, murmurando:— paso de... un lugar de poca luz... a otro... más iluminado... Les aguardaré... ¡Reconstruiremos... en otra tierra... Kuum!

Estas fueron sus postreras palabras; suspiró profundamente y murió.

Ankor hizo retirar a los que le rodeaban y con la joven pitonisa ayudó a su Maestro a liberarse del cascarón físico, aún más rápidamente de lo que hubiera podido hacerlo solo. Volvieron luego junto a la pequeña multitud que, dominando a duras penas su terror, seguía entonando canciones religiosas con voz ronca y extenuada.

Un anciano carpintero les señaló el mar. Extraños fenómenos ocurrían: el agua se había retirado varios centenares de metros, dejando al descubierto partes de playas y rocas que jamás tocaban el aire.

—Mira, Fenur, la Divinidad en su bondad suprema nos permite estudiar cómo las fuerzas de la Naturaleza retroceden para tomar impulso, cómo la tierra se ha alzado para precipitarse luego bajo las aguas.

—¡Oh, Pequeña Serpiente! Pareciera que el Dios del Mar quisiese tentar a los árboles y estatuas mostrándoles las maravillas de su seno... ¡Mira esas rocas del color del oro y los tranquilos lagos que bullen entre sus peñas!

—Sí, Fenur... Pero los pájaros se aterrorizan ante ese mundo helado y silencioso. Mira cómo no cesan de volar; las golondrinas migratorias no se atreven a posarse, pero el atavismo creado por los siglos las detiene sobre Poseidonis.

—Cuando aquí no haya más que agua, esas pobres aves y otras bestias seguirán emigrando hacia esta zona, y por milenios se precipitarán al mar al no encontrarlas.

—¡Mira, amada, las rocas vibran como un gong al ser tañido!

—Es la Ley de la Justicia que llama sobre las espaldas de las cosas, tratando de despertar al Morador..., Ankor...

—¿Sí, Fenur?

—Está cayendo el Sol; creo que las aguas no esperarán más.

—El espíritu es para la gloria, pero los cuerpos necesitan del dolor —respondió Ankor.

—Sí, amado, el dolor nos lleva hacia la liberación, pues es pago de anteriores deudas...

—¡Fenur!

—Sí...

—¿En alguna vida futura alguien recordará todo esto? ¿Nos acordaremos nosotros, Fenur?

—Tal vez... ¿Quieres volver a encontrarme?

ANKOR, EL ÚLTIMO PRÍNCIPE DE LA ATLÁNTIDA
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

—Sí, amada... Pero recuerda, «nuestros reencuentros son borrosos, porque no nos separamos nunca» —agregó sonriente.

—Mira esa estrella... Cuando la miremos juntos en otra oportunidad, ¿nos acordaremos de Fenur y Ankor? ¿Y de reconstruir una nueva patria para los Misterios?

—Nos acordaremos —aseguró el Hijo del Sol.

El agua volvió rápidamente hacia Kuum, hecha una muralla fragorosa. Ambos jóvenes, abrazados, se perdieron en ella.

Las aguas sumergieron los montes, los árboles, los nidos, los templos..., pero no tocaron las nacientes estrellas. Sobre la espuma blanca refulgía la elegida, esperando, como una letra luminosa, que volviesen ellos para leerla.